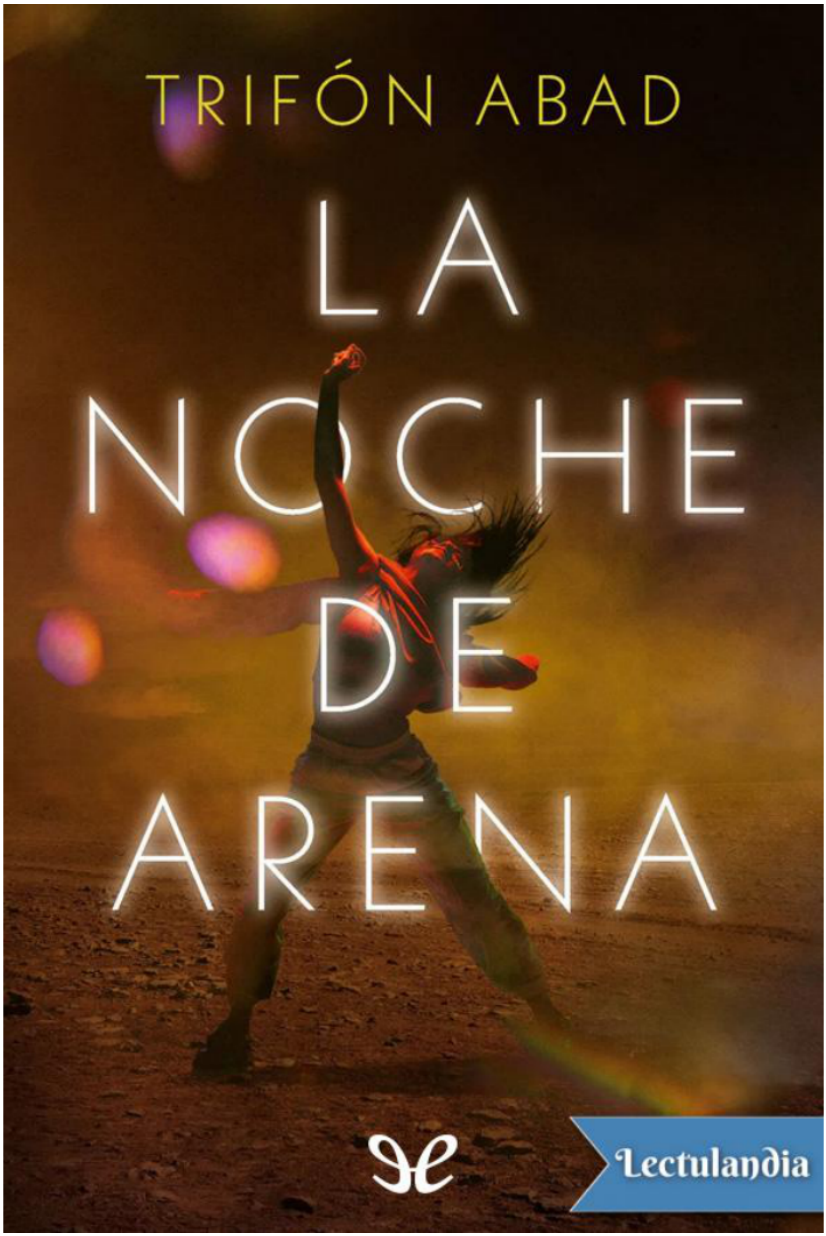
TRIFÓN ABAD
LA NOCHE DE ARENA
Lectulandia

Hace siete años, Berta salió de fiesta con unos amigos y nunca regresó. Su rastro se perdió en algún momento de la madrugada, tras una noche de desfase en una rave.

Ahora, su padre, ex detective privado, malvive en una casa de la huerta murciana con la única compañía de su perro Wolfe. La ausencia de Berta sigue envuelta en un halo de misterio, convertida en una herida que no se cierra y en un fracaso insoportable. Pero, cuando un conocido le pide que indague sobre la muerte accidental de un joven en un desguace cercano, el instinto de investigador volverá a despertarse y un hallazgo fortuito le pondrá en el espinoso camino de la verdad.

Trifón Abad

La noche de arena

ePub r1.0
Titivillus 20.09.2024

Título original: *La noche de arena*
Trifón Abad, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Primera parte. Presente y pasado
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Segunda parte. Presente y futuro
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34

Nota del autor y agradecimientos

Sobre Trifón Abad

A mi padre

Sintió el roce del metal en los labios. Su lengua se apoderó de él y lo envolvió. El sabor del metal le inundó la garganta, el estómago. Lo sintió expandirse, mezclarse en su sangre, y estuvo a punto de desvanecerse de puro placer.

HARRY CREWS

PRIMERA PARTE

PRESENTE Y PASADO

1

Le sudaba hasta el último poro del cuerpo. Robles notaba un charco bajo la espalda y seguía con la mirada una de las aspas del ventilador de techo; sin duda estaba averiado, no giraban a velocidad suficiente. Tras despertar solía quedarse en la cama, desnudo, viendo al aparato dar vueltas, hasta que sentía la vejiga a punto de reventar. En alguna ocasión incluso había estado a punto de mearse encima antes de llegar al baño; era una especie de juego estúpido. Se quedaba hipnotizado por aquel baile circular, tratando de no pensar en nada, sin saber la hora que era. No tenía ningún reloj cerca y solo podía fiarse del móvil, pues el reloj del microondas, cuyos dígitos verdes parpadeaban en mitad de la penumbra con su halo de ciencia ficción, nunca coincidía con la hora real, la del tiempo atómico, lo que quiera que fuera eso. La electricidad se iba y volvía constantemente en los parajes de la cañada del Cura, donde todos vivían enganchados a los postes de la luz de forma ilegal. Antes de levantarse, alcanzó la colilla de la noche anterior y el mechero. La fuerza del aire que llegaba desde el techo era tan escasa que la llama del mechero apenas bailó. Con la primera calada le dio un ataque de tos y tuvo que correr hasta el baño. Wolfe ladraba con ganas. No le dio importancia, porque ese viejo loco se alteraba casi por cualquier cosa, pero cuando aguzó un poco el oído escuchó unos golpes contra la puerta de metal de la entrada. El timbre llevaba más de un año averiado. Se quedó quieto, con las manos apoyadas en el lavabo, esperando a que el ruido cesara. Podría tratarse de ráfagas de viento, que en esa zona de la huerta azotaban como demonios y hacían temblar la chatarra de los porches. Pero no, eran manotazos que no paraban. Se decidió a salir.

—¡Un momento! ¡Un momento! —gritó desde dentro de la casa, sin esperanzas de que quien estuviese fuera pudiese oírle.

Se enjuagó con colutorio, aunque el líquido mentolado no eliminó de su paladar el regusto a whisky de la noche anterior. Salió al patio y volvió a pedir paciencia a la persona que aguardaba al otro lado de la puerta. No recordaba la última vez que había recibido una visita. Wolfe no paraba de protestar, pero se había acostumbrado a los ladridos de su perro como a los latidos del corazón. De hecho, los dos andaban cerca. Lo agarró del collar con fuerza y lo separó del portón de hierro. Abrió y se encontró a Ginés, su vecino de enfrente, con quien ya había tenido sus más y sus menos por un asunto con los olores del pozo séptico. Le llamaban el Pulga porque no pasaría del metro sesenta; tenía poco pelo por arriba, pero abundante a ambos lados; los dientes en forma de sierra, y unos ojos pequeños y negros, que ahora le atravesaban.

—Tienes que ver lo que haces con este —dijo el Pulga señalando a Wolfe.

—Buenos días, lo primero, ¿no?

—¿Buenos días…? —se quedó con la mirada quieta y entornada —, no hemos pegado ojo en toda la puta noche. Ya no sé cuántas llevamos así.

—Yo no me he enterado —respondió Robles.

—Me da igual, pero yo sí —le espetó el otro—. Escucha, no te digo que le pegues un tiro o que lo tires al canal, pero por lo menos llévatelo a la parte trasera de la casa, aunque sea por las noches… No me lo dejes aquí, me da igual lo que hagas con él.

—Es que se pone loco con los gatos. Son los gatos…

—Escucha, tengo a mi mujer todo el santo día diciéndomelo y estoy a esto de que *me se* pele un cable —dijo el hombre, haciendo un gesto con la mano.

El perro seguía ladrando.

—Los gatos o un coche que pasa o el viento… —continuó el Pulga—, lo que sea, pero no para de ladrar en toda la noche.

—Wolfe —gritó Robles secamente, volviéndose hacia el perro.

El animal dejó de ladrar, hizo un leve gesto de arrepentimiento y comenzó de nuevo rearmando la garganta con mayor ímpetu. Desde luego, esa actitud no ayudaba ante el problema que tenían delante.

—Escucha —siguió el otro—, tienes que sacarlo a pasear para que se desfogue o algo. Los perros tienen que correr, necesitan salir de vez en cuando.

Robles agachó la cabeza, rascándose la nuca mientras buscaba una respuesta, y se descubrió unas manchas sospechosas en la camiseta. Las cubrió torpemente con la mano.

—Y los dueños también —sentenció el vecino.

—Si yo lo saco —mintió—, pero es su carácter.

—Bueno, pues, si no lo consigues, tendré que llamar a la Guardia Civil y, ya, que sea lo que Dios quiera. Robles, yo no quiero denunciarte, porque sé que… —El hombre calló de pronto.

—¿Porque qué…?

—Nada, que…

—Que estoy sin blanca, quieres decir.

—Mira, mi hija viene a pasar unos días ahora en agosto, con los críos. Te advierto que mi yerno no es tan paciente como yo.

Robles permaneció mirándolo fijamente, asumiendo la amenaza. El Pulga se dio la vuelta y, antes de enfilar cuesta arriba, hacia su casa, que quedaba a apenas veinte metros, se volvió señalando al suelo, al interior del patio.

—Y ponle agua al perro, coño, que se te va a morir.

Wolfe dejó de ladrar, como si hubiera entendido la voz del hombre. Robles se acercó a él y el animal le lamió la mano.

—Entonces se acabarían tus problemas —dijo.

El otro sacudió el brazo con un gesto cansado.

A Ginés no le llamaban el Pulga solo por el tamaño, también porque se te podía enganchar al pescuezo y chuparte la sangre como un parásito hasta dejarte seco. El tipo tenía mala uva. Además, ejercía influencia en la comunidad de regantes y podía tomar partido a la hora de destinar agua a las balsas de media Archena. Había hecho favores a gente de todo pelaje, así que a Robles no le convenía encararse con él. Era cierto que Wolfe no paraba en toda la noche, pero, debido al consumo continuado de alcohol y ansiolíticos, él no oía los ladridos. Se puso en cuclillas, cogió del morro al pastor alemán y empezó a hablarle seriamente. El animal sacó la lengua para lamerle la cara, pero su amo le apartó la boca con un gesto brusco.

—No, Wolfe, no. Escucha, ¿eh?, tienes que dejarlo o me la vas a liar, ¿entiendes?

El perro le lamió las manos y le miró con ojos compasivos. Robles se fijó en los cuencos de agua y comida. Estaban vacíos y

llevaban así al menos desde la tarde anterior.

Pasó el día tratando de montar un espacio en la parte trasera de la casa para mantener a Wolfe alejado del portón por las noches. Utilizó puertas de madera, palés, un somier y otros restos de chatarra que tenía amontonados en la zona de la vieja cuadra. Descansó a mediodía, comió unas latas de sardinas con pan de molde y unos pimientos asados en conserva, y se terminó la media botella de vino que le quedaba. La siesta fue corta pero reparadora. Se afanó por acabar el trabajo antes de que anocheciera. A última hora, comprobó que el riego de los bancales funcionaba. Disponía de unos seis mil metros de finca, en los que había plantado limoneros. Aquella era la zona de toda la Región de Murcia donde mejor crecía su variedad, y era un tipo de árbol que casi no requería mantenimiento. La venta de los frutos constituía su fuente de ingresos desde hacía siete años, después de que todo se hubiera ido a la mierda, de que hubiera caído al pozo. Con lo que sacaba, le daba para malvivir todo el año. Sin embargo, cada temporada ganaba menos, y ese año el mercado pintaba fatal. Su economía amenazaba con volverse cada vez más precaria. Si el Pulga le jodía con el abastecimiento de agua, iba a pasarlo mal de verdad.

Cuando cayó la noche ya había terminado la jaula de Wolfe. El animal no quería meterse en aquel calabozo, se escabullía y rondaba la entrada con el rabo entre las piernas, pero Robles no estaba dispuesto a poner en jaque su medio de supervivencia, así que levantó un madero con gesto amenazante y el perro comprendió de inmediato que la cosa iba en serio. Wolfe se acurrucó en un rincón y puso aquellos ojos lastimeros, esos que Robles había visto por primera vez en su perro el 17 de noviembre de 2014. Ese fue el día en que desapareció su hija Berta.

Domingo 11 de noviembre de 2014
Una semana antes de la rave

—Berta, necesito entrar.

—Ya, mamá, ya salgo. Un minuto.

La chica mantenía la mirada clavada en la segunda raya que acababa de aparecer en el test de embarazo. Era tan oscura e intensa como la primera. No se había preocupado demasiado por los retrasos hasta entonces, porque desde las primeras menstruaciones siempre había tenido ciclos bastante irregulares. Se echó la mano a la boca y se mordió los dedos. No cabía duda. Resopló varias veces, se puso de pie, se aplastó el pelo con las dos manos y volvió a sentarse en la taza. No estaba segura de quién era el padre ni de cómo afrontar el asunto. Aunque desde la primera vez siempre había usado preservativo con su novio, era consciente de que ese método anticonceptivo no era infalible. Por otro lado, que hubiera estado manteniendo una aventura con otro hombre terminaba de complicarlo todo. El pequeño cuarto de baño sin ventana le robaba el aire. Necesitaba huir, gritar, salir corriendo. Se metió el predictor en el bolsillo del pantalón y corrió el pestillo.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó su madre.

—Sí, sí —respondió la chica sin mirarla a la cara.

Oyó a la mujer murmurar algo en francés a su espalda. Berta fue a su habitación y cerró la puerta. Rebuscó en el minúsculo bolso, lleno de cosas, y sacó el Nokia. Tenía dos llamadas perdidas, una de Charlie y otra de Susana.

—Joder, joder —balbuceó.

Deambuló por la habitación durante unos segundos hasta que se detuvo, abrió la tapa del móvil y buscó entre sus contactos. Se miró al espejo y le pareció que lucía más guapa que nunca. Se echó un mechón de pelo hacia delante para cubrirse el grano de la frente que llevaba fastidiándola casi dos semanas. Charlie contestó al momento.

—¿Dónde estás? Llevo aquí media hora esperando.

—Que son y veinte, tío, no me rayes —dijo ella.

—¿Estás en tu casa?

—Pues claro.

—Bueno, pero ¿vienes ya o qué? —dijo él.

—Que no voy a ir. He estado en el baño desde que me he levantado, tengo el estómago fatal —dijo Berta—. No he comido nada.

Mientras hablaba, se puso de perfil y se levantó la camiseta por encima del ombligo. Desde luego, si crecía algo vivo en su interior, era imperceptible al ojo humano.

—¿Y me lo dices ahora? Joder…

—¿Qué? —protestó ella—, estoy con una diarrea horrorosa.

—Buah, qué asco, tía —dijo Charlie, y guardó silencio unos segundos—. Entonces, nosotros…, de eso hoy nada de nada, ¿no?

—Pero ¿de qué vas, tío? —dijo ella—, si te estoy diciendo que no me puedo ni mover…, eres un puto egoísta.

—Bueno, tampoco te pongas así, que yo no tengo la culpa.

—¿Es que tú solo piensas en ti y en tu polla?

—Venga, no te enfades —dijo el chico, tratando de suavizar el tono—, ¿te sentó mal la cena o qué?

—Pues eso parece, ¿no? ¿O tú qué crees?

Habían estado comiendo pizza, bebiendo cerveza y fumando porros en la casa de la abuela de Jonás, el novio de Susana, hasta las tres de la mañana. Esa era la hora límite de Berta para volver a casa. La familia de Jonás había internado a la anciana en un geriátrico y el chico se había hecho con un juego de llaves de la vivienda. Desde entonces, ese lugar se había convertido en el punto de reunión habitual de la pandilla. Berta se había levantado directamente a la hora de comer. Su madre había preparado bullabesa para las dos. Tampoco ese día contaron con su padre, acostumbrado a aprovechar los fines de semana para adelantar trabajo en el despacho de la ciudad. El plan de Berta con Charlie para aquella tarde de domingo se limitaba a encontrarse en el parque de Europa, como siempre, ir a la casa de la abuela de Jonás y continuar haciendo lo mismo de todos los días. El plan de cada fin de semana y de demasiadas tardes de lunes a viernes: buscar un lugar donde encerrarse a fumar y a beber, jugar un rato a la Play,

meterse en alguna habitación con Charlie para echar un polvo y, de vez en cuando, salir a los bares para jugar al futbolín, al billar o a los dardos, y seguir bebiendo.

—Bueno, mira —dijo Charlie, sin emoción en la voz—, yo me voy a acercar a la casa de la abuela de Jonás.

—Pues me parece muy bien —contestó ella.

—Tú haz lo que te dé la gana —siguió el chico—, si se te pasa y quieres que nos veamos, pues me llamas y me acerco a por ti.

—Yo me voy a acostar pronto, que estoy hecha polvo —informó —, adiós.

No dio tiempo a que su novio contestara. Se tumbó en la cama y se puso a cavilar. Dudó si hacer una llamada a Susana para contarle la novedad, pero la noche anterior habían tenido una bronca seria. Se le revolvió el estómago al recordarlo. A última hora en casa de la abuela de Jonás, las hormonas y el humo de la hierba convertían la atmósfera en una niebla irrespirable. Mientras los chicos jugaban a la videoconsola, ellas habían decidido salir al patio a tomar el aire, comer pipas y charlar. En un momento dado, Susana le había contado que, unos días atrás, había quedado con una prima suya y se había olvidado el móvil en casa.

—Como no contestaba a las llamadas de Jonás ni le respondía a los mensajes, se plantó en la puerta de mi casa a esperarme —le dijo Susana, cuchicheando para que su novio no la escuchase—. Se puso hecho una furia, tía; me cogió de la cara con las dos manos y me la apretó gritándome que no lo volviera a hacer, que pensaba que me había pasado algo, y que, si me pasaba algo, él se moría.

En ese momento, Berta se atrevió a decirle algo que ya llevaba tiempo pensando, al interpretar que, tal vez, su amiga podría estar pidiéndole ayuda.

—Tía, yo he notado ya varios comportamientos del Jonás que me preocupan un poco —le dejó caer—, me parece que puede estar controlándote demasiado…

En ese momento, el rostro de su amiga se transformó.

—¿Controlándome? —se extrañó Susana—, oye, que no te lo cuento para que te metas en mis asuntos.

—A ver —se justificó Berta—, que yo solo te digo que estés atenta… Si vuelve a pasar algo así, vamos.

—Perdona, pero yo no necesito tu protección —le espetó su

amiga—. Madre mía, es que no se te puede contar nada, tía, eres una histérica.

En ese momento salieron los dos chicos y percibieron el muro de frialdad que acababa de erigirse entre ellas. La noche estaba despejada y en el barrio reinaba el silencio.

—¿Qué os pasa? —preguntó Jonás, sentándose en una silla y cogiendo un puñado de pipas.

—Nada, aquí, con las rayadas de esta —contestó Susana.

—¿Qué rayadas? —quiso saber Charlie, que seguía de pie.

Susana dio una calada al cigarro y Berta aprovechó para tomar la palabra:

—Pues que me ha dicho que el otro día te pusiste hecho una bestia porque quedó con su prima.

La tensión provocada por las dudas íntimas de Berta, que ya estaba preocupada por el retraso de la regla, se reflejaba en su carácter.

—¿Una bestia? —respondió Jonás irónico—. Si ni la toqué.

—¿Cogerle a alguien la cara y apretársela no es tocar? —le reprochó Berta desafiante—. Además, que eso no tiene nada que ver, que hay muchas maneras de maltratar a las mujeres, no solo físicamente.

—Pero ¿qué estás insinuando? —se defendió el chico.

—Pero, tía, ¿qué dices de maltrato? —protestó Susana—, que yo no te he dicho nada de eso. No te metas en relaciones ajenas, anda. Yo no sé para qué te cuento nada, de verdad.

—Deberías dejar un poco en paz a los demás —dijo Jonás.

—Tiene razón, Berta; cada pareja lleva sus cosas como las lleva —intercedió Charlie.

—Anda, tú calla, que también tienes lo tuyo —respondió Berta a su novio.

En aquella terraza, en la que tantas noches de los últimos tiempos habían flotado las risas, sobrevolaba el silencio seco de la disputa, solo roto por el crepitar de las cáscaras de pipa y el sonido que emitían los cuatro jóvenes al vaciar los pulmones de humo. Las amigas habían cruzado las miradas un par de veces y las habían desviado al momento en un gesto lleno de desconfianza. Susana había acercado la boca a la oreja de Jonás, lo que había provocado las carcajadas, claramente exageradas, de la pareja.

—Venga —dijo Berta, levantándose de pronto—, ¿nos vamos, Charlie?

—¿Ya? —preguntó este—, iba a echarme una cerveza…

—Sí, tío, yo tengo que irme ya… Es tarde.

—¿Ves? Eso también es controlar, ¿no? —dijo Jonás, despertando las risas de su novia—. Venga, sí, tirad ya, que esta y yo nos quedamos un rato más, ¿eh?

Jonás le echó el brazo por el cuello a Susana, atrayéndola contra él con fuerza y le dio un beso en la boca con torpeza. Berta y Charlie ya se habían levantado y recogían sus cosas.

—Bueno, un rato sí, pero enseguida me acercas —accedió Susana.

—Sí, sí, claro, enseguida —aceptó Jonás—. Mañana por la tarde nos vemos aquí, a la seis, como siempre. Ale, ¡aire!

Con el teléfono en la mano, recordaba lo sucedido la noche anterior. De pronto, sus pensamientos se centraron en la batalla que se libraba en su vientre y aquella sensación de asfixia volvió a atacarla. Necesitaba salir de casa, las paredes se le caían encima, pero sabía bien que, si se cruzaba con su madre en ese momento, tenía muchas posibilidades de acabar derrumbándose y confesar que no sabía si el hijo que comenzaba a formarse era de Charlie o de un hombre nueve años mayor que ella. Percibió el sonido de la puerta de la ducha y, después, el del agua cayendo sobre el plato. Aprovechó el momento para ponerse el chándal a toda prisa, coger el bolso y salir de casa.

Caminó en dirección al río. Oyó las campanas de la iglesia repicar seis veces y vio, a lo lejos, a un par de viejas vestidas de negro caminando del brazo en dirección al templo. Pensó en ellas, en su lentitud. Toda la vida juntas. Seguramente la una conocía absolutamente todo de la otra. «Bueno, todo no, porque en el fondo una nunca comparte todo con nadie», pensó. Trató de imaginarse a sí misma de anciana, paseando junto a Susana del brazo, y no alcanzó a proyectarse. A esa edad, ella se encontraría muy lejos de aquel pueblo sofocante. Se fue al parque del río y se sentó en un banco aislado, junto a las barbacoas, al lado de una boca de alcantarilla. Un grupo de adolescentes estaban en otro banco, a unos diez metros de distancia. Aquella pandilla era más o menos de su edad e iban al mismo instituto, pero no se saludaron. Pertenecían

a mundos diferentes. El teléfono le vibró. Era Susana. Respondió.

—Hola.

—Hola, nena —contestó su amiga—, ¿qué haces?

—Pues aquí, en casa —mintió—, ¿tú?

—Acabo de llegar a la casa de la abuela de Jonás, estoy en la puerta —dijo la otra—. Habíamos quedado aquí, ¿no?

—Sí —dijo ella—, pero es que yo me encuentro muy mal. No voy a ir.

Oyó el timbre de la casa sonando al otro lado de la línea.

—¿Qué te pasa? ¿Estás de resaca de anoche o qué…?

—Sí; bueno, no… —titubeó—, es que estoy algo indispuesta.

—Se oye gente por ahí.

—Ya, es que he sacado a pasear a Wolfe —mintió.

—¿No decías que estabas en casa?

—Estoy volviendo ya, por eso te decía… —rectificó Berta, y tras unos segundos añadió—: Oye, perdona si me pasé ayer, yo solo trataba de…

Se puso de pie y se alejó de las voces del parque por el paseo del río.

—No te preocupes, tía —la interrumpió Susana—. Yo me puse muy borde contigo también. Anda, vente y te tomas una Coca-Cola aquí, que con eso se te pasa.

—Qué va —dijo ella—, es que creo que me va a venir la regla y no estoy de humor…

—Pero ¿Charlie está contigo?

—No, no —dijo ella—; Charlie sí va, o eso me ha dicho, al menos. Tiene que estar al llegar.

—Pues nada, tía, tú misma. Te veo mañana en el insti. Mira, acaba de llegar Jonás —dijo Susana; se oyó un beso al otro lado de la línea—. Yo iré a segunda, no me trago la clase del Ballenato a primera ni de coña.

Sonrió. Las dos decían que odiaban al profesor de Economía, pero, en realidad, a Berta no le caía del todo mal.

—Por cierto —dijo Susana—, a ver cuándo te deshaces del ladrillo ese y te pones el WhatsApp, tía, que para estas cosas está de puta madre…

—Sí —dijo ella—, a ver cómo vienen las notas y me lo compran,

porque toda la pasta que saqué en el verano me la he gastado en ropa.

Se despidieron. Volvió al parque. Los otros chicos ya no estaban. Berta sacó una piedra de hachís del monedero, partió un pedazo y escondió el resto debajo de un ladrillo del suelo; de ese modo, si la policía aparecía por sorpresa, tendría tiempo de tirar el porro por la alcantarilla y no le encontrarían la pieza. Se lio el canuto con maestría y volvió a tomar conciencia de su situación. Llevaba tres semanas de retraso. ¿Qué iba a hacer con aquello que ya crecía en su vientre? Se quedó quieta imaginándolo. Tenía clavada en la memoria la ilustración de un libro de primaria de Ciencias Naturales. En ella aparecía la evolución del feto: al principio parecía un renacuajo, después le salían las manitas, con aquellos ojos como de gamba, y por fin iba tomando forma de un ser humano. Calculó que ella aún debía de estar en la primera fase, que aquello todavía no era una persona estrictamente, se dijo. El pensamiento le produjo grima. Se quedó mirando la llama del mechero bailar ante sus ojos. Se quitó de la boca el porro que aún no había llegado a encender, se levantó y lo tiró por una alcantarilla. Estaba decidida a hacer lo mismo con el trozo de hachís escondido, pero al final lo rescató y se lo guardó. Se sacó el test de embarazo del bolsillo y volvió a comprobarlo con la absurda esperanza de que la segunda raya hubiera desaparecido. Pero ahí seguía, más oscura aún, más firme en su acusación.

—Me cago en mi puta vida —dijo en voz alta.

Metió el predictor en uno de los compartimentos del bolso. Estuvo deambulando un rato, dudando qué hacer, hasta que decidió acercarse a la zona donde vivía Néstor, el encargado de la heladería en la que Berta había trabajado ese último verano. Ella había conseguido el empleo a través de Susana, que ya tenía los dieciocho. Berta tuvo que falsificar la firma de sus padres para obtener el permiso para trabajar. Lo llevó todo en secreto; quería ganar dinero para costearse su ropa y sus vicios sin que su madre pretendiera controlar hasta el último euro que le daba de paga. Allí fue donde conoció a Néstor, al que la gente de su edad conocía como Champi. Al principio, el tipo estuvo coqueteando con ella de manera pasiva; Berta se fijó en que lo hacía con otras compañeras y también con algunas clientas. La heladería era en realidad un bar de

copas, por lo que cualquier inspector de trabajo habría prohibido que Berta trabajara allí siendo menor de edad, pero en aquel pueblo la permisividad con los locales de ocio era total. Las autoridades eran conscientes de que el grueso de la juventud encontraba en el ocio nocturno una vía de escape a su miserable y monótona vida, y ya se sabe que en este país la fiesta es el nuevo opio del pueblo. Una noche, a la hora de cerrar la caja, Néstor se le insinuó de manera más clara. Aunque no le parecía un chico especialmente guapo, la atrajo la arrogante seguridad que tenía en sí mismo. Berta entendió la diferencia de nueve años entre ambos como una prueba de aplomo y experiencia, contrapunto de sus inseguridades. Néstor compatibilizaba el trabajo de la heladería con otro como soldador. Si bien la chica sabía que él estaba casado y que acababa de tener un bebé con su mujer, se dejó llevar por el morbo de la situación. Nunca había estado con un hombre de verdad; de hecho, el único con el que había tenido relaciones sexuales había sido Charlie. La primera vez, Néstor se ofreció a llevarla en la furgoneta a su casa; habían tomado unos cuantos cócteles mientras servían las mesas y poco a poco dejaron que el coqueteo se les fuera de las manos. El hombre aparcó en el campo de fútbol municipal, a las afueras del pueblo, y al final acabaron haciéndolo en la parte de atrás del vehículo. El habitáculo, cubierto con cartones de marcas de helados y acolchado de forma cutre pero suficiente con una manta vieja, se convirtió en el camastro secreto de los amantes. Hacía diez días de su último encuentro y, desde entonces, no habían vuelto a contactar.

Después de que ella dejara el empleo, Néstor le había explicado que no podía llamarle o enviarle mensajes, que siempre sería él quien tomaría la iniciativa a la hora de comunicarse. Ella había aceptado el pacto, pero la situación había tomado un cariz preocupante y la encrucijada en la que se encontraba en ese momento la empujaba a romperlo. Aunque él siempre había tratado de ocultarle la zona en la que se ubicaba su casa, en su día ella había visto la dirección en los documentos de la heladería y se la había anotado como medida de precaución; a fin de cuentas, era consciente de que no dejaba de ser una cría jugando a interpretar un papel de mujer. Sin duda, el guion se había ido torciendo y aquella representación no parecía encaminarse al desenlace que ella

habría esperado. Paseó decidida hasta las inmediaciones de la casa de Néstor y se aproximó hasta el parque de Las Palmeras, en la zona sur de la ciudad. Hacía una tarde espléndida. A lo lejos, sobre el suelo azul y acolchado de la zona infantil, identificó la cabellera pelirroja del hombre, corta y rizada, con su característica forma de champiñón. Encorvado, empujaba a un niño muy pequeño en un columpio y, en cada vaivén, le hacía cosquillas en la barriga. Las carcajadas del bebé se imponían sobre el griterío de los demás pequeños que trepaban y saltaban en las instalaciones. Sentada en el banco, junto al carricoche, vio a una mujer rubia y de pequeña estatura, vestida totalmente de blanco y con unas gafas de sol enormes que le cubrían la mitad del rostro. De pronto, la mujer se levantó y caminó hacia Néstor, le dio un beso en los labios y se unió al juego. Ahora el crío recibía las carantoñas por ambos lados y los tres parecían enloquecer de alegría. Y contrastando con aquella estampa idílica, una sensación de rabia dominaba a Berta. En realidad no era porque quisiera ocupar el lugar de aquella mujer, pues la maternidad no había entrado en sus planes en ningún momento, sino porque le ardía el saberse rechazada y utilizada. Aquel hombre la había usado como a un juguete y, una vez que se había cansado de ella, la había dejado en la cuneta, seguramente como a tantas otras. Verle allí, tan cariñoso con su pareja y con su hijo, con su impecable ropa de domingo, ajeno al torbellino de emociones que ella estaba sufriendo, la incitó a enviarle un SMS. «Hola, llevas sin llamarme dos semanas. Estoy embarazada. Tenemos que vernos para hablar; si no, se lo contaré a tu mujer». Se quedó sentada en un banco parcialmente oculto detrás de un árbol y vio cómo Néstor sacaba el teléfono y leía el mensaje. Su reacción no fue nada escandalosa; al contrario, volvió a meterse el aparato en el bolsillo y continuó jugando con su hijo, que ahora trataba de escalar por un colorido rocódromo en miniatura. Berta sacó su móvil de nuevo y, alejándose del lugar, volvió a escribir otro mensaje: «Por cierto, te queda muy bien esa camisa vaquera». No se dio la vuelta para comprobar si leía el texto. Intuyó que los habría borrado al instante.

Caminó hacia la casa de la abuela de Jonás y en el trayecto tuvo que reprimir varias veces el impulso de llamar a Néstor. Decidió esperar a que fuera él quien diera el paso siguiente; siempre tendría

tiempo para hacerle una llamada a una hora crítica, a primera hora de la mañana o a última de la noche, cuando estuviera relajado en el sofá, viendo con su mujer cualquier basura por la televisión.

Llamó al timbre y salió Susana.

—Hola, ya no te esperábamos.

—Ya, al final he venido —dijo ella con sequedad.

—Me alegro —dijo Susana, suavizando la situación, y le dio un abrazo.

Dentro estaban los otros dos amigos echando una carrera a un videojuego de motos. «Otra vez, aquí estamos, siempre lo mismo», pensó. Charlie y Jonás la saludaron sin mirarla, no se levantaron y siguieron gritando en cada derrape, celebrando cada adelantamiento como si ella no hubiera llegado. Le pareció que los dos chicos se tomaban aquello demasiado en serio, que para ellos todo escondía siempre algo que iba más allá: se trataba de no quedar nunca por debajo del otro, de ganar continuamente su pelea de egos particular. Trasladaban el ocio a la absurda competición en que habían convertido su vida. Cuando terminaron la carrera, Jonás la saludó con la mano sin hacerle demasiado caso. Charlie, por su parte, se levantó del sofá y fue hacia ella para darle un beso en los labios. Tenía los ojos totalmente rojos y el aliento le apestaba a cerveza.

—¿Qué tal, cómo estás? —le preguntó él.

—Ya me encuentro algo mejor. Estaba en casa sin hacer nada y necesitaba tomar el aire —dijo Berta, sentándose en un sillón.

—Eh, tía —dijo Jonás—. Ahí no te sientes, que es el sillón de mi abuela.

Se levantó sin decir nada y se cambió a una silla de mimbre. Le pareció muy incómoda. Se sentía totalmente desubicada. Tenía la garganta seca, pero no se atrevía a pedir nada de beber. Si no hubieran discutido el día anterior, ella se habría levantado sin miramientos, habría ido a la cocina para abrir la nevera y se habría servido lo que se le hubiera antojado, pero en ese momento, en aquellas circunstancias, no sentía la confianza o la seguridad suficientes ni siquiera para ir al aseo.

—Estábamos hablando de que hay una *rave* la semana que viene. Pero aún no se sabe dónde… —dijo Susana.

—Ah, mola —respondió.

—Nosotros vamos a ir —la informó su amiga.

—¿Te apetece? —le propuso Charlie.

—Sí, en principio sí —respondió ella sin pensarlo demasiado. Lo último que le apetecía era llevar la contraria a los otros tres.

Los dos chicos se habían puesto a jugar de nuevo y todos miraban la pantalla como hipnotizados. Las motos se torcían en las curvas y empinaban la parte delantera en las rectas. Había pasado horas viendo esos mismos gráficos, día tras día, durante meses. Lo mismo una y otra vez.

—Oye, si quieres algo, sírvete —dijo Jonás.

—Gracias —contestó.

Se levantó, atravesó el salón y fue por el pasillo hasta la cocina. Oyó que Jonás le pasaba el mando a Susana en el salón.

—Pero si a mí esto se me da fatal —gritó la chica entre risas.

A los pocos segundos, el novio de su amiga se plantó en la cocina y se acercó a Berta arrinconándola. Ella se apoyó con la cintura en la encimera y él la llevó hacia la pared. No fue capaz ni de alzar la voz. El chico tenía los ojos inyectados en sangre y apretaba los dientes amarillentos.

—Escúchame —dijo susurrando—, si vuelves a insinuar otra vez que maltrato a Susana, yo te juro que te mato. ¿Me oyes?

—Oye, tío… —empezó a decir ella mientras trataba de salir de la esquina.

Entonces él dio un golpe con la palma de la mano sobre la puerta de uno de los armarios y Berta se paró en seco dejando escapar un gemido de terror. Desde el salón preguntaron qué pasaba y Jonás dijo que se había caído un cuenco.

—Escúchame, zorra —siguió él—: ni se te ocurra ponerla en mi contra.

—Tío, déjame en paz… —dijo ella, empujándole en el pecho.

El chico cogió un cuchillo de la encimera y lo levantó. Berta miró el arma de reojo y se quedó petrificada.

—No se te ocurra meterte entre nosotros ni tratar de separarla de mí, porque tú no tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer si me cabreo…

En la encimera había una barra de pan, y Jonás bajó el cuchillo para cortar un trozo. Oyeron unos pasos avanzar hacia la cocina. Entonces soltó el cuchillo, mordió el pan y cogió una bolsa de

patatas fritas.

—¿Qué pasa? —dijo Susana, mirando a ambos.

—Nada, que voy a darle otra paliza al marica ese… —dijo él con la boca llena de pan, y se fue al salón masticando.

Susana se quedó en el quicio de la puerta y miró a Berta a la cara. Después, sin decir nada, volvió al salón.

Berta se quedó sola, a punto de romper a llorar. Bebió un vaso de agua y respiró hondo tratando de relajarse. Acababa de tomar conciencia de que no tenía que salvar a Susana ni a nadie. Ella debía salvarse a sí misma. La incertidumbre cubría su vida como un nubarrón oscuro, y se avecinaban decisiones difíciles. Debía ser fuerte. Volvió al salón y vio que su mechero rosa estaba sobre la mesa, al lado del paquete de tabaco de Susana. Miró hacia el suelo y se dio cuenta de que su bolso estaba abierto. Se levantó, cogió el encendedor, lo guardó y cerró la cremallera del bolso. Después se puso a mirar el televisor sin importarle lo que sucedía en la carrera de motos, sin sentir la más mínima emoción por lo que la rodeaba, sin escuchar las palabras que envolvían los gritos de los demás. Su cuerpo descansaba sobre el sillón de mimbre, pero su mente ya había escapado de allí. Tarde o temprano se alejaría de Jonás, de Susana y también de Charlie, pensaba. Los dejaría atrás, mandaría a la mierda todo aquello.

2

El ventilador chapurreaba sin pausa. Robles abrió un ojo y pensó que tenía que fijar la tuerca suelta. Oyó las garras de Wolfe arañando la puerta. De inmediato, le vino a la cabeza la imagen de una de las esquinas de la jaula. Sabía que no la había asegurado del todo bien por culpa de un muelle partido del somier. Cuando salió, se encaminó directo a él.

—Coño, Wolfe. Que tienes que quedarte ahí dentro.

El perro se puso a empujar con el morro el cuenco de la comida. Otra vez vacío. Apenas quedaba pienso suficiente para esa ración y a él se le estaba terminando el tabaco. Serían las once de la mañana. Se quitó los calzones, que eran la única prenda que llevaba para dormir, y se pegó una ducha con la manguera, en el patio. Jugueteó salpicando un poco al perro, que se volvió enseguida para mordisquear el chorro fresco. Los recuerdos de cuando Berta le pedía que la mojara o que hiciera con el agua una comba líquida para que saltara sobre ella o pasara por debajo le llegaron como un navajazo. Lo que más gracia le hacía a Berta era cuando él doblaba el tubo de plástico, ponía cara de tonto, fingiendo que no entendía por qué había dejado de salir el agua, y miraba por el agujero. Entonces ella soltaba la manguera, el chorro volvía a salir y le daba de golpe en toda la cara. Los recuerdos no se van nunca, se quedan pegados por dentro de la cabeza, como esos pegotes de petróleo sueltos en la playa, adheridos en las plantas de los pies de tal modo que luego no hay manera de desprenderlos. Solo a base de caminar y caminar esos restos acaban desapareciendo. Pero, en cualquier paseo, cuando más relajados estamos, sumidos en nuestras meditaciones, volvemos a pisarlos. Se vistió contra su voluntad; lo que más le apetecía en ese momento era prepararse un café, echarle un generoso chorro de coñac y tumbarse en la cama a no hacer nada durante el resto del día. Pero necesitaba comprar tabaco y el

perro tenía que comer. Abrió el cajón de la cocina y sacó del fondo el fajo de billetes enrollados, sujetos con una goma. Cogió dos de cincuenta. Un griterío infantil llenó de pronto el aire. Se asomó por el hueco de la verja y vio aparcado, en la puerta de la casa del Pulga, un todoterreno deportivo, gris y brillante. No acertó a ver la marca, pero le impresionaron las ruedas, de un grosor colosal, exagerado. Se volvió y le dijo a Wolfe que no se le ocurriera ladrar. Cuando se despejó el panorama, salió y subió a su Seat Ibiza. El coche le ofreció el habitual muestrario de luces de colores en el salpicadero. Saber cuál se quedaría permanente o parpadeando era casi una lotería. Esa mañana tocó el chivato del aceite, que brillaba como una lámpara maravillosa naranja. Pensó en qué pediría si le dieran a elegir tres deseos. El primero, claro, recuperar a su hija Berta. El segundo, posiblemente, garantizarse el sustento para ambos durante el resto de su vida. Concluyó que el tercero ya sería un extra, que con los dos anteriores podría ser suficientemente feliz.
La personalidad poco sociable de Robles le venía marcada desde la infancia. Hijo único, había crecido en aquella comarca y en ella había vivido desde siempre. A los siete años, durante una cena, su padre salió a fumar un cigarro a la terraza cuando se terminó la sopa. Su madre había ido a la cocina para sacar el pollo del horno y él se quedó a la mesa. Entonces lo vio desde el salón: su padre dando una calada, doblándose hacia delante, clavando una rodilla en el suelo y dejando caer el cuerpo hacia un lado. El corazón le colapsó de pronto. El pequeño Robles se quedó con la cuchara cargada de letras delante de la boca y llamó a su madre. La mujer salió a pedir ayuda a los vecinos, pero ya era tarde. Desde aquel día, Robles no había vuelto a probar la sopa. En el borde del plato descansaban los trozos de trigo seco con los que había formado las palabras «coche», «nube» y «lupa».

Apenas conoció a uno de sus cuatro abuelos, de modo que su madre y él se quedaron solos en la casa familiar. Ella era muy estricta. Entró en una fábrica de conservas y después limpió oficinas para el Ayuntamiento. Él logró terminar la educación básica y a los dieciséis comenzó a trabajar en la misma empresa que ella, y después como peón en la construcción. Un verano encontró empleo haciendo de guía en unas rutas a pie por el río, un negocio pensado para los pocos turistas que, hartos de la playa, se adentraran en el

interior de la región, buscando cuevas, descensos por gargantas y otras aventuras. Allí conoció a Céline, cuyo padre, un militar español destinado en Cartagena, se había casado con una mujer francesa. Por problemas de salud, el hombre se prejubiló y los padres de Céline se instalaron en Francia. Ella se quedó, enamorada, y se casó con Robles. La mujer había recibido una buena educación y hablaba español e inglés, además de su francés natal, lo que le permitió entrar pronto a trabajar en el departamento de exportación de una empresa de especias.

La repentina muerte de su madre fue un golpe duro para Robles, quien, animado por su esposa, decidió estudiar criminología. Era adicto a las novelas de detectives y siempre había tenido buen coco para los libros, así que no le llevó demasiado tiempo terminar su formación y dar con su primer caso: la investigación de una baja médica sospechosa concedida a un trabajador. Se especializó en detectar bajas laborales fingidas y en obtener las pruebas necesarias para demostrar el engaño ante los tribunales. Al principio se ocupaba de ello desde casa, pero en un par de años logró alquilar su propio despacho en la capital. Fueron buenos tiempos. Los padres de Céline los ayudaron con la entrada para comprar una casa con terraza, junto al parque de Europa, en Archena. Pronto nació Berta, para sacar aún más brillo a sus estables y luminosas vidas.

Robles coincidió con Frías, uno de los sargentos de la Guardia Civil más respetados de la zona, durante la investigación de un caso que alcanzó cierta difusión en los medios. Desmantelaron una red urdida por varios empresarios del sector agrícola, dedicada a estafar a compañías de seguros para cobrar millones de euros por falsos siniestros. Se trataba de una inteligente telaraña de ingeniería financiera y sociedades fantasma. Desde entonces, Frías empezó a contar con la ayuda de Robles con asiduidad, cada vez para asuntos de mayor calado. De este modo, pasó de los timos de poca monta, alquileres de naves ilegales o infidelidades a asuntos más complejos. El más sonado de todos: el fraude de un político putero. El alcance de este caso le proporcionó cierta fama y, desde entonces, no dejaron de caerle trabajos nuevos. Su agudeza cada vez era más reconocida por banqueros, empresarios o políticos, y, pese a su personalidad solitaria, se vio obligado a asistir a multitud de eventos y reuniones que agitaban notablemente su vida social. Poco

a poco, fue descuidando a su mujer y a su hija justo cuando estas más le necesitaban, pero Robles no supo verlo. O tal vez no quiso, por miedo a que las responsabilidades familiares amenazaran con entorpecer su ascensión profesional.

Cuando llegó al supermercado fue consciente de que era sábado; en el aparcamiento apenas había plazas libres. Alberto, el guardia de seguridad, le saludó con amabilidad. Todo el mundo le llamaba el Chamorro. Ya dentro, se cruzó con un par de personas conocidas, pero nadie le dirigió la palabra. Lo único bueno de sufrir una tragedia, si es que hay algo, es que la gente te deja en paz, bien por miedo a molestarte, bien por vergüenza a no saber qué decir o a decirlo y meter la pata. Y eso era un alivio para Robles, porque le dotaba de la tranquilidad necesaria para tratar de rehacer su vida, devolviéndola poco a poco a la normalidad, dentro de sus circunstancias. Mientras llenaba el carro, hacía mentalmente las cuentas para no pasarse de los cien euros. Escuchó una conversación que venía del otro lado del pasillo. Hablaban de un accidente. En el desguace. Una desgracia. El hijo de Pablo Vicente. Aplastado. Muerto en el acto. Siguió comprando mientras sus pensamientos se concentraban en el chaval. Él había tenido una buena relación con su padre, un agricultor honrado y sensato que había ido prosperando hasta acabar montando su propio negocio. Siguió aguzando el oído para ver si captaba algo más sobre el asunto mientras hacía la suma de sus compras en la cabeza. Era una técnica que había aprendido a manejar para alejar los pensamientos oscuros. Siempre llevaba una cantidad de dinero concreta e intentaba ajustar la compra al máximo. Dos botellas de whisky; un paquete de arroz; otro de tallarines de calidad ínfima; gel de baño para pieles secas; dos bandejas de carne de pollo hacinado en granjas intensivas; unos sanjacobos congelados elaborados con carne de desecho, que tenían un montón de pegatinitas verdes en el envase; café molido de mezcla; galletas maría de marca blanca con sabor a serrín; huevos de gallina estresada; dos botellas de vino barato, y el puto pienso *premium* de pollo para el perro, el más caro de todos, el único que Wolfe digería sin problemas, que costaba casi la mitad de los 98,17 euros que había calculado. Cogió dos paquetes de chicle con sabor a hierbabuena, por noventa céntimos cada uno, para redondear. Recordaba a aquellos concursantes de *El precio*

justo diciendo «¡Hemos venido a jugar!» con esa cara de gilipollas que ponen los concursantes, encogiendo los hombros, conscientes de que, si lo pierden todo, en su vecindario se reirán de ellos de por vida, y, si ganan, les dirán siempre, muertos de envidia, que lo lograron de pura chiripa. Se dirigió a la caja y, en el último momento, se echó al bolsillo un paquete de chocolatinas. La cajera era nueva, no le sonaba de nada. En la placa del uniforme se leía su nombre: CHARO. Mascaba chicle y tenía una voz mecánica, cansada, como de pesca de arrastre.

—¿Bolsa?

—No, llevo el carro.

—Tarjeta de socio.

—No.

—¿Quiere hacérsela?

—¿El qué?

Charo le echó una mirada asesina. El chicle daba vueltas por su boca como en una centrifugadora. Empezaba a formarse una cola detrás de él.

—Pues la tarjeta.

—Ah, no, no… Perdona.

—Ciento cinco con sesenta y ocho.

—¿Cómo?

Era el mayor descuadre de la historia de sus compras. Qué coño había comprado para que se le hubiera descolocado tanto la suma. Echó un vistazo rápido.

—Tengo que dejar algo.

—¿Qué quieres dejar?

—No lo sé aún, tengo que pensarlo.

—¿Cuánto tienes?

—Cien.

—Puedes dejar los huevos ecológicos, que son más caros que yo qué sé…

Le pareció maravillosa la expresión de Charo; profesionalidad total. Le atrajo esa desgana, esa falta de rigor en la cantidad, en la comparación. En ese momento se dio cuenta de que, efectivamente, el envase de los huevos había cambiado y por eso se había confundido de caja.

—¿Ecológicos?

—Sí, mira… Oye, no es por nada, pero es que hay bastante cola.

—Claro, claro. A ver, espera que piense. Algo pasa… El café está a tres por dos, ¿no?

—Espera que lo mire.

Charo, a pesar de que la gente empezaba a impacientarse, parecía divertida con el juego. Cada vez que tecleaba daba una mascada a la goma y se la cambiaba de carrillo.

—No hay ninguna oferta —dijo, sonriendo.

—Pues quítame los huevos y una de café. ¿Y ahora?

—Así sí. Noventa y nueve con ochenta.

Robles se puso de puntillas como mínimo gesto de celebración. No eran cien justos, pero no estaba mal. Se sonrieron. Charo le echó un vistazo de arriba abajo mientras sacaba la moneda del cambio. Robles se fijó en las manos de la mujer, desnudas de anillos. Se alegró de haberse puesto una camiseta limpia.

—Sabes que este pienso es carísimo, ¿no?

—Sí, pero es el que le gusta a mi perro.

—Pues sí que es pijo.

—No lo sabes tú bien, Charo.

Intercambiaron sonrisas de nuevo, llenó el carro y salió al aparcamiento. Afuera, el guardia de seguridad daba un paseo, despistado, mirando al suelo. Robles se dirigió hacia él.

—Chamorro, ¿qué le ha pasado al hijo del Pablo Vicente?

—Parece que ha sido un accidente en el desguace. Una grúa lo ha chafado. Muerto al instante —dijo el hombre, pasándose la palma de la mano por debajo del cuello.

Sacó del bolsillo la chocolatina robada. Alberto le miró con los ojos gigantes, a través de sus gafas de culo de vaso, con un gesto a mitad de camino entre la complicidad y el reproche. Era uno de esos envoltorios que llevan dos piezas; lo abrió y le ofreció una al guardia, que la rechazó con un gesto de su enorme mano. Robles se comió una ración de dos bocados y se puso a liarse un cigarrillo. El Chamorro medía casi dos metros y caminaba como los osos cuando se levantan sobre las patas traseras. Sus lupas eran su cruz. Su vocación había sido meterse a policía, pero veía menos que un topo dentro de un saco y tendía a la obesidad desde la adolescencia. Parecía haber asumido que su lugar en el mundo estaba justo ahí, junto a las puertas automáticas del CityMarket.

—¿Aún andas en fuera de juego? —le preguntó.

—Sí, Alberto —dijo Robles—, ahora soy agricultor. ¿Qué te parece?

El Chamorro miró hacia el aparcamiento y escupió al suelo.

—Una pena, la verdad. Porque ahí…, hay bastante tela que cortar.

—¿Ahí, dónde? ¿Te refieres al accidente?

—Sí, ese Dani era un bicho. Andaba enredado en trapicheos.

—Pues siempre estás a tiempo de empezar tu carrera.

El Chamorro soltó una sonrisa burlona y los músculos de la cara hicieron que las gafas se le resbalaran. Se las recolocó con el dedo del *fuck you* y se señaló el cuerpo con las dos palmas de la mano, como una de aquellas azafatas de los concursos de televisión.

—Yo ya no estoy para esos trotes, Robles —dijo.

—Pues imagínate yo, muchacho.

—¿No te vas a comer la otra?

—No —respondió, y le extendió el chocolate—, ya nos veremos.

Cuando llegó a casa, Wolfe se le echó encima. Estaba hambriento. Le llenó el dispensador de comida y terminó de arreglar el agujero de la jaula. Lio una veintena de cigarrillos y los colocó en la pitillera de plata. Pasó la tarde leyendo, fumando y bebiendo. Por la noche encerró al animal.

—No salgas de aquí, ¿eh?, perro pijo…

Se acostó pensando en el tercer deseo. No le vendría mal tener cerca a una persona que le hiciera reír un poco. Alguien como Charo.

3

No solía tener sueños agradables, pero aquel sí lo estaba siendo. Podía sentir en las plantas de los pies la arena caliente, casi la textura de los granos metiéndose por el hueco entre los dedos. Un recuerdo tan auténtico como la propia infancia. Corría y se tropezaba. Y cada vez que se caía, oía unas risas a su alrededor; pero no eran de burla, sino esas carcajadas familiares que animan a los niños pequeños a que sigan haciendo el payaso. Esa es la esencia de la vida, ¿no? Entregarse a esos momentos, intentar reírse lo más fuerte posible, atrapando el momento en el pecho, porque, al mismo tiempo que disfrutas del instante, vibra una emoción oscura que te recuerda que esa etapa mágica no durará para siempre. Que los niños crecen y, como en el caso de Berta, en ocasiones desaparecen. De pronto era ella quien tropezaba y se reía en cada golpe, sobre la espuma de las olas que morían en la orilla. Un sonido de conchas al crujir, las gaviotas uniendo sus graznidos al deleite. La playa tan larga que no se ve el final; tal vez era la costa oceánica portuguesa, aunque el calor parecía de otra latitud. Un calor de verdad. De nave industrial. Aquellas carcajadas se hicieron rítmicas y lentamente se fueron uniendo a la realidad. Era de día. Tardó unos segundos en reaccionar y comprobar que la cadencia provenía del ventilador del techo, que giraba trotando y que tenía ya varias tuercas sueltas. Hacía semanas que se había prometido apretarlas. Al fondo se oían los ladridos de Wolfe una vez más, que se aceleraban y se volvían agresivos por oleadas, como si hubiera alguien en la puerta.

Salió al patio y vio que el perro permanecía dentro del habitáculo, por lo que él estaba cumpliendo su parte del trato. Se encaminó a la puerta, dispuesto a discutir con el Pulga. Al abrirla se encontró con un rostro que le resultaba familiar. Tardó unos instantes en reconocer a aquel hombre.

—Hola, Robles. ¿Puedo pasar?

—Pasa, Pablo Vicente, pasa.

Dos visitas en menos de una semana. Inaudito. Se echó a un lado y el hombre entró al patio, observando todo sin emoción. Reconoció enseguida esa forma de caminar, arrastrando los pies como si estuviera muerto. Recibir la visita de un hombre al que se le acaba de morir un hijo solo podía significar dos cosas. La primera: que fuera en busca de consuelo, a compartir el dolor con alguien que también ha vivido la pérdida de su ser más querido, aunque la de Robles fuera diferente; una hora de charla sobre la dificultad de sobrevivir al día a día; un «tú al menos tienes una página final a la que agarrarte»; un «si yo he podido superar la angustia y la incertidumbre, tú también podrás»; el consejo de que se acuda a un psicólogo, que, aunque no hace desaparecer el dolor, puede ayudar a reanudar la vida en parámetros de cierta normalidad. Pero se temía que lo que Pablo Vicente iba buscando era la segunda: ayuda para arrojar luz sobre algún punto oscuro relacionado con la tragedia. Siempre le habían llamado Pablo Vicente, así, como un nombre compuesto, aunque en realidad Vicente fuera el apellido. Se conocían desde la infancia, los dos se habían criado en Archena. Habían tenido etapas de más proximidad que otras, habían compartido algunas juergas, con sus borracheras y sus charlas amistosas, también los primeros partidos de fútbol en los campos de tierra, donde los niños se hacen heridas de hombres. Ya de adultos, siempre se habían tratado con cordialidad. Robles limpió la mesa de mármol del porche con una bayeta. Había restos de mierda de palomo y otras manchas de origen dudoso. Le ofreció un café, pero no quería nada.

—Robles, vengo a ti porque no sé a quién más recurrir —dijo de pronto.

Pablo Vicente siempre se había caracterizado por ser un tío elegante y bien cuidado, pero el hombre que tenía delante presentaba un rostro ceroso. Su aspecto era descuidado, con la barba abandonada, los ojos hundidos y los hombros caídos. Wolfe ladraba al otro lado de la vivienda, inquieto al escuchar la voz del extraño.

—Bueno —dijo Robles—, pues dime, a ver si puedo ayudarte en algo.

—Te habrás enterado de lo de mi Dani.

—Sí, algo he oído. Pero no salgo mucho de aquí, no creas.

—Me lo han matado, Robles.

—Bueno, yo he oído que se trató de un accidente.

—Ya, eso es lo que están diciendo, pero yo sé que no.

Le explicó que su hijo trabajaba en el desguace Las Claras, el más grande de toda la región. El muchacho estaba remolcando un vehículo con otros compañeros y el brazo mecánico de la grúa, que estaba situado en posición vertical, se desplomó sobre él y le aplastó la cabeza y el tórax. Robles escuchaba el relato del hombre, mordiéndose la lengua para no lanzar ninguna pregunta, pero, ante la evocación del pasado y la creciente empatía emocional a causa del duelo, acabó entrando al trapo.

—Tiene toda la pinta de ser un fallo mecánico…

—Eso dicen, pero no está claro, Robles. Cuando los bomberos llegaron para sacar el cuerpo, el sistema hidráulico del motor que movía la pluma de la grúa remolcadora funcionaba perfectamente. Sin embargo, las autoridades lo clasificaron como un accidente enseguida. Dicen que era un caso claro de siniestro laboral.

—Pues no sé qué decirte. Es que parece un accidente…

—Mira, Robles —el hombre le clavó los ojos—, mi hijo estaba metido en asuntos turbios. Se juntaba con chusma. No sé exactamente en qué andaba, pero manejaba mucho dinero, mucho más del que podía ganar en el desguace. Estoy seguro de que eran temas de drogas. Se había comprado una moto gorda y hablaba de que le iba muy bien, de que iba a meterse en una hipoteca porque se quería hacer una casa con piscina en una de las tierras que tengo por Campotéjar.

Pablo Vicente era un hombre que había prosperado a base de esfuerzo, de los que no pierden el tiempo más de lo necesario. Jamás había pasado la tarde en el bar echando la partida mientras quedara un rastrojo que quemar o un bancal que sembrar. Comenzó como comercial de productos agrícolas y acabó montando su propia empresa de negocios fitosanitarios. Tenía tierras por toda la comarca y varios negocios de transporte y distribución.

—Pablo, yo es que ya no me dedico a investigar estas cosas…

—Yo ya no tengo hijo —dijo el hombre—. Tú sabes lo que es eso.

Claro que lo sabía; de hecho, Robles llevaba años arrastrando la

pena de no saber si su hija seguía viva o estaba muerta. La cicatriz de esa duda era casi tan honda como el hecho de no haber podido enterrar a Berta. Reconoció la mirada cansada del hombre que tenía delante, reconoció la sombra de la desdicha de quien se enfrenta a un futuro arrebatado, destrozado de forma perpetua. La crueldad de lo irrecuperable. Reconoció esa pena porque él también había caído en esas tinieblas y aún seguía luchando, día a día, por salir de ellas. Se fijó en las arrugas del rostro que tenía ante él, endurecidas y profundas como zanjas.

—Sé por lo que estás pasando… —dijo Robles—. Es un infierno.

Guardaron silencio durante unos segundos.

—Mis tierras eran para él. Yo sé que te estás buscando la vida con estos pocos limones —siguió Pablo Vicente y, señalando con la barbilla hacia el horizonte, añadió—: y tú sabes que con esto no te da. Y conforme está el mercado cada vez te va a dar menos.

—No entiendo lo que me quieres decir…

—Mira, si tú me ayudas a resolver esto, yo te daré tierras suficientes para que no tengas que malvivir aquí. Y la tercera parte de la indemnización, si la hay.

Se quedaron mirándose durante unos segundos. Robles se recostó en la silla de mimbre y se volvió a echar hacia delante al momento, como impulsado por un muelle.

—¿Cuántas tahúllas?

—Treinta. Con los melocotoneros ya plantados. Y de la recogida y de la venta me encargo yo mientras viva.

El hombre se puso en pie y extendió la mano. Robles se imaginó una extensión de casi cuarenta mil metros cuadrados llena de árboles anaranjados.

—Veré qué puedo hacer. De momento necesitaría cien pavos para echar gasolina.

—Te daré algo más… —dijo el otro.

Lunes 12 de noviembre de 2014
Cinco días antes de la rave

Los murmullos y las risas bullían y rebotaban en los pasillos del instituto. Flotaba un caos de voces y las suelas de caucho, que parecían chillar al rozarse con el suelo, agobiaban a Berta. Se abrió paso entre el tumulto, con la cabeza mirando al suelo, algo inusual en ella. Se sintió obligada a reprimir el instinto que la empujaba a llevarse las manos al estómago. Era primera hora y apenas había pegado ojo. Le pareció que todas las miradas se dirigían a ella, como si todo el mundo conociera su secreto, como si una conspiración enorme se estuviera posicionando en su contra. Iba a ser la guarra, la zorra que le había puesto los cuernos a su novio con un tipo mayor; dirían que se lo merecía, que se jodiera; quedaría señalada para siempre con una cruz negra invisible en la frente. Subió por las escaleras y en el descansillo se encontró con su tutor.

—Hola, Berta —le dijo el hombre.

—Hola, Esteban —respondió ella.

—¿Cómo vas? La semana pasada te vi poco por clase…

—Ya, es que he estado un poco pachucha.

—Las faltas hay que justificarlas.

—Vale, vale, sí.

—¿Todo anda bien por casa?

—Sí, sí, todo está bien.

—Bueno, ya sabes que, si necesitas hablar de algo, puedes contar conmigo.

Berta asintió con la cabeza y se escabulló en dirección a la clase de Economía. Se sentó en su sitio, en la última fila, y atendió a las explicaciones del Ballenato. A su lado, el pupitre de Susana estaba vacío. En clase, nadie les dirigía la palabra. Eran repetidoras y se habían creado fama de antipáticas. Las llamaban «las gemelas» por su enorme parecido. Solo se relacionaban entre ellas y con algunas

otras con la que habían coincidido en la escuela, pero cada vez menos, porque Susana decía que eran unas pardillas. A segunda hora, su amiga tampoco apareció. Tocaba Lengua; lo entendió todo con bastante facilidad. Ella tenía claro que, si quisiera y se esforzara, podría aprobar cuarto curso, además ya estaba harta de repetir tantas veces. Susana iba a tirar la toalla y, de alguna manera, necesitaba arrastrar a Berta con ella. En verano, su amiga ya le había dicho que prácticamente no iba a pisar las aulas, que en breve iba a entrar a trabajar con su madre en la empresa de limpieza de casas. Que estudiar era una pérdida de tiempo, «si, total, luego los trabajos son una mierda, tengas el graduado o no». Que necesitaba ganar pasta ya, y, si no se le daban bien los estudios, qué iba a hacer ella. Que le aburrían todas las asignaturas y que la iban a contratar para limpiar en el balneario. No podía dejar pasar la oportunidad. Era la tendencia; Jonás, el novio de Susana, también había dejado los estudios reglados; lo había hecho un par de años antes. Siguiendo los pasos de su hermano mayor, se había apuntado a un centro de formación profesional y estaba trabajando como carpintero metálico. Charlie había logrado sacarse el grado básico de Mantenimiento de Vehículos y llevaba ocho meses de electricista en el taller de un amigo de su padre. Sin embargo, él sí la animaba a que siguiera estudiando. «No lo dejes —le decía—, que tú eres un coco, no como nosotros». Y ella no lo iba a dejar, iba a salir adelante, porque ella podía. Hablaría con su madre, abortaría, buscaría una solución, terminaría secundaria, cambiaría, saldría de todo aquello. A tercera hora, comenzó a sentir calor. Miró a su alrededor y vio que casi todos sus compañeros iban en manga corta. Ella no llevaba nada debajo del jersey. Su mundo estaba en ebullición. Se tocó la frente y palpó el sudor. Se agobió y le entraron náuseas. Se levantó, disculpándose, y corrió al cuarto de baño a vomitar. Apenas había desayunado y expulsó un líquido ácido y amarillento. Bebió agua del grifo, se lavó la cara y volvió a clase.

Susana llegó en el recreo y se quedó a las dos últimas horas, que no dejó de torpedear ni un segundo. A la salida, Jonás estaba esperándola con una moto de *cross* de baja cilindrada que él mismo había trucado.

—Ya está mi Jonás dando la nota —dijo Susana, con orgullo.

El sonido del motor hacía que algunos estudiantes se taparan las orejas y torcieran el gesto al atravesar la puerta de salida del centro. Jonás aceleraba y desaceleraba para hacer el mayor ruido posible. Susana se subió en la moto y le gritó:

—Nos vemos luego, ¿no?

Le había dicho que los chicos iban a ir a hacer *motocross* por la tarde a unos montes cercanos.

—Creo que sí —respondió—, después hablaré con Charlie.

La moto salió disparada, esquivando por centímetros los coches de los padres que trataban de buscar un hueco sobre la acera para esperar a sus hijos. Berta pensaba en que, si su padre hubiera estado allí, recogiéndola en su coche desde el primer día de instituto, ahora ella no se encontraría en aquella situación. Posiblemente sería una chica normal, como las que veía caminar juntas de vuelta a casa, conversando sobre la canción de moda y riendo, compartiendo sus confidencias, sus flirteos, sus miedos a los exámenes, sus planes para ir a tomar algo al centro comercial el fin de semana. Pensaba que las chicas de su edad no deberían preocuparse por si les queda suficiente hachís en el bolsillo para pasar el día, por si el novio compra condones o bastante cerveza, o por si les baja la regla con puntualidad. Odiaba su vida, pero tenía que avanzar; no le quedaba otra salida, tenía que luchar. A fin de cuentas, ella había elegido esas compañías y, en el fondo, al menos sabía que Charlie la cuidaría y la animaría a seguir estudiando, pese a que a veces se comportara con ella como un gilipollas y ese día no hubiera ido a esperarla a la salida.

Su madre estaba en la cocina. Olía bien, era un guiso de carne con tomate. A Berta le encantaba, pero en ese momento no estaba segura de tener apetito. Sentía un vacío en el estómago, mezcla de angustia, hambre y culpa, que le era difícil descifrar.

—¿Qué tal el instituto?

—Como siempre.

—Qué mala cara. ¿No dormiste bien anoche?

—Pues no mucho…

—Bueno, luego te echas un rato. ¿Tienes hambre?

—Pues no mucha…

—Hija, parece que no sepas responder otra cosa… —dijo su madre, en tono amistoso.

—Joder, mamá —protestó—, ¿qué quieres que responda?

—Cómo estás…, madre mía —dijo la madre—. Anda, ve a lavarte las manos…

Sirvieron la mesa en silencio. Berta se llevaba bien con su madre y, aunque la adolescencia las había ido separando, en el fondo la chica sabía que podría confiar en ella. Siempre acababa poniéndose de su lado, ocultándole a su padre los pequeños pecados, como llegar a casa bebida o encontrarle chinas de hachís en los cajones. Por eso se sentía mal con lo del embarazo, porque creía que le había fallado. La vergüenza y el orgullo levantaban una barrera que impedía a Berta expresar con libertad su miedo, pedir la ayuda que tanto necesitaba. Los platos humeaban. Céline era una excelente cocinera, había sido capaz de combinar a la perfección las recetas típicas de la cocina francesa y de la española.

—He hecho pan —dijo la madre, acercando una cesta de mimbre a la mesa.

En alguna ocasión, Céline había fantaseado con montar un restaurante, pero su trabajo de administrativa la dotaba de independencia económica, lo que, ante la permanente ausencia de su marido, le permitiría dar el paso necesario si llegaba el día en que la relación fuera del todo insostenible.

Berta se llevó la primera cucharada a la boca y el estómago se le abrió al instante. Comenzaron a comer las dos en silencio, apenas mencionando alguna trivialidad de forma puntual.

—¿Cómo te va con Charlie? —dijo de pronto la madre.

—Bien, mamá, bien.

—Está trabajando, ¿no?

—Sí, trabaja.

—¿Dónde?

—Mamá, ¿de verdad te vas a poner como papá? —dijo Berta.

—Hija, tampoco te estoy preguntando nada del otro…

—Ay, de verdad, no me des la chapa.

—Dime dónde trabaja.

—En un taller mecánico.

—Vale, vale. Pues está muy bien —dijo su madre—, mecánicos siempre hacen falta, que dicen en la radio que la gente ya no compra coches, que prefiere repararlos.

Las dos siguieron comiendo en silencio. Berta dudó por un

instante si sincerarse; tal vez era un buen momento. Se estaba llenando de fuerzas, buscando el ánimo para atreverse, cuando el móvil empezó a vibrar. Se levantó, lo sacó del bolsillo de la chaqueta y miró la pantalla. Un calor le fue trepando por las piernas hasta evaporarle el apetito.

—Esto está más soso… —mintió.

La madre se levantó al instante de la mesa.

—Espera, que te traigo sal.

—No, no. Da igual, que me lo como así…

La madre puso un salero en medio del mantel.

—Te he dicho que no hacía falta —protestó Berta.

—De verdad, Berta. Estás últimamente más rara… —dijo la madre, endureciendo el tono y apoyando las manos sobre la mesa —, mira, si te pasa algo y quieres, me lo cuentas.

—Que no, joder, que no me pasa nada.

La madre dejó pasar por alto la palabra malsonante para no encrespar aún más el ambiente.

—¿Cómo van los estudios? ¿Has hablado con el tutor para ver si te van a ayudar a entrar en un grado medio?

Berta soltó un bufido.

—El tutor es un pesado —dijo—, paso de hablar con él. Sois todos unos pesados, de verdad.

La madre siguió comiendo y decidió cambiar de tema.

—Tu padre vendrá pronto mañana —anunció la mujer al rato—. Dice que le gustaría que cenáramos los tres.

—Bueno, ya veré —dijo Berta—. Últimamente no tengo hambre, como puedes ver…

—Pero ¿te pasa algo?

—Que no, joder —protestó Berta, y se levantó de la mesa.

La chica dio un trago al vaso de agua, ya de pie, y salió en dirección a su cuarto.

—Voy a echarme un rato —añadió.

—¡Berta! —le gritó su madre, pero ella cerró de un portazo.

Hecha un ovillo, la poseyó un sentimiento mezcla de culpabilidad y orgullo tan propio de la adolescencia. Se imaginaba transitando una carretera de montaña, bella y salvaje al ascender, pero cuyos bordes llevaban a acantilados con un fondo que no acertaba a ver. En realidad ella no quería tratar así a su madre, pero

no podía dominar su rebeldía creciente, su necesidad de ir contra el mundo. Contra todo el mundo. También contra ella misma. Se veía pequeña frente al enorme monstruo de circunstancias adversas y de malas decisiones que ella misma había levantado. Se tumbó en la cama y se abrazó a la almohada. Cerró los ojos, pero sabía que le sería imposible dormirse. La llamada anterior era de Charlie. La devolvió.

—Hola.

—Hola.

Silencio.

—¿Qué haces? —dijo él.

—Acabo de terminar de comer —contestó ella—. Estoy en casa, tumbada en la cama.

—¿Te encuentras mejor?

—Pues no, la verdad —dijo—. A ver si descanso un poco.

—Oye, ¿te han dicho estos que vamos a ir al cabezo con las motos?

—Sí, me lo ha dicho Susana.

Se hizo otro silencio largo.

—Oye, Berta, ¿yo te he hecho algo?

—No, ¿por?

—Es que no sé qué te pasa conmigo, de verdad —dijo él—. Si es por lo que te dije ayer…

—No, que no pasa nada. No me has hecho nada —dijo ella, suavizando el tono—. Solo que estoy un poco así… Cosas mías.

—¿Te vienes entonces?

Le pareció que Charlie era como un niño grande. Se dejaba llevar por la corriente, como ella, como todos. Jonás se había comprado una moto de trial hacía unos meses y, poco después, Charlie se había hecho con una. Del mismo modo, ella se había perforado las orejas siete veces y se había puesto un *piercing* en la lengua porque Susana también lo había hecho. A los chicos maduros les gustaba aquello, les ponía. Estaba casi segura de que ese detalle ayudó a que el otro se pusiera tan pesado para acostarse con ella. Recordar a Néstor la ponía de los nervios.

—¿A qué hora vais? —preguntó.

—Estos dicen que van a ir ya —dijo él—, pero puedo pasar a por ti a las cinco; así tienes tiempo de descansar un poco si quieres.

—Vale, te espero en el parque.

El camino recorría una serie de crestas peladas que se alzaban en mitad de la sierra. Al llegar a la falda del cabezo, Charlie subió la empinada pendiente. Tuvo que acelerar cuando un par de perros callejeros salieron tras ellos ladrando. La tarde estaba despejada y las ráfagas de viento refrescaban en la cima. Susana y Berta se sentaron en unos tubos de hormigón gigantes; su tamaño era tan descomunal que parecía que los hubieran lanzado desde algún tipo de nave espacial.

Vestían un chándal casi exacto, una en gris oscuro y la otra en negro, con las tres rayas blancas atravesando el lateral de los cuerpos delgados. Las zapatillas idénticas, blancas y de la misma talla. Aunque a Berta le quedaba un poco pequeña la treinta y seis, y le apretaba en el dedo gordo, hacía el esfuerzo para que el número de coincidencias entre ambas fuera el máximo posible. En su momento, habían planeado tatuarse la palabra «sisters» en el antebrazo, pero desde hacía unos meses no habían vuelto a sacar el tema.

—Tienes una mala cara, tía… —dijo Susana, liándose un porro.

—Ya, es que estoy cansada.

La otra le ofreció el canuto.

—Qué va, que va —dijo Berta—, no quiero fumar.

—Ni una birra…

—No, tía. Yo quiero…

—¿Qué?

Susana fumaba y las dos miraban cómo las motos se movían de un lado al otro por los montones de tierra roja. Los chicos daban pequeños saltos. Le parecía ridículo, aquello no era ninguna proeza digna de admirar.

—Escucha —dijo Berta—, ¿tú no has pensado que, si nos esforzamos un poco, nos van a aprobar?

—¿El curso? —dijo Susana soltando una carcajada—, bah, ni de coña…

—Ellos no quieren que estemos en el instituto —siguió Berta—. Podemos terminar cuarto y meternos en un grado, no sé, estudiar algo. El grado de Peluquería o el de Administración… Podríamos montar algo juntas… ¿te lo imaginas?

—Que yo ya no estudio más. Te he dicho que me voy a meter a

currar con mi madre, ¿es que no escuchas cuando te hablo? —dijo Susana, con los ojos ya enrojecidos—. Además, el Jonás quiere que nos vayamos a vivir juntos ya, necesito la pasta para el alquiler.

—¿Te vas a ir a vivir con él?

—Oye, no me empieces otra vez con el tema, de verdad.

—A ver, somos amigas, ¿no? —dijo Berta, mirando a los chicos pasar de un montículo a otro—. Ayer me acordé de lo que me contaste en verano, lo de aquella noche, cuando estabas borracha y él se pasó de la raya…

—Por Dios, cómo te pones de pesada. Que eso tampoco fue para tanto —dijo Susana—. Yo es que no sé para qué te cuento nada. Escucha, si tú tienes tus movidas con el Charlie, es cosa tuya, pero a mí no me contagies tus paranoias. Si no estás bien con él, pues te buscas otro novio. Tú sabrás.

Interrumpieron la conversación cuando los chicos se dirigieron hacia ellas haciendo cabriolas. Con un derrape, justo delante de los tubos, levantaron una nube de polvo rojizo que envolvió a las chicas. Protestaron un poco. Ellos se bajaron de las motos y Jonás se metió dentro de uno de los tubos, que tenían un diámetro suficiente para que un adulto entrara agachado. Pegó un grito hueco que retumbó en mitad de aquel páramo. Salió con un litro de cerveza en la mano. Los tenían dentro, en una bolsa con hielo.

—¿Has visto los saltos o qué? —dijo Charlie, sentándose al lado de Berta.

—Sí, sí —dijo ella.

—Menudo brinco el último que he dado yo, ¿eh? —dijo Jonás.

—Anda ya —intervino Charlie—, si casi no has levantado las ruedas del suelo, flipao. Yo volaba.

—Porque mi moto pesa más, chaval, que la tuya es un truño.

—Pues me voy a pillar una de puta madre —se defendió Charlie —. En cuanto cobre la extra de Navidad, vendo esta y me pillo otra.

—A ver si es verdad, ratufo —dijo Jonás.

Pasaron más de una hora fumando y bebiendo cerveza. Desde lo alto del cabezo se divisaban varios de los pueblos de la zona. Media docena de columnas de humo salpicaban el paisaje, procedentes de la quema de rastrojos. En un momento dado, Charlie saltó desde el tubo más alto hasta el suelo y susurró:

—Mirad, mirad.

Se puso a caminar despacio y se aproximó a una pequeña montaña de escombros, situada a unos veinte metros, justo al borde del terreno, donde comenzaba el talud. Entre los restos de muebles, basura y chatarra, se movía un gato de pequeño tamaño olisqueando los desperdicios. Charlie se acercó al animal, que maulló débilmente. El chico puso el pie bajo el abdomen del gatito y, con un repentino impulso de la pierna, lo lanzó hacia arriba con fuerza, haciéndolo aterrizar pendiente abajo.

—¡Pero ¿qué haces?! —gritó Berta, saltando al suelo y corriendo a su encuentro.

Susana y Jonás se quedaron riéndose en la enorme tubería.

—Qué bueno —gritó Jonás—, ese sí que ha volado.

—Pero si no le pasa nada, míralo, está ahí abajo —le dijo Charlie a Berta.

A mitad del terraplén, el gato trataba de subir de nuevo, pero, al verse incapaz, decidió alejarse hasta perderse por unos arbustos.

—¿Por qué coño has hecho eso?

—Es un animal de la calle, hija, tampoco pasa nada. Si no se muere ahora, tarde o temprano va a acabar despedazado por un perro o aplastado en la carretera.

—Eres un gilipollas, tío, de verdad —dijo ella—; llévame a casa.

—Oye —dijo él, agarrándola del brazo y apretando con fuerza —, como me sigas llamando esas cosas, un día te vas a ir andando a tu puta casa, ¿me oyes?

—Suéltame —dijo ella, dando un tirón.

Era la primera vez que Charlie se mostraba así con ella. Ya lo había visto comportarse de manera agresiva en otras ocasiones, buscando gresca en los bares, provocando enfrentamientos verbales en el instituto con otros compañeros o desafiando la autoridad de los profesores, pero nunca se había sobrepasado con ella. Volvieron a los tubos y se sentaron junto a los otros dos.

—Tío, que casi te cargas al gato —le dijo Jonás.

—Tenías que haberlo grabado con el móvil —apuntó Susana.

—Ha molado, ¿eh? —se jactó Charlie—. Cómo ha salido volando por los aires.

Charlie abrió los brazos y movió el torso imitando un avión al planear. Los tres se echaron a reír, pero Berta no. Desvió la mirada y contempló en silencio la naturaleza salvaje que los rodeaba,

aquellos tejados descoloridos de los pueblos que salpicaban la zona, a la vez que imaginaba a otras chicas de su edad escuchando música en su escritorio mientras decoraban sus carpetas o estudiaban Matemáticas; siguiendo adelante, día a día, con su monótona vida. Ella había elegido ser diferente; había decidido estar ahí, aunque cada vez se arrepintiera de ello con mayor frecuencia.

Jonás saltó al suelo e hizo un gesto a Susana, que le imitó. El chico abrió su mochila y sacó una colcha vieja; después, los dos se metieron en el hueco de uno de los enormes cilindros de cemento. Justo antes de introducirse en él, Susana y Berta intercambiaron una simple mirada que escondió una conversación completa.

—Bueno, Charlie, ¿me acercas o no? —dijo Berta, suavizando un poco el tono—, que tengo que sacar al perro, tío.

—Claro —dijo él—, te llevo, tranquila. Si aquí ya…

Desde el interior del tubo llegaban las risas de los otros.

—Nos vemos, pareja —gritó Charlie, arrancando.

No hubo respuesta. Berta se subió y se agarró con fuerza a la cintura de su novio. Antes de subir a casa se metió con Charlie en el parque de Europa. Se sentaron en el banco habitual. A los pies había una sábana sucia que algún mendigo habría usado la noche anterior. La tarde caía y el cielo parecía arder.

—Oye, dicen que la *rave* del sábado va a ser en Abanilla —dijo Charlie—. Estará de puta madre, la van a hacer en mitad del desierto. Estos irán seguro, la montan unos amigos del hermano de Jonás. ¿Nos animamos nosotros también o qué?

—Pilla un poco lejos, ¿no? —dijo Berta.

—Media hora o así… Tampoco es tanto.

—Es que el sábado… —dijo ella, liándose un cigarro—, no lo sé, la verdad. Justo este fin de semana a lo mejor está mi padre en casa. Y como nos liemos y llegue tarde, me va a armar una…

—Que no nos vamos a liar. Le dices que vamos a salir un rato y ya está.

Después de haberla amenazado, Jonás se mostró distante con ella, pero el chico siguió actuando como si aquello no hubiera sucedido. Igual de seco, pero no más hostil. Por un lado, ir a la *rave* con él no le apetecía nada, pero, por otro, consideraba injusto dejar de ir por su culpa. A Berta le encantaba ir de fiesta. A los trece años, comenzó a salir con Susana y con otras amigas por los bares

de la zona y, poco a poco, las noches se fueron convirtiendo en su vía de escape. Siempre había sido más introvertida que Susana, quien había ido quemando las etapas de la adolescencia demasiado rápido en diversas situaciones. Berta se había dejado arrastrar por su amiga en algunos aspectos y en otros no. Ambas bebían, pero Susana siempre iba un paso más allá. Más chupitos, más cubatas, más escote, más morreos con los chicos. Había fumado marihuana con ella por primera vez a los catorce, pero Berta no había probado el éxtasis hasta ese mismo verano, en la fiesta de la playa. Con el tiempo, Susana se fue volviendo más celosa y cortando el contacto con el resto de las amigas. Ellas eran «las gemelas», le decía; las demás eran unas mojigatas. De pronto, Susana comenzó su relación con Jonás y fue cuando Berta, cuyo círculo de amistades se había quedado en tierra de nadie, se vio obligada a dejarse seducir por Charlie, pues fue la única vía que encontró para mantenerse en el entorno de Susana. Desde entonces, las dos parejas comenzaron a salir juntas y Berta descubrió la exclusividad de acceder a las discotecas siendo menor de edad, comenzó a dejarse cegar por las luces parpadeantes, a beber hasta sentir que el mundo entero estuviera bailando con ella… En la pista desaparecían las preocupaciones; la vida se limitaba al ahora, a exprimir al máximo el momento.

Se besaron y el chaval le metió la mano por dentro de la camiseta.

—Charlie, tío… —dijo ella, oponiéndose.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me tengo que ir ya a casa.

—Pero si te acabas de liar el cigarro —protestó él.

—Ya, pero es tarde y tengo que sacar al perro.

—Dame un beso por lo menos —dijo él.

Ella estaba de pie y el chico la agarró con las manos por las nalgas, atrayéndola contra su rostro, con fuerza, y le dio un beso a la altura del ombligo. Un latigazo, mitad instinto de protección, mitad odio hacia aquella criatura que se abría paso en sus entrañas, sacudió el cuerpo de Berta. Empujó a Charlie contra la madera del banco con fuerza desmedida y el chico se quedó quieto, con los ojos muy abiertos y la mirada torva.

En ese momento fue plenamente consciente de que, de alguna

manera, estaba proyectando sobre su novio toda la rabia que le generaba el saberse utilizada por Néstor. El descubrimiento de sexo nuevo, adulto, lascivo y desenfrenado había devastado la fragilidad natural de sus experiencias íntimas con Charlie. La incomodidad de la furgoneta, el morbo de saber que Néstor tenía pareja, los subterfugios acordados entre ambos para esquivar las sospechas del pueblo… Todo aquello la había arrojado a un barrizal psicológico del que ahora era incapaz de escapar. Desde que había visto la segunda raya del test de embarazo, no había dejado de arrepentirse ni un segundo de haberse acostado con él. ¿Se merecía Charlie que ella le tratara así? No era más que un crío grande, aunque lo que había hecho con el gato la había sorprendido. ¿Sería capaz de sacar su lado violento si descubría que había estado engañándole con Néstor? A fin de cuentas, la autoestima de Charlie se reducía a la aceptación de la pandilla, por lo que acabar como un cornudo a ojos de Jonás supondría la peor de las humillaciones posibles. Este no daba el perfil de amigo comprensivo, que ayudaría a Charlie a pasar el mal trago con consejos y palmaditas en la espalda; más bien aprovecharía para ridiculizarle y abochornarle a la menor ocasión, machacándole con la traición perpetrada por Berta. Era cierto que Charlie, por lo general, la cuidaba y protegía, pero ella sabía que su actitud hacia él no estaba siendo justa y que el chico podría cansarse de sus caprichos y de sus repetidos desaires. Las apariencias pueden ser engañosas y hasta la persona más normal puede esconder un lado perverso.

—Pero ¿a ti qué cojones te pasa? —se quejó él.

—Que te follen —dijo ella, sin pensar en las palabras que salían por su boca.

Berta se dio la vuelta y caminó con paso firme en dirección a casa. En el suelo había cristales, botes de cerveza vacíos y colillas por todos los sitios. La mitad de las farolas estaban destrozadas a pedradas. Cuando entraba en el portal de su edificio, oyó el sonido de la moto arrancando.

4

Robles fumaba con la ventanilla bajada, a poca velocidad. Un viejo cartel oxidado le dio la bienvenida al término municipal de Fortuna. A escasos kilómetros de allí había tenido lugar la maldita *rave*, el origen de su tragedia personal. Conocía la mayoría de las carreteras secundarias de la comarca, las había recorrido con frecuencia, especialmente durante el año que dedicó a la búsqueda de Berta. Rastreó pistas por caminos, pozos, casas de aperos abandonadas, veredas y bosques. Interrogó a todo aquel que consideró susceptible de haber tenido relación con su hija durante aquellos días: su círculo de amigos, compañeros de clase, profesores del instituto… Pero, una tras una, todas las conversaciones desembocaban en vía muerta. Con frecuencia volvía a algún recuerdo de su hija. Tendría seis o siete años cuando se le acercó una tarde para pedirle ayuda con un laberinto que aparecía en el suplemento del diario. Era un lío enorme de líneas, a página completa, que había que resolver para que un conejo siguiera el camino que lo llevaba a una zanahoria. La niña aseguraba que llevaba un buen rato buscando la solución, pero que no había manera. Robles la sentó en su regazo y juntos trataron de buscar el camino. O bien el diseñador había cometido un error y había puesto alguna línea de más, o bien se había propuesto gastar una jugarreta a miles de niños del país, pero ayudar a que el animal almorzara resultaba imposible. «No se puede, hija», le había dicho él. «Pero ¿y el conejo?», había preguntado ella, con los ojos enormes y esa carita de no comprender nada. Con frecuencia sentía que él era aquel conejo. La labor de búsqueda interminable le sirvió, a la vez, para pasar fuera de casa la mayor parte del tiempo, alejarse así de su mujer, cuya tristeza se había convertido en un agujero negro de depresión. Desde que Berta se esfumó, Céline se pasaba día y noche en la cama, medicándose y llorando. Al año decidió volver a Francia, a su

pueblo natal, donde aún vivían sus dos hermanas. Robles no se lo echó en cara; en ese momento creyó que aquella era la mejor decisión. Y todavía lo pensaba. Nunca fue un padre modélico ni tampoco un marido ejemplar. Si bien, aunque durante años había convivido con Céline sin amarla, jamás le había sido infiel. De hecho nunca llegaron a firmar los papeles del divorcio, pues acordaron que, si un día acontecía el milagro y su hija volvía a casa, o, por el contrario, hallaban su cuerpo, todos los trámites serían más ágiles si ellos conservaban el estado civil. En cuanto a Berta, Robles nunca le había puesto la mano encima, pese a que en la preadolescencia su actitud beligerante había llegado a alcanzar momentos difíciles de gestionar por la vía del diálogo. En los últimos años, rara vez habían comido o cenado los tres a la mesa, pues él siempre estaba enredado en algún caso que le hacía trasnochar, quedarse hasta tarde en la oficina, en el cuartel o tomando cervezas con Frías y otros oficiales. Así las cosas, con el paso de los años, la relación con Berta se fue enquistando: a él no le gustaban sus compañías ni su relación con Charlie, que era su novio cuando desapareció. La investigación quedó cerrada una vez que se interrogó a todas las personas del círculo más próximo de la muchacha. Desapareció, sin más. Nadie sabía nada, nadie tenía pistas. Esto supuso para él un doble sentimiento de pérdida: por un lado, la amargura inenarrable del padre que ve como su única hija se desvanece sin explicación, con el peso de culpa que ello conlleva; y por otro vio como su orgullo de investigador se hundía en el abismo de la inutilidad y la incompetencia.

¿Cómo es posible que desapareciera sin más? ¿Cómo él, que había sido capaz de resolver los casos más intrincados, acababa siempre a las puertas de aquel desierto? Había hecho todo lo posible, seguido todos los rastros que se le habían presentado. Cuando tiró definitivamente la toalla, se trasladó a la casa de la huerta y cayó en un infierno de adicciones. Un cúmulo de antidepresivos y alcohol, sazonado con flirteos con ciertos estupefacientes, del que solo pudo escapar gracias a la terapia y a la compañía de Wolfe. En el momento más crítico, tocó tanto fondo que estuvo a punto de entrar en directo en uno de esos programas matinales que sobreviven, como parásitos zombis, alimentándose de la desdicha de otros seres humanos. Estaba dispuesto a convertirse

en una marioneta del *show* mediático, un padre coraje con intención de narrar los detalles más íntimos de su drama, de ofrecer sus últimos ahorros a quien ofreciera una nueva pista, pero aquella mañana estaba tan borracho que no oyó la llamada del redactor con el que había charlado el día anterior. Aquella etapa, que recordaba envuelta en una niebla densa, seguía latiendo en su interior y volvía a su mente una y otra vez para recriminarle su ineptitud como investigador. Sin embargo, allí estaba, de camino a Fortuna, atravesando el silencio brindado por los accidentes del paisaje lunar, dispuesto a investigar la muerte del hijo de Pablo Vicente. Ante sus ojos, se abrían por todos lados caminos de tierra seca, como venas sobre un cuerpo pálido e infinito.

El desguace donde había sucedido el accidente era un espacio inmenso, como una ciudad de chatarra multicolor, que se extendía en mitad de la nada. Al llegar a él desde la carretera, rodeado de aquellas montañas peladas, a uno le recordaba a esas series americanas de moda donde los cárteles mexicanos entierran vivos a los policías que olisquean más allá de lo esperado. Sentía que todo aquello le estaba elevando el ánimo: volver a la carretera, sin presión y de manera no oficial, simplemente para hacerle el favor a un viejo conocido y con la posibilidad de un retiro con gastos pagados en el horizonte. La idea de envejecer viendo encharcarse los bancales y la posibilidad de obtener un dinero que le permitiera reformar la casa le habían espoleado. «Un caso y ya está, lo resuelvo y listos», se había dicho. Pero con frecuencia tenía que hacer un esfuerzo notable para censurar otra voz, una hiriente conciencia interior que aparecía de pronto en su mente para sermonearle: «¿De verdad crees que serás capaz de resolver este caso cuando no pudiste aclarar el enigma de tu propia hija?».

Recorrió el lateral del negocio y quedó impresionado por su magnitud. ¿Cuántos coches podría haber ahí adentro? Miles, sin duda. Y, de ellos, ¿cuántos habrían llegado allí tras haber sufrido un accidente? Tal vez cientos. Decenas y decenas de dramas, de amputaciones, de tanatorios, de vidas destrozadas, hijos huérfanos o padres desmoronados ante la vida por la pérdida de su vástago. Entró, aparcó el Ibiza y un chico salió a su encuentro, con el mono verde oscuro y naranja chillón lleno de manchas de grasa. Llevaba un pendiente y el pelo grasiento recogido en una coleta.

—¿Tiene cita?

—¿Se necesita cita? Qué glamur…

—Claro —dijo el chico, limpiándose las manos con un trapo—, a no ser que quiera esperar media mañana.

—No tengo prisa.

—¿Qué necesita?

—Tengo ese faro roto y el parachoques trasero medio colgando.

—Vale, aparque ahí y saque el turno. Se lo tiene que indicar a las chicas de la ventanilla —dijo el chico, y, observando el coche, añadió—: De este modelo tenemos de todo, seguro…

Le sorprendió la sofisticación del entorno destinado a la recepción. Desde fuera parecía una nave industrial más, destartalada y con las paredes desconchadas. Las letras del negocio escritas en tipografía granate, enorme y mayúscula apenas se entendían. Pero por dentro aquello se asemejaba a la sala de espera de una consulta de medicina estética, con su luz de led y la pantalla con los dígitos del turno; las operadoras con el pinganillo en la oreja, respondiendo llamadas; media docena de personas esperando a que las avisaran para recoger sus piezas; en las paredes, fotografías enormes de las capitales de media Europa… Sacó el turno y salió a fumar. Los coches se amontonaban creando un laberinto de pasillos entre ellos. Pisos y pisos de vehículos brindaban sombra y se elevaban en complejos tetris metálicos. Encendió el cigarro, miró hacia la zona de recepción y echó a andar por uno de esos corredores. Aquel cementerio de chapas parecía ordenado de alguna manera. Le pareció que los modelos más modernos quedaban cerca de la nave, mientras que los que ya no se fabricaban se perdían en un amasijo de puertas, cristales y metales multicolores. Se entretuvo paseando entre aquellos restos de historia, pensando en la cantidad de vehículos que se fabrican, los millones de litros de petróleo que se requieren para hacerlos circular, las multas de tráfico por exceso de velocidad y los accidentes mortales.

De pronto, a la izquierda, vio unos conos que limitaban, con cintas de señalización amarilla y negra, un espacio rectangular. Dio por hecho que había sido allí donde se había producido el siniestro, porque en las proximidades se podían localizar varios camiones-grúa

aparcados. Desde la distancia, ocultándose entre los coches amontonados, vio cómo dos operarios descargaban un vehículo con todo el frontal reventado, ondulado como un acordeón. Se hablaban a gritos, dándose órdenes contradictorias. Vestían monos corporativos, sobre ellos unos chalecos reflectantes, tan sucios de aceite que apenas brillaban, y llevaban cascos de seguridad.

Se alejó un poco para mejorar la perspectiva y, de repente, algo atrajo su atención. El reclamo le arrancó de aquel lugar, sumergiéndole en un recuerdo con tintes de pesadilla. Al ver aquella furgoneta negra con una franja diagonal roja, se le hizo un nudo en el estómago. El vehículo, muy parecido al que aparecía en la serie *El Equipo A*, estaba encajado entre varios coches. Aunque le faltaban las puertas y varias partes de la chapa, lo reconoció al instante. Justo en la época en la que había desaparecido Berta, él andaba haciendo el seguimiento de una furgoneta muy similar a esa. Se trataba del caso de unos rateros que asaltaban chalets, por eso la tenía fichada. Lo curioso era que, tras el suceso de su hija, no volvió a hallar el rastro ni a recibir pistas sobre la Volkswagen. Fue como si se hubiera volatilizado de pronto. Y allí estaba, tantos años después, si es que era la misma. A menudo, la investigación de un caso le había conducido, erróneamente o no, a las puertas de otro, pero en esa ocasión la coincidencia parecía responder a una broma siniestra.

La furgoneta estaba incrustada entre cuatro coches, tenía un turismo encima, otro delante y otro debajo, y una ambulancia detrás. Desde el suelo comprobó que la parte frontal estaba aplastada y no tenía matrícula, mientras que la trasera se unía completamente al morro de la ambulancia, sin dejar ni un solo milímetro de distancia. Ambas superficies parecían fundidas, por lo que no era posible ver si aún conservaba la placa de identificación. Dio la vuelta para alejarse de los operarios, puso el pie en el capó del primer coche y, agarrándose a los hierros, trató de elevarse trepando hasta la altura de la furgoneta. La película de polvo del metal hizo que la suela del zapato se le resbalara y se golpeó la espinilla en el borde del capó. Soltó un aullido corto y ahogado. En ese preciso instante oyó una voz a su espalda.

—Eh, ¿qué hace ahí?

Robles elevó el cigarro como justificante de lo que iba a decir,

cojeando levemente.

—Como tardaban en atenderme, he venido a fumarme un cigarro.

El hombre, que había llegado dando grandes zancadas, no era el de la coleta grasienta. Era alto y fortachón, con la barba poblada y el pelo cortado a cepillo. Por encima del mono le colgaba una cadena de oro.

—Esto es solo para los trabajadores, tiene que ir a la zona de clientes. ¿Es que no ha visto la señal de «Prohibido el paso»?

Ciertamente, no la había visto. Pensó en lo fácil que es no ver los carteles cuando no se tiene interés en hacerlo.

—Estaba echando un vistazo a esta furgoneta. Es como la de *El Equipo A*.

—Ya, sí. Mire, es que esto no va así. Tiene que llevar un casco —señaló hacia el cielo—, ¿es que no ve las grúas? Esto es peligroso.

—Sí, perdona, perdona —dijo Robles, levantando las manos como un prisionero—. Pensaba que se podía pasar.

El otro se le quedó mirando y sonrió levemente; de alguna manera le hizo gracia ver lo tozudo que Robles se mostraba al disculparse.

—Venga conmigo, que yo le acompaño.

—¿Aquellos conos de allí señalizan la zona donde tuvo lugar el accidente ese de la grúa?

El hombre soltó un bufido.

—Sí, es que todavía no hemos tenido tiempo para limpiar todo ese jaleo.

—Pero ¿cómo pudo pasar esa desgracia?

—Pues lo de siempre, por temas de seguridad. Por eso le digo que tiene que salir de ahí…

—¿Le conocía bien?

—A ver, bien, bien no… pero todos conocíamos al Dani. Era un poco bala perdida, aunque buen zagal. Fue una putada lo que le pasó, aunque nos podía haber pasado a cualquiera.

—Ya, no sé… —dijo Robles—, es que la gente anda murmurando que el asunto no está del todo claro.

—¿En qué sentido?

—Pues en que pudo ser una negligencia de la empresa, más que un fallo suyo.

—Qué va. La gente no tiene ni idea —El empleado pareció sentirse incómodo y atajó la conversación—: Bueno, ¿ha sacado turno?

Robles respondió que sí y se metió la mano al bolsillo para enseñarle el papelito con el número.

—A ver… —el empleado lo miró—, ya se le ha pasado. Tendrá que coger otro.

Su tono había cambiado, poco a poco la amabilidad inicial se fue transformando en un timbre seco.

—Vale.

—Y no vuelva a meterse por aquella zona, a no ser que quiera acabar también espachurrado.

El hombre ni siquiera le miró al despedirse.

En el negocio habían incorporado un servicio de taller, donde los operarios del desguace podían instalar las piezas. Robles aprovechó para cambiar los limpiaparabrisas, aunque en realidad solo había ido al desguace para echar un vistazo al lugar. Al salir del recinto, se fijó en que había restos de chatarra amontonados en el descampado de al lado. Paró y cargó en el maletero y en la parte trasera varios pedazos de chapa y retales de latón. Cuando llegó a casa remachó la jaula de Wolfe. Había cogido la rutina de salir con él a pasear y lo notaba menos excitado por las noches. También a él le estaba viniendo bien caminar de vez en cuando. Rutinas de prejubilado.

En la madrugada retronaba un sonido de verbenas procedente del valle, con los graves distorsionados y un ritmo enfermizo. Sonaba como si toda la naturaleza estuviera enlatada. Recordó que por esas fechas eran las fiestas de Villanueva. Hacía más de diez años que no pasaba por aquel pueblo, vecino del lugar en el que se había criado.

5

La noche anterior apenas había bebido media botella de vino y al día siguiente se levantó con ánimo para limpiar y ordenar la casa. Abrió el viejo estuche de CD y puso Led Zeppelin a todo trapo. Algo se había activado. Ver la furgoneta en el desguace y haberse puesto en marcha de nuevo tras la pista del accidente del hijo de Pablo Vicente le había devuelto la ilusión por retomar la normalidad, de alguna manera. Se había visto con las arenas movedizas tan hasta el cuello que cualquier rama que tuviera a mano podría servirle para asomar un poco el cuerpo. Durante el día se dedicó a apuntalar un tornillo suelto del canalón del tejado y a fumigar los árboles. Wolfe le siguió por la finca y por dentro de la casa varias veces al oírle cantar, y se le subió con las patas al pecho, como si quisiera bailar con su amo. El animal parecía exultante al detectar en Robles una actitud diferente. Aunque la felicidad todavía le quedaba muy lejos, el instinto del perro no iba del todo desencaminado.

Cenó los sanjacobos que tenía congelados y se dispuso a afeitarse dándose una ducha. Al abrir el armario para sacar las cuchillas vio el frasco de colonia que Berta le había regalado para un cumpleaños. Su pequeña había destinado una parte de su paga a comprarla. Un instante sirvió para que todo el torrente de emociones cambiara de rumbo: oleadas de calor ascendiendo, un hueco enorme en el pecho, impulsos recorriendo los músculos corriente arriba… Esperanza, ánimo, tristeza, culpa, de cero a cien. Cerró la puerta del armario y se encontró de frente con su rostro. Los ojos hundidos, rojizos; la piel ajada y toda la cima de la frente despoblada. El cabello le caía por el cuello, apuntando al gris y húmedo de sudor. Sobre el pecho, colgaba un anillo que había encontrado entre las cosas de Berta al intentar localizar cualquier tipo de pista en los días más duros de la búsqueda. Robert Plant llenaba la casa con sus lamentos. Se puso una pastilla debajo de la

lengua y se metió en la ducha, se acurrucó y se esforzó por dominar los llantos. Trató de concentrarse en la lluvia artificial sobre su espalda. Una de las experiencias positivas que había sacado de su paso por la psicóloga había sido la de aprender a dominar las emociones evadiéndose de ellas en el momento crítico, para poder enfocarlas en momentos de calma. Pau, que así se llamaba la treintañera de tez angelical y dientes torcidos que le había atendido en las sesiones, le dijo que un buen método consistía en concentrarse en lo que ocurría a su alrededor, en tomar algo como referencia y pensar únicamente en ello, solo en esa percepción de los sentidos, durante un par de minutos, alejando de su cabeza los pensamientos negativos. Aquella técnica fue el fruto de un año y medio de terapia: fijarse en los sonidos, concentrarse en lo que oía o tocaba, escucharlo, sentirlo, intentar descomponer las causas físicas de la realidad. Seguramente, ella habría sacado ese truco de uno de esos libros de autoayuda que te invitan a vivir el ahora, a no pensar en el futuro, como si la vida no fuera un fluir, sino un pasar de celda en celda, un vivir los huecos en blanco de una libreta de cuadrículas. Cada día, una cuadrícula. No pases a la siguiente celda hasta que no hayas rellenado esta. Coloréala bien, no dejes espacios en blanco. El sonido del microondas al girar se debía a un pequeño motor que rotaba gracias a la electricidad, la cual llegaba del enganche que recorría el suelo hasta el poste de la luz, a pie de la carretera; la cadencia de la gota sobre el plato de la ducha era constante, pero el tiempo variaba: a veces tardaba tres segundos en sonar de nuevo, otras cuatro segundos, e incluso a veces desaparecía totalmente para volver por sorpresa, y su llegada era como una vía de escape, un *drop* onomatopéyico y liberador que dependía de la acumulación de líquido dentro del tubo… Así, se concentró en el burbujeo, en el repiqueteo del agua sobre su espalda, millones de gotas por segundo cayendo sobre su cuerpo, golpeando la piel y destrozándose sobre la superficie. Él era de roca, él podía con todo. Aquellos aguijones líquidos chocaban contra su cuerpo, se deshacían en un charco que le cubría los tobillos y se escapaban por el desagüe. El agua, procedente de los depósitos, recorría las tuberías a toda velocidad para brotar a su antojo por la alcachofa de la ducha. Se quedó pensando en todo eso, inspirando y espirando hasta que, al cabo de un rato, salió, se secó y apagó el

aparato de música. En mitad del silencio fue recobrando la calma. Tomó las tijeras y se recortó las puntas del pelo con delicadeza. Se encontraba cada vez más tranquilo. Sintió la cuchilla arrastrándose sobre la piel deshidratada y produciendo un sonido árido. Fue al armario y buscó una camisa limpia, se puso unos vaqueros, las botas altas y volvió a abrir la puerta para coger el frasco de colonia. En la etiqueta, un joven con aire a lo James Dean estaba sentado sobre el capó de un deportivo. Tras él, una ciudad luminosa y artificial se deshacía en la noche. Trató de buscar alguna semejanza entre él y aquel fantasma. Soltó una carcajada desdeñosa y se envolvió en el aroma del brebaje. El exceso de alcohol que contenía la fórmula le irritó la piel del cuello; un ardor ridículo en comparación con el que aún le abrasaba cada vez que recordaba su fracaso en la búsqueda de Berta.

De Villanueva era parte de la familia de Pablo Vicente y de su hijo muerto. En las afueras se dispersaban cuadras y corrales clandestinos levantados con maderas y chapas. No era el pueblo de Robles, pero lo conocía bien. Por allí todas las localidades quedaban más o menos cerca y el crecimiento había sido tal en los últimos treinta años que, con frecuencia, resultaba difícil situar los límites precisos entre ellas. Muchas familias se habían ido moviendo por la zona, se habían asentado allí donde hubiera brotado una mayor posibilidad de trabajar y se habían extendido por las poblaciones vecinas como raíces sedientas. Era extraño encontrar a alguien que no tuviera amistades o familiares en otro municipio. Varios de sus antiguos conocidos habían terminado allí. Pensó en darse una vuelta, entablar conversación con alguno de ellos y, así, comenzar a indagar en el asunto. En el patio del antiguo colegio del pueblo habían montado un escenario sobre el que tocaba una banda llamada Multicolor, que en ese momento interpretaban *Sultans of Swing* de Dire Straits. El guitarrista se marcó un solo horrible y la cantante tenía un timbre de voz en las antípodas del original, pero tal vez esa era precisamente la gracia del asunto. Se movió entre los cuerpos apretujados y saludó a tres o cuatro parroquianos levantando el mentón; algunos directamente se alejaron al verle llegar. Muchos sabían de su pasado investigando casos de fraudes, impagos o negocios al borde de la legalidad, y por allí casi todo el mundo había barrido algo bajo la alfombra en algún momento de su

vida. Reconoció a algunos de los que volaron a su paso, pero no se lo tomó como algo personal. Era cuestión de esperar a que, tarde o temprano, alguien libre de pecado le reconociera, se acercara y le dirigiera la palabra. Fue directo a la barra y pidió una cerveza; tuvo que gritar para elevar la voz por encima del espantoso sonido de la banda. No le había dado el primer trago cuando sintió una mano apoyarse con fuerza en su hombro. Se volvió y se encontró con un aliento cargado proyectándose hacia su rostro.

—Pero, coño, si es el detective Robles.

—¡Piblas, qué pasa, joder!

Sebastián Villar, que así se llamaba en realidad el Piblas, le dio un abrazo y le aplastó contra su cuerpo, zarandeándole un poco. Había sido un buen amigo en la infancia y habían mantenido una relación sana durante la adolescencia. A pesar de la calurosa noche de finales de agosto, el Piblas llevaba una chupa de cuero con pinta de haber corrido mil batallas. Bajo ella resaltaba una camiseta desteñida en la que se adivinaba el gato negro de Los Suaves.

—¿Puedo echar una cerveza contigo? —le preguntó.

Tenía esa expresión afable propia de los heavies, con sonrisa marrón pero limpia y ojos vidriosos. Durante parte de su juventud, Robles se relacionó con un grupo de rockeros de diversos pueblos de la zona, unidos por la pasión de la misma música. Una amistad que se forjaba en el intercambio de los casetes en el instituto, las primeras borracheras y la repulsa por la moda de música electrónica y pop que lentamente se había ido imponiendo en los bares. Aquí y allá se fueron formando bandas que tocaban en casas okupadas o en bares de mala muerte sin licencia, y durante años recorrieron las provincias colindantes celebrando conciertos y fiestas al margen de la sociedad. Una buena época, sin duda, con gente que siempre iba de cara, que bebía para vivir, creando comunidad y huyendo de los problemas. Iban al límite, sin cruzar más allá de lo que establece la moral ni hincar las botas en los fangos del delito. Robles tenía la convicción de que los principios de un auténtico heavy le dotan de una báscula interna capaz de calibrar a la perfección los límites entre el bien y el mal, entre la rectitud y la injusticia, entre la rebeldía y el respeto. La efusividad con la que el Piblas le sacudió el hombro al verle, ese gesto primario, se traducía en un sinfín de recuerdos agradables.

—Pero aquí no, tronco, bébete eso de un trago y vamos al bar del Encinas —le dijo.

Salieron a la calle principal y se cruzaron con algunos de su quinta.

—¿Habéis visto que ha venido Robles?

El Piblas se dirigía a unos y otros con un orgullo que a Robles le daba un poco de vergüenza ajena. La gente no se les acercaba.

—Todos estos no tienen ni puta idea —le dijo con una sonrisa franca.

Recorrieron unas cuantas calles hasta llegar a las afueras del pueblo. La última vez que Robles había estado en Villanueva solamente había un bar, el de toda la vida. Ese ya había cerrado, según le contó el Piblas, pero habían abierto otros tres. El mejor era el bar del Encinas, bautizado con el apellido de otro de los heavies de la época dorada. Allí andaban varios hombres con los que Robles había espigado. Algunos se le acercaron con respeto y con curiosidad, sin preguntar demasiado, simplemente dejándole saber que se alegraban de verle. Aquel encuentro, mitad fortuito, mitad intencionado por su parte, le reconfortó poderosamente. Robles acertó a ver en los ojos de aquellos hombres una mezcla de compasión y fraternidad, pero no necesitaban verbalizarlo ni preguntarle por el duelo; bastaba con las formas, con las preguntas dirigidas a ubicarle: a qué se dedicaba ahora que había dejado de investigar, dónde vivía… Les dijo que estaba con su perro en la casa de campo de la familia y que ya hacía más de cinco años desde que su mujer se había ido. Percibió que se alegraban sinceramente de verle. Echaron una cerveza poniéndose al día y recordando algunas viejas anécdotas. Finalmente, se apoyó junto al Piblas en la barra y los demás siguieron en el fondo del bar con sus carcajadas y sus *riffs* tocados en guitarras imaginarias. El Piblas pidió dos cervezas y dos tapones de tequila.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? —dijo elevando el vaso minúsculo.

Brindaron.

—¿Tú cómo vas, Sebas?

—Pues como el puto culo —respondió sin dudar un instante, con una sonrisa forzada—, ya me ves. Aquí, todo el día en el pueblo.

Se bebió el tequila sin limón ni sal.

—Todo el día metido en la fábrica y esperando a que llegue el fin de semana para esto —dijo, señalando la cerveza—, sin pareja, sin hijos…

Se detuvo un instante, como tomando conciencia de que al hombre que tenía frente a él tampoco le quedaba familia. Robles le hizo un gesto con la cara, dándole a entender que no se había molestado, que podía seguir desahogándose.

—… en fin, pues eso, tronco. El pueblo es como una maldición —siguió, sonriendo—; naces encadenado a la familia y, si no vuelas de aquí, pues te acostumbras y aceptas la muerte en vida. Es lo que hay.

Sus ojos entornados se movían entre la rabia y la nostalgia.

—¿Y tu hermano cómo va? —preguntó Robles.

Él sabía que desde jóvenes su relación nunca había sido muy buena, pero le pareció adecuado preguntar.

—Se mató con el coche.

—Hostia, lo siento…

—Y yo —dijo el Piblas—; nos llevábamos regular, ya sabes. Y desde que murió mi madre la relación empeoró aún más, porque estábamos enganchados por un asunto de tierras.

El hombre bebió un trago largo de la cerveza y se quedó con la mirada fija en la espuma unos segundos. Robles recordó todos los coches destrozados del desguace, pensó que posiblemente fue en uno de ellos donde el hermano de Sebastián se dejó la vida.

—Pero mira, se mató y se acabó el problema: todo para mí —rio el Piblas con amargura—. Ahora mismo daría todas las tierras a cambio de echar unas cervezas con él, recordar cuando éramos críos…

Se acabó la cerveza e hizo un gesto al Encinas para que sirviera dos más.

—¿Y tú qué? —le preguntó a quemarropa—, ¿has superado ya lo de tu hija?

Desde que dejó la terapia, le costaba horrores hablar sobre la desaparición de Berta o sobre su mujer. Lo había enterrado todo en un campo yermo y lejano de la memoria, sin colocar cruces ni rastros que le permitieran localizarlo de nuevo.

—No fui capaz de sacar nada en claro. Moví cielo y tierra…, pero nada. Se volatilizó. Ese vacío del que hablas, el de tu

hermano…, ojalá lo sintiera yo. Porque cuando no puedes cerrar la herida, el agujero nunca deja de sangrar, ¿sabes?

El Piblas lo miró con gesto compasivo y le puso la mano en el hombro.

—Es como un cáncer —dijo Robles—; sigues adelante, pero sabes que está ahí, quemándote cada día.

Terminó su cerveza caliente asintiendo y dio un primer tiento a la nueva. Sintió cómo entraba fresca en la garganta, como un antídoto. Se concentró en la espuma acumulándose al fondo de la boca, justo antes de caer como una catarata por el esófago. El truco volvía a funcionar y alejaba de un tajo la melancolía del recuerdo.

El Piblas, que tenía toda la pinta de ser un profesional a la hora de saltar en cuanto el suelo comenzaba a temblar bajo sus pies, le dio un golpe en el brazo con el codo.

—Voy al baño, ¿tú quieres? —dijo.

Robles resopló, cogió la botella y fue tras él. Entraron y echaron el pestillo. La música vibraba en las paredes. Se sintió protegido por el cerrojo, disfrutando de la exclusividad de los viciosos, como dentro de un útero cavado en piedra. Creyó que era el momento ideal para dejarle caer si había oído algo del accidente de Dani, el hijo de Pablo Vicente.

—Reventado por una grúa. Menuda forma más jodida de palmarla, ¿no? —dijo el Piblas.

—Ya ves, menuda movida. Pero, oye, me han llegado rumores de que andaba metido en trapicheos…

—Fijo. A ver, trabajaba en el desguace solo por las tardes y con eso no se gana mucha pasta, así que se sacaba un extra con trabajillos…

—Pero ¿qué tipo de trabajos? ¿Movía coca o qué? —le preguntó Robles, como sin darle importancia.

—Que yo sepa, no. Movía hierba, eso sí. Parece que tenía unas plantas en la terraza de la casa de sus abuelos. Los viejos no se enteran de nada o prefieren no enterarse. Pero, vamos, que con eso no creo que sacara mucho tampoco. Dicen que andaba enredado con los ucranianos que llevan el Tiburón.

—El puticlub…

—Sí, al parecer les llevaba paquetes de aquí para allá.

—¿Paquetes de qué?

—Yo qué sé. Esos no saben lo que transportan, son como los mulos de Sudamérica. Tú cobras por llevarme la maleta, pero no sabes lo que contiene. Puedes deducirlo por la cantidad que te pagan. Pero, vamos, todo eso es lo que cuentan por aquí, yo en realidad no sé nada.

—¿Y en el desguace con quién se juntaba?

—No sé —dijo el Piblas.

El heavy se le quedó mirando con una sonrisa pícara mientras alineaba las rayas sobre la cartera.

—Tío, esto parece un interrogatorio —le dijo—, tú estás investigando algo, ¿has vuelto a lo de detective o qué?

—Qué va, el tema es que me llevo bien con su padre, de toda la vida. Es solo por curiosidad.

—Ya, ya. —Esnifó, y le hizo un gesto para que se acercara—. Pues el que te puede echar un cable con esto es Germán. ¿Te acuerdas de él?

Claro que se acordaba. Germán era uno de los adolescentes con un historial de delincuencia más dilatado de la zona. Comenzó robando objetos a los compañeros de clase, los amedrentaba para sacarles dinero y pronto le investigaron por pegar el palo en la casa de uno de ellos. Cuando dejó los estudios empezó como peón en la construcción y robaba mercancía de las empresas en las que trabajaba, herramientas sobre todo. Fue agravando su conducta delictiva hasta que una madrugada usó la fuerza y la intimidación en una gasolinera y mandó al dependiente al hospital, con la nariz partida y varias costillas rotas.

Supo enseguida que la coca era buena.

—¿Se está rehabilitando o qué?

—Bueno, por lo menos ahora está currando en el desguace. Pero, vamos, que ese sí que mueve coca. Vamos: coca, MDMA, hierba… De todo. Ya sabes: el que lleva el veneno negro en la sangre…

—¿Ha venido a las fiestas?

El Piblas se echó a reír.

—Ese no se pierde una. Siempre anda por el Symbol o en alguna bronca. Si oyes follón, fijo que él anda enredando.

—Voy a ver si me cuenta algo, ¿te queda coca?

—Algo, pero si quieres puedo pillar más…

Salieron del baño y el Piblas se quedó en la barra. Siguió sus

indicaciones para encontrar el Symbol. Cuando se ubicó, enfiló hacia la calle guiado por el ritmo del reguetón y los gritos que canturreaban celebrando la embriaguez en la puerta del bar. En mitad de la marabunta destacaba una figura que apenas sobrepasaba el metro y medio de altura, el cuerpo delgado y combado hacia delante. Coincidía con el recuerdo que tenía de Germán y el tatuaje de una telaraña en uno de los codos no le dejó lugar a dudas. Vio que entraba al bar detrás de una chica y se metió tras él. Las vibraciones de la música zombi se le enredaron en los músculos de las piernas como una plaga de reptiles. Le localizó pidiendo en la barra y se puso a su lado. Germán le miró con gesto de asombro, como si no estuviera acostumbrado a que se le pusieran al lado sin permiso. Las luces moradas del techo rebotaban en el cristal del botellero y le deslumbraban, guiñó los ojos tratando de reconocer al visitante.

—¿Sabes quién soy o qué, Germán?

—Hostias, Robles —dijo, escupiendo al suelo.

—¿Cómo va la cosa?

—Pues ya ves, aquí, en las fiestas.

—¿Qué vas a tomar? —le dijo.

—¿Me vas a invitar o qué?

—Si me dejas, sí.

—¿No estarás buscando un chapero a estas alturas? —Llevaba un tatuaje de un rayo debajo de la mejilla y le pareció ver un brillo metálico entre los huecos de los incisivos—. Red Bull con Ballantine's… Bueno, si pagas tú, mejor pídemelo con Red Label.

—Que sean dos.

Germán se volvió y se puso a hablar con una chica que no pesaría más de cuarenta kilos. La camarera sirvió las dos copas. A pesar de que Robles había tratado de vestirse lo más *casual* posible, estaba claro que su presencia desentonaba con el público del bar. Germán terminó de hablar, se sentó en un taburete y se bebió media copa de un trago.

—Esto te revienta el hígado; lleva cuidado, que tú ya no estás para estos trotes.

—Para eso tenemos dos hígados, ¿no? —le dijo Robles.

—Eso son los riñones. Madre mía, cómo vas…

Robles le hizo un gesto que el otro comprendió perfectamente.

Germán se bajó del taburete, le dijo a la camarera que les echara un ojo a las bebidas y salió disparado hacia el baño. Había dos jóvenes esperando para entrar, pero Germán fue directo a dar varios puñetazos a la puerta, que se tambaleó.

—Saliendo, que estoy que me cago —gritó.

Una voz asustadiza respondió desde dentro y a los pocos segundos se corrió el pestillo. Salieron dos chavales que no tendrían más de quince años. Los que esperaban su turno ni siquiera se atrevieron a abrir la boca. Una vez dentro, Robles le dio la bolsa y, en un abrir y cerrar de ojos, la droga estaba dispuesta sobre la pantalla del móvil de Germán. Otro baño, otra raya. Así se les escapa la vida a los jóvenes, entre baños con los suelos cubiertos de meado, las paredes pintarrajeadas con groserías, espejos que reflejan restos de escupitajos y váteres carcelarios cuyas cisternas nunca terminan de rellenarse y se quedan gorjeando agónicamente. Así son los pueblos de este país, así se cría una parte de los currantes del futuro, entre ritmos machacones, taurina y sustancias cortadas con analgésicos, polvos de talco y pesticidas. Despiertan atribulados, muchos aún imberbes, con el sabor amargo arrastrándose todavía por la garganta reseca. En la memoria quedan restos contaminados de las risas, de la decoración de la discoteca, del color del pelo de la chica a la que besaron. Conservan apenas un chispazo de esa euforia artificial y borrosa, un puñado de recuerdos incoherentes y sucios, como llenos de arena.

—Oye, necesito que me cuentes lo que le pasó al Dani.

Soltó un bufido y esnifó.

—A mí no me líes, tío —dijo Germán—. Yo qué sé.

—Mira, te quiero poner sobre aviso. He oído que la Guardia Civil anda detrás de la pista de lo que estáis moviendo. No te estoy amenazando, al revés; solo te aviso. Tienen ganas de cazar a alguien porque los políticos se están poniendo muy pesados con el tema. Yo puedo cubrirte, aún conservo mis contactos.

Germán suspiró y le dirigió una mirada incisiva.

—Mira, tío, el Dani tuvo el accidente porque iba despistado. Dormía poco y eso te va dejando los sesos fritos. Estaba en el sitio donde no tenía que estar, por cuestiones de seguridad, y se le cayó el trasto encima.

—Necesito que me hagas un favor.

—Si es algo sobre lo del Dani, yo paso. Ya me interrogaron los maderos y todo el rollo…

—Lo que necesito es una cosa mía. Hay una furgoneta en el desguace y tengo que verla.

—¿Dónde está?

—Al final del todo, al lado de la verja. Es una furgo negra con una raya roja.

—Ni idea. Ahí hay un millón de coches. Mira, vente el jueves pronto, a las siete de la mañana, que tengo que abrir yo.

Le hizo un gesto señalando hacia la raya que quedaba.

—Tírale tú y quédate todo lo que queda.

—¿Que me quede el qué? Si lo he volcado ya todo.

Le enseñó el trozo de plástico vacío, se metió la última raya, se guardó el móvil y abrió el pestillo con violencia. Todo en menos de cinco segundos.

6

El jueves siguiente, Robles esperó aparcado en la gasolinera que había en la misma salida del desguace. El sol acababa de asomar tras los cerros del valle. Se quedó mirando aquellas colinas y recordó los días de angustia durante la búsqueda de Berta. Pronto vio por el espejo retrovisor, acercándose por la vía de servicio, un vehículo que le dio las largas cuando estaba a unos cincuenta metros. Arrancó el coche y lo siguió. Un océano de chapas y hierros refulgían con los primeros rayos tras las vallas metálicas. En un extremo del desguace se alzaba una grúa de las que elevan y transportan por el aire los coches para dejarlos caer en el interior de la trituradora de metal, un gigante que en apenas una hora pondría en marcha su infernal mecanismo, que masticaría aquellos vehículos para defecarlos como cubos de amasijo. Un proceso similar al de la digestión, en el que el lubricante de los motores actuaba como laxante. Germán aparcó la camioneta serigrafiada junto a la puerta del desguace y Robles colocó su coche detrás. El aire ya era sofocante pese a ser muy temprano, el verano se resignaba a soltar el cetro ardiente de las estaciones. Germán se bajó y le saludó con un leve gesto de la cabeza; su lenguaje corporal evidenciaba que el muchacho tenía por delante un día duro de resaca. Buscó entre un manojo de llaves y metió una en el candado. La doble puerta cedió con un sonido de cadenas.

—Date prisa, tío; en media hora estarán todos por aquí.

Robles fue directo a meterse entre los pasillos conformados por muros de chatarra que se levantaban varios metros. Consiguió ubicarse rápidamente y fue hacia la zona donde había visto la furgoneta. Por algunas partes se apilaban hasta seis coches viejos, unos sobre otros. Daba cierta sensación de angustia pensar que, de pronto, uno de ellos pudiera ceder a la presión de los demás y todo aquello se desmoronara como un castillo de naipes. Germán se

quedó haciendo guardia al final de uno de los pasillos. Robles atravesó el laberinto de matrículas dobladas y ruedas sin aire hasta llegar a la furgoneta. Con un grito, que se quedó latiendo al rebotar contra los metales, llamó al muchacho para que se acercara. Un gorrión asustado salió aleteando de un maletero entreabierto. El chico dudó un instante, pero finalmente acudió al trote.

—Por aquí hay una zona que está llena de avisperos —dijo al llegar, mirando hacia todos lados con gesto paranoico.

—¿Sabes cuánto tiempo lleva aquí está furgoneta?

—Puf, ni idea. A esta zona la llamamos la UCI, aquí no viene nadie —sacó un cigarro del bolsillo lateral del mono y lo encendió —; son coches que se quedaron pendientes de desguazar justo cuando Gerardo se metió con la ampliación de las naves, y los dejaron aquí. Puede llevar fácilmente ocho o diez años. En cuanto acaben de hacer todas las reformas, lo van a convertir todo en una bola de hierro. Esto es carne de chatarra.

Robles observó el resto de los coches que la rodeaban; todos ellos presentaban el color mucho más desgastado. Se sorprendió de no haberse fijado en eso en la visita anterior; sin duda su instinto se había activado. Ni la mejor pintura habría soportado la inclemencia del sol conservando ese brillo. Los vehículos que rodeaban la furgoneta tenían aún las matrículas, al menos en las partes sanas de los siniestros. Estos indicios le llevaron a la conclusión de que habían levantado varios bloques de coches más viejos y habían colocado adrede entre ellos esa furgoneta. Estaba escondida. Seguramente, quien la hubiera colocado ahí había pensado que la harían añicos pronto. Sintió trepándole por el pecho una mezcla de adrenalina y de ánimo; las ideas iban conectando y, por primera vez, tuvo la sensación firme de que no iba mal encaminado.

—Oye, date prisa, tío, que en breve empiezan a llegar los compañeros.

Una ráfaga de viento se levantó con fuerza desde el este. En aquella zona era frecuente avistar pequeños tornados a finales del verano; eran incapaces de arrastrar más que unas cuantas hojas, ramas secas y bolsas de plástico, pero siempre llamaban la atención y resultaba un acontecimiento observar la danza de los pequeños remolinos. Sobre sus cabezas se balanceaban los cuerpos suspendidos de las grúas. Varios pájaros rechonchos y de plumaje

marrón moteado de blanco se apoyaban en los cables y parecían divertirse al columpiarse. Dentro de su pequeña cabeza, su minúsculo cerebro era capaz de relacionar el placer con la sensación de movimiento sin hacer mucho esfuerzo.

Subir por las puertas laterales no parecía una buena idea, de modo que Robles se alzó, con mayor seguridad en esta ocasión, y se encaramó con cuidado hasta quedar sentado en el capó de la ambulancia que se empotraba contra la furgoneta por la parte de atrás. Las dos puertas traseras quedaban en el aire y, aunque presentaban algunos pliegues por la gravedad de la masa y una de las bisagras se había doblado un poco, pensó que podrían abrirse sin demasiados problemas. Pulsó la manilla, pero esta no cedió.

—Oye, acércame una herramienta.

—No tengo aquí nada… —dijo Germán.

—Joder, date prisa. Tengo que abrir esto, tráeme algo.

El otro soltó una blasfemia, corrió hacia el taller y volvió con una palanca enorme. Hizo dos movimientos pendulares con el brazo y al tercero la soltó en dirección a Robles, que la cogió al vuelo con las dos manos. Comenzó a golpear el cierre trasero con fuerza y en una de esas ocasiones falló, resbaló sobre el capó y tuvo que agarrarse a la puerta. Una de las esquinas del metal doblado le hirió en la muñeca.

—Tío, date prisa.

—¡Calla un poco con lo de la prisa, joder! —respondió Robles, chupándose la sangre.

Apoyó las plantas de los pies en el parachoques y golpeó varias veces con fuerza. El ruido retumbaba contra las placas de acero, devolviendo el eco duro y líquido. Tiró fuerte de una de las puertas y, con ayuda de la palanca, consiguió abrirla lo suficiente para colarse dentro. El interior estaba cálido, el polvo flotaba en el aire y el suelo estaba cubierto por un cartón enorme y mohoso. Al poner las rodillas sobre la superficie sintió que el vehículo se desequilibraba levemente. Supo que debía moverse despacio por la parte central para no cometer un error grave; caer desde esa altura sin cinturón podría costarle un disgusto serio. Trató de levantar el cartón, pero este se rajó escupiéndole a la cara un puñado de partículas de papel y polvo. Estuvo tosiendo un buen rato. Un lagarto de tamaño considerable huyó por una de las ventanas. El

calor era asfixiante. Se movió despacio entre los asientos traseros, separó la moqueta que escondía la rueda de repuesto y metió la mano entre los huecos de los asientos. En el suelo vio el brillo de algo metálico atrapado bajo una de las alfombrillas. Parecía una cadena de oro. Tiró de ella hasta que extrajo el colgante, de unos cuarenta centímetros de longitud. Una sensación de angustia le abrazó el pecho, como si se encontrara al fondo de un pantano. Suspiró y apretó con fuerza los dientes. Identificó a la Virgen de Lourdes por una de las caras del medallón y, al darle la vuelta, descubrió la inicial del nombre de su hija. Era la cadena que le había regalado su abuela francesa para su comunión. No había dudas de que Berta había estado dentro de ese vehículo. Se echó la cadena al bolsillo del pantalón y se dispuso a desplazarse hasta la parte delantera por entre los asientos. Estaba abriendo la guantera cuando oyó la voz del Germán llegar desde abajo.

—Ya vienen. Sal, tío.

Se sentó con suavidad en el asiento del copiloto y vio a lo lejos un par de vehículos que hacían un cambio de sentido para tomar la vía de servicio que llevaba a las puertas del negocio. Pensó que estaba a bastante altura, pero tampoco mucho más de esa a la que suele estar un conductor de camión. Abrió la guantera y encontró varios casetes viejos con títulos escritos sobre la pegatina: Peret, Los Chunguitos, Sergio Dalma, Europe, Kiko Veneno, Manzanita…; al fondo descubrió dos cintas TDK, una sin nombre y otra con un corazón desgastado dibujado con típex. Las cogió y se echó cada una a uno de los bolsillos traseros. Siguió removiendo y no encontró más que papeles de publicidad de talleres mecánicos, discotecas y servicios de autolavado.

—¡Baja ya! Me vas a meter en un follón.

Alzó la vista y localizó la polvareda que levantaban los coches al avanzar por la vía de servicio. Levantó el pestillo y abrió la puerta. La caída fue limpia, pero tuvo que golpear con el lateral del cuerpo contra el suelo y sintió que algo crujía. El plástico soporta mal la traición del tiempo. Se levantó y se sacudió el polvo; por suerte, todos los huesos estaban intactos. Caminó por uno de los pasillos que llevaban hasta la entrada, en paralelo a Germán. Podía ver, por entre los restos de aluminio descolorido, la figura del muchacho andando con paso ligero para llegar al puesto de despacho antes

que sus compañeros. Cuando desembocaron en el frontal del negocio, le habló en voz baja.

—Oye, necesito que me consigas la matrícula de la furgoneta.

El otro le miró y encogió los hombros, retorciendo la cara de forma exagerada.

—Sí, hombre, y qué más —contestó sin mirarle.

—Te pagaré. No seas gilipollas, que es solo buscar un papel y no te interesa tenerme enfrente tocándote los huevos.

Germán negó con la cabeza varias veces y escupió en el suelo.

—Doscientos.

—Ciento cincuenta.

Los dos hablaron casi sin mover los labios.

—Vente en un par de días —dijo en voz alta el muchacho, lo suficiente para que sus compañeros le oyeran—, pero no sé si conseguiré justo ese modelo de faro que buscas, está difícil dar con él.

—Bueno, inténtalo, y, si tengo que cambiar los dos, pues los cambio —le siguió el juego Robles, levantando la mano y dirigiéndose a la salida del recinto.

Echó un vistazo al lugar donde había sucedido el accidente del hijo de Pablo Vicente y cierta desafección le recorrió el cuerpo. Apenas había avanzado en el caso, pero ahora su atención se había desviado hacia otra cuenta pendiente mucho más oscura y profunda.

Martes 13 de noviembre de 2014
Cuatro días antes de la rave

Berta atravesó el parque de Europa y subió a su casa. Supo que su padre se encontraba en el piso por el golpe de olor a tabaco negro. Se descalzó y se asomó al salón.

—Hola —dijo, levantando la mano, sin mirar a Robles directamente.

—Hola, Berta, ¿qué tal? —respondió el hombre.

—Bien… —dijo la chica, dejando flotar la palabra en el aire—; tengo que estudiar.

Berta siguió por el pasillo hasta meterse en su habitación. Sacó el libro de Lengua y se puso a hacer los ejercicios. Le gustaba escribir, le gustaba su caligrafía, comprendía bastante bien la sintaxis y era capaz de identificar con facilidad todos los elementos que le pedían en los comentarios de texto. Siempre había tenido una letra muy bonita, ya se lo decía su abuela cuando era pequeña. Pero, con el paso de los años, había ido dándose cuenta de que tener una letra bonita no te garantiza nada en la vida, y de que, además, no sirve en la mayoría de los trabajos a los que podría aspirar. Su madre le había dicho que, si lograba sacarse el grado de Peluquería y Estética, podría ayudarla a abrir su propio salón de belleza en Archena. Pero ella no quería quedarse allí, aspiraba a salir, ir a Murcia o, mejor aún, a Alicante. En sexto de primaria había estado de excursión en Altea y se había quedado enamorada del lugar; retenía en la memoria la imagen de aquellas torres blancas con los tejados azules reflejando la luz del sol. Siempre soñaba con escapar y montar allí su propio negocio. Tal vez con Susana, aunque era consciente de que su amiga tenía poco interés en prosperar, en respirar lejos de allí. Llamaron a la puerta.

—Berta, ya está la cena —dijo Céline con suavidad—, ¿vienes?

—Termino esto y voy —respondió sin mirarla.

A los diez minutos acudió al salón. Su madre y su padre estaban

a la mesa. Berta se sentó en silencio, con la cabeza agachada. Céline le dirigió una mirada cómplice que la tranquilizó. La atmósfera era tensa.

—¿Qué tal ha ido el día? —dijo Robles, sin dirigirse a ninguna de las dos mujeres.

—Bueno, en el trabajo he tenido una mañana para olvidar —empezó Céline—, por la tarde he estado organizando el trastero. Tenemos un follón ahí arriba…

—¿Y el tuyo, Berta? —dijo Robles.

—Pues normal. Nada emocionante…

—Bueno —dijo Robles—, ¿y en el instituto va todo bien?

Una fuente con menestra de verduras y filetes de pollo ocupaba el centro de la mesa. Protocolariamente, primero se sirvió Robles, después Céline y por último Berta, cuyos movimientos rebosaban de apatía.

—Sí —Berta soltó un suspiro y miró a su madre—, todo bien. Ahora de exámenes.

—Está muy centrada, este curso —dijo Céline—, se está esforzando.

—Pues a ver si es verdad… porque mira que es difícil repetir tantas veces —dijo Robles.

El año anterior Berta se había metido en algunos líos en el instituto. La habían pillado fumando porros y Céline había tenido que ir a reunirse con el tutor. Al principio se lo habían ocultado a su marido, pero finalmente se lo acabó contando en mitad de una discusión de ambos con Berta.

—¿Sigues yendo con Susana y con los demás? —preguntó Robles.

—Sí, papá, son mis amigos —respondió.

—¿Y el chico ese con el que sales? —insistió el padre—, se llama Charlie, ¿no?

Berta guardaba silencio, pinchaba los minúsculos trozos de zanahoria que salpicaban su plato y se los llevaba despacio a la boca.

—Juan Carlos… —intervino Céline—, que ya es mayorcita. Las compañías no son el problema… Ella está mejor, eso es lo importante.

—Está bien —dijo Robles—, solo quiero asegurarme de que se

rodea de las personas adecuadas.

—¿Asegurarte? Tú no tienes que asegurarte de nada, papá —respondió Berta—. Ya hemos hablado de esto… Voy a cumplir dieciocho años y no tienes que decirme con quién tengo que salir y con quién no.

La chica prácticamente no había probado bocado.

—Por favor, vamos a estar tranquilos —intervino Céline—; Juan Carlos, yo creo que la niña es capaz de elegir a sus amigos…

—No soy una niña, mamá —interrumpió.

—Es una forma de hablar, Berta… —dijo su madre.

Berta siguió hablando, pero esta vez dirigiéndose a su padre:

—No puedes venir cuando te da la gana y soltarme un interrogatorio de los tuyos como si nada. Mis amigos siempre están ahí y se preocupan por mí, ¿puedes decir tú lo mismo?

—Muchacha, relájate un poco conmigo, ¿de acuerdo? —dijo el padre.

Los horarios de Robles eran impredecibles y recibía con frecuencia llamadas urgentes que le impedían organizar con antelación cualquier plan familiar. En todo caso, la tensión en casa no invitaba a montar escapadas o rutas de senderismo familiares. En el último año, se encontraba completamente absorbido por la investigación de un caso de corrupción que afectaba a personajes públicos de Murcia y de Valencia. Habían acusado a un concejal de Medio Ambiente de aceptar el soborno de contratistas cuyas empresas tenían sede social en ambas comunidades. Los empresarios habrían estado enterrando durante años material tóxico procedente de las obras de construcción en zonas de playa sin edificar. La recopilación de pruebas, las trabas puestas desde las instituciones públicas y la colaboración estrecha con los operativos encubiertos le estaban exigiendo cumplir con jornadas de trabajo maratonianas y viajes constantes a Valencia. La conciliación familiar atravesaba un momento difícil, casi irrecuperable. El caso se estaba enquistando y Robles se sentía cada vez más desgastado. Por lo general, cuando dormía en casa, llegaba de madrugada. Berta oía el sonido del cerrojo al abrirse y cerrarse en mitad de la noche, como unos disparos secos. En el fondo, ella añoraba el recuerdo de aquel padre de su infancia, que la arropaba y le contaba cuentos antes de dormir… No había rastro de aquel hombre divertido y

tierno. El estrés que soportaba Robles en esa etapa era tan elevado que se mostraba distante y ausente, tanto en el ámbito físico como en el emocional.

Se hizo un silencio prolongado en la mesa. Una ambulancia pasó por la calle a toda velocidad con la sirena puesta. Tal vez era la policía. Wolfe ladró desde la terraza.

—Berta —dijo Robles, tratando de retomar la calma—, este caso no me da tregua, pero te juro que, en cuanto termine con él, podré dedicar más…

—Mira —interrumpió ella, dejando el tenedor con un golpe en el plato—, la verdad es que ya me da igual. Nunca estás. Ya no tengo confianza para contarte mis cosas y tampoco me interesan las tuyas. Es un hecho que tenemos que aceptar…

—Berta, *mon amour* —dijo Céline—, la familia es importante, necesitamos…

—Mamá, no me vengas con palabritas en francés, que sabes que me sacan de quicio —dijo Berta, moviendo las manos en el aire con fuerza.

Robles soltó un suspiro largo y se dirigió a su hija:

—Te hemos dado todo lo que has querido, no puedes ser tan desagradecida.

—Precisamente, a lo mejor ese es el problema. Habéis tratado de moldear una hija perfecta, pero nunca habéis preguntado de verdad qué es lo que yo quiero.

—¿Y por qué no nos lo dices? —respondió Robles beligerante.

Berta empezó a llevarse la comida a la boca y a masticarla de forma mecánica, con los ojos clavados en el plato.

—¿Dónde está la cadena que te regaló tu abuela? —le preguntó Céline.

—Ya no me la pongo —dijo Berta—, ya soy mayor para llevar vírgenes colgando del cuello.

—No le hables así a tu madre —la recondujo Robles—, ¿no la habrás vendido?

—Sí, para comprar droga, no te jode… —respondió.

—¡Berta! —gritó la madre.

—¿Qué? —respondió la chica desafiante.

—Como me levante, te juro por Dios que te cruzo la cara —dijo Robles.

—No os gusta la ropa que llevo —gritó Berta— ni la gente con la que voy, nunca me valoráis las cosas que hago bien o cuando saco una buena nota… Solo os fijáis en lo malo. Ya estoy harta, de verdad, ¡me tenéis agobiadísima!

Berta siguió removiendo la comida en el plato. Sus padres se miraron en silencio, sin saber qué información gestual intercambiar. De pronto, la chica levantó la vista y dijo:

—El sábado por la noche voy a una fiesta, por cierto.

—Sí, lo llevas claro —dijo Robles.

—¿Con quién? —preguntó Céline.

—Con Charlie y con el resto de mis amigos.

—Tu padre y yo tenemos que hablar sobre eso —dijo Céline.

—Sí, ya, claro. Me han invitado y va a ir todo el mundo, pero yo no puedo. ¿Y por qué?

Céline abrió los ojos con gesto de sorpresa.

—Berta, no hemos dicho que no puedas ir, ya vale.

—¿Dónde es? —preguntó Robles.

—En la casa de campo de un amigo del instituto —dijo Berta.

—¿Dónde está? —insistió.

—Pues cerca, en Molina o por ahí… En una urbanización —dijo Berta.

—¿Y quién te va a llevar? —preguntó Céline.

—Charlie —dijo Berta—, se ha comprado una moto de dos y medio.

—¿Tiene dieciocho? —preguntó Robles.

—Casi diecinueve —respondió Berta con orgullo.

—Bueno, pues ya veremos —dijo su padre.

—Voy a ir —los retó Berta, y, dirigiéndose a su padre, añadió—: ¿O es que vas a estar aquí el sábado para impedírmelo?

—No me toques los cojones, Berta.

—Pues como nunca estás, no podrás impedirlo —dijo la chica con una sonrisa.

Robles se levantó dando a la mesa un empujón que hizo que el líquido de los vasos se derramara. Céline se levantó a la vez y le cogió por las manos.

—Tranquilo, Juan Carlos —intervino la mujer—, yo creo que podría ir a la fiesta siempre que regrese a una hora razonable.

—¿Con este comportamiento? —dijo Robles—. Como premio,

¿no?

El hombre se volvió a sentar y se terminó la tercera copa de vino. Se metió un trozo de pan en la boca y lo masticó con rabia, mirando a su hija, que mantenía la cabeza agachada y comía lentamente.

—Las tres es su hora límite, y ya me parece mucho —dijo Robles.

La miga se movía en su boca como la masa dentro de una hormigonera.

—Vale —aceptó Berta.

—Sin retrasos —dijo Robles.

Ella se rio para sus adentros.

—Vale, ¿puedo volver a mi cuarto? Mañana tengo examen.

—¿De qué? —dijo Céline.

—De Lengua —respondió ella, alargando la primera vocal.

Berta miró de reojo a su padre; tenía los hombros caídos, como si alguien le tirara de los brazos con dos sogas hacia el suelo. El hombre hizo que le crujiera el cuello y su rostro presentó un gesto dolorido. Berta sintió un impulso de compasión hacia él, pero lo aplacó de inmediato. Intuyó que su padre estaba atravesando una etapa de mierda, pero también ella la estaba teniendo; si sentía que estaba perdiendo aquella batalla, era su responsabilidad. Su padre se había ganado esas derrotas ausencia tras ausencia. Un silencio largo se posó en el salón.

—¿Algo más? —dijo Berta, y, al ver que nadie respondía, añadió —: Pues vale.

La chica arrastró la silla hacia atrás y llevó el plato a la encimera.

—Buenas noches —dijo, y salió del salón.

Cerró su habitación de un portazo, pero se quedó fuera. Después volvió de puntillas a esconderse tras la columna del pasillo. Desde ahí podría escuchar la reacción de sus padres a la escena que acababa de suceder.

—Siempre acaba saliéndose con la suya. Va con esa gentuza que… —empezó a decir Robles.

—Juan Carlos —dijo Céline—, yo tengo que decirte que… No puedo evitar sentir que esta situación es en gran parte responsabilidad tuya.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—A que hace demasiado tiempo que no estás aquí, con nosotras. No es suficiente… —dijo ella.

—Ya sabes cómo es mi trabajo, Céline —se disculpó—. No puedes echarme la culpa por eso.

—El trabajo no es una excusa, Juan Carlos. Siempre hemos vivido bien sin necesitar demasiado… Yo también trabajo —dijo ella—. Y Berta nos está pidiendo más atención a gritos. Se pasa todo el santo día en la calle, no sabemos con quién va. El otro día llegó casi a las cuatro de la mañana…

—¿Sigue fumando? —preguntó Robles.

—Le encontré marihuana hace un par de semanas —confesó ella —. Pero una bolsita pequeña. No le dije nada, simplemente la tiré por el váter. Ella no lo mencionó.

Céline meneó la cabeza.

—A veces me siento tan cansada, Juan Carlos… —reconoció la mujer—. Tu hija está atravesando una etapa muy difícil y yo me siento sola, hay cosas que no sé cómo afrontar…

—Tienes razón —admitió el hombre—, trataré de ir acercándome un poco más a ella. Pero ahora necesito concentrarme en este caso. Llevo más de un año con él y…

Robles no terminó la frase. A Berta le llegó el sonido del mechero y de la bocanada de humo expulsado. Una silla se movió y la chica se acurrucó tras la columna. Oyó entonces los pasos de su padre, el sonido de la puerta de la nevera, el ruido de una botella al apoyarla en la mesa y el susurro del líquido al llenar un vaso. El ambiente se había inundado de tabaco negro. Después identificó el clic de la puerta de la terraza y los pasos rápidos de Wolfe sobre el parqué.

—No me hace ninguna gracia lo de la fiesta esa… —reconoció Robles.

—¿Y por qué no la llevas tú mismo? —dijo Céline mientras le daba al perro la carne que había sobrado en la fuente.

—Este fin de semana me es imposible —dijo él—, no te imaginas la que tengo montada en Valencia…

—Juan Carlos, la que tienes montada aquí es lo importante —replicó ella elevando el tono por primera vez—. ¿Es que no lo ves?

El cigarro emitió un siseo al apagarse en la bebida.

—Tengo que ducharme —dijo Robles.

Berta volvió de puntillas a su habitación. Wolfe la oyó y fue tras ella, pero la muchacha logró cerrar la puerta despacio antes de que el perro metiera el hocico. Ya en su cama, se abrazó el vientre y mordió la almohada para ahogar un grito de angustia.

7

Robles aparcó cerca de la única tienda de segunda mano que quedaba abierta en la capital. Las plataformas de internet dedicadas a la compraventa de productos usados entre particulares habían obligado, progresivamente, a que cerrara la media docena de establecimientos físicos de este tipo que llegaron a convivir en la ciudad durante los años de la primera crisis del siglo. La tienda superviviente se encontraba en uno de los barrios más desfavorecidos de Murcia. En el callejón contiguo vio a varios hombres apoyados con la espalda en la pared, como esperando para una rueda de reconocimiento. Le pareció distinguir los rasgos de un marroquí con el que había coincidido cuando su vida era normal: el encargado del mantenimiento del primer colegio de Berta, un concertado de las afueras de la ciudad. Era un buen tipo, Robles le había requerido para que le ayudara con algunas chapuzas de la casa. Un día le despidieron sin explicación y le devolvieron a las tinieblas de los callejones.

Robles entró y dio una vuelta por el interior del comercio, un espacio bastante grande y bien organizado. En uno de los pasillos se cruzó con un dependiente.

—Perdona, un *walkman* no tendréis, ¿no?

El muchacho, que no alcanzaría los veinte años, le miró como si hablara en otro idioma.

—O un radiocasete, algún aparato para reproducir cintas de música…

El chico levantó la cara como pillando la pregunta con los orificios nasales y le hizo un gesto para que le siguiera. Robles pensó que tal vez trabajaba allí gracias a una de esas fundaciones que ayudan a encontrar empleo a personas con discapacidad auditiva. El chaval señaló varios armatostes que parecían edificios en miniatura, plantas con una o dos pletinas, grandes botones

giratorios para el volumen, un módulo para la radio, otro para CD y, en la azotea, el plato de los vinilos. Aquellas cadenas de música habían sido la joya de la corona en las viviendas de los noventa, cuando aquel dependiente de cuerdas vocales atontadas no era ni un proyecto de vida. Robles levantó el pulgar al muchacho y los ojos se le abrieron de forma automática al ver el precio.

—Eso es lo que hay —dijo el chico, desentendiéndose del mundo y alejándose por el pasillo.

Ya se iba a marchar cuando vio una estantería con DVD, CD y algunos casetes sueltos, y al fondo un reproductor de una sola pletina. Miró la tarjeta del precio: quince euros. Justo lo que buscaba. En dirección a la salida se topó con un juego de pesas a precio asequible y se lo llevó también.

Ya en casa se sentó en el escritorio. De los dos casetes, uno había salido peor parado de su salto circense. El que no tenía ninguna inscripción presentaba mejor aspecto. Conectó el reproductor a la red, lo colocó en la pletina y rebobinó una de las caras hasta el principio. Pulsó el *play*, se tumbó en el suelo con una pesa en cada mano y se puso a hacer repeticiones. Durante un cuarto de hora escuchó varias canciones que alguien había grabado directamente de las emisoras de radiofórmulas. Take That, Dire Straits, Joaquín Sabina, Roxette, Oasis, Pet Shop Boys… A veces se colaba un locutor histriónico que destacaba el puesto que esa canción había alcanzado en el *ranking* de ventas o en la lista del programa; en una ocasión, el presentador soltó la fecha de ese día: el 26 de agosto de 1997. Hacía más de veinte años desde que alguien había grabado aquellas canciones de la radio, y el rastro de Berta se había perdido en el año 2014. En su mente no encontraba la manera de conectar aquellos casetes, la desaparición de su hija y la furgoneta. Sin embargo, estaba casi convencido de que era el mismo vehículo que había estado siguiendo en 2014. Debía asegurarse de ello. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Tal vez una confesión? ¿Las voces de Berta y más personas? Era improbable, pero siguió pasando la cinta hacia delante y parando poco a poco para reproducirla. No dio con nada extraño grabado en ella, solo estribillos pegadizos de éxitos, la mayoría de ellos flor de un día, bodrios que pasaron sin pena ni gloria por la historia de la música. Terminó la serie de ejercicios y se dio una ducha. Wolfe estaba tumbado a la sombra dentro del

redil metálico. A Robles le pareció que el animal se había acostumbrado a estar ahí adentro. También él se había hecho a vivir en una jaula tan invisible como real, aislado del resto del mundo durante más de tres años. Sin embargo, se sentía capaz de doblar los barrotes de la procrastinación, de abandonar esa tendencia a dejarse llevar por la corriente de los días, a ir corrompiéndose por dentro como un árbol arrugado, devorado por la plaga de la tristeza.

Con el pelo mojado, se volvió a sentar en el escritorio. Buscó dos destornilladores de cabeza pequeña, uno de estrella y otro plano. Extrajo los seis tornillos del primer casete y trató de levantar la parte superior de la carcasa de plástico con la cautela de un cirujano. Tal y como temía, la constante exposición al calor había unido las partes de la caja; la superior estaba rajada casi completamente. Tuvo que insertar el borde de la herramienta de cabeza plana en la grieta y hacer palanca con suavidad. El material crujió amenazando con romperse del todo y supo que el proceso requeriría tranquilidad. Había destripado decenas de cintas en la adolescencia y conocía el método a la perfección. Por fin logró separar las mitades y apartó la inferior, que conservaba las dos bobinas. A continuación colocó sobre la mesa de operaciones quirúrgicas el casete con la caja partida y terminó de romperla para extraer las dos bobinas cuyo contenido grabado aún no había escuchado. Wolfe llevaba un rato mirándole a través del hueco de la puerta y se le acercó, curioso, en el momento menos oportuno: justo cuando estaba trasplantando la segunda cinta al interior de la caja en buen estado. El animal le golpeó en la mano e hizo que se le cayera al suelo una de las bobinas, que se desenrolló en dirección al centro de la habitación. El perro se puso a mordisquearla, tal vez confundiendo sus reflejos con algún líquido plateado, o simplemente queriendo jugar. Robles se levantó y lo apartó con la rodilla para recuperar la fina capa de material magnético. Nada indicaba que allí fuera a hallar información relevante, pero su instinto le decía que había algo que no cuadraba en las fechas. La cinta se rasgó en algunas zonas y tuvo que empalmarla con celo. Sus manos adultas se habían vuelto más rudas y la tarea se le estaba complicando bastante. Durante todo el tiempo su mente se instaló en aquellas tardes de verano en las que debía quedarse a estudiar en

la casa del pueblo para recuperar las asignaturas suspensas del curso. Todas esas horas muertas por rellenar le convirtieron en un experto técnico en cintas de música. Pasó un buen rato hasta que logró colocar las dos bobinas nuevas en la carcasa útil y las enrolló con ayuda de un lápiz. Para terminar la operación, se aseguró de que la cinta pasara por el cabezal electromagnético. Puso la parte superior de la carcasa y la atornilló con sumo cuidado. Salió a llenar el cubo de agua de Wolfe y le acarició el cuello mientras bebía. Sentía una absurda confianza en sí mismo tras haber logrado finalizar aquel proceso. Colocó el segundo casete en el reproductor y pulsó el *play*. El sonido era confuso, como si la cinta se hubiera imantado y hubiera desaparecido parte de la información. Entre el ruido que emitían los altavoces se apreciaba una melodía con evidente pérdida de agudos. Distinguió la voz rota de Joe Cocker y ese saxofón tórrido acompañándole. Se impacientó y fue pulsando el botón de FFWD del reproductor cada pocos segundos: Alaska, los Rolling Stones, Gabinete Caligari… Sacó el plástico y le dio la vuelta para escuchar la otra cara. La voz desafinada de Coque Malla determinó que ya era suficiente tortura por ese día. Dio por hecho que había perdido quince euros y un buen puñado de tiempo. Aceptar que el instinto falla también formaba parte del proceso.

8

El club Tiburón estaba a las afueras de un polígono de aire fantasmagórico. Se había levantado como golpe de efecto electoral hacía más de tres décadas, un enclave con naves a precio económico llamado a potenciar la industria de la zona, que, si bien había tenido un pico de movimiento prometedor en sus inicios, desde entonces apenas tenía una décima parte de aquellos espacios en actividad. Farolas arrancadas, tendido eléctrico desmantelado, incluso en algunos de aquellos callejones las tapas de la red de saneamiento habían acabado en manos de los rateros. La mayoría de los espacios habían sucumbido al vandalismo y amontonaban en su interior colchones y enseres viejos. Apenas sobrevivían un par de hipermercados orientales, unos pocos almacenes hortofrutícolas y alguno de maquinarias de construcción, todos en la parte más perimetral, lejos de las entrañas del despojo urbanístico. La noche da ciertas concesiones a los lugares abandonados, pero a la luz del día la fotografía de aquel entorno evidenciaba con crudeza las fisuras de una sociedad en ruinas. Los camioneros aparcaban los vehículos en los restos de una antigua estación de repostaje y se desplazaban a pie por el polígono hasta el Tiburón, que quedaba en el extremo opuesto a la entrada al complejo. Las sombras de aquellos hombres desnortados, hartos de atravesar kilómetros, se alargaban bajo las farolas amarillentas.

Le pareció ver, al otro lado de una de las avenidas del trazado en damero, un coche de la policía con las luces apagadas que se dirigía a la salida. Robles dedujo que volvían del Tiburón y que seguramente tendrían el puticlub como un punto de control de sus rutas nocturnas. El aparcamiento del club, con apenas media docena de coches salpicados aquí y allá, terminaba en una malla metálica que miraba hacia un barranco. En el cartel de luces amarillas se podía leer «TBON». A saber cuándo habían agotado su

fulgor el resto de las letras. Aparcó el coche lejos de la puerta del local, se bajó y se asomó a la caída del mirador, contemplando el blancor de las laderas peladas iluminadas por la luna. A lo lejos, la autovía apenas ofrecía movimiento de tráfico. Se metió los faldones de la camisa por dentro y se dirigió hacia la puerta. En la entrada había un tipo vestido de traje, todo de negro. Era el clásico portero de nariz aplastada y ojos profundos que recuerda a aquellos villanos de los tebeos. Iba a decir algo, pero no fue necesario; el hombre realizó un movimiento repentino y automático, propio de un humanoide, y alargó el brazo para abrir la puerta. Ni siquiera le miró, aunque Robles pensó que ya habría tenido tiempo de analizarle durante el trayecto mientras atravesaba el aparcamiento. No era la primera vez que entraba en un local de alterne, si bien nunca había asistido a uno en modo lobo solitario, sino acompañado de más personas, bien en despedidas de soltero o en los años locos de juventud, con un par de amigos. No se enorgullecía de ello. El recuerdo que tenía en la cabeza era muy similar a lo que se encontró allí. El infierno es idéntico en todos los lugares y en todos los tiempos, pensó. La música electrolatina y el olor dulzón a colonia se le agarraron a la cabeza con la fuerza de un marsupial aterrado. Se dirigió a la barra con paso lento. Antes de llegar, una muchacha que apenas superaría la mayoría de edad se le acercó para preguntarle si quería compañía. Le dijo que volviera en diez minutos, que antes necesitaba tomar algo él solo. En la barra tres chicas bajitas y rechonchas limpiaban copas.

—¿Qué te pongo, papi? —le preguntó una de las camareras.

—Una cerveza —dijo Robles.

La mujer le respondió con una sonrisa limpia de dientes perfectamente colocados que brillaron como espectros en fila bajo el neón violeta. Robles se giró y echó un vistazo a una plataforma donde bailaban dos mujeres altas y desgarbadas. El pelo rizado y negro de una de ellas le recordó al de su hija. Se levantó y se acercó a una distancia prudente. Escudriñó los rasgos del rostro de la chica para asegurarse de que no era Berta. Acto seguido, una pregunta le revolvió el estómago y se le instaló en la cabeza como clavada con un martillo: ¿y si habían captado a su hija y la habían prostituido o la habían vendido a unos proxenetas? ¿Qué le aseguraba que Berta no se hallaba en otro antro similar a aquel? Cuando llegó a la barra,

la cerveza le estaba esperando. Dio un trago largo y se concentró en el helor de la bebida para sacudirse el pensamiento dañino de la cabeza. Había ido allí a buscar información sobre el accidente; sabía que no le convenía dejarse llevar por otras tribulaciones.

—Yo soy Daniela —dijo la camarera—, ¿estás buscando a alguna chica en concreto?

—No, no. Solo busco un sitio donde beber para relajarme un rato. De momento prefiero verlas bailar.

—¿Habías venido aquí antes?

—No, es la primera vez.

—Ay, estás muy gris… —coqueteó la chica.

—Soy gris.

—Pero si hasta yo, que me tienen aquí encarcelada, soy capaz de ver las cosas buenas de la vida.

—Porque los latinos lleváis la vida en la sangre. La luz, las playas… Ya sabes.

—¿Alguien te hirió, papi?

—No me llames así —dijo Robles con sequedad.

—Ok. —La mujer se iba a dar la vuelta.

—Por favor…, perdona. Sí, pero no es por eso.

—¿Estás casado?

Daniela miró al pecho de Robles y señaló con el mentón. El botón superior de la camisa se le había abierto y en la mitad de la cadena plateada brillaba un anillo.

—Ah, no. Esto era de mi hija —dijo cerrándose el botón.

Una docena de hombres se desperdigaban por el espacio oscuro, que ofrecía varios rincones impenetrables a la vista con sofás y mesas de fumador. Junto a ellos se distinguían siluetas de mujeres. Daniela se movió al extremo opuesto de la barra para atender a otro cliente. Robles le dio un trago a la cerveza.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí? —le preguntó cuando la chica regresó.

—Unos cuatro años ya. Estuve también en la Kosmos, otros dos años más.

—Eso es mucho tiempo.

Robles se fijó en la herencia indígena de los rasgos de la chica. Era muy guapa. Imaginó su vida en Ecuador, una infancia tan feliz como salvaje y difícil.

—¿Llegaste a conocer a alguna llamada Berta? Una muy joven.

La chica miró al techo haciendo como que pensaba.

—Ay, yo no lo sé ahora. Son muchas las que vienen y van.

Robles percibió en el tono arrastrado de la chica que se estaba cansando de charlar. Su respuesta llevaba implícito que si quería echar un polvo o pedir más bebida, bien, pero que no estaba ahí para darle palique por tiempo ilimitado. Desde el otro extremo de la barra el gorila de la puerta se acercó a ella y le dijo algo al oído. Ella asintió.

—Daniela… —la llamó Robles.

La chica se acercó de nuevo; parecía que estaba haciendo un trabajo enorme al empujar el cuerpo con la fuerza de sus caderas.

—Mira, estoy gris porque tengo a uno de mis mejores amigos muy triste. Se le ha muerto un hijo.

—Qué pena. ¿Qué le pasó…?

—Le ha aplastado una grúa…, un horror.

—¿Era el chico del desguace?

—Sí, ese. ¿Lo has visto en las noticias?

—Trabajaba aquí —dijo la chica, bajando la voz y abriendo los ojos—. Vamos, no aquí, pero para los dueños de este sitio.

—Qué raro, pero si él ya trabajaba en el desguace… —dijo Robles, siguiéndole el juego.

—Ya, pero aquí les hacía trabajillos. Mira, no puedo hablar contigo ahora, porque me han dado un toque.

Robles se terminó la cerveza de dos tragos. Entre tanto, preguntó a Daniela si estaba disponible para acompañarle a la habitación.

—Sí, espera un momento. Voy a decir que llamen a otra compañera para cubrirme.

A los pocos segundos, Daniela salió de la barra y le dijo que la siguiera. Entraron por una portezuela que llevaba a unas escaleras de madera clara. Todo parecía muy cuidado, el entorno le recordó a una sauna o una zona de masajes. Dedujo que el negocio estaba dividido en dos y esta parte funcionaba como tapadera del local. La chica cogió una toalla y una sábana de un armario, y caminaron por un pasillo largo. Al final esperaba otra mujer con una bata blanca tras un mostrador.

—Tienes que pagar aquí —le dijo Daniela.

—Son setenta por el masaje y veinte por la consigna —dijo la

otra chica.

Dudó un instante. No estaba seguro de ir a extraer la información que esperaba, pero al final pagó y entró con la chica. Al llegar a la habitación, Daniela se puso a preparar la cama.

—No te molestes. No quiero hacer nada, solo hablar.

La música de la pista casi ni se oía. El espacio estaba limpio y la luz era apacible. La habitación era pequeña y estaba decorada con mobiliario sencillo de Ikea. Robles pensó que podría echarse a dormir en aquella enorme cama durante doce horas. De hecho, eso era lo que más necesitaba en el mundo.

—¿No te gusto? —dijo ella con gesto sobreactuado.

—Sabes que no es por eso. He bebido mucho hoy y no creo que sea capaz de dar la talla…

Ella siguió arreglando la cama y cuando terminó se sentó en el borde. Se quitó los zapatos y pisó la moqueta; después, cruzó las piernas con esfuerzo y se le quedó mirando. Robles apreció el agotamiento en sus gestos y leyó dignidad y agradecimiento en aquella mirada.

—Cuéntame algo más de ese muchacho —dijo él, dejando caer el cuerpo hacia atrás.

—No sé mucho más.

—Yo sé que no era un ángel…

Robles sacó otros veinte euros de la cartera y los dejó en la mesilla, atrapados con la base de la lámpara. Ella se levantó, los cogió y se los guardó en el sujetador. Se tumbó al lado y se miraron durante unos segundos fijamente.

—No sé —dijo ella al final—; mira, ellos saben que él les cortaba la coca o que se la rebajaba, pero les merecía la pena tenerlo en plantilla, porque le pagaban menos de lo que perdían con el trapicheo.

De pronto, Daniela encogió el rostro y la cara se le llenó de arrugas. Robles se incorporó pensando que le estaba dando algún tipo de dolor intenso; entonces ella se puso a gemir, como si estuviera alcanzando un orgasmo. A Robles le pareció muy cómico y se echó a reír.

—Para disimular —dijo ella entre carcajadas.

Cuando pararon él volvió a preguntar con suavidad.

—Entonces ¿tú crees que los de aquí estaban interesados en

quitárselo de en medio o que liaron a alguien del desguace para conseguirlo?

—Svetano, que es el jefe, segurísimo que no. El día en que se enteró de que el chaval había muerto se puso así como tristón. Yo creo que estaba afectado de verdad. Se llevaba bien con el chico —dijo ella—, y Svetano con nosotras no finge. Mira, sabemos que ha hecho cosas peores que cargarse a un mulo.

—¿Y los demás?

—Ya de Mykola no me fío tanto, pero uno no hace nada sin el consentimiento del otro.

Ella sacó un cigarro del bolso y lo encendió. Estuvieron charlando durante un rato más. A Robles le pareció una mujer de corazón noble, era una putada que tuviera que trabajar allí. Tenía en el hombro un tatuaje horroroso, parecía un duende con la cara turbia. Los trazos de la tinta eran gruesos y ya se desbocaban por los poros. Daniela le había contado todo eso por la simple necesidad de hablar con alguien sin sentirse un trozo de carne. En un momento de silencio se giró hacia la mesilla, abrió un cajón y sacó un condón. Lo extrajo, lo envolvió en papel higiénico y lo tiró a la papelera.

—Ven a verme otro día que estés más despierto.

—Quizá lo haga —dijo Robles.

Cogió la cartera y hurgó en los compartimentos hasta dar con una de sus antiguas tarjetas de visita.

—El *email* y la web ya no funcionan, pero el teléfono sigue siendo el mismo —le dijo—; si escuchas algo nuevo sobre ese chaval, lo que sea, por favor, llámame.

Ella le dio un beso en la mejilla y él salió de la habitación. Cruzó el salón sin mirar a los demás clientes. A uno de ellos le estaba sacando por la fuerza el portero. Salió tras ellos y, desde el coche, vio al borracho protestar, vociferar un poco y huir corriendo en cuanto el ruso amagó con darle un golpe. Robles condujo despacio por el complejo industrial, respetando todas las señales de tráfico.

Miércoles 14 de noviembre de 2014
Tres días antes de la rave

Hacia las diez y media de la mañana Céline abrió la puerta del cuarto de su hija y la encontró envuelta en las mantas.

—Berta, que te has quedado dormida —dijo.

La mujer fue directa a subir la persiana, pero se detuvo cuando oyó un gemido contenido.

—*Mon trésor!* —dijo, acercándose a ella y sentándose en el borde del colchón—, ¿qué te pasa, cielo, te han hecho daño?

Berta rompió a llorar, sintió que algo se liberaba dentro de ella. No había pegado ojo en toda la noche, solo había conseguido dormirse cuando los rayos de la luz del día ya se colaban por la persiana, por puro agotamiento.

—Llora, llora, *mon cœur* —dijo la mujer—; llora cuanto necesites, mamá está aquí.

La joven se dio la vuelta y se abrazó a la cintura de su madre. Esta se descalzó las botas y se acostó en la cama junto a ella. Acababa de llegar del mercado e iba vestida con un jersey de cuello vuelto y pantalones vaqueros.

—Mamá, soy una idiota. La he cagado, la he cagado —balbuceó Berta.

Céline la abrazó fuerte.

—Tranquila, cuando te relajes me lo cuentas. Ahora desahógate lo que necesites, seguro que no es tan grave.

—Sí lo es, sí lo es.

Poco a poco, Berta fue calmando su cuerpo y la respiración de las dos mujeres se acompasó. A la chica le llegó el recuerdo de la infancia, cuando se dejaba arropar y abrazar por su madre. Echó de menos aquella etapa, vivir con despreocupación, maravillarse por todo, mirar al futuro con inocencia e ilusión; sin embargo, ahora sentía que atravesaba un bosque siniestro y seco del que no había por dónde salir.

—Dime, hija, qué pasa. Mírame.

Se sentaron en la cama, con las piernas plegadas, una frente a la otra. La joven bajó la cara y la madre se la cogió y se la levantó con firmeza.

—Dime, Berta. Puedes confiar en mí.

La chica miró a los ojos de su madre. Desde que había abierto los ojos aquella mañana había estado dándole vueltas en la cabeza a la idea de confesarle que estaba embarazada. Había decidido que sí, que necesitaba compartirlo con alguien, dejar salir aquel miedo, huir de esa sensación de estar recorriendo un desierto completamente a solas. Pero, en el último momento, pensó en que ella podría resolverlo, sería capaz de manejarlo. Se informaría acerca del proceso y solo se lo contaría a su madre en el caso de que fuera estrictamente necesario. En todo caso, lo dejaría para la semana siguiente. Ese fin de semana iría a la *rave*, saldría con sus amigos.

—No sé si voy a poder aprobar el curso, mamá. Y no quiero fallarte —improvisó.

—No tienes que preocuparte por eso, cariño —dijo Céline—. Yo sé que tú eres capaz de hacerlo, pero lo importante es que te rodees de personas que también quieran estudiar. Susana no es una buena influencia…

—Pero es la única que me comprende. Me refiero de mi edad… Tú también, pero…

—Ya, cariño; yo sé que las amistades son muy importantes, pero es necesario elegirlas bien.

—Susana no es mala chica. Y Charlie tampoco, él me cuida. Son lo único que tengo, mamá; necesito pertenecer a un grupo, tengo miedo de quedarme sola. Yo…

—Mira, no tienes que dejar de ir con ellos ahora, pero piénsalo, ¿vale? Cuando termine el curso tú continuarás estudiando y Susana se pondrá a trabajar.

—Yo creo que ella lo va a dejar antes…

—Mejor; ella tiene que tomar sus decisiones y tú las tuyas. *Ma chère*, yo estoy segura de que en el grado de Peluquería y Estética encontrarás nuevas amistades… Poco a poco, todo irá bien; confía en mí.

—Gracias, mamá —dijo Berta—; necesitaba esto, aunque sea

solo por un rato…

—Estoy aquí para apoyarte.

Berta sintió un alivio parcial. Aunque no se había atrevido a confesarle a su madre la verdad, sí tenía la certeza de que podría contar con ella en caso de que fuera necesario. De momento lo gestionaría ella. Tal vez se lo contaría a Susana para que la acompañara al centro de salud. Ella tenía dos hermanas mayores y estaba segura de que sabrían sobre cómo proceder en su situación.

—Ahora, levántate y date una ducha —dijo Céline, saliendo de la cama—, ¿te apetece comer fuera? ¿Te apetece que pasemos el día juntas?

Las dos mujeres fueron a un centro comercial y aprovecharon para comprar algunos accesorios para Wolfe. Después fueron a pasear por el centro de la ciudad y entraron a algunas tiendas a probarse ropa. Berta se dejó aconsejar por su madre y, al final, eligió unos pantalones vaqueros ajustados y un jersey de lana, prendas muy diferentes a las que estaba acostumbrada a vestir.

—Te quedan muy bien —dijo su madre.

En el probador, ella se recogió el pelo y se puso de perfil. Ese estilo le favorecía. Se sorprendió al ver su propia sonrisa reflejada en el espejo. Aquellas prendas eran un símbolo, atreverse a lucir una imagen diferente constituía toda una declaración de intenciones. Debía seguir representando el papel de joven díscola solo por unos meses; después cambiaría de vida. Lo iba a lograr, lo necesitaba. Tenía claro que quería dejar atrás esa vida desordenada y toda la pesadilla del embarazo. De vuelta a casa, Céline puso una mano sobre el muslo a su hija y esta la cubrió con las suyas.

9

A la mañana siguiente el cerebro le funcionaba a toda velocidad. Había descansado unas siete horas y le pareció como si su cabeza hubiera estado dando vueltas a los avances, a toda máquina, mientras dormía, con independencia del resto de la anatomía, como un disco duro que permanece en suspensión. Se había acostado muy tarde investigando datos en el portal digital de la Dirección General de Tráfico. Las búsquedas no fueron alentadoras: un total de 4.226 furgonetas Volkswagen habían sido dadas de baja entre los años 2014 y 2016. Además, nada le aseguraba que aquella en concreto se hubiera sacado de la circulación por la vía legal, sino que era posible que algún empleado hubiera recibido dinero para permitir que ese preciso vehículo entrara en aquel cementerio de chatarra. Se quedó en la cama, mirando el techo, y sintió ganas de fumar. Había decidido dejarlo, de modo que se concentró en el sonido de las aspas del ventilador una vez más, tratando de seguir su ritmo frenético con las pupilas, hasta que sintió una ligera punzada interna por encima de una ceja. Se levantó, fue a la cocina y se tomó un ibuprofeno.

Sabía que Pablo Vicente le llamaría en cualquier momento, y ya tenía preparada la respuesta para cuando eso sucediera: le diría que estaba avanzando, pero que el asunto era más complejo de lo que esperaba. Le advertiría que lo mejor era andarse con pies de plomo, ir despacio para no despertar sospechas. Le informaría de que, aunque todo parecía indicar que los ucranianos del club no estaban directamente relacionados con el asunto, no podía descartarse esa opción del todo, pues había establecido un contacto fiable dentro de esa red. Entonces esperaría a que el cliente aportara su punto de vista y sería cuando Robles le pediría algo más de tiempo, dándole a entender que estaba a punto de obtener más información. Unos datos que podrían ser claves. No le pediría más dinero, puesto que

aún le quedaba suficiente de lo que le había adelantado en su único encuentro.

Pensó que tal vez Pablo Vicente ya estaba esperando su llamada, algún tipo de *feedback* con un breve informe sobre la situación, pero el hecho de que ambos lo hubieran interpretado como un favor —más allá de la contraprestación económica con la que habían sellado el compromiso— le eximía de la obligación de tomar la iniciativa. Su experiencia le indicaba que, si no contaba con noticias significativas o vías descartables de forma tajante, era mejor no establecer contacto. En ese caso, la comunicación facilitada podría interpretarse como escasa y el cliente percibiría cierto desinterés. Pensaba en todo aquello mientras se ejercitaba con sus series de pesas matutinas. Se sentía mejor desde que había empezado a tomarse en serio el ejercicio y a dejar de fumar. Además, el hecho de tener abiertas varias líneas de investigación le brindaba una vaga pero factible esperanza de que la información fuera concretándose y de que un indicio fuera encadenándose de forma natural con otro. Sabía por experiencia que, frecuentemente, los nexos eran como neuronas muertas que despertaban con la intuición. Como una descarga eléctrica, la corazonada hacía vibrar la red de señales hasta que todo el engranaje brillaba y titilaba con la insistencia de una guirnalda de luces navideñas.

Habían pasado tres días desde su visita al desguace. Era una manera de operar que a menudo le había dado buenos resultados: siempre daba al confidente, o posible fuente, un margen de días para preparar sin vacilaciones los datos o indagar más en la información solicitada.

Se dio una ducha y salió a los bancales para comprobar la humedad de la tierra y el crecimiento de los limones. Ese año, el paso del verano al otoño estaba siendo más seco de lo habitual y le daba la sensación de que los frutos se habían estancado en un tamaño más pequeño de lo acostumbrado. Esto suponía un contratiempo, porque sus compradores gustaban de un calibre de cítricos excepcional. Tendría que comprar productos para tratar de solventar el problema. Abrió el botiquín del cuarto de baño, tomó el bote blanco y sacó un pedazo de algodón. Introdujo la mano hasta el fondo, extrajo un fajo enroscado, le quitó la goma y se guardó cuatro billetes de cincuenta en el bolsillo. Dejó abundante comida y

agua para Wolfe, y salió de la casa. El todoterreno del yerno del Pulga no se encontraba donde había estado durante los últimos días y sintió cierto alivio, aunque por otra parte fantaseaba con la posibilidad de que el tipo le diera un motivo para reventarle la cara a puñetazos.

Le sorprendió no encontrarse con Alberto, el Chamorro, en la puerta del supermercado. La muchacha que hacía pompas con el chicle y que le había tratado con tanta amabilidad en la ocasión anterior tampoco ocupaba su puesto en la caja. En su lugar había una mujer más joven. Berta tendría más o menos su edad, de seguir viva. Imaginó a su hija trabajando en un supermercado como aquel, en otra ciudad. Después la visualizó en una oficina, vestida de traje, con esos labios amplios y la mirada limpia que conservaba desde niña, sentada en una silla cómoda, giratoria y con reposabrazos, sonriendo a sus compañeros. Tal vez se habría enamorado de uno de sus jefes o del conserje del edificio. ¿Qué más daba eso si era feliz? Pensar en ello le aportó una sensación extraña: por un lado, la idea de que su hija estuviera sana, salva y con una vida equilibrada le apaciguaba el dolor, pero, por otro, sentía su ausencia como un puñal que le atravesaba de costado a costado y que aún había sido incapaz de arrancar. Alzó la mirada al tablón de las ofertas y se fijó en los precios, tratando de desviar la atención de su cerebro, pero sin lograrlo. «¿Por qué no?», insistía su mente. Tal vez Berta se había largado de allí, dejando plantada a aquella pandilla de analfabetos, a la pesada de su madre y al imbécil del macho ibérico de su padre, que no le hacía ni puto caso desde la preadolescencia. Se refugiaba en aquel constructo de sufrimiento compuesto por una pequeña porción de consuelo y un enorme resto erigido como un monstruo de remordimiento, pena y fustigación hacia sí mismo. Mientras su emoción reflexionaba sobre aquel dolor, su razón seguía sumando mentalmente la pasta de dientes, los cereales de avena, la fruta, el café, la comida para perros, el pan integral en rebanadas… La mujer que había tras la caja tenía el pelo tintado de azul y en sus gafas se apreciaban con claridad restos de huellas dactilares.

—Perdona —le dijo—, el muchacho que había ahí afuera, el guardia de seguridad, ¿ya no trabaja aquí?

—¿El Chamorro? —respondió la mujer—. Sí, pero es que se pasa

la mitad del tiempo en el baño. Cagando o vete tú a saber…

Hizo un gesto rápido con la mano, como golpeando el aire y sacando la punta de la lengua por la boca. A Robles le pareció una reacción de lo más desagradable. Pasó los productos por la caja de forma automática, sin apenas mirarla a la cara. Le sobraron casi tres euros de los cincuenta que se había propuesto destinar a la compra e interpretó la hazaña como una señal de que las ruedas del día a día iban desplazándose con creciente seguridad sobre los raíles de su vida.

Al salir, efectivamente, se encontró con la planta fornida del Chamorro. Como siempre, se balanceaba sobre sus enormes zapatos negros, echándose hacia atrás y hacia delante, con las manos en la espalda. Parecía que todo su cuerpo era una enorme mecedora de carne y ropa.

—Hombre, Chamorro. No te había visto antes y pensaba que ya habrías cambiado de trabajo.

—No, estaba en el baño —dijo, mirándolo de reojo—. Oye: ¿has ido a la taquería mexicana que han puesto en el centro, al lado del Ayuntamiento?

Robles dudó un segundo y respondió:

—No.

—Pues mejor. No vayas.

El chico negó con la cabeza durante unos segundos y continuó mirando al frente, hacia el aparcamiento, como esperando a que sucediera algo para salir trotando hacia allá, echar la mano a la porra e imponer la fuerza de la ley de inmediato.

—Vale, anotado. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

Robles sacó de una bolsa de papel un par de cruasanes con chocolate y le ofreció uno al Chamorro, que lo tomó sin dudarlo y le dio las gracias con el gesto peculiar de abrir mucho los ojos y mover la cara, como recolocándose las gafas con los pómulos sin usar las manos.

—¿Tú de qué año eres, Alberto?

—Yo soy del noventa y seis. Y tu hija era del noventa y siete, como la Susana. —Calló un segundo y añadió—: Bueno, era o es…

—Te refieres a aquella chica con la que siempre iba.

—Sí, se parecían mucho. Las llamaban «las gemelas», aunque Susana era un poco más alta y tenía mejores tetas —respondió

Chamorro, haciendo un gesto con las manos sobre su camisa, con la boca llena de hojaldre y el chocolate asomándole por la comisura de los labios—. No te ofendas.

A Robles no le afectó el comentario. Se rascó la cabeza y miró a ambos lados, asegurándose de que no había nadie cerca que pudiera escandalizarse debido a la excesiva naturalidad del muchacho.

—¿Y sabes dónde vive ahora?

—¿Susana? —dijo el otro—. Sí. Los abuelos se murieron y le dejaron una casa de huerta en Las Pullas, cerca de Alguazas.

—Sé por dónde queda. ¿Y vive allí?

—Sí, allí anda con el novio. Pero, vamos —el Chamorro soltó un bufido—, que viven como gitanos. Mala cosa…

El hombre chistó varias veces en una negación onomatopéyica. Las Pullas era una zona deprimida que no pertenecía a ninguna pedanía, integrada por casas dispersas levantadas sin licencia. Dar con la vivienda de Susana en aquel laberinto de senderos se antojaba tan difícil como hallar una lentilla perdida en una piscina.

—¿Podrías concretarme un poco más la zona por la que vive?

—Eso ya no lo sé. Me suena que por la zona de la Venta, donde celebran las bodas, comuniones y todo eso. Lo que sí te puedo asegurar es que el novio tiene un Mégane gris bastante viejo, con un montón de pegatinas en la parte de atrás. Se deja caer por aquí a veces a comprar en el supermercado. Lleva una de una calavera haciendo el *fuck you* —Alberto hizo el gesto—, otra del Atlético de Madrid y otra con tres monigotes.

—¿Monigotes?

—Sí, porque acaban de tener un crío. Uno es el padre, otro la madre y otro el crío: tres monigotes. Los vi por aquí hace poco, él la trata fatal. Oí que la Susana le decía a una cajera que el niño se pasa el día llorando. En serio, lleva cuidado con el novio, es de lo peor…

Dio las gracias al Chamorro por la información y se despidió. Este le llamó chistándole y Robles se dio la vuelta. El otro sacó del bolsillo una cartera y la abrió. Dentro brillaba una placa de la Guardia Civil.

—Robles —le dijo—, si necesitas un ayudante, ya sabes dónde encontrarme. Sé muchas cosas, me he pasado la vida escuchando.

—Gracias, lo tendré en cuenta —respondió el detective.

Se quedó pensando hasta qué punto la respuesta que acababa de darle podría encerrar una parte de verdad.

10

Robles no sabía exactamente en qué momento había perdido el control de su relación con Berta. Siempre había sido una chica educada y tímida, pero de pronto, durante la adolescencia, su actitud varió de forma radical. Aunque la revolución de la personalidad es frecuente entre los jóvenes, el caso de Berta pasó a convertirse en un verdadero problema. Céline insistía en llevarla a un centro concertado, convencida de que su cambio de actitud venía provocado por ciertas compañías del instituto, pero la chica se negaba con más impertinencia que rebeldía natural. Mientras, Robles continuaba enfrascado en su trabajo y sin tiempo ni perspectiva para afrontar la situación con la autoridad necesaria. El hombre confiaba en que se trataba de una etapa pasajera; estaba seguro de que su mujer sería capaz de manejar la situación y de que él, una vez superada la fase más conflictiva, cuando Berta hubiera domado las bestias que agitaban el suelo de un mundo incomprensible, podría retomar la relación. A los quince años, la chica ya volvía borracha a casa asiduamente; había ido cerrando su círculo de amistades y se dejaba ver con algunos jóvenes problemáticos. Su interés por los estudios se había desvanecido para entonces. En el verano de 2014, unos meses antes de la desaparición, empezó a trabajar en una heladería sin que sus padres lo supieran. Salía con un chico, más o menos de su edad, al que todos llamaban Charlie. Siempre iban en parejas con Susana y Jonás, a quienes conocían del instituto. En noviembre, un sábado por la noche, los cuatro asistieron a una fiesta *rave* que tuvo lugar en el desierto de Abanilla, a unos treinta kilómetros de casa. Una vez cada dos o tres meses se organizaba uno de esos eventos, en entornos rurales o costeros, alejados de la sociedad, a los que acudían cientos de jóvenes a disfrutar de sesiones de música electrónica al aire libre. Las investigaciones posteriores indicaron

que la pandilla se había drogado con éxtasis líquido. A última hora del domingo seguía sin haber noticias de Berta. El teléfono no daba señal y la angustia en el hogar era insoportable. Robles participó activamente en los interrogatorios. Charlie declaró que ambos habían abandonado la *rave* en su moto, ya dadas las cuatro de la mañana, y que habían esperado a que se les pasara la borrachera; después dejó a Berta en el parque de Europa, próximo a la vivienda familiar de Robles, hacia las seis y media de la mañana. Dos empleados del Ayuntamiento del primer turno de limpieza y otros dos vecinos del barrio testificaron haber visto a los chicos besándose en ese mismo parque. Los limpiadores vieron alejarse al muchacho en la moto y a ella sentada sola en un banco. Todos identificaron el color de la moto de Charlie: un tono verde chillón que no pasaba desapercibido. La versión de los padres del chico coincidió con esos horarios, pues aseguraron que su hijo llegó cerca de las siete de la mañana. Tuvieron una bronca monumental que despertó a varios vecinos. Charlie no parecía mentir y la posibilidad de que le acusaran de la desaparición de Berta le tenía aterrorizado. Por su parte, Susana y Jonás habían vuelto en el coche de un macarra de medio pelo llamado Kike, y la Guardia Civil los había tenido retenidos hasta las ocho de la madrugada por desacato a la autoridad. Al final, Kike se quedó en el control y los otros dos, al no ser los conductores, se montaron en otro vehículo que superó el control y también volvía en dirección a Archena. Ese mismo conductor confirmó que los había dejado en una plaza junto al Ayuntamiento, y la pareja afirmó que se había marchado directamente a la casa de la abuela de Jonás a dormir.

Robles contactó con Frías, quien desplegó un dispositivo urgente de búsqueda. Los padres de Céline viajaron desde Francia y contrataron a una firma de detectives privados de Madrid, expertos en desapariciones. Se difundió un número de teléfono de contacto al que llamar en caso de que alguien tuviera alguna pista, y durante dos o tres semanas se coordinaron con las autoridades locales. Los interrogatorios afectaron a más de veinte asistentes a la fiesta clandestina, además de a profesores del instituto, compañeros de clase y al círculo de amistades más próximo de la chica, pero todos los caminos morían en el mismo punto: si bien Berta iba muy colocada aquella noche, no tuvo lugar ningún conflicto grave.

Simplemente hubo alcohol, drogas y muy buen rollo. Peinaron la comarca. Pasaron las semanas. Ni rastro de Berta.

Céline abandonó su empleo por incapacidad mental y se hundió en un laberinto de insomnio, depresión y medicación. Al principio, durante las primeras horas de aquel domingo fatal, e incluso en los días siguientes, los dos se aferraron a la posibilidad de que Berta estuviera viva, pero pronto fueron haciéndose a la negra idea de que no era así. A su mujer le costó tanto aceptar esa realidad que perdió el norte; la verdad era demasiado dura para ella. Le repetía constantemente a su marido que tenía que hacer algo, que no podía arrancarse de la cabeza la idea de que su hija permanecía encerrada en el sótano de un loco, temblando y sufriendo las atrocidades de un degenerado. La madre de Céline se quedó con ella en el domicilio familiar durante unas semanas y, finalmente, Robles se trasladó a la vieja casa de sus padres, que comenzó a reformar. El trabajo físico, unido al alcohol y los antidepresivos, se convirtieron en la única vía de escape que le permitía alejarse de la angustia. La tierra de cultivo de la casa de sus padres no había recibido agua durante décadas, pero logró recuperar una parte de los árboles y replantó el resto de la finca de limoneros. Por el contrario, la relación con su esposa fue secándose hasta convertirse rápidamente en suelo baldío. Cuando sus suegros decidieron volver a Francia, se llevaron a Céline con ellos. El agujero negro que se había tragado a Berta amenazaba con engullir a su madre, que había dejado de comer y empezaba a presentar graves problemas psiquiátricos.

Robles sabía que nunca iba a superar la pérdida de su hija. La frustración causada por no haber sido capaz de dar con ella, pese a haberla buscado sin tregua durante más de un año, caía sobre él como una enorme roca al final de cada día, cuando posaba la cabeza sobre la almohada. Una vez que se quedó solo, la terapia ayudó a Robles a salir de la depresión y a ir dejando atrás, poco a poco, su adicción al infierno del alcohol. Ahora podía controlarse, ya no necesitaba beber un whisky tras otro hasta perder el conocimiento para evadirse del dolor. Se había acostumbrado a reptar por la vida, a superar cada jornada con un esfuerzo desmedido, sin olvidar nunca que los tentáculos del monstruo permanecían ahí, rondando, acechando para arrastrarlo a la fosa abisal en cualquier momento, para llevárselo de vuelta allí donde

todo es negro y los pensamientos se vuelven peligrosos. Había aprendido a convivir con la ausencia de Berta, a malvivir en su vacío. La psicóloga lo comparaba con la experiencia de quien pisa una mina antipersona y pierde las piernas; tras los tratamientos y las terapias, no queda otra que acabar aceptando la nueva «normalidad», aunque la vida nunca vuelva a ser como antes del accidente porque siempre, al despertar, la ausencia de las piernas te da los buenos días. La vida se había atascado en la noche de aquella *rave*.

Robles tenía el dedo apoyado sobre el icono de llamada, pero no se decidía a pulsarlo. El sargento Frías se había jubilado en 2016, dos años después de la desaparición de Berta. Durante un tiempo, Robles tuvo la duda de si el agente había dado por terminada la búsqueda de su hija antes de tiempo, bien por orden directa de sus superiores, bien porque no deseaba que un caso como aquel se le enquistara justo cuando estaba a punto de cruzar las puertas hacia un retiro dorado. Durante los meses siguientes a su jubilación, Frías estuvo atento a la involución de Robles. De vez en cuando se dejaba caer por su casa, le llamaba para preocuparse por el estado de Céline e incluso le invitó a la fiesta que celebró el día que abandonó oficialmente el cuerpo. Robles no asistió. De vez en cuando, Frías le llamaba para tomar unas cervezas; sin embargo, a Robles le acabó dando la sensación de que aquellos eran gestos compasivos, y su carácter le impedía que le trataran como a un perro lastimero. Por esta razón, decidió entonces no responder más a las llamadas de Frías.

La señal tardó un poco en dar tono. Imaginó aquellas ondas invisibles abriéndose paso a través de las masas de tierra seca del valle hasta alcanzar la finca donde vivía Frías.

—Buenas, ¿Robles?

Percibió un tono de júbilo al otro lado.

—Sargento, qué tal, ¿cómo va la vida?

—Qué bueno oírte, amigo. Bien, bien, ya sabes; aburrido pero tranquilo.

—Tú te lo has buscado.

Ambos rieron. Se hizo un silencio breve que no pareció incomodar a ninguno de los dos; más bien parecía que estuvieran saboreando el reencuentro de sus voces.

—¿Sigues saliendo a pescar? —preguntó Robles.

—No, ya hace mucho que no —respondió Frías—. De hecho, no tengo ni idea de dónde tengo la caña y el equipo. Ahora estoy dedicando más tiempo a los nietos. Ya sabes, mi hija me los coloca cada vez que puede para irse de escapada y tengo los sábados hipotecados. Pero no me quejo.

Esta vez el silencio fue más corto; los dos eran conscientes de que la mención de la descendencia hurgaba en heridas mal cicatrizadas.

—Oye, te llamo porque estoy detrás de un caso. No es que haya vuelto a las andadas… —Robles se sintió ridículo al decir esto, pero al mismo tiempo sentía la necesidad de justificarse—, el tema es que estoy intentando ayudar a un amigo y me he encontrado con algo extraño.

—Claro, cuéntame.

Robles intuyó al otro sentándose. La voz del oficial llegaba cargada de interés.

—Tengo una documentación sobre un vehículo…

—¿Es un tema de tráfico?

—No exactamente, pero creo que podría estar relacionado con la desaparición de Berta. Necesito descartar algunos indicios…

—Mira, ¿por qué no vienes a verme a la finca y me lo cuentas tranquilamente?

El tono de buena predisposición de Frías se multiplicó. Robles pensó que, de algún modo, el caso sin resolver de Berta se le había quedado clavado en el costado y aportaría todo lo que pudiera, dentro de sus posibilidades.

—Claro, ¿cuándo te viene bien?

—Eva ha traído unos caracoles como puños. Si vienes, hago un arroz serrano para los tres, que me sale espectacular. Así te enseño cómo ha quedado la finca.

Robles miró el reloj parado de la pared. Hacía meses que se había propuesto cambiarle la pila. Y también darle una capa de pintura al salón, ordenar las carpetas de documentos, los libros en las estanterías… Llevaba años dejando un mundo para el día siguiente. Esa mañana había estado buscando información sobre la furgoneta negra de la franja roja y había hallado una ficha entre los viejos informes. Era el registro de los vehículos que habían

merodeado por la urbanización Los Valientes, donde se estaban cometiendo los atracos. Uno de ellos acabó con toda la familia de un empresario maniatada en el sótano. No denunciaron ningún robo, más allá del ordenador del hijo y algunas joyas de la mujer. Estaba claro que se habían llevado dinero negro, así que se trataba de un robo a un ladrón. Entre los datos se leía: «Furgoneta estilo Equipo A», y al lado una tabla con los días 12, 15, 18 y 25 de octubre, y el 8 de noviembre de 2014, todas a última hora de la tarde. Berta desapareció el 17 de noviembre de ese mismo año. Después, no volvió a haber ni rastro de esa furgoneta.

—¿Me mandas la ubicación?

Frías guardó silencio unos segundos y dijo:

—Ya la tienes.

Robles se pegó una ducha y salió con la cabeza hirviendo de ideas. Se montó en el coche y se lanzó a las carreteras secundarias y polvorientas que trepaban hacia el valle. Había recorrido esos pueblos cientos de veces, tanto de joven, cuando visitaba las fiestas populares de las aldeas, como de adulto siguiendo pistas. Echó un vistazo al GPS del móvil e improvisó otro trayecto, solo por diversión. No era un atajo, más bien lo contrario; la nueva ruta le iba a suponer conducir durante casi media hora más, pero le apetecía pararse en una de las crestas del valle. Allí el paisaje parecía dividirse en dos planetas diferentes: una arista separaba por un lado la sequedad de las montañas, llenas de matorrales y prácticamente ausentes de árboles, y por otro el bosque de coníferas, que se extendía como un oasis en contraste con el hábitat semidesértico, donde había tenido lugar la *rave*. Los ingenios hidráulicos de los últimos moriscos aún permanecían activos nutriendo los campos y sacando el máximo provecho a los escasos recursos hídricos de la zona. Aparcó cerca de la cumbre y anduvo durante un buen rato hasta alcanzar el cartel que señalaba el punto más alto del valle. Acertó a ver el vuelo majestuoso de un águila perdicera y una gineta huidiza esconderse entre los arbustos. Volvió al coche y continuó el camino hasta atravesar la última colina. Estudió la ruta que le marcaba el GPS, pues Frías le había advertido antes de colgar que apenas había cobertura en algunos tramos.

Finalmente dio con la casa que respondía a las indicaciones. Una valla de alambrada trazaba el perímetro de la finca. Contaba con un

extenso terreno en el que había plantados cítricos, olivos y algunas higueras. La puerta se abrió despacio, con un motor, y Robles condujo lentamente por el camino de arena hasta alcanzar una zona amplia destinada al aparcamiento. Frías se asomó al porche con los brazos en jarras y levantó la mano. Robles se bajó y caminó despacio hacia las escaleras, pero fue el otro quien descendió, perdiendo la protección del techo de madera, para ofrecer un abrazo al detective. Se golpearon las espaldas con las palmas de las manos varias veces, con fuerza y en silencio.

—Qué bien te veo —dijo Robles después, dando un paso atrás.

El otro se echó a reír y le puso una mano sobre el hombro para dirigirle hacia la casa. Frías le enseñó la propiedad y después se sentaron a beber una cerveza. El olor del sofrito para la paella llegaba desde el extremo sombreado de la vivienda. Saludó a Eva, la mujer del ex guardia civil, que recordaba a su marido con insistencia que no le quitara el ojo de encima al fuego. Brindaron.

—Una Volkswagen Transporter, 2.5 TDI 340 Trend —comenzó Robles, enseñando a su amigo una foto hecha con el móvil—; tiene toda la pinta de que ha sido colocada ahí más tarde que los coches que tiene alrededor. ¿Ves? Se nota perfectamente que los demás son mucho más antiguos, tienen la chapa descolorida y son modelos más viejos.

—¿No llevaba matrículas?

—No, se las habían quitado. Es muy raro encontrar allí un coche que no conserve, al menos, una de las dos placas; por eso te digo que algo me huele mal. Busqué por todos los compartimentos, pero no encontré ningún documento que mereciera la pena rastrear.

—Es obligatorio que estén matriculados para que el desguace los acepte —señaló Frías—, tanto para triturarlos como para despiezarlos.

—Tengo un contacto dentro que asegura que no hay rastro del registro de esa furgoneta, al menos él no ha sido capaz de encontrarlo.

—¿Y le crees?

—Sí —dijo Robles—, no tiene razones para mentirme. Aunque quién sabe…

—¿Número de bastidor?

—En ese modelo, el número de bastidor se localiza en la viga del

eje situada detrás de la rueda delantera derecha. Sin embargo, ambas vigas de las ruedas delanteras están arrancadas.

—Se aseguraron de convertirla en un fantasma —dijo Frías—; tiene toda la pinta de que alguien la pasó a la zona de chatarra… Lo hacen bastante, sobre todo con coches robados o para hacer favores.

—He tratado de buscarla en el archivo de bajas de la DGT, pero entre el año 2014 y el 2016 se dieron de baja más de cuatro mil furgonetas Volkswagen. Eso contando con que lo hubieran hecho legalmente… Es como buscar una aguja en un pajar.

—Cuando el desguace recibe el vehículo para darlo de baja, le tiene que pasar los datos a la Guardia Civil, pero, si no lo hacen, es como si no existiera.

—Vamos, que rastrearlo es imposible.

Frías dio un trago a la cerveza y miró a su mujer, que andaba preparando la mesa.

—Podría pedir el favor de que lo buscaran en los archivos —el exagente habló en voz baja—, pero sin el número de bastidor ni la matrícula, solo con el color, es muy difícil. No puedo tener a un tipo buscando horas y horas a un fantasma, porque ni siquiera sabemos si esa furgoneta está en la base de datos…

—Bueno, nada, no te molestes.

El hombre hizo una pausa y después miró al detective.

—Pero ¿esto tiene que ver con Berta o con lo del amigo ese al que decías que estás ayudando?

—Las dos cosas, en realidad. —Robles vació la cerveza de un trago y carraspeó, como preparándose para hablar.

El otro se echó hacia atrás y se levantó las gafas de sol, dando a entender que tenía los sentidos bien atentos. Lucía un pelo gris abundante y corto que, junto con la forma recia de su mandíbula y los ojos pequeños y vivos, le concedían un aspecto de animal salvaje. Seguía delgado y fibroso, tal como Robles lo recordaba, pero su piel era más oscura, fruto de horas y horas trabajando al sol en las tareas de la finca.

—¿Tú te acuerdas de Pablo Vicente? —comenzó Robles.

—Ahora no caigo…

—Sí, uno de Archena que tiene muchas tierras. Estuvo un tiempo metido en política.

Eva, que entraba y salía de la casa para ir colocando en la mesa

de madera del porche los cubiertos, intervino:

—Sí, hombre. ¿Ese no era el dueño de Conservas Fajines?

—Exacto —dijo Robles—, pero de eso hace mucho.

—Ya, ya. Sé que se la vendió a su hermano —se apresuró a decir la mujer.

—Vale, vale, ya me suena, sí —convino Frías, seguramente más por dejar que avanzara el asunto que porque de verdad supiera con precisión de quién se trataba, pues ya habría tiempo de enterarse de eso si era necesario.

—Bueno, no sé si habéis oído algo de un accidente en el desguace de Las Claras.

—Ah, sí, algo hemos oído —dijo ella.

—Pues era su hijo.

—Joder, pero eso fue un accidente, ¿no? —dijo Eva.

La mujer sacó tres botes de cerveza helados, se sentó en el sofá de ratán de dos plazas junto a su marido, abrió una bebida y le dio un sorbo.

—Eso han dicho, pero ya he comprobado que andaba metido en asuntos raros. Aún no sé exactamente cómo de serios, pero el padre se huele que hay algo más.

—¿Cree que lo mataron? —preguntó Frías.

—Nene, la paella —dijo Eva.

Frías se la quedó mirando unos segundos y se levantó despacio, se colocó una gorra de publicidad de un banco y se dirigió al fuego, bajo el sol del mediodía.

—Pero ¿qué tiene que ver con la furgoneta? —preguntó el hombre desde la distancia.

—Pablo Vicente me ha pedido el favor de que le ayude a aclarar si hay algo más detrás del accidente, así que fui al lugar del siniestro para olisquear un poco.

La mujer le miraba y asentía. Robles se preguntó en cuántas ocasiones Eva habría ayudado a Frías a recolocar las piezas de sus casos para terminar de cuadrar los puzles; cuántos de aquellos reconocimientos profesionales se debían en realidad a la astucia compartida de la pareja.

—Y allí viste la furgoneta —dijo ella.

—Exacto. Y aquí viene mi chaladura: cuando estábamos investigando los robos en los chalets de Los Valientes, una

furgoneta, no sé si idéntica o muy similar a esa, aparecía entre los vehículos en seguimiento. Cruzaba con frecuencia por la zona. Yo la recuerdo bien y la tenía entre mis notas. Pero poco después pasó lo de Berta y ya dejé el caso de lado…

—Aquello de los chalets nunca se resolvió —dijo Frías.

Robles se echó una mano al bolsillo y sacó un papel donde había apuntado la matrícula de la furgoneta que tenía en su ficha.

—No sé si será la misma, pero en cuanto la vi allí, medio aplastada…

Eva asintió con un movimiento lento, dando total verosimilitud a la fiabilidad de esa corazonada. Frías se acercó y miró el papel, como si el simple hecho de leer aquella combinación de letras y números escondiera de por sí información útil. La mujer miró a Robles con ojos llenos de ternura y echó el cuello hacia un lado.

—¿De tu mujer sabes algo?

—La llamo cada medio año o así —mintió—. Va mejor, ya sabes… Poco a poco.

—¿Y qué necesitas exactamente? —dijo Frías.

—Me gustaría saber quién era el propietario de esta en el año 2014 —dijo Robles, golpeando el papel con la punta de un dedo.

—¿Irás a hablar con el dueño?

—Ya sabes que sí.

—Ya —dijo Frías alejándose para seguir dando vueltas al arroz —. Bueno, pues cuenta con ello.

—Gracias, amigo.

—Pero ahora relájate un poco. —Levantó una red llena de caracoles—. Mira, mira qué bichos.

En la mesa del sargento Frías nunca faltaba cerveza, buen vino, licores digestivos, whisky escocés… La sobremesa se prolongó hasta la hora de la cena. Hacia la media tarde, Eva se retiró a descansar y finalmente Robles accedió a quedarse a cenar, admitiendo que no estaba en condiciones para conducir.

—Ahora no estoy para echarte un cable si te pillan mamado… —dijo Frías.

—Seguro que podrías mover tus hilos —respondió Robles.

—No te creas, hace ya unos años que la inspección está muy pendiente de los favores dentro del cuerpo. Ahora, para quitar una simple multa por mear en la calle ya nos las vemos putas.

Prepararon tocinos y chorizos a la brasa en la barbacoa y bebieron cerveza para acompañar los bocados.

—Este pan es un vicio —observó Robles con la boca llena.

—Oye —dijo Frías—, te he dicho eso antes porque, si muevo muchos contactos, me pueden llamar la atención. El que me ha sustituido es un cabrón que han traído de Ciudad Real y los lleva a todos como velas.

Robles asintió y bebió un trago.

—El tema es que tal vez necesite ayuda también con lo del hijo de mi amigo —dijo Robles—. Lo ha llevado la Policía Nacional directamente y, que yo sepa, la Guardia Civil no participó en la investigación.

El exagente dejó los ojos quietos clavados en los de Robles, que se sintió intimidado no tanto por la presión que ejercía sobre él esa mirada, sino por la dificultad para mantenerla fija con la cantidad de alcohol que corría en esos momentos por los vasos sanguíneos de sus globos oculares.

—¿Qué pasa?

—Robles, tú sabes que lo de Berta me dejó con muy mal sabor de boca. Hice todo lo que pude por encontrarla.

El detective le mantuvo la mirada y asintió.

—Lo sabes, ¿verdad? —insistió el otro.

—Sí, lo sé —dijo, y desvió la mirada al cielo.

La noche, fresca y despejada, exhibía toda su belleza estelar. A lo lejos se oían los ladridos de los perros de las casas de campo de la zona, pero los dos rottweilers de Frías permanecían impasibles a los reclamos. Tumbados junto a ellos, recogían con el vientre el agradable calor acumulado en las maderas del suelo durante la jornada.

—Quiero que te quede claro que haré todo lo que esté en mi mano.

Se les echó encima la madrugada recordando anécdotas. Frías le contó cómo habían evolucionado algunos de los mandos con los que el detective había colaborado. Robles disfrutó especialmente con la historia de uno de los sargentos más bocazas y prepotentes que se había encontrado: se había enganchado al juego y le habían expulsado del cuerpo por interferir en las investigaciones contra dos salones de apuestas deportivas que se dedicaban a captar a menores

de edad con bebidas alcohólicas gratis y un saldo gratuito para las primeras apuestas.

—Menuda lacra, vincular el deporte con la adicción… —dijo Frías—; esa gente es tan mala como la que mete a los chavales en la droga.

—Sí, pero con la diferencia de que a los dieciocho años ya es legal.

—Se enganchan antes a través de las putas aplicaciones. Falsean la edad y para delante…

—Me alegro de que le fuera mal. Era un auténtico gilipollas —dijo Robles.

Cuando fue a levantarse para ir al servicio, el cuerpo le dio un toque de atención. Apenas podía mantener el equilibrio. Frías lo cogió del brazo y lo echó en el sofá del salón.

Se despertó con los ladridos largos y profundos de uno de los perros de su amigo. Eran las cuatro y media de la madrugada. De inmediato se acordó de Wolfe y dudó sobre si le habría dejado suficiente comida en el bol. La tajada se le cortó al instante, como si una guillotina de conciencia helada le amenazara la nuca. Se incorporó y salió al porche. Sobre la mesa, por detrás del papel de la matrícula, dejó una breve nota a Frías dándole las gracias y diciéndole que esperaba su llamada. Al salir por la puerta principal de la vivienda, el perro de su amigo le acorraló contra la puerta y ladró. Se encendió una luz y Frías apareció en calzoncillos, entornando los ojos vidriosos.

—Parece que tu colega no me deja salir.

—¿Te vas ahora? —preguntó Frías.

—Sí, no estoy seguro de haberle dejado comida al perro. Me acabo de acordar.

—Pero ¿estás bien para conducir?

—Sí, sí. No te preocupes por eso. He dormido un rato.

Frías salió y agarró del collar a su perro. Se despidieron prometiéndose contactar pronto.

No se cruzó con un solo coche durante todo el trayecto. La noche todavía se resistía a romperse y la oscuridad cubría el paisaje. Era como si su cerebro fuera un barreño a punto de desbordarse, transportado por un niño de manos temblorosas. Se sentía lleno hasta el límite de un agua turbia y con algún tipo de criatura

gelatinosa viviendo dentro. Sin embargo, ese estado de equilibrio zozobrante le brindaba la disposición ideal para conducir sin salirse de los caminos. El reloj del salpicadero marcaba las cinco y cuarto cuando enfilaba la senda que llevaba a su casa. Los ladridos de Wolfe ya se le colaban por la ventana a más de doscientos metros de distancia. Eran ladridos secos, graves, inconfundibles. Se había escapado de la jaula. Cuando aparcó, la intensidad de los ladridos se multiplicó y vio que los faroles de la fachada de la casa del Pulga se encendieron de inmediato.

Oyó que le llamaban. Se dio la vuelta y vio que un hombre de un metro ochenta y cinco más o menos se le acercaba. Llevaba una camiseta de tirantes y un pantalón corto. Robles supo enseguida que tenía delante a uno de esos adictos al gimnasio y a los batidos de colores que los ayudan a muscularse.

—¿No te dijo mi suegro que tenías que resolver lo del perro? —dijo el yerno del Pulga.

—Sí, sí —dijo, peleándose con la cerradura.

—Menuda tajada llevas, ¿no?

—Ya no, pero la llevaba hace un rato.

—Madre mía —dijo el otro con un tono de repulsión—, así que te vas toda la noche por ahí a emborracharte y nos dejas con el marrón del perro de los cojones.

—Mira, voy a intentar calmar al animal, ¿vale?

—No, no vale, porque eso es pan para hoy y hambre para mañana.

Robles se dio la vuelta despacio y puso las manos en posición de descanso, apoyadas en la cintura.

—Bueno, entonces ¿qué coño quieres que haga? —preguntó.

—Lo que quieras, pero, si no lo haces tú, alguien tendrá que hacerlo por ti.

La furia le corría por el cuerpo en oleadas, sentía cómo le crecía por los brazos desnudos. La noche era fresca y le había despejado bastante. Wolfe no había dejado de ladrar y ahora golpeaba la puerta de metal con las patas, añadiendo más leña a la tensión. El otro había invadido su espacio personal; ya parecía que iba a levantar el puño cuando una mujer asomó por la puerta de la vivienda del Pulga y llamó al hombre.

—Ya voy, cariño —gritó.

Luego se giró y le dijo en voz baja a Robles:

—Eres un puto borracho.

Vio cómo el hombre se daba la vuelta y se alejaba andando como un soldado. Sintió el impulso de correr hacia ese simio dopado y lanzarle un puñetazo en una oreja. Pensó en coger una piedra del suelo y estampársela en la cabeza, o azuzarle a Wolfe; sin embargo, giró ciento ochenta grados y abrió la puerta. Acarició la cabeza del perro y lo llevó hasta el rincón donde le dejaba la comida. Vio que los cuencos estaban vacíos. El perro jadeaba sin parar.

—Calma, calma, chico —dijo, consciente de que el mensaje también iba dirigido a sí mismo.

Llenó los recipientes y se quedó sentado, mirándolo comer en la oscuridad. El cielo comenzaba a amarillear anunciando la llegada de un nuevo día. A lo lejos, un gallo lanzó su grito desesperado.

Jueves 15 de noviembre de 2014
Dos días antes de la rave

A primera hora de la mañana, Charlie la estaba esperando en el parque de Europa. El chico estaba apoyado en un coche, vestido con su mono de trabajo. Sobre una moto que ella nunca había visto, reposaban dos cascos.

—¿Tú qué coño haces aquí? —dijo ella.

Él se acercó y le plantó un beso en los labios.

—En el taller hay una avería y lo están solucionando, el jefe nos ha dado la mañana libre —dijo, y, señalando la motocicleta, añadió —: ¿Has visto o qué?

—Sí, ya veo —dijo ella, tratando de imprimir entusiasmo a sus palabras.

—Fui ayer a por ella a Alicante. Está guapa, ¿eh?

—Sí, está muy guapa.

—Esta es de dos y medio —dijo con orgullo—, esto sí es una moto de verdad y no la de Jonás.

—Pero ¿no decías que no ibas a comprarla hasta que cobraras la extra de Navidad?

—Hace semanas que mi primo la había visto en un anuncio de internet —dijo el chico—, la tenía apalabrada y le pedí un adelanto a mi jefe. Es que estas cosas, si te las piensas, no las haces.

Berta miró la frente de su novio, la tenía invadida por el acné. Nunca le había parecido especialmente atractivo; en realidad lo que la atraía de él eran su personalidad y ese talante sensible con un punto macarra. Aunque a veces le parecía un poco cargante con el sexo, aceptaba los límites que ella le imponía. Si bien en ese momento lo vio como una mala copia de Jonás. Y fue consciente, de pronto, de que todo lo que Susana y su novio hacían, ellos trataban de imitarlo.

—Había pensado que nos podíamos ir por ahí esta mañana —dijo él—, a dar una vuelta por el parque de la Marquesa. O

podemos ir a mi casa, que mis padres están currando…

—Qué va —dijo ella—, Charlie, tengo que ir al instituto…

—Tía, Berta —soltó él—, de verdad, ¿qué te pasa conmigo?

—Me pasa —respondió ella— que como siga faltando a clase van a volver a llamar a mi madre, y tú no sabes el mal ambiente que tengo en casa.

—Pero, a ver, ¿tú y yo qué? —dijo él—, yo necesito que me digas algo, porque estoy hecho un puto lío.

—Joder, Charlie, yo qué sé. Tú y yo bien, normal. No lo sé… Necesito pensar…

—¿Pensar el qué? Estoy un poco ya hasta los huevos de tus dudas…

—Y yo estoy cansada ya de estar todos los días haciendo lo mismo —dijo ella—, fumando porros y repitiendo las mismas tonterías.

—Pues dime qué quieres que hagamos —dijo él alzando la voz —. ¿Quieres que vayamos al cine o algo? ¿O a Murcia a la bolera? Yo qué sé. Tú dime lo que quieres hacer, si a mí también me raya estar todo el día con la Susana y el Jonás, pero es que, si no…, ¿qué hacemos?

—Mira, pues ahora mismo no sé… Voy a llegar tarde —dijo ella mirando la pantalla del móvil—, ¿me acercas al insti? Tengo exámenes la semana que viene y hoy van a decir lo que entra y lo que no. Necesito aprobar.

—Pues claro que sí —dijo él—, perdona por hablarte así, es que a veces… Ya sabes que yo pienso que tú eres más lista que la hostia. Vas a aprobar de calle.

Él la abrazó y le dio un beso. Subieron en la moto y se plantaron en la puerta del instituto unos minutos antes de que comenzaran las clases. La manada de jóvenes se apelotonaba en la puerta de acceso. Berta se bajó de la moto y se despidieron.

—Te llamo esta tarde —dijo él.

Charlie salió derrapando. Berta se lio un cigarro a toda prisa. A lo lejos, Susana la saludó levantando la mano. Al verla acercarse, pensó que su amiga cada día se maquillaba mejor y que ella también podría pintarse así. Se imaginó el sábado de fiesta, la dos de punta en blanco en la *rave*.

—Buenas, nena —dijo Susana—. ¿Qué te pasó ayer? Te estuve

llamando y salía todo el tiempo apagado.

—Pues fatal todavía, estuve con fiebre —respondió ella—, todo el día por la pata abajo.

—Buah, pues no te me acerques mucho —dijo Susana dando un paso atrás—, a ver si me vas a pegar un virus o algo.

—Nada, nada; ya estoy bien, tranqui.

—¿Y esas pintas que me llevas?

—Yo qué sé —dijo Berta—, por cambiar.

—Yo no me quito el chándal ni para atrás, tía —dijo Susana—, con los vaqueros voy más incómoda… Como mucho, unas mallas.

—Ya —dijo ella—, si a mí la verdad es que me aprietan un montón, pero mi madre se ha empeñado y por no discutir.

—Buah, qué sueño tengo, tía… —dijo Susana—, no he pegado ojo con los putos vecinos.

—Ya ves, yo tampoco —dijo ella—, mi perro se ha pasado la noche ladrando.

—Es que tener un perro tan grande en un piso es una tortura —dijo Susana.

—A ver —contestó Berta—, que está en la terraza.

—Ya, pero igualmente. Se vuelven locos, todo el día metidos ahí… —Susana arrugó la cara—. Tendría que estar prohibido que los animales vivieran en pisos.

—Ya, ¿y entonces a dónde te ibas a ir tú?

Susana abrió la boca y los ojos, exagerando el gesto durante unos segundos, y las dos arrancaron en una carcajada. Desde unos cincuenta metros, cualquiera diría que eran hermanas, incluso gemelas. Tiraron las colillas a la vez y entraron juntas al recinto.

—Te acuerdas lo de la *rave* del sábado, ¿no?

—Sí, ya me lo ha recordado Charlie.

—Vamos, ¿no?

—Le he dicho que sí, pero no sé —dijo ella—. Creo que mi padre está en casa este finde…

—Pues que le den, ¿no? —dijo Susana—. Que venga a veros entre semana. La última *rave* estuvo de puta madre, ¿eh? La de la playa…

—Pues ya ves. Menudo fiestón.

El recuerdo de la *rave* de la playa que tenía anclado en la memoria era el del sol asomando como una pelota perfecta, rosácea

y brillante tras la cortina del mundo y, alrededor de ella, decenas de cuerpos danzando sobre la arena. Conservaba en la memoria las cosquillas que le hacía el agua al lamerle los pies mientras una suave música *dance* parecía acunarla. La temperatura perfecta, las gafas de sol protegiendo los ojos cansados, la tranquilidad de no tener que volver al hogar porque su madre le había dejado pasar la noche fuera, los efectos del éxtasis decayendo y dejando en su mente una laguna de placer y despreocupación… Esa fue la única vez que lo había probado. Se habían desplazado hasta la playa de La Llana en el coche de una prima de Susana, con más chicos a los que no conocían. Charlie y Jonás se habían clasificado en un campeonato de futbolín que se celebraba justo ese fin de semana y habían decidido quedarse a jugar. Jonás dudó hasta el último momento; quería ir a la *rave* o que Susana se quedara con él, pero el premio del torneo era elevado y Berta convenció a su amiga para que se escaparan. Desde aquel día, Jonás había cambiado su actitud con Berta y se mostraba más borde y agresivo cuando surgía alguna controversia. En realidad, no iban a dormir en ningún sitio; el plan era dejarse caer donde pillaran cuando la *rave* terminara. El plan era que no había plan. Al conductor le costó encontrar la fiesta, pues no había carteles, pero se guio por una luz distante y el eco de la música débil. Se desvió por un sendero muy largo que moría en la playa. Los recuerdos de aquella noche se despedazaban en *flashes*: las hogueras creando un hilo de fuego a lo largo de la orilla, las carpas con las barras donde se servía la cerveza, los cuerpos bailando sudorosos y arremolinados, salpicados de sombras y con los brazos en alto, los rostros desencajados y dichosos, los abrazos con Susana, los labios carnosos y secos de su amiga contra los suyos en un momento de efusividad descontrolada, un chico alto y con gorra hacia atrás partiendo pastillas rosas y poniéndole un pedazo sobre la lengua, una pastilla que ella había aceptado consciente, con la misma entrega plena con la que una abuela recibe la hostia en la primera misa del domingo… Después, el encantamiento, la elevación, el placer descubierto. Entre el rompecabezas de imágenes, en mitad de la felicidad desbordada, flotaba una reminiscencia inquietante que nunca había llegado a verbalizar. En un momento dado, en medio de la madrugada y de los láseres de colores, que dibujaban efectos y patrones, moviéndose sin pausa y

variando de forma, se alejó del tumulto hacia el aparcamiento para colocarse entre dos coches y hacer pis. La arena templada se volvió gélida bajo sus pies cuando, a través de una de las ventanillas de los vehículos, distinguió a una chica desplomada sobre los asientos traseros, con los ojos cerrados, el pelo sobre la cara y la camiseta levantada hasta el cuello. Al otro lado, la puerta del coche estaba abierta y un hombre la penetraba a empujones torpes y bruscos. En la penumbra, acertó a ver cómo un collar de bolas negras y blancas saltaba en el pecho del desconocido con cada embestida. Sus ojos se cruzaron con los del agresor durante apenas un segundo; se dio la vuelta y volvió a la fiesta. Le contó a Susana lo que acababa de ver, pero su amiga le dijo que lo olvidara, que era mejor no mencionarlo, porque no sabían qué tipo de personas podría haber rodeándolas; que, de todos modos, a la gente le gusta hacer cosas muy raras y que no se distanciara del grupo. La acompañó a un lugar separado y mearon juntas. Luego volvieron a la fiesta salpicándose agua entre carcajadas. Varios chicos trataron de ligar con ellas, pero no les hicieron caso. Iban a su bola. En aquel paraje aislado, se sintieron las reinas del mundo durante diez horas.

Con el paso del tiempo, gracias al alcohol y al efecto de un nuevo mordisco a otra pastilla, el desagradable trance se desvaneció, alejándose del trauma y convirtiéndose en anécdota. Cuando pensaba en ello, le venía a la mente la imagen de una sirena roja y giratoria, una señal de alarma que la animaba a priorizar su instinto de supervivencia. A veces dudaba de que hubiera sucedido de verdad, porque cuando lo comentó con Susana unos días después, esta le dijo que no recordaba la conversación y lo achacó todo a los efectos de la droga. Aquel episodio acabó quedando como una estrella negra e insignificante en mitad de la noche mágica, un tabú que no volvió a emerger, un borrón mínimo en el relato de una fiesta inolvidable. Si en la *rave* del sábado se lo pasaba la mitad de bien que en la de la playa, ya habría merecido la pena ir. Tenía claro que, aunque no le apetecía nada estar cerca de Jonás, esa fiesta no iba a perdérsela.

En mitad de la clase de Matemáticas, Berta pidió ir al cuarto de baño. Los profesores rara vez negaban a las chicas ir al aseo, por si tenían alguna urgencia íntima. Bien distinto era el caso de las profesoras, que las tenían caladas y se mostraban menos

condescendientes. Berta recorrió los pasillos con parsimonia. La sombra del aborto la seguía en todo momento; no podía quitarse de la cabeza el miedo al proceso, y a la vez se moría de ganas de salir de fiesta la noche siguiente. Entró en el cuarto de baño y se encerró en uno de los compartimentos. Cuando salió, acertó a ver, a través de la rendija de la puerta, que había alguien escondido tras ella.

—¿Quién coño hay ahí? —dijo.

La puerta se movió lentamente y, tras ella, apareció el Chamorro.

—Pero ¿qué coño haces, tío?

—Me he equivocado de baño —dijo el chico ahogando la voz.

Berta se fijó en la zona genital del Chamorro e intuyó un bulto de tamaño considerable.

—Pero qué asco, joder —dijo elevando la voz—. ¿Te la estabas cascando o qué?

El chico salió corriendo hacia su aula sin obedecer a las voces que profería la muchacha. Esteban, el tutor de Berta, estaba impartiendo la asignatura de Tecnología al grupo del Chamorro. Cuando el alumno entró, el profesor se asomó por la puerta del aula y se dirigió a ella:

—¿Qué pasa, Berta? ¿Esos gritos a qué vienen?

—El puto Chamorro este, que estaba en el baño de las tías, ahí tocándose —dijo ella, llevándose la mano a los genitales.

—Espera aquí —le dijo Esteban.

Un ovillo de burlas, gritos y risas procedía del interior del aula.

—Pero ¿le has visto los genitales? —preguntó el tutor.

—No, pero le he visto un bulto —dijo Berta, gesticulando de forma exagerada—. Vamos, que estaba empalmado.

El tutor de Berta miró a ambos lados del pasillo, incómodo. Otra profesora se asomó y él la tranquilizó con un gesto de las manos. Los gritos y las risas continuaban en el interior. Esteban se asomó al aula para pedir silencio.

—¡Eh, parad ya! —gritó el profesor, una segunda vez, impositivo —. ¡Y cada uno a su sitio!

Berta acertó a ver cómo un grupo nutrido de alumnos golpeaban a Alberto con las manos, además de con reglas, libros y carpetas. En ese momento sonó el timbre de cambio de clase. El Chamorro, protegiéndose el rostro en su silla, movía la cabeza de un lado al

otro. Estaba completamente rojo y sus ojos parecían a punto de desbordarse en lágrimas.

—¡Pajillero! —gritó una voz.

—¡Salido! —apoyó otra.

Esteban pidió a Alberto y a Berta que le acompañaran. Entraron a un despacho. Una vez allí, tomaron asiento y el hombre preguntó:

—¿Qué ha pasado?

El tutor sabía que, un par de cursos atrás, la madre de Alberto se había quejado formalmente de que Jonás y Charlie estaban acosando a su hijo de forma reiterada. Aunque Berta y Susana estuvieron presentes en los abusos, no se las identificó directamente como agresoras, si bien para el profesor era evidente que Berta sentía una aversión especial hacia el Chamorro.

—Que este salido se estaba tocando en el baño femenino —dijo la chica.

—No es verdad —dijo Alberto—, yo solo había ido a mear y me estaba sacudiendo.

El chico hizo un gesto con la mano dando golpecitos en el aire.

—Vale, vale —intervino Esteban—, Alberto. Está prohibido que los alumnos entren en los baños de las alumnas.

—Siempre entro a los de la primera planta —dijo el chico—, y las puertas en la segunda están al revés, por eso me he equivocado.

—Sí, ya, claro… —dijo ella.

—Berta, por favor —dijo el tutor, y añadió—: ¿Hay algún testigo?

—No —dijo Berta—, estábamos los dos solos. Pero quiero denunciarlo por acoso.

—Berta —dijo el tutor, haciendo una pausa—. Estás acusando a Alberto de un hecho muy grave.

—Y si me he sentido acosada, ¿qué quieres que haga? —dijo Berta, fuera de sí—. ¿Que lo deje pasar como si nada?

—No, nada de eso —dijo Esteban—, ¿quieres decir que necesitas atención médica o apoyo emocional?

—De momento creo que no. Lo que necesito —dijo Berta, señalando al Chamorro— es que este salido no acose a más compañeras.

—Pero si yo no he… —trató de expresar el chico.

—A ver, Alberto —dijo el tutor—, esto es algo muy serio. Más de

lo que crees, ¿entiendes? Tú no puedes entrar en el aseo femenino, es una violación de las normas establecidas por la escuela.

—¿Violación? —dijo Alberto, haciendo pucheros—, pero ¿cómo que violación? Si yo no he hecho nada, no he hecho nada…

—Porque no te ha dado tiempo —se apresuró a decir Berta.

Al escuchar aquella palabra, le llegó, como flotando, el recuerdo de la escena inquietante que había presenciado en la *rave* de la playa.

—Vale, un poco de calma —intervino Esteban, volviendo a su asiento y sacando unos documentos del cajón—. Berta, por lo que me estás contando, Alberto no te ha tocado, ni ha insinuado nada ni se ha dirigido a ti verbalmente…

—Ya, pero estaba ahí, mirando.

—Bueno —dijo el profesor—, es posible que se haya equivocado.

—Qué fuerte me parece que le defiendas —dijo Berta.

—No es que le defienda, Berta —aseveró el profesor—, es que se necesitan hechos para realizar acusaciones, ¿entiendes eso? Lo que podemos hacer es organizar una reunión con vuestros padres para asegurarnos de que algo así no vuelva a suceder.

—Mis padres no van a venir —dijo Berta—, eso ya te lo digo…

—¿Por qué?

—Pues porque están siempre demasiado ocupados.

—Yo no quiero que mi madre… —Alberto se miraba los zapatos —. Yo no he hecho nada…

—Bueno, de momento vamos a dejarlo aquí, ¿vale, Berta? —dijo Esteban, tratando de calmar a los chicos—. Antes de que esto vaya a más, podemos hablar con un alumno mediador. De todos modos, hasta el lunes no podemos hacer nada porque el director está en un curso en Madrid. Todo se aclarará, ¿de acuerdo? Ahora volved cada uno a vuestra clase.

Alberto se agarró con fuerza a la silla negando con la cabeza.

—Yo no quiero ir a clase, no quiero ir a clase —dijo—. Yo quiero irme a casa.

Berta lo observó y un sentimiento de culpabilidad la atravesó como un latigazo. Ya era tarde, no podía echarse atrás. Su orgullo le impedía quedar como una exagerada delante del tutor. Alberto permaneció en el despacho y Berta volvió al aula. Se sentó en su puesto, entre el revuelo general.

—¿Qué ha pasado? —cuchicheó Susana—, ¿de dónde vienes?

—Luego te cuento.

La hora terminó y Berta le explicó a Susana lo sucedido.

—No lo sé —dijo Berta—, pero yo juraría que se estaba tocando por dentro de los pantalones.

—No me extrañaría nada —dijo Susana.

—Vamos, que ese se va a cagar encima —dijo Berta—. Le voy a denunciar para que le echen.

—Olé tu coño, di que sí —aplaudió la otra.

Salieron del centro envueltas en un enjambre de hormonas y murmullos. Berta acertó a ver a Néstor montado en su coche, en la explanada que quedaba enfrente del instituto, y sintió una punzada en el estómago. Unos cuantos chavales, con las capuchas de las sudaderas caladas ingenuamente para tratar de pasar desapercibidos, se acercaron para el intercambio. Normalmente sería algo de hachís o marihuana, pero en esta ocasión tal vez fuera algo más fuerte, como MDMA o *speed*, para desfasar en la *rave* del sábado. La noticia de la fiesta ilegal era ya un clamor entre los jóvenes y los más arriscados aseguraban que no se la iban a perder.

—¿Y ese qué? —le dijo Susana, señalando hacia el coche de Néstor—, ¿sigue detrás de ti en plan baboso o qué?

—Qué va, a ese ya le dejé claro que paso de él —mintió ella.

Néstor terminó de trapichear y arrancó el coche. Berta intuyó que la furgoneta únicamente la usaba para sus escapadas al descampado, para aprovecharse de chicas inocentes e idiotas como ella, que se dejaban camelar por aquel chulo de tres al cuarto. Iba acompañado de otro tipo al que Berta no reconoció. Al pasar por delante de ella, ni siquiera la miró. Aceleró y se perdió esquivando los coches mal aparcados que anunciaban su premura con sus luces intermitentes.

Ya por la noche, Berta salió a la calle para sacar a Wolfe al parque de Europa y se sentó en el banco habitual. Se encendió un cigarro. El teléfono le vibró. Vio en la pantalla el nombre de Néstor y contestó. De la sorpresa, tragó el humo con demasiada fuerza y empezó a toser.

—¿Qué pasa? No te esperabas mi llamada —dijo él.

—No, la verdad —dijo ella cuando se recuperó.

Dio un silbido para llamar al perro.

—Oye, quiero verte, tenemos que hablar.

—Vale, pues ven. Estoy en el parque de al lado de mi casa.

—No, te recojo en la furgoneta y vamos a otro lado.

—Ni de coña, tío. Si quieres que hablemos, lo hacemos por aquí cerca —dijo ella con sequedad—. ¿Qué pasa? ¿Te da palo que te vean con una cría o qué?

Se hizo un silencio largo al otro lado.

—¿Es verdad lo del mensaje? —dijo él de pronto.

Ella soltó una risa corta cargada de ironía.

—¿Estás de coña? Pues claro que sí, joder.

—Vale, vale… —Néstor hizo una pausa—, voy para allá. Te doy un toque cuando esté por allí. Iré en mi coche. Aparco en la calle y hablamos dentro, tranquilamente, si te parece bien.

—Vale, nos vemos en la esquina de la farmacia, que no quiero que quedemos delante de mi casa.

Tardó un rato en subir a casa para dejar a Wolfe. Sabía que la bolsa de basura de la galería estaba a punto de llenarse, así que le dijo a su madre que salía a tirarla al contenedor. Ya en la calle, vio al otro lado del parque la figura de Néstor, que aguardaba de pie bajo el led verde de la cruz de la farmacia. Berta se acercó hacia allí caminando despacio, arrastrando los pies y liándose un cigarro.

—Hola —saludó él.

—Hola —dijo ella con idéntica frialdad.

—Bueno, ¿subes?

—Pero no nos vamos a ningún lado…

—No, joder —dijo él—, solo para hablar más tranquilos.

El chico rodeó el vehículo, pulsó el mando y los dos se subieron a la vez en el coche. Él echó hacia atrás su asiento y miró a Berta.

—Escúchame, Berta, ¿tú estás completamente segura de que estás…?

Berta se rio con sorna y se sacó el test del bolsillo de la sudadera.

—Pues tú me dirás…

—¿De cuándo es? —dijo él.

—¿Crees que te estoy engañando o qué? —dijo ella endureciendo el tono. Le gustaba sentir que tenía el control de la situación, que aunque Néstor la hubiera estado utilizando, ahora era ella la que le tenía acorralado. Se fijó en sus rizos pelirrojos, en la

barba perfilada y el aro en la oreja, y sintió que le seguía pareciendo atractivo. Si aquella relación se iba a ir a la mierda, al menos ella la terminaría con una buena bronca.

—Estas cosas no fallan, Néstor. Me he informado, puede que estés embarazada y que no salga la raya, pero no sucede lo mismo al revés. Si sale la raya, es que estás más embarazada que la hostia.

—Vale, vale, tranquila —dijo él, cogiendo un cigarro del paquete que tenía en el salpicadero—, pero, vamos, que eso casi seguro que será cosa de tu novio, porque nosotros hemos echado cuatro polvos.

—¿Cuatro polvos? Pero qué cabrón eres —dijo ella, y dio una calada—, yo con mi novio uso condón. Y te dije la primera vez que también quería usarlo contigo, ¿te acuerdas?

—Sí, pero a ti también te apetecía probar la experiencia…

—Pero fuiste tú el que me dijiste que era o a pelo o nada —gritó ella.

Una pareja vestida de chándal pasó junto al coche y se los quedó mirando. Néstor subió la ventanilla.

—Pero, tía, que yo me corro fuera siempre.

—Pues dicen que antes de llover chispea… Yo qué quieres que te diga.

—Tú sabes que los condones también fallan, ¿no? —dijo él con agresividad—. Y tú ya eres mayorcita para decidir qué es lo que quieres hacer con tu cuerpo…

—Flipo contigo, tío —dijo ella.

—Pero, vamos a ver, a mí me hablas con claridad, tía —dijo él —, ¿qué pasa? ¿Que quieres tenerlo o qué?

—Pues no lo sé, me lo estoy pensando —dijo ella manteniendo la mirada firme contra los ojos de Néstor.

—Tú estás mal de la cabeza, pero si eres una puta cría —dijo él soltando una risa nerviosa—, menuda película que te estás montando. Pero, vamos, haz lo que quieras, porque yo tengo claro que eso no es mío.

—Escucha, Néstor —dijo ella, girando el cuerpo hacia el hombre —, a mí no me toques los cojones, ¿eh?, porque me planto en la puerta de tu casa y se lo casco a tu mujer. No me corto un pelo.

—Mira, tía, eso ni lo menciones —dijo él mientras el humo le huía de la boca—, y como me vuelvas a hacer otra jugarreta como

la del parque…

—¿Qué? ¿Qué me vas a hacer? ¿Violarme?

Néstor dio una calada sin dejar de mirar hacia delante y se apretó los ojos con los dedos de una mano. Berta tuvo la impresión de que el chico estaba a punto de reventar y pensó que, tal vez, debería rebajar un poco la tensión.

—Madre mía —dijo él, negando con la cabeza y desviando la mirada hacia el frente—, ¿quién coño me mandaría a mí liarme con una criaja?

Aquello volvió a enervar el ánimo de Berta.

—Pues para ser una criaja te tengo bien cogido por los huevos —respondió ella, y añadió—: ¿Sabes qué? Que yo creo que eres un cabrón y que vas por ahí tirándote a todas las tías que puedes. Pero resulta que has ido a meter la pata precisamente con la que tiene más cojones que tú.

El chico soltó una carcajada y torció el gesto.

—Y, a lo mejor —siguió ella, consciente de que estaba hiriendo a Néstor—, tu mujer merece saber lo que eres.

Se hizo un silencio prolongado y los dos fumaron sin mirarse. Al cabo de un minuto, el muchacho habló:

—De verdad, Berta, ya no es por mí. Tienes que pensar en ti, si tienes ese crío te vas a destrozar la vida. Mira, yo estoy dispuesto a pagarte el aborto. Si no se lo quieres decir a nadie, ve a una clínica privada y yo te daré el dinero que necesites.

—El lunes voy a ir al centro de salud a informarme —dijo ella.

—Vale, pero te lo diré bien clarito —dijo él, y, orientándose hacia ella y señalándola con el dedo, fue subiendo el tono a medida que hablaba—: te iré llamando yo, no se te ocurra volver a llamarme ni a mandarme mensajes. Y, como se te ocurra contactar con Gema de alguna manera, te juro por Dios que es lo último que haces…, ¿te ha quedado claro?

Se hizo el silencio. Berta se quedó mirando los ojos ardientes de Néstor. Era la segunda vez que la amenazaban esa semana. Sintió que las manos le temblaban.

—Vale —dijo ella, y abrió la puerta del coche para apearse—, espero tu llamada.

Tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la punta del pie. Caminó hacia su casa sin mirar atrás y oyó el sonido del motor al

encenderse. Miró las farolas del parque. La mayoría de las bombillas estaban fundidas, otras tiritaban sin decidirse a brillar.

11

Robles cogió el tique del turno en el desguace y miró a la pantalla de números digitales. Aunque había ocho personas antes que él, la cosa iba deprisa. Cruzó la mirada con Germán, que la desvió de inmediato. Sacó el teléfono del bolsillo y vio en la pantalla una llamada perdida: era de Pablo Vicente. Tras las estanterías se oía la voz de un responsable dando gritos a los empleados, que respondían de malos modos. Sin duda, no había buen ambiente de trabajo en aquel lugar. Los turnos corrieron pronto y, cuando llegó el de Robles, Germán se dirigió a un compañero para decirle que le atendería él.

—Muy buenas —le dijo—, nada, no he podido encontrar los faros que me pediste.

Robles se le quedó mirando fijamente y arqueó las cejas, señal de que exigía más información.

—He buscado la referencia y nada, ni rastro —dijo Germán.

—Pues entonces enséñame aquellos del modelo que decías que podía ser compatible.

—Es que ahora hay mucha gente que atender —dijo Germán, e hizo un gesto con las manos.

Robles se volvió y se encontró con una docena de rostros mirándole, arrugados, cansados de esperar.

—Mira, te voy a apuntar la referencia para que vayas a pedirlos a la casa oficial de la marca, ¿vale?

—Me están esperando para vender el coche —dijo Robles—, así que necesito los faros sí o sí… De aquí no me muevo.

—Espérate ahí —dijo Germán señalando un asiento, y desapareció por la trastienda.

Robles miró hacia fuera. Le invadieron unas ganas infernales de fumar y pensó en la pitillera de metal, escondida en un cajón del escritorio. Vio a un tipo dando fuego a su cigarro. Se miró las botas

y se fijó en el barro que llevaba pegado, trató de concentrarse en la última vez que había pisado tierra mojada, cayó en la cuenta de que había sido en la finca de Frías. Con este pensamiento logró desviar su atención del deseo de fumar. Germán apareció de nuevo tras el mostrador y puso un sobre con el logotipo del desguace encima de la mesa:

—Aquí tienes la referencia —dijo con firmeza—; si vas, diles que te mando yo.

Robles le siguió la corriente y lo cogió. Abandonó el frescor de la oficina, proporcionado por un enorme y ruidoso aparato de aire acondicionado, para volver al tórrido exterior. Fue a su coche, se sentó y abrió el sobre. Dentro encontró un documento con la información de unos faros, el precio aproximado y el modelo. Dio la vuelta al folio y leyó una nota escrita con lápiz: «Ni rastro de la referencia, no hay nada». Se quedó mirando las enormes vitrinas de la recepción y siguió con la vista los gestos del chico. No estaba dispuesto a quedarse atrapado en aquel callejón sin salida. Guardó el papel en la guantera, sacó del bolsillo un billete de cincuenta y lo metió en el sobre vacío. Se bajó del coche y fue de nuevo en dirección a la oficina. Antes de entrar se detuvo al lado de uno de los hombres que fumaban. Junto a otros tres, rodeaban el cenicero como las moscas revolotean alrededor de una mierda.

—Amigo, ¿me das uno? —le dijo Robles, acercándose con paso nervioso al hombre, que parecía un saco de huesos y vestía ropa sucia.

Al tiempo que hablaba, sacó cincuenta céntimos. El tipo miró la moneda y, tras dudar un momento, la cogió y se la echó al bolsillo. Después sacó el paquete de tabaco y lo abrió. Robles cogió un cigarro y aceptó la llama. Dio una calada larguísima, luego otra y una tercera. Expulsó el humo estirando las piernas y alzando la cara al sol con los ojos cerrados. Después quitó la parte incandescente de un capirotazo, se guardó el cigarro casi entero en la cartera y entró en la estancia fría.

—Germán, Germán —dijo.

Alzó la voz lo suficiente para llamar la atención de los presentes, pero con cierta contención. El chico le miró con resignación y le hizo un gesto con la cabeza y los hombros.

—Escucha, necesito que me enseñes los faros —dijo—. No puedo

perder tanto tiempo…

—Termino de atender al cliente y salgo. Espérame fuera… —respondió Germán.

Su voz cansada sonó creíble, contenía una súplica de comprensión al resto de las personas que aguardaban para ser atendidos.

Robles salió, sacó el cigarro decapitado y pidió fuego al tipo esquelético con un gesto de los dedos. Este asumió que en los cincuenta céntimos se incluía un nuevo servicio.

—Por aquí —le dijo Germán, saliendo por una puerta lateral de la nave.

Caminaron unos metros y siguió:

—No me toques los cojones, que está el jefe que echa humo hoy.

—Humo estoy echando yo, cabrón —dijo Robles—. ¿Cómo que no hay expediente?

—Que no lo he encontrado, joder. Me quedé anoche el último y estuve buscándolo en el ordenador, pero, si existía, alguien lo ha hecho desaparecer.

Robles dio una calada larga.

—Aquí no se puede fumar, hostia —dijo Germán, señalando un telón enorme lleno de carteles de prohibición.

Robles tiró el cigarro, pero no lo pisó. Se detuvieron delante de un coche de segunda mano y comenzaron a rodearlo para disimular.

—Esta mañana le he pedido el favor a una compañera para que me lo mirara en los ficheros físicos, y nada. Yo le he salvado el culo en más de una ocasión —dijo el chico.

Se pusieron en cuclillas y tocaron los cristales de los faros.

—¿No hay registros de quién fue la persona que apiló aquellos coches?

—Qué dices, tío. De eso hace ya muchos años; además, eso no queda registrado ni siquiera hoy. En todo caso se habría grabado, pero en ese tiempo no había cámaras.

Robles se puso de pie y le estrechó la mano para despedirse.

—Oye —dijo Germán—, me he jugado el pellejo igualmente. Me tienes que dar mi pasta.

Robles le dejó el sobre encima del capó y el otro se lo echó rápidamente al bolsillo lateral del mono de trabajo, mirando hacia todos lados como si acabara de recibir un alijo.

—Es la parte proporcional a la información que me has facilitado. Si quieres el resto, sigue rastreando —dijo Robles, que se dio la vuelta y echó a andar hacia su coche.

—Eres un cerdo —dijo el Germán—. El día que se te rompa un faro de verdad te va a ayudar tu puta madre.

Su voz le recordó a Robles al sonido que hacen las serpientes al reptar por el fango. Buscó el humo del cigarro, que aún sobrevivía. Lo cogió y chupó, quemándose los labios y la punta de los dedos. En ese momento el móvil le vibró en el bolsillo. Miró la pantalla: era de nuevo Pablo Vicente. Aquella calada le supo a mil demonios.

12

Tras un par de minutos comparando modelos de pañales, un tipo con la camiseta sucia y los calzoncillos asomándole por fuera de los pantalones se le puso al lado. «A todo padre primerizo le llega ese momento en el que se la suda todo», pensó Robles. El hombre llevaba una cesta con potitos, toallitas y leche en polvo. Robles recorrió con los ojos los estantes y se lanzó directo a por los más baratos. «Esto es papel de lija —pensó—, y buscó el producto de precio inmediatamente superior».

Fue tomando desvíos por carreteras menores hasta que se introdujo en un camino de tierra. A los pocos metros se encontró con un cartel que anunciaba la llegada a Las Pullas. No era una señalización oficial. Una rata del tamaño de un melón atravesó el camino de punta a punta. Las construcciones eran desiguales. Algunas mostraban chalets de color crema y estilo rústico, protegidas por vallas altas y bien pintadas, tras las que crecían cipreses tupidos e igualados por la copa, mientras otras se habían quedado a medio levantar y sus muros estaban llenos de grafitis. La mayoría eran viviendas sencillas, de poca altura, cercadas con vallas de alambre y mallas de ocultación a través de las que se adivinaban piscinas de plástico en mitad de los patios. Tuvo que subir la ventanilla al pasar por una vieja cuadra. Parecía abandonada, pero a lo lejos vio un par de caballos a los que se les marcaban las costillas. Condujo por aquella telaraña de caminos de tierra y zahorra durante casi media hora. Estaba a punto de darse por vencido cuando dio con el Mégane gris de las pegatinas que le había descrito Chamorro. Estaba en un descampado, bajo una higuera, junto a una casa con la albañilería exterior sin terminar. Circuló despacio y se quedó observando. Oyó los gemidos de un bebé y la voz de una mujer tranquilizándolo. La vivienda estaba aislada de las demás y tenía un porche de uralita apoyado sobre puntales de

construcción, que transmitía una inquietante sensación de inestabilidad. El viento había venido levantándose a ráfagas durante toda la tarde, doblando las palmeras y las copas de los árboles. Temió por un momento que la techumbre se desmoronara justo en ese momento, sepultando ante sus ojos a aquella *madonna* arrabalera.

Fue bajando la velocidad hasta que detuvo el coche en la linde del camino opuesta a la casa. La mujer se volvió hacia Robles y él saludó con la voz y alzando la mano. La mujer no respondió. Desde su posición, aunque no acertaba a ver bien a la chica, sus rasgos le resultaron familiares. Años atrás había visto en varias ocasiones a esa joven, aunque su cuerpo parecía haberse hinchado. Sin duda, era Susana. Por la posición de su cuerpo, debía de estar tratando de acallar al crío dándole de mamar. Robles cogió el paquete de pañales y se bajó del coche. Dio unos pasos hacia la casa.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —dijo la mujer, a la defensiva.

La tarde era ardiente y el sonido metálico de las chicharras sobrevolaba el páramo. Un triciclo desvencijado, al que el sol había ido devorando casi totalmente el color, se hallaba tirado en la puerta.

—Hola, Susana. Soy el padre de Berta. —Robles habló sin acercarse, aún lejos de la valla y levantando los pañales a modo de bandera blanca—. ¿Te acuerdas de mí?

La mujer no dijo nada. Se quedó unos segundos pensativa, acunando al niño, que había empezado a lloriquear de nuevo. Le miraba cerrando un ojo, con el rostro ladeado. Robles intuyó la figura obesa bajo el vestido deshilachado. Tenía el pelo sucio adherido a la cara por el sudor. Su aspecto parecía propio de una mujer de cincuenta años, cuando él sabía que, en realidad, su edad rondaba la mitad. Más de cerca, le recordó a su hija en algunos rasgos: ojos claros, nariz ancha, los labios finos y la piel oscura. El cabello le cubría los pómulos tratando de ocultar lo que parecían magulladuras.

—Espérate un momento —dijo la mujer, y entró en la casa.

Robles se mantuvo en tensión; podría haber entrado para buscar a su marido. O, tal vez, se asomaría con un arma ella misma. Sin embargo, a los pocos segundos salió con una llave. Gracias a una tela, se desenvolvía hábilmente con el bebé contra el pecho. Cuando

vio que la mujer soltaba al niño con ambas manos para abrir el candado, Robles creyó por un momento que la criatura se le iba a caer.

—Pasa, siéntate ahí —dijo Susana.

Robles obedeció y la mujer no se preocupó de entornar la puerta de la calle. La casa más próxima se veía a unos doscientos metros.

—El padre de Berta, joder…

—Sí, mira, te he traído esto —dijo Robles. Dejó los pañales encima de la mesa de plástico, en cuyo centro apenas se adivinaba el logotipo de una marca de cerveza.

—Todo un detalle —dijo ella con retintín, sin dejar de mirarle—, ¿has descubierto algo o qué?

—Algo sobre qué…

La mujer dudó un segundo y dijo:

—Tú eras policía, ¿no?

—No, no soy policía —dijo él—. Yo era detective, pero ahora me dedico a las tareas del campo.

—Ah, entonces ¿no estás aquí por algún asunto relacionado con mi Jonás?

—No vengo por Jonás. He venido para hablar contigo.

—Pues tú me dirás.

La mujer se sentó en una de las sillas blancas y Robles temió que el material desgastado no soportara el peso de aquel cuerpo. Un ejército de moscas se movía en ángulos rectos y se posaba, en grupo, sobre los restos de pan desperdigados por la mesa.

—Mira… Estoy detrás de algo que puede estar relacionado con lo que le pasó a Berta.

—Uf, ya declaré todo lo que sabía en su momento —dijo ella, con gesto cansado—. Acabé harta de todo aquello, de verdad; fue una época muy chunga para mí.

—Vosotras estabais muy unidas.

—Sí, claro que lo estábamos. A mí, que Berta se fuera… o, vamos… su ausencia me dejó muy tocada.

—Me lo imagino. Supongo que habrás pensado mucho sobre aquello —dijo Robles con suavidad—; mira, he encontrado esto.

Puso la cadena de Berta encima de la mesa.

—¿Era de Berta? —dijo Susana, acercando el rostro al collar dorado.

—Sí, ¿no te suena?

—Puede ser. Ahora que lo dices, sí.

—La encontré en una furgoneta, en un desguace.

La mujer sacudió las moscas de la cara del crío. Los insectos acudían en busca de la leche seca que le quedaba en las comisuras de la boca.

—No sé lo que quieres decir, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—Nada, nada… Solo quería preguntarte si te suena esta furgoneta.

Robles tenía la imagen preparada en la pantalla del móvil. La mujer la miró, desde lejos, y él se la acercó a la cara.

—No sé —dijo ella—, no la recuerdo por nada en especial, la verdad.

—Susana, por favor, trata de hacer memoria.

—De verdad —dijo ella—, si me sonara de algo te lo diría, pero ya te he dicho que ya le conté todo lo que sabía a la policía. He tratado de borrar aquella etapa de mi memoria, todo el interrogatorio, el paso de los días sin señales de ella…

—¿Tienes noticias de Charlie? ¿Crees que él puede saber algo más?

La mujer soltó un bufido.

—No lo sé, pero esa furgoneta, desde luego, no era suya. Y no, no hemos vuelto a saber nada más de él desde hace años —dijo ella —. Creo que se fue a vivir a Cartagena y se puso a trabajar en un supermercado o algo así. Lo pasó fatal también. Se quedó muy tocado con todo aquello, me han llegado rumores de que se metió en una secta religiosa…

Una serie de ladridos estallaron durante unos segundos en la distancia. Después se oyó a lo lejos el sonido de un motor que se acercaba. Ambos miraron hacia el camino y vieron una furgoneta blanca avanzar hacia ellos por el sendero de tierra.

—Ese es mi Jonás —dijo Susana—. Será mejor que te vayas, por tu bien te lo digo.

Robles se acercó a la valla y le dijo:

—Susana, escúchame: no tienes por qué soportar que te traten mal. Recuerda que tienes a gente que te puede ayudar, el teléfono de ayuda al maltrato no deja rastro…

Se levantó a toda prisa y se apresuró a salir del recinto. La

música electrónica que provenía de los altavoces fue creciendo a medida que el vehículo se aproximaba. El tipo se le quedó mirando mientras quitaba el contacto. La música se paró en seco, como absorbida por un pozo.

—¿Hola? —dijo Jonás, bajándose.

—Hola.

Robles se fijó en la serigrafía de la furgoneta. Jonás daba caladas cortas al cigarro y avanzaba hacia él, mirándole por encima de las gafas de sol. Vestía un mono gris y llevaba los tirantes colgando. Tenía una calva tan morena como el resto del cuerpo, y los tatuajes le asomaban por debajo de las mangas de la camiseta sudada.

—Ya se iba —dijo Susana.

—Tú te callas la boca —dijo el otro, mirando fijamente a Robles.

—Soy el padre de una amiga de Susana.

—Es el padre de Berta, la chica…

—¿Berta? Ah, sí, claro. Nuestra querida Berta. —Dejó ver una sonrisa amarillenta—. ¿Y qué quieres?

—He venido solo a saludar y a traer eso.

Robles señaló hacia el porche en dirección a los pañales. Jonás pasó por delante de él, muy cerca, pero sin llegar a tocarle; entró en el patio, cogió los pañales y los lanzó por encima de la valla. El paquete cayó al sendero y levantó una nube de polvo.

—¿Has venido otra vez a remover la mierda con lo de tu hija? —dijo Jonás—. La próxima vez que vengas a hablar con mi mujer, me llamas a mí primero. ¿Está claro?

—No tenía vuestro teléfono…

—Pues te las apañas —gritó el otro—, igual que te las has apañado para encontrar mi casa. ¿O no?

—Ha traído una foto de una furgoneta —dijo Susana—, solo quería saber si nos sonaba…

Jonás dirigió una mirada intimidatoria a su mujer y después dijo:

—Yo paso de movidas.

—Vale, no importa —dijo Robles.

—Pues circulando —dijo Jonás, con un gesto de la mano—. A ver si al final la vamos a liar.

El detective sabía que, en realidad, tenía poco más que rascar allí. Aunque a Jonás le hubiera sonado de algo la furgoneta, estaba

convencido de que no iba a compartir con él esa información. No había percibido ningún gesto delator en la expresión no verbal del rostro y del cuerpo de Susana al enseñarle la fotografía de la furgoneta. Arrancó el coche y asintió levemente con la cabeza a modo de despedida. Jonás se quedó mirándolo. Al alejarse, Robles vio que el hombre empujaba a Susana hacia el interior de la casa.

Detuvo el coche unos doscientos metros más abajo, junto a unos mandarinos. Anduvo por los bancales. Se perdió en mitad de los árboles y cogió un par de frutos. Los olió y miró hacia el arrabal de casuchas que se extendían como lápidas anónimas y desordenadas sobre un camposanto. Volvió al coche y envió un mensaje de WhatsApp a Frías: «Me tienes abandonado. Hay un repartidor de Helados Coldysa que se llama Jonás. Puedes comprobar si está limpio, por favor?». Todo el habitáculo se llenó del aroma de las mandarinas. Pensó que la intuición le sonreía. Se sacó un gajo de fruta de la boca: estaba podrido.

13

Aunque en varias ocasiones se había encontrado inmerso en investigaciones complicadas que finalmente había terminado por resolver, lo cierto es que aquello pintaba bastante mal. Se sentía en un callejón sin salida y así lo visualizaba en su mente. Era de esas personas que tienden a relacionar estados de ánimo con espacios físicos. A menudo se trataba de entornos de la infancia, lugares refugio que se le habían quedado guardados en un cajón especial de la memoria por cierta razón, pero otras veces eran lugares imaginarios, probablemente atesorados durante las horas profundas del sueño. En cualquier caso, en esa etapa de su vida, el lugar en el que se imaginaba a sí mismo era un camino angosto rodeado de naves industriales, todas con puertas metálicas, grises y enormes. La sensación de que había perdido instinto se iba apoderando de él con el paso de los días. Sentía que debía esforzarse por no tirar la toalla, por prender de nuevo la chispa del sabueso, esa capacidad detectivesca para abrir nuevos hilos, recorrer caminos que nadie más ve; esa magia aritmética que hace que, de pronto, un indicio lleve a otro, a una fuente clave, a un rastro definitivo. En los años de sus primeras investigaciones, Céline solía llamarle Obélix, de forma cariñosa, porque decía que seguramente de niño se habría caído en *le pot d'intuition*. Recordaba aquella sonrisa limpia de su mujer, ajena a la oscuridad que llegaría años más tarde, como un huracán que arrancaba todo de cuajo y absorbía con su torbellino cualquier brisa de paz. Debía forzar la intuición, parecía que se había evaporado como el agua de los bancales en las tardes de verano. Maldito calor. Se preguntaba cómo sobrevivirían las próximas generaciones en aquella esquina del país experta en batir el récord de temporadas sin recibir ni una sola gota de agua de los cielos. Era consciente de que esa baja autoestima estaba vinculada al hecho de que, con el hallazgo de la furgoneta, estaba reviviendo

la angustia de los peores días de su vida. No se sentía capaz de vislumbrar una vía por la que seguir avanzando.

Esperaba la llamada de Frías con la ansiedad del adolescente que aguarda las preguntas del examen final: su amigo le daría el nombre del propietario y trataría de localizarlo, de hablar con él, de mirarle a los ojos para ver si le temblaban cuando le preguntara por la desaparición de Berta. Por otro lado, en el caso del hijo de Pablo Vicente apenas había novedades. De hecho, había pasado a un segundo plano y prácticamente estaba desapareciendo de su rutina. Fue consciente de pronto de que remover el caso de la desaparición de su hija le acarrearía noches de insomnio y nerviosismo, mientras que si era capaz de arrojar luz sobre el caso de la grúa, estaba seguro de que Pablo Vicente le compensaría con aquel pedazo de tierra prometida. Por otro lado, le parecía injusto no haberlo llamado; estaría pendiente de saber por dónde le iban llevando los pasos. Sacó el teléfono del bolsillo, se sentó ante los bancales de limones y pulsó sobre el nombre que aparecía en la pantalla. Wolfe se le acercó al muslo, jadeante, y se sentó a su lado, a la sombra de un árbol, con los ojos dóciles clavados en él. La línea sonaba débil, dio varios tonos y, cuando estaba a punto de colgar, una voz irrumpió al otro lado.

—¿Robles? —El hombre hablaba a gritos. De fondo se oía un sonido industrial.

—Pablo Vicente, ¿cómo te pillo?

—Bien, aquí liado con estos putos incompetentes, pero, vamos, que esto es el pan de cada día. Dime, dime.

Tuvo que apretar el auricular a la oreja para percibir el mensaje con cierta claridad. Se rascó la cabeza; no interpretó aquello como una indirecta, pero desde luego él mismo estaba a punto de quedar como un incompetente.

—El tema es que no hay muchas novedades, aunque tengo una pista por la que puedo seguir avanzando.

—¿Que hay novedades o que no hay? Te oigo muy mal.

—Sí, sí. Estoy detrás de algo —improvisó—, te llamo pronto, ¿vale?

—Vale, vale. ¿Has visto el ingreso que te he hecho? Dime si es suficiente. Oye, tengo que dejarte ahora. Venga, hablamos. —Antes de colgar, oyó que el otro se dirigía a alguien a gritos.

No sabía por qué razón había mentido a Pablo Vicente. Estaba seguro de que, de haber existido una mejor comunicación, le habría explicado con total sinceridad que no tenía por dónde avanzar, que todo parecía indicar que la muerte de su hijo era fruto de un accidente. Así, habría podido aparcar el asunto y concentrarse en el caso de la furgoneta. Sin embargo, había cambiado de argumento sobre la marcha y esa simple variación de los hechos había servido para prender una pequeña llama en su interior. Pensaba en esto mientras encendía el ordenador y accedía a su cuenta bancaria, que había engordado en setecientos cincuenta euros. Sin duda, una cantidad irrisoria para un empresario como Pablo Vicente. Calculó, sumando los dos ingresos, que en menos de un mes el hombre le había pagado aproximadamente lo que suele cobrar un trabajador medio, y el hecho de que lo estuviera tratando como a un empleado más de su empresa le restó presión. Tenía que esforzarse más, tratar de indagar con detenimiento sobre las líneas abiertas y preparar un informe profesional; con eso sería suficiente para salir del paso. Y si conseguía pruebas para demostrar cualquiera de las dos tesis, accidente u homicidio, obtendría la recompensa. La chispa del sabueso parecía luchar por prender.

Por la tarde pasó uno de los técnicos de la empresa de fitosanitarios y detectó una plaga de hongos en la plantación, nada serio si se cogía a tiempo, pero que necesitaba un tratamiento específico. Algunos limones estaban engordando a más velocidad que otros, pero su textura era blanda, como llena de líquido. Pasó las horas retirando los frutos afectados y aplicando el fungicida que le había recomendado el técnico. A última hora de la tarde se dio una ducha y se vistió con su atuendo de siempre: una camiseta negra y unos vaqueros. Parecía que el sol se hubiera quedado encajado en la «v» del valle. Paró a comer una hamburguesa y después se dirigió a Villanueva.

En el bar del Encinas la música sonaba tan fuerte que costaba distinguir los instrumentos de las canciones. En la barra, justo en el lugar donde lo había encontrado la última vez, estaba el Piblas envuelto en su chupa de cuero. De espaldas a la puerta, hablaba con otros dos lugareños de ojos brillantes que le escuchaban con la sonrisa clavada en la boca. Los ventiladores de techo parecían moverse a cámara lenta. Se sentó en la butaca de al lado del Piblas

y pidió dos cervezas y dos tapones de tequila. Uno de los lugareños le reconoció y le hizo un gesto al otro. Todos se volvieron hacia el detective.

—¡Coño, Robles! ¿Otra vez por aquí, chaval?

—¿Qué tal vas, Piblas? Necesitaba un poco de aire fresco y echar unas birras con un viejo colega.

El Encinas les puso las dos cervezas.

—¿Cómo vas? —dijo el Piblas—, ¿te sirvió para algo aquello que te dije?

—Pues sí, por eso quería invitarte a unas rondas. Pero, fíjate, me sirvió para otro asunto, no directamente para el de Dani Vicente. De hecho, también venía para saber si habíais oído algo más sobre eso.

—Hostias, tú, que ahora soy una fuente —gritó el Piblas—, esto sí que es prosperar.

El heavy se rio tanto que tuvo que limpiarse un hilillo de baba de la comisura de los labios. Movía la cabeza de forma instintiva al ritmo de otro clásico rockero que acababa de comenzar y que Robles no fue capaz de reconocer.

—Bueno, ya sabes que en los pueblos la gente se alimenta de rumores —siguió el Piblas, haciéndose el interesante.

—Sí, van filtrándose poco a poco. ¿Has oído algo entonces?

—Algo he oído —respondió el Piblas—, pero estoy demasiado espeso para contártelo.

Robles sacó del bolsillo trasero del pantalón los billetes que ya tenía preparados y se los entregó en la mano al Piblas, que se levantó y se perdió en la oscuridad que había al fondo del bar. Lo vio hablar con uno de los dos con los que se encontraba cuando él había llegado y ambos realizaron el intercambio sin apenas disimular, por detrás de la mesa de billar. Tres chavales bebían cubatas en vasos de tubo y jugaban a los dardos entre gritos. El Piblas volvió a la barra, donde le esperaba otro tapón de tequila.

—Qué va, tío. Si me bebo otro de esos echo la raba.

—Si no son ni las once —dijo Robles.

—Pues imagínate cómo voy —dijo el Piblas, soltó una carcajada e hizo un gesto con la cabeza para que el otro le siguiera al baño.

Entraron y echaron el pestillo. A los pocos segundos el Piblas había puesto dos rayas sobre la cartera y había esnifado una de ellas. Al Robles le pareció una dosis excesiva, pero no protestó.

—Parece ser que se llevaba a matar con otro tipo que también trabajaba en el desguace, le llaman el Limas.

—¿De nombre?

El Piblas pasó el dedo por los restos y se frotó con ellos los dientes con la fruición de un niño que se los lava antes de ir a la escuela.

—Mateo —dijo—, pero, vamos, que todos le conocen por el Limas. El apellido no lo sé. Es de otro pueblo, pero se mueve mucho por aquí también. Ya sabes, otro desquiciado de la vida.

—¿Y por qué estaban enfrentados?

—Al parecer el Dani iba medio de jefe y este otro estaba hasta los cojones de que le mandara. Se ve que curraba ahí desde hacía más tiempo y que llevaba mogollón detrás del puesto que le habían dado al Dani. ¿Otra?

El Robles hizo un gesto negativo con la cabeza, la chispa estaba comenzando a prender.

—¿Tan buen trabajador era el Dani para que le dieran el puesto de jefe?

—Se llevaba muy bien con don Gerardo, el dueño del desguace. Aquí es donde las malas lenguas dicen que el Dani servía de enlace entre él y los ucranianos.

El Piblas se metió dos rayas más y ambos salieron a la barra. Ya tenían esperándolos dos cervezas con restos de hielo en el cristal. Robles se bebió media jarra de un trago y le pareció que la frescura del líquido le apagaba unas ascuas.

—Mira, ¿sabes quién nos puede ayudar? —dijo el Piblas.

Silbó varias veces y llamó con los dedos a un chaval de los que estaban jugando a los dardos.

—Ya verás tú este… —dijo el Piblas—, menudo *crack*.

El chaval llegó a la barra terminándose su bebida.

—Luisico, ¿qué?, ¿quieres un cacharro?

—¿Te vas a invitar? —dijo el chaval.

Presentaba salpicaduras de pintura blanca por la ropa, la cara y el pelo. Tendría veinte años como mucho.

—Claro. Encinas, ponle otra de lo mismo al Luisico. —Y dirigiéndose de nuevo al chaval—: ¿Cómo va el Limas?

El chico miró a los dos hombres, que le ofrecían una sonrisa tranquilizadora y las aletas de la nariz abiertas como troneras de

una mesa de billar.

—Anda que vais finos los dos… —dijo el chico, dando vueltas a la mezcla de refresco y whisky con un dedo largo y cilíndrico—. Pues el Limas ahora va algo mejor.

—Es que tuvo una época más mala…, ¿eh? —le apretó el Piblas, que se había venido arriba y había asumido el papel de interrogador.

El chico cogió el vaso y le dio un trago largo. Torció el gesto, dando a entender que el Encinas se había pasado con las proporciones.

—Sí —dijo el joven—; antes, cada dos por tres, se estaba metiendo en peleas y eso. La coca, ya sabes… Se ponía hasta el culo.

—Ya te digo, a mí me llegó a deber doscientos pavos —apuntaló el Piblas.

—Pues eso, siempre liado de putas y coca, así todo el día. Esperando el viernes como agua de mayo. Pero, vamos, como la mitad de los que andan por aquí —dijo el Luisico—. Ahora ya parece que se ha centrado un poco, se ha echado una novia bastante maja. Se ha ido a vivir con ella.

—Oye, pero… Y se llevaba regular con el Dani, ¿no? —preguntó Robles.

Enseguida se dio cuenta de que el chaval detectaba por dónde iban los tiros y echaba el freno.

—Pues… tampoco era para tanto —dijo—; a ver, estos se conocían desde hace mil años, eran dos gallitos. Salían de fiesta juntos, de chavales, y con la edad poco a poco se fueron distanciando. Lo típico.

—Pero curraban juntos en el desguace…

—Sí, pero estaban en departamentos separados… Mira, tío, es que yo paso de hablar de muertos, que eso da mal fario.

El chico hizo un gesto con la mano, como si cortara con ella el aire en cuatro pedazos. Dijo gracias por la copa y les dio la espalda para perderse de vuelta en aquella cueva sonora.

—Se llevaban como el culo —dijo de pronto el Encinas, que había permanecido atento a la conversación.

Robles y el Piblas se orientaron hacia la voz proyectada por encima de la música.

—El Limas le tenía unas ganas de la hostia al Dani —siguió el dueño del local, que bebía una mezcla verde de apariencia dudosa —, aquí se engancharon dos o tres veces. Pero a hostia limpia, ¿eh? Pimpam, pimpam. El Dani vivía como un rey en el desguace porque tenía un buen puesto. Aunque también hacía labores de peón, su trabajo estaba más relacionado con los temas de gestión: se encargaba de preparar los pedidos y eso. Mientras, el Limas estaba todo el día puteado, repartiendo piezas por los talleres de la comarca. Vamos, que no podía ni verle.

El Encinas hablaba enseñando mucho los dientes, como si masticara las palabras.

—Pero ¿tanto como para quitárselo de encima? —preguntó el Piblas.

—Hombre, eso yo ya no te lo puedo decir. Pero hay otra cosa — el Encinas se acercó a ellos y Robles recibió un aliento como de cuero viejo—: lo que está claro es que los dos hacían trabajitos para los ucranianos del puticlub. El día del accidente, el Limas vino aquí contando lo sucedido con pelos y señales. Y muy triste no se le veía…

—¿Sabes adónde se ha mudado con la novia? —preguntó Robles.

—A un pueblo de aquí cerca. Se han metido en el bajo de la casa de los padres de la chavala —dijo el Encinas—. Antes era una tienda veinticuatro horas, pero la cerraron con la crisis del covid y lo reformaron.

—¿Tienes la dirección?

El Encinas se giró en la barra, alcanzó un bolígrafo, cogió un posavasos y le dio la vuelta. Acercó la punta al cartón y se detuvo justo cuando iba a comenzar a escribir. Levantó la mirada y mostró una sonrisa descuidada.

—Te apunto la dirección… —dijo—, si tu colega me da una bolsita de esas.

El Piblas miró al Robles y el detective asintió.

Viernes 16 de noviembre de 2014
Día anterior a la rave

El Chamorro no apareció aquel día por el instituto. Durante el recreo solía sentarse en una de las mesas del porche, siempre solo o con alguno más de los rarillos, esos alumnos sin habilidades sociales que suelen luchar contra sí mismos y contra los demás para encontrar su sitio en el mundo. Berta observó aquel rincón y no vio al Chamorro. Contempló a ese grupo de chicos marginados y sintió compasión por ellos, pero su papel no le permitiría expresarlo jamás. Estaba atrapada en aquella banda, en aquellas dobles parejas, parte de la mano de un dios que jugaba al póquer con las cartas marcadas. Y el embarazo la hacía sentir más marcada que nunca, aún más desdichada. ¿Cómo podía ella dejar esa vida? ¿Distanciarse de Susana y de Jonás? ¿Cortar con Charlie? ¿Qué haría entonces? ¿Tratar de acercarse a Rosa Nieto y a Elvira Ruiz, las que de niñas habían sido sus amigas, pero a las que ahora miraba por encima del hombro por llevar esos jerséis rosas de punto y dedicarse a bailar canciones de Chenoa o Shakira? Desde su perspectiva actual eran unas pringadas; no se habrían tomado una cerveza aún en su vida, ni mucho menos echado un polvo. Se sentía atrapada, aunque sabía que bastaba con dar un paso al lado, decir que hasta ahí había llegado, hablar con su madre…

—¿En qué piensas, tía? ¿Me oyes? —le dijo Susana.

—En nada, estaba en la parra —dijo ella.

Sentadas en las escaleras de emergencia, al final del bloque de formación profesional, las dos amigas se ocultaban entre los alumnos de grado medio para fumar. Los profesores de guardia lo sabían, aunque rara vez pasaban por allí; así evitaban conflictos. En el ambiente flotaban conversaciones acerca de la fiesta del sábado. La mayoría de los menores se mostraban temerosos ante los rumores sobre el exceso de drogas y de malos rollos que, con frecuencia, salpicaban las *raves* de la zona, pero entre los más

lanzados asistir era casi una obligación, una absurda demostración de estatus. Las peleas y los robos en la zona del aparcamiento eran frecuentes en ese tipo de fiestas y la Guardia Civil solía establecer controles en casi todas las carreteras de salida. De media, seis de cada diez asistentes sometidos a los controles daban positivo en alcohol y drogas.

—Tenemos que quedar esta tarde para ver lo que compramos para mañana, ¿eh? —le dijo Susana.

—Sí, claro.

—Estos dicen que quieren pillar *speed* o coca, no saben aún.

—Qué va, tía. Yo paso, yo con canutos y cerveza voy sobrada —dijo Berta.

—No seas aburrida —dijo Susana—. Si lo que mola de esas fiestas es desfasar. Si no, ¿para qué vamos? Mira en la playa, el colocón que nos pillamos con el éxtasis líquido…

—Ya, pero fue demasiado, ¿eh? —dijo Berta—. A mí me dio un poco de mal rollo.

—Todo es cuestión de llevar cuidado con la cantidad que tomas —dijo Susana—, el hermano de Jonás controla.

Por entonces, Facebook estaba en sus albores y presentaba una vía idónea para comunicar las novedades de la *rave*. En realidad, los amigos de Berta sabían de la ubicación porque el hermano de Jonás conocía a uno de los impulsores del evento. Sin embargo, lo habitual era que se informara del lugar de la fiesta en un grupo privado de la red social, apenas unas pocas horas antes de la celebración. En varias ocasiones, cuando la ubicación de la fiesta se había filtrado, las autoridades habían cerrado el acceso a la zona, con el consiguiente desbarajuste económico para los organizadores.

Berta vio que, en mitad de un caos de cuerpos y gritos, Alberto accedía al instituto, junto a una señora mayor, por la puerta de entrada. Una sensación de malestar la inundó. Ella sabía perfectamente que lo del día anterior no había sido para tanto, pero había dejado que se saliera de madre. De alguna manera, sabía que estaba pagando contra el Chamorro su frustración por sentirse enjaulada en aquella vida cutre. Si bien era cierto que el chico se comportaba en ocasiones de forma inadecuada, en el baño no había sucedido nada grave. Simplemente, el Chamorro estaba allí; quizá se habría equivocado de planta, como había declarado delante de

Esteban.

—La puerta sigue aún abierta. Yo me piro —dijo Susana.

—Yo me voy a quedar —dijo Berta.

—¿En serio? —dijo Susana—. Si es viernes.

—Ya, pero yo me quedo.

—Vale, empollona, pues ya me fumo yo uno por ti —dijo Susana.

A última hora tenía clase de Tecnología con Esteban. Estaba decidida a hablar con él. En una de las sesiones anteriores había pedido permiso para ir al baño y se había asomado por el ventanuco a la clase de Alberto. Había visto que su silla estaba vacía. Intuyó que había acudido con su madre a quejarse de lo sucedido entre ellos o, incluso, a acusarla a ella de haberse inventado el acoso. Cuando al fin sonó el timbre de última hora, esperó a que sus compañeros desalojaran la clase. Guardó sus cosas lentamente, con la intención de que Esteban se percatara. La puerta del aula quedó abierta y el maremágnum de gritos y trotes, poco a poco, se fue diluyendo.

—¿Qué pasa, Berta? —dijo Esteban, guardando su ordenador en el maletín.

—Quería comentarte algo sobre lo de ayer —dijo Berta.

—Sí, dime.

—Tal vez… —comenzó ella—, exageré un poco lo que sucedió.

—Explícate —pidió Esteban.

—No sé, a veces Alberto me pone muy nerviosa —reconoció Berta—. Y como otras chicas también lo ven raro, yo…

—Ha venido su madre a hablar conmigo.

—¿Ah, sí? —disimuló.

—Sí, le contó la acusación que le hiciste —dijo el profesor—. Estaba confundido; en fin…, a saber lo que le dijo en casa. La mujer está muy afectada, tiene miedo de que le cambien de centro o de que le expulsen.

—Bueno, yo…

Berta hablaba con la voz cargada de emoción.

—Tranquila —dijo el hombre, acercándose a la chica.

Berta dio un paso atrás de forma instintiva.

—No, yo solo quiero…, en fin… —dijo al fin, reforzando la voz —, que no pasa nada. No le voy a denunciar ni nada de eso.

—Vale, vale —dijo el profesor, aliviado—. No hemos redactado ningún informe todavía, así que estamos a tiempo de dejarlo correr. El lunes llamaré a su madre para comunicárselo.

—Sí, mejor. Gracias, ¿puedo decirte algo más?

—Claro —dijo Esteban.

—Me gustaría hablar con la orientadora —le comunicó la chica —. Quiero terminar este curso y entrar en un grado medio.

—Eso está genial, Berta —dijo Esteban—. Si en este curso cambias la actitud, estoy seguro de que puedes acceder. Yo hablaré con el resto de los profesores para apoyarte, pero tienes que prometerme que te vas a esforzar.

—Sí, eso es lo que quiero.

—Voy a dar la cara por ti —dijo Esteban—. Esa gente con la que vas…, Susana…

—Ya, ya lo sé —admitió Berta—. Si lo intento…

—Yo sé que no es nada fácil, pero tienes que pensar en ti. Eres perfectamente capaz de sacar este curso adelante, Berta. —El hombre miró su reloj y añadió—: Tengo que cerrar la clase.

—Sí, claro.

Berta salió del aula y se despidió de su tutor. Se acercó a una de las ventanas del descansillo de la tercera planta. Se sentía bien por haber hecho lo correcto. Había exagerado su encuentro fortuito con el Chamorro porque necesitaba pagar con alguien toda la histeria acumulada, el desorden en el que se había convertido su vida en apenas una semana. Alberto no era más que un cabeza de turco, un pelele sobre un paredón contra el que vaciar la munición de su cólera. Desde la ventana, las vistas ofrecían una amplia panorámica del centro. El día era espléndido y, frente a ella, unas nubes blancas cubrían los cerros del valle de Ricote. Se echó la mano al cuello, de forma instintiva, para palpar la medalla que le había regalado su abuela, pero se encontró de nuevo con la ausencia del colgante. No tenía ni idea de dónde la había extraviado. Había estado buscándola en la casa de la abuela de Jonás, pero no había dado con ella. Abajo, los alumnos se amontonaban para atravesar la puerta de salida y, fuera, los estudiantes se despedían unos de otros con abrazos, gritos alegres o promesas de llamarse más tarde. Los imaginaba planeando el fin de semana; seguramente hablaban de ir al cine, salir a tomar una hamburguesa a la ciudad o asistir a algún

cumpleaños. Planes normales para jóvenes normales. El fin de las clases daba paso a un mundo distinto.

Al bajar las escaleras solo se cruzó con algunos profesores. No quedaba ni un solo alumno en el centro. Fue consciente de que, por primera vez, iba a ser la última en abandonar el instituto. Y no quería ser la última.

14

Robles comprobó, desde el aparcamiento del centro comercial, que el lugar de Alberto lo ocupaba ahora un señor de unos sesenta años, con bigote poblado y pelo blanco. Se lo imaginó en una persecución y pensó que, con semejante barriga, cualquiera escaparía sin problemas de su trote cochinero. El hombre le dijo que al Chamorro lo habían trasladado a otra tienda de esa misma cadena. Una que acababan de abrir en la otra punta de la ciudad.

—¿Es amigo suyo? —le dijo el tipo con cara de morsa.

—Más o menos.

El hombre asintió con una mirada recelosa y dijo:

—Pues, ojito, porque parece que su amiguito acosaba a las dependientas.

—Seguramente sería al revés.

Robles se echó a reír y volvió al coche, sin mirar atrás para comprobar la reacción del hombre.

Atravesó el centro de la ciudad y le pareció muy cambiada respecto a como la recordaba. Casi todas las zonas verdes habían dado paso a plazas de hormigón gris, y la mayoría de los locales comerciales presentaban carteles de venta o alquiler. La ciudad se estaba convirtiendo literalmente en un cementerio, y los centros comerciales succionaban, gota a gota, la vida del centro. Entró en el aparcamiento del nuevo híper y se detuvo delante de la garita. Allí estaba el Chamorro, mirando al frente e inmerso en sus pensamientos, como de costumbre.

—Esto sí que es prosperar, macho —le dijo Robles.

El otro lo miró y tardó un par de segundos en volver a la realidad. Se subió las gafas, despegó los labios dos veces, corrió un cristal y dijo:

—Aquí estoy como Dios.

—Oye, la placa de la Guardia Civil esa que me enseñaste, ¿es de

verdad?

—Sí, claro. Era la de mi viejo.

—¿Quieres acompañarme a hacerle una visita a alguien?

—Si puedo hacer de poli malo, sí.

Aunque temió por un momento que aquello se le pudiera ir de las manos, le vendría bien una pareja para dar mayor credibilidad a la visita que tenía pendiente hacerle al Limas, alguien que no hablara demasiado y a quien poder guiar con facilidad, y el Chamorro encajaba con el perfil de cabo raso del cuerpo. Además, Robles sentía que precisaba algo de acción para que aquel barullo de pesquisas desordenadas no se le acabara atragantando y encasquillando en la culata.

—¿Cuándo libras? —le preguntó el detective.

—¿Cuánto pagas?

—¿A cambio de una actuación de media hora? Pues no sé…, ¿tú cuánto pedirías…?

—¿A cambio de suplantar la identidad de un agente del orden y de mi silencio posterior, te refieres? Mínimo quinientos pavos —respondió el otro.

—Venga, Chamorro. Ni de coña. Te doy cien y vas que te matas.

—Vale. Si en realidad lo haría gratis —dijo el Chamorro—. Era por si colaba. Menos los lunes, los miércoles y los domingos por la mañana, que tengo que ir a ver a mi madre, estoy disponible cuando quieras…

—¿Y qué tal hoy?

Robles había echado una camisa blanca y un traje negro en el maletero. Se vistió con esas prendas y guardó en una bolsa la ropa que llevaba puesta. Cuando Alberto terminó su turno, a las tres de la tarde, Robles le invitó a comer de camino al desguace. En su última visita, el detective había visto en la pared un cuadrante enorme en el que aparecían los horarios semanales de todos los trabajadores. El chico miope se bajó del coche, se caló una gorra de publicidad y sacó su turno. Tenía cinco personas por delante de él y, al ser la hora del café, solo atendían al público un par de trabajadores somnolientos. De modo que, al rato de estar esperando, Alberto se levantó, deambuló por la sala de espera y sacó el móvil, disimulando, como si estuviera mirando la pantalla y enviando mensajes. Cuando estuvo seguro de que nadie le

observaba, hizo una fotografía al cuadrante de los horarios.

—Madre mía, no me voy a tirar aquí todo el día esperando. ¡Qué lentos sois! —gritó, y, a continuación, salió en dirección al coche.

—¿Has podido hacerlo?

—Soy un profesional.

El ayudante sacó el teléfono de su bolsillo y Robles miró la pantalla, medio rota y con el protector lleno de grasa. Chamorro seleccionó la foto y la agrandó.

—No llego a verlo bien, ¿me lo dejas?

—Claro, toma.

Robles cogió un pañuelo de papel y limpió el teléfono como si borrara las huellas de una prueba, lo que no pareció ofender lo más mínimo al Chamorro. Hizo zum en los nombres hasta localizar la franja:

«Mateo-Jueves-Libre»

.

—Estamos de suerte —dijo Robles, y se quedó mirando la camiseta del Chamorro—, pero tienes que pasar a cambiarte.

Alberto llamó a su madre para avisar de que iba a visitarla acompañado de un amigo. Le contó al detective que hacía más de tres años que se había independizado. La vivienda familiar de Robles, que malvendió pronto cuando Céline decidió volver a Francia, se encontraba en ese mismo barrio. Ambos habían sido vecinos durante muchos años.

—Tú no jugabas mucho aquí de chaval… —recordó Robles al pasar por el parque de Europa.

—No, yo es que casi nunca jugaba en el exterior, la verdad —dijo el Chamorro, mirando por la ventana y sin un ápice de aprensión en la voz—, prefería quedarme en casa. Lo mío eran los puzles y las construcciones.

Aparcaron en las inmediaciones de la vivienda. En el ascensor encontraron un cartel que anunciaba la avería del aparato.

—Menudo lío para tu madre, estar bajando y subiendo por las escaleras…

Alberto llamó al interruptor.

—Qué va, si funciona perfectamente. Lo pone la vecina del séptimo de vez en cuando para que los demás vecinos no se atrevan a usarlo.

—Interesante…

—Aquí están todos medio zumbados.

Subieron a la quinta planta y Alberto sacó unas llaves. De inmediato, como respuesta al tintineo, se oyó el ladrido de un perro.

—Ese es Atila —dijo el Chamorro.

—Ahm —respondió Robles—, y tu madre se llamaba…

—Mariana —dijo el otro.

—Eso, Mariana, sí.

El pequeño perro se puso a dar brincos apoyándose en los muslos de Alberto y, de inmediato, comenzó a ladrar a Robles. Presentaba los dientes muy sobresalientes y malformados. Le parecía que tenía más colmillos de lo normal.

—¿Alberto? Hijo, ¿eres tú? —dijo una voz.

—Sí, mamá —respondió el Chamorro, empujando con una pierna a Atila hacia el interior de la vivienda—, vengo con un amigo.

—Atila, no seas pesado —gritó la mujer.

El animal tenía unas orejas enormes en proporción a su anatomía, con forma de triángulo. El cuerpo sin cola era redondo como un balón de fútbol.

La casa olía a cerrado y presentaba una decoración propia de otra época, incluso de otro siglo. El recibidor de nogal le trajo a Robles el recuerdo del que había en la casa de su madre, y pensó que aquel tipo de interiorismo resultaba mucho más acogedor que el de las viviendas modernas, con esa redundancia barata de catálogo nórdico.

—Buenas tardes —dijo Robles.

En el centro del salón encontraron a la mujer sentada en un sillón bajo, con la mitad del cuerpo cubierto por la falda de una mesa camilla. Llevaba unas gafas de pasta gruesa y su cabeza parecía inclinada en exceso.

—Ahora mismo vuelvo —le anunció Alberto a Robles, y desapareció por el pasillo.

—Oh, yo te conozco —dijo la mujer, haciendo un movimiento hacia atrás con la intención de levantarse.

—No se moleste, Mariana, de verdad —pidió Robles. Se fijó en que al lado del sillón había un andador.

—Ay, hijo, pues te lo agradezco —reconoció la mujer—. He sacado ya dos veces a Atila hoy y estoy molida. Tengo las rodillas hechas polvo. Una vez que me pongo de pie, ya más o menos me apaño, pero al levantarme… La artrosis me mata…

—Ya, sí. Es que los huesos son algo muy serio…

—Pero… ¿de qué te conozco?

—Fuimos vecinos, Mariana —dijo Robles con suavidad—. Pero quizá me recuerde porque estuve aquí hablando con usted hace ya algún tiempo. Vine con los excompañeros de su marido, ¿se acuerda?

—Ay, claro; eres el padre de la chica desaparecida… —Los ojos de la mujer se iluminaron para llenarse de nostalgia al momento.

En la televisión había una película sin voz, uno de esos melodramas centroeuropeos con guion sucedáneo de los hollywoodienses, repleto de actores y actrices de ojos azules, cabellos dorados y dentaduras impecables.

—Sí, señora. Eso es… —dijo Robles con tono decaído.

—Déjame que te prepare un chocolate o algo —dijo la mujer, haciendo amago de levantarse.

—No, no. —Robles dio un paso al frente con las manos extendidas—. De verdad que no hace falta.

—Yo fui de las últimas personas que la vieron. ¿No sabes nada más de aquello? —preguntó la mujer.

—No, nada.

—Ya, pobre —dijo ella, torciendo el cuello y esbozando una mueca con la boca—. Pues yo creo que se fue con un novio.

—Sí, eso pienso yo también.

El perro se había acurrucado sobre el sofá, en uno de los cojines que recibía el impacto de luz natural que entraba por la ventana.

—Seguro que está bien —dijo la mujer con dulzura—. A los padres nos toca sufrir tanto cuando llega una desgracia… Mira yo, hijo, se me fue mi marido, que era mis brazos y mis piernas —añadió, enfatizando la melancolía—. Y lo que he tenido que sufrir con mi Alberto, lo que he soportado desde que era pequeño. Lo tuve ya con cuarenta y tres años, y ahora, a mi edad y con todas estas dolencias, se me hace la vida tan cuesta arriba… Cuánto he sufrido. Eso solo lo sé yo…

—Los padres son muy importantes —dijo Robles—, pero

seguramente ustedes, las madres, aún lo sean más.

—Gracias, hermoso —dijo la mujer, incorporándose para beber agua de un vaso que tenía sobre la mesa—, ¿te saco unas pastas?

—No, si Alberto tiene que estar ya a punto de…

—Sí, sí, espera.

Mariana alargó los brazos para tratar de aproximarse el andador hasta ella. Robles rodeó la mesa camilla y se lo acercó. La mujer se incorporó y anduvo hasta un aparador.

—Ya puedo. Si, ya, una vez que me levanto…

Atila bajó del sofá y la siguió, muy próximo a sus pies. Mariana abrió un cajón y sacó una lata de galletas danesas, las típicas de mantequilla. Robles pensó que llevarían ahí años. La mujer volvió y las dejó sobre la mesa redonda.

—No, para ti no son, Atila, que tú no puedes comer azúcar —dijo al perro con una sonrisa llena de cariño y, después, dirigiéndose a Robles, añadió—: Están muy ricas, ya verás.

La mujer abrió la tapadera y el detective cogió una galleta con forma de pretzel. Mordió un trocito con las paletas, preparado para recibir un sabor rancio que no apareció. Se la comió de dos bocados.

—¿A quién no le va a gustar una galleta danesa de mantequilla? —dijo la mujer.

Robles asintió.

—Están buenísimas, me comería la lata entera.

La mujer se sentó soltando una carcajada. De pronto, el Chamorro apareció en el salón.

—Ya estoy.

—Míralo, qué porte —dijo la señora, con orgullo—, te queda mejor que a tu padre.

—Vale, mamá —dijo Alberto, subiéndose las gafas con los dedos —, ¿necesitas algo? ¿Te ayudo a ir al baño o algo?

—No, no. Acabo de ir —dijo ella—. ¿Mañana vienes a verme?

—Mañana es viernes, mamá —dijo Alberto—, los viernes toca que venga la asistenta social. Pero, de todas maneras, si me necesitas, llámame, ¿vale?

—Vale, vale. Es verdad, hijo, no te preocupes —dijo ella—. Bueno, amigo… Que vaya todo bien y mucho ánimo, verás como el tiempo lo cura todo.

—Gracias, señora.

La viuda alzó una mano pálida, huesuda, frágil. El perro volvió al sofá y se tumbó de nuevo, al entender que ya no existían amenazas de las que defender el territorio de su dueña.

—Adiós, mamá —dijo Alberto.

—Da una vuelta a la llave.

En cuanto se cerró la puerta, el volumen de la televisión subió estrepitosamente. Las conversaciones del telefilme retumbaron atravesando las delgadas paredes del edificio.

—Qué amable es tu madre —dijo Robles.

—Sí, siempre me ha cuidado mucho —dijo el otro, con orgullo, mientas giraba la llave—. Bueno, venga, vamos a por el delincuente ese.

Antes de entrar en el ascensor, el Chamorro se miró en el espejo y se tiró de la chaqueta verde para que las arrugas desaparecieran. Robles pensó que, sin duda, daba el pego.

Los sonidos de las metralletas y los gritos de gente dando órdenes y agonizando se mezclaban y rebotaban en las paredes de la calle estrecha. En el bajo permanecía el cartel de metacrilato en el que se leía «Alimentación Rosi». Unas rejas blancas echadas y el cartel de «Se alquila» representaban el fracaso de aquel negocio, uno más de los miles de intentos por prosperar amputados por la precariedad reinante en aquellos pueblos dejados de la mano de Dios. En uno de los balcones, una mujer rechoncha y con rulos en la cabeza regaba con desinterés unos geranios y dejaba caer un hilo de agua hasta la calzada. Se bajaron del coche y el Chamorro se puso la chaqueta; después, se agachó para mirarse en el retrovisor y se colocó la gorra del uniforme.

—Eso, agente —gritó la señora—, a ver si le dicen ya que baje la máquina esa de los cojones, que la tiene todo el día así.

—Oiga —dijo el Chamorro haciendo un gesto con la mano—, no hable si no se le pregunta y métase en su casa.

La mujer los miró con los ojos ardiendo, musitó algo y desapareció. Robles llamó al timbre, pero nadie respondió. El amasijo de efectos sonoros de helicópteros, silbidos de misiles y detonaciones sacudía la hora de la siesta. El Chamorro dio un paso al frente y dejó el dedo clavado en el timbre, apretando con tanta fuerza que Robles vio cómo la yema se le ponía blanca. El ruido

bélico se detuvo y se oyó una blasfemia. El timbrazo permanecía. Robles le hizo un gesto al otro para que dejara de llamar. Tras el sonido atronador de una persiana, el Limas se asomó al balcón y, al ver al Chamorro vestido de verde, se le transformó la cara.

—¿Qué pasa?

—Hola, Mateo, tenemos que hacerte unas preguntas.

El chaval se metió de nuevo en la casa e intercambió unas palabras nerviosas con una voz de mujer. La señora de los geranios volvió a asomarse al balcón furtivamente.

—¡Son gentuza! —gritó para desaparecer de nuevo.

La puerta se abrió y apareció un chaval delgado, con el pelo largo recogido en una coleta, barba de varios días y ropa deportiva.

—¿Qué pasa? —soltó frunciendo el ceño.

—Buenas tardes, soy el sargento Suances —improvisó Robles—; necesitamos hacerle unas preguntas.

—Entra en la casa —dijo de pronto el Chamorro, empujando la puerta y haciendo retroceder al muchacho.

—¡Eh, eh, no pueden pasar!

—¿Ah, no? —dijo el Chamorro con una voz forzada—. ¿Prefieres que vengamos con una orden y encontremos hasta la mierda que llevas en los calzoncillos?

El Limas se echó a un lado y dejó pasar a los dos hombres. Robles le hizo un gesto al otro para que se calmara, pero el Chamorro paseaba su metro noventa y cinco por todo el pasillo, con ritmo militar.

—Siéntate, por favor —dijo Robles con suavidad.

El salón estaba desordenado. Sobre el cristal de una mesa de madera se acumulaban restos de comida, ceniza, paquetes de tabaco y latas de bebida energética. Robles hizo un gesto a su compañero para que se sentara. El Chamorro tomó asiento en un pequeño escalón de plástico, de los que sirven para alcanzar las zonas altas de las estanterías. La estampa resultaba bastante ridícula, como uno de esos números de circo en los que el domador consigue que el elefante se coloque con las cuatro patas sobre una banqueta. El chico cogió un cigarro y lo encendió.

—Nene… —La voz atemorizada de una mujer llegaba desde la cocina.

—Señora, será mejor que nos deje trabajar en paz —intervino el

Chamorro.

—Pero ¿se puede saber qué coño pasa aquí? —dijo el Limas, mostrando un cierto coraje contenido.

Robles temía que la sobreactuación del Chamorro despertara sospechas, de modo que fue directo al asunto.

—Estamos trabajando en el caso de Daniel Vicente. —Robles sacó una libreta y la abrió, aunque los apuntes que había en ella no tenían que ver con el caso—. Tengo entendido que trabajabais juntos.

—Yo ya he hablado con la policía sobre eso.

El chico fumaba deprisa, pero no parecía que lo hiciera por nervios; su expresión verbal era pausada.

—Lo sabemos, pero pasado un tiempo volvemos a hablar con los implicados…

—Posibles sospechosos —puntualizó el Chamorro.

—… para cotejar todos los testimonios —siguió Robles sin mirar a su ayudante.

—Estamos ampliando las investigaciones y dotando con nuevos refuerzos el caso —dijo el Chamorro—, se trata de un asunto especialmente oscuro.

—Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —El Limas se mostraba aún desafiante, pero rebajó el tono.

—Nos ha llegado nueva información sobre tu relación con Daniel fuera del ambiente laboral —dijo Robles.

—Está claro que lo odiabas —intervino el Chamorro.

—Lo que mi compañero quiere decir es que teníais intereses comunes en la empresa, ¿no es así?

—¿Intereses comunes?

—Sí, que tú querías su puesto —soltó tajante Robles.

—Eso no es cierto. A ver, es verdad que nos llevábamos mal. ¿Quiere que le hable sinceramente? —Dio una calada al cigarro y soltó el humo con fuerza—. El Dani era un auténtico gilipollas y un bocazas. Desde chavales ya habíamos tenido nuestros más y nuestros menos, pero yo no tuve nada que ver con el accidente.

—Con la muerte —interrumpió el Chamorro, separando las sílabas.

—Esa mañana yo llevaba ya dos horas repartiendo.

—¿Por dónde? —dijo el Chamorro, levantándose de la silla y

dirigiéndose lentamente a una estantería llena de videojuegos.

—Tengo una ruta de casi cien kilómetros de diámetro —dijo el Limas—; en la empresa guardan todos los albaranes de entrega de esa mañana, desde las siete y media. Si queréis podéis ir llamando a los talleres de uno en uno…

—Te gustan mucho los juegos de guerra, por lo que veo —dijo el Chamorro, y, volviéndose de pronto hacia el muchacho, añadió—: los juegos de matar.

El Limas miró a Robles con los ojos muy abiertos y siguió explicándose:

—Cuando sucedió el accidente yo estaba de camino a Mula, a casi cincuenta kilómetros de allí.

—¿Qué relación tienes con la gente del club Tiburón? —preguntó Robles pasando una hoja de la libreta.

El Limas dio una calada larga al cigarro y susurró:

—Por favor, ¿podemos hablar de esto en la comisaría o en otro sitio? Es por mi mujer…

—¿No sabe que trabajas para un puticlub? —dijo el Chamorro levantando la voz y dando un paso hacia el chico.

—Yo no trabajo para ellos, me contrataron puntualmente para transportar unas camillas, focos y otras cosas, pero hace más de un año de eso.

—Y en el desguace —volvió a preguntar Robles—, ¿ahora tienes el puesto de Daniel Vicente?

—Sí, pero eso fue cosa de Gerardo, el jefe. Él decidió que podía encargarme de las tareas que llevaba el Dani, porque cuando estaba de baja o de vacaciones yo ya hacía sus funciones. Controlo el programa de gestión y eso…

—Así que te vino bien que él dejara de trabajar en el desguace… —dijo Robles.

—Y de respirar. —El Chamorro había vuelto a sentarse en la banqueta de plástico.

—Miren —dijo el Limas apagando el cigarro sobre el borde de un trozo de pizza—, yo no voy a negar que me caía fatal y que su muerte no me puso triste, pero de ahí a querer matarlo hay un mundo. Antes ya me iba bastante bien en el trabajo y, además, me acabo de casar. Quiero montar una familia…

—¿Una familia? —le dijo Robles levantándose y señalando

alrededor—. Espero que ninguna criatura tenga que crecer en este entorno.

—Tendrás noticias nuestras —dijo el Chamorro dirigiéndose hacia la puerta—, y ojo con subir mucho el volumen cuando juegues a la videoconsola, que los vecinos se quejan.

Salieron de la vivienda y caminaron hasta doblar la esquina, donde tenían aparcado el coche. Cuando se montaron, apareció la señora de los rulos en la cabeza. Golpeó la ventanilla con los nudillos y le dio un susto al Chamorro. Llevaba una bata roída con estampado atigrado.

Robles bajó la ventanilla.

—¿No se lo llevan preso? —se extrañó la mujer.

—Señora, aire —dijo el Chamorro—, métase en su casa un rato a ver la tele.

—Están todo el día fumando «drogaína» y con la música a toda pastilla. Son mala gente.

—Señora —gritó el Chamorro—, métase en su casa o nos la llevamos a usted, por pesada.

La señora de los geranios echó un vistazo al interior del coche. Hacía más de dos años que Robles no lo limpiaba por dentro.

—Es un coche de la policía secreta, señora —le dijo Robles mientras metía primera—, no se le ocurra abrir el pico.

—Estamos por todos lados —sentenció el Chamorro entornando los ojos.

15

El ingeniero agrónomo enviado por la tienda de fitosanitarios llegó con su camisa de cuadros, pantalones de pinzas y botas de montaña. Se movía por el terreno con la extraña habilidad de quien sabe meterse en el barro con suavidad porque debe acudir impecable al registro de la propiedad un par de horas después. Tomó muestras del suelo, pasó una media hora midiendo los frutos y acabó concluyendo que la tierra se estaba echando a perder, que necesitaba una «terapia de choque»; esas fueron sus palabras, y quedó en enviarle un presupuesto.

El verano se negaba a retirarse y el calor era bochornoso aquella mañana. La presión del agua de la balsa escaseaba por días. Se estuvo informando, charlando con algunos vecinos. Al parecer, se estaban construyendo media docena de viviendas al mismo tiempo por la zona, lo que significaba que las obras estaban desviando parte del caudal para los trabajos de edificación. Comenzó a preocuparse seriamente: la fecha de recogida de los rodrejos, floración del limonero complementaria de la de primavera, estaba próxima, pero los frutos no eran buenos. Parte del sustento anual del que dependía parecía tambalearse.

Así las cosas, Robles decidió enfocar su atención sobre el caso de Dani Vicente, que ahora más que nunca se le presentaba como el posible salvavidas caído del cielo que iba a sacarle de aquel pantano. El asunto de la furgoneta era importante, claro, pero ya había pasado bastante tiempo desde que había solicitado información sobre la matrícula a Frías, y se encontraba en esos momentos en los que uno no sabe si es mejor preguntar o no decir nada para no importunar. A fin de cuentas, el exsargento le aclaró que las cosas estaban delicadas en el cuerpo a la hora de pedir favores. A Robles no le parecía adecuado meterle presión. Le volvieron los fantasmas de la desconfianza: ¿de verdad iba Frías a

echarle una mano con aquello o simplemente le había invitado a su casa para expiar esa sensación de culpabilidad que arrastraba por no haber hecho todo lo que estaba en su mano en el caso de Berta? Reflexionaba sobre aquello con la mirada posada sobre los bancales, imaginando el fluir de la savia, trepando pobremente por los troncos, recorriendo las ramas, lenta e incapaz de satisfacer el grosor que esperaba el mercado, como el esperma de un amante estéril. Visualizó a Frías en el porche fumando un cigarro, tomando una cerveza congelada y leyendo novelas de Raymond Chandler. En fin, perdiendo el tiempo frente al ventilador, prorrogando el momento de pedir ese favor pendiente a sus contactos dentro del cuerpo.

La inflación oscilaba, el precio de los alimentos subía y raramente bajaba. Eso hacía más interesante pero más difícil ajustar las compras en el supermercado. Volvió a casa con un saco de comida para Wolfe y vio en el WhatsApp un mensaje. «Hola, soy Daniela. Puedes venir a verme al club sobre las 12? Tengo algo para ti. Un beso». Pensó en aquella noche y sintió un hormigueo recorrerle la columna vertebral. Llevaba demasiado tiempo sin practicar sexo. Nunca había mantenido relaciones con una prostituta. Se concienció de que la primera noche, si bien se había producido intercambio de dinero, había sido algo parecido a una cita. Le vino a la mente el recuerdo, casi abandonado, de Céline y se sintió sucio. Pero, por otro lado, había sido ella quien había abandonado el país, alejándose de él sin dejar una posibilidad a la reconciliación. No podía sentirse el único culpable de que aquella relación se hubiera ido al garete. Claro que podía haber desatendido ciertas obligaciones familiares, sí, pero nunca le había sido infiel a su mujer. Tampoco era justo que se flagelara de esa manera por tener una idea liberal, pensaba. Iría a ver a Daniela con la simple intención de conversar. A fin de cuentas, era consciente de que había dejado la tarjeta por si la chica podía descubrir algo acerca del caso, pero también como una especie de anzuelo para mantener el contacto con ella. Algo en ella le había atraído: su generosidad, su dulzura y también su físico. Sentía hacia su recuerdo una mezcla de cariño, condescendencia, respeto y lástima. En todo caso, no perdía nada por ir a hablar con ella.

Se preparó un sándwich y cenó viendo las noticias. Lo único que

le quedó claro fue que la economía se hundía. Se afeitó mientras se duchaba y acabó masturbándose. Más que por puro onanismo, lo hizo para tratar de aplacar ese candor que le recorría el cuerpo desde que había leído el mensaje. Recordó los gemidos de la muchacha tumbada sobre la cama.

Pasaba de la medianoche cuando conducía por el laberinto de naves industriales. Estacionó en una de las esquinas del aparcamiento del Tiburón. Al bajarse y cerrar la puerta, vio con el rabillo del ojo varias figuras que se dirigían hacia él con paso ligero. La alerta interna se le activó. Valoró abrir la puerta del conductor de nuevo, subir, meter la llave, arrancar, poner la marcha atrás y salir de allí. Pero estaban demasiado cerca. Se volvió hacia los desconocidos, asumiendo que tendría que afrontar el mal trago. Eran cuatro. Tan solo una de la media docena de farolas que rodeaban el aparcamiento sobrevivía y lanzaba un desganado chorro de luz.

—¿A quién buscas? —dijo una voz con acento del Este.

—Solo he venido a pasar el rato —respondió Robles con seguridad, levantando las manos desarmadas y buscando un tono amigable.

Uno de los cuatro cuerpos, el más alto, se abrió paso entre los demás y se plantó a un metro de él. Era de espaldas anchas y hombros musculosos. Entre las sombras de las facciones, Robles desentramó un rostro de rasgos afilados y rectos. El tipo sacó del bolsillo algo y se lo acercó a la cara. Una tarjeta de visita. Su tarjeta de visita.

—Así que detective.

La voz del hombre era borrosa y ronca.

—Ya no ejerzo —respondió Robles.

En ese momento una furgoneta enorme de color gris entró en el recinto. Otro hombre dio un paso adelante y le clavó un puñetazo en la boca del estómago. Robles se dobló por la mitad. Sintió que los pimientos asados de la cena le ascendían por la garganta.

—Sube —le ordenó otra voz cuya procedencia no acertó a localizar.

Unas manos le cogieron por debajo de las axilas, le alzaron y le empujaron hasta el interior. No había asientos. Los hombres se subieron junto a él y se sentaron en el suelo. Circularon durante unos minutos y se detuvieron. Oyó el estruendo de una puerta

metálica al abrirse. No le pareció que el vehículo hubiera salido a la autovía, por lo que supuso que continuaban en el complejo industrial. Le hicieron bajar y le pidieron que se sentara en una silla situada en mitad de la nave. Robles echó un vistazo rápido y discreto; el espacio parecía un taller de coches. Uno de los tipos, el más bajito, le ató las manos al respaldo de madera. El de hombros anchos cogió una silla y la plantó frente a la suya.

—¿Qué esperabas de Daniela?

—¿Tú eres Svetano? —dijo Robles.

—Aquí las preguntas las hago yo.

—Vale, vale. Mira, venía a verla para que me diera un masaje —respondió—, últimamente ando un poco cargado.

El tipo tenía los ojos más azules que había visto en su vida.

—Te lo voy a explicar; tenemos tres tipos de clientes que nos dan problemas —el hombre hablaba lento, en un español casi perfecto—: los primeros son los que se emborrachan y pegan a las chicas o nos la lían en el club. Los traemos aquí y los colgamos…

Señaló con el rostro unas cadenas con ganchos que caían de las vigas metálicas del techo.

—… y los usamos de saco de boxeo durante un rato. En realidad no les damos mucha importancia, ¿sabes por qué?

—Porque ya no vuelven —dijo Robles.

—Exacto, se dan cuenta enseguida de que no les merece la pena. Después —siguió—, están los que llamamos «los salvadores». Estos son los que se nos enchochan con una chica, le prometen que la van a sacar de aquí, que se la van a llevar a un pueblo de piedra del Norte del país porque aquí hace mucho calor o que se la van a llevar al extranjero o algo así… Suelen ser jubilados o hijos de puta a los que sus mujeres han abandonado por maltratadores. Acaban dando una vida de mierda a las chicas, si no las matan o algo peor. El verano pasado, Boris encontró a un camionero en un pueblo del Pirineo catalán: se había llevado a una chica de veinte años. Enséñale la pulsera, Boris.

Uno de los calvos se acercó y le mostró la muñeca, en ella había un trozo de cuero oscurecido y atado con un nudo.

—Eso nos lo hicimos con la piel del camionero —Svetano sonrió —, el muy hijo de puta la tenía escondida en un sótano.

—Bien hecho. Ese cabrón lo merecía —respondió Robles.

—No te imaginas cómo terminó —siguió Svetano—. Y por último tenemos a los peores, que son los que nos quieren joder el negocio. Aquí el perfil se amplía: están los chivatos, los que envía la competencia, los informantes de la policía…

El tipo se quedó mirando fijamente a Robles unos segundos.

—Pero no sé en qué grupo de todos estos encajas tú —dijo.

Se hizo un silencio y el más bajito de todos se colocó detrás de él.

—¿En el grupo de los que buscan un masaje? —dijo Robles.

De inmediato sintió una descarga fría en el costado. Le habían dado un golpe seco, pero no acertó a saber con qué. Tal vez con un puño americano o con una porra. Se retorció en la silla.

—Mira, detective —siguió Svetano—, Daniela es una buena chica, encontramos tu tarjeta entre sus cosas y no tardó demasiado en contarnos lo que habías ido a buscar al club. Si eres sincero y lo aclaramos pronto, esto no tiene por qué alargarse.

Robles se volvió y clavó al tipo pequeño una mirada que condensaba dos preguntas: ¿con qué cojones me has golpeado? y ¿no crees que para ser la primera te has pasado un poco? El otro, con las manos en la espalda, ocultando el arma, si es que la había, le devolvió una sonrisa amable, de jugador de cartas, con apenas un leve arqueamiento de los labios.

—Vale, mira —dijo Robles—, de joven habría aguantado un par de golpes más, pero no me va tanto en el asunto como para hacerme el héroe. Hace unas semanas se mató un chico en el desguace Las Claras y su padre me pidió que investigara el asunto. Yo ya estoy retirado, pero lo acepté para hacerle un favor. Una cosa me llevó a la otra y me dijeron que este chico trabajaba para vosotros.

—¿Y crees que fuimos nosotros quienes lo matamos?

—No, ahora estoy seguro de que no. De hecho, si sirve de algo, te diré que Daniela me aseguró que le teníais aprecio.

—¿Quiénes?

—Vosotros, los dueños del club. Me acuerdo de que uno se llamaba Svetano, pero el otro…

—Mykola —dijo la voz del que tenía a su espalda.

Robles se volvió.

—Encantado —dijo el tipo pequeño; después dio unos pasos

hasta colocarse frente a él, en cuclillas.

Robles miró el puño americano y sonrió.

—El placer es mío —dijo Robles.

—Mira, el chico trabajaba bien. De vez en cuando nos mangaba un poco de mercancía, la cortaba y se quedaba con una parte, pero eso es el pan nuestro de cada día —reconoció Mykola.

A Robles le llamó la atención escuchar esa especie de versículo en boca de un proxeneta de cuyo cuello colgaba una cruz de Caravaca. El acento de este era más cortante, como si las palabras huyeran de su garganta.

—Nosotros no necesitamos fingir un accidente para hacer desaparecer a alguien, ¿sabes?

—Ya, ya me lo imagino.

—Sin embargo —intervino Svetano—, has venido a ver a Daniela cuando te escribimos el mensaje de que tenía información. ¿Qué esperabas que te dijera?

—Yo no esperaba nada.

Antes de terminar la frase, Mykola se había levantado y le había calzado un puñetazo de hierro en el pómulo.

—Digo la verdad, chicos —jadeó Robles—. Ese puñetazo ha sobrado, joder. Solo quería verla para relajarme un rato.

—Mira, si volvemos a verte asomar el hocico por aquí —dijo Mykola—, no te haremos nada.

Robles los miró desconcertado, esperando la carta tras el farol.

—Pero —siguió el otro— Daniela sabrá que todo lo que le hagamos lo estará sufriendo por culpa del detective.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que no le vais a hacer nada ahora?

Los dos hombres se miraron y soltaron una carcajada. Mykola hizo un gesto a alguien y Robles sintió que le liberaban las manos.

—Me has caído bien. Sal de aquí antes de que nos arrepintamos —dijo Mykola.

Robles se tocó el pómulo con una mano y se vio sangre en los dedos. Le habían abierto una brecha. Al incorporarse, sintió un dolor punzante que le hizo llevarse la otra mano al costado.

—Mirad —dijo Robles, retorciéndose las muñecas para recuperar la movilidad—, os doy mi palabra de que no me vais a ver, pero necesito que vosotros me deis la vuestra de que Daniela no

va a sufrir ningún daño.

—Ya te hemos dicho que Daniela es una buena chica —dijo Mykola—. Si cumples tu parte del trato y no vemos más tu puta cara por aquí, ella estará bien.

El tipo levantó la palma de la mano poniéndola a la altura de la cara y, de inmediato, Svetano hizo lo mismo. Robles entendió que sería algún tipo de juramento extraño de los pueblos del Este e imitó el gesto.

—Vale, trato hecho —dijo, alejándose despacio sin perderles de vista en ningún momento.

En un momento dado, se volvió y salió de la nave industrial sin mirar atrás. Recorrió encorvado los callejones del complejo hasta dar con el aparcamiento de nuevo. Se subió al coche y miró la hora en el salpicadero. Eran las dos y cuarto de la mañana. Aunque la velada no había sido tan tranquila como habría esperado, al menos tenía claro que podía descartar una de las vías de investigación.

16

La luna llena lucía alumbrando el camino de tierra. En la recta final dio las luces largas y vio, aparcado frente a su casa, el Jeep gris del yerno del Pulga. El simple recuerdo del encontronazo que había tenido con el hombre unas noches atrás le desató un efecto similar al calor, un ardor lleno de violencia, como un chisporroteo, que se le enroscó en la parte trasera de la cabeza. Aparcó y entró a la vivienda, con la mano en el costado. Le extrañó que Wolfe no ladrara. Lo llamó y silbó con suavidad, pero el animal no respondía. De pronto el corazón comenzó a bombearle con tanta fuerza que drenó el resto de los órganos en exceso, acentuándole el dolor de la costilla. Recorrió el patio y vio que el somier del establo había cedido. Encontró al perro dentro; estaba tumbado, gimiendo débilmente. Encendió la bombilla de baja tensión y corrió a arrodillarse junto al animal, que tenía los ojos entornados. Las respiraciones eran rápidas y poco profundas. A su alrededor había vómito, excrementos y un trozo de carne picada cruda mezclada con unas pequeñas bolas verdes.

—Hijo de puta, hijo de puta… —susurraba Robles.

«Seguramente Wolfe ha tirado el somier y ha estado ladrando en la puerta, hasta que este cabrón se ha hartado», pensó. Corrió a por un rollo de papel higiénico y una garrafa de agua. Al abrirle la boca, el perro soltó un gruñido, pero estaba demasiado débil para que sus impulsos nerviosos respondieran a la violencia que su cerebro prometía. Le limpió los restos de veneno de los dientes y de las comisuras, y le raspó la lengua con el papel; después le echó agua por toda la boca. El animal movía la lengua despacio, como si el músculo blanquecino fuera un ser vivo independiente, una especie de gusano gordo y pálido que trataba de sobrevivir en un hábitat que de repente se le había vuelto hostil. Robles se movía de un lado para otro y ejecutaba las acciones a toda prisa, repitiendo el

insulto como un mantra.

Se agachó, tomó al animal por el tronco y lo elevó como pudo.

—Ven, campeón; tranquilo, tranquilo —susurró.

El dolor intenso y profundo en el costado le hizo explotar en un sollozo. El cuerpo peludo de su amigo le temblaba entre los brazos y Robles volvió a soltar el insulto media docena de veces.

—Tranquilo, tranquilo, amigo. Te vas a poner bien, ya lo verás —decía entre sollozos—; te van a curar.

Transportó el cuerpo hasta la puerta de salida y lo depositó en el suelo con suavidad. Las lágrimas le caían por el pómulo arrastrando la sangre seca de la herida. Contenía la ira con esfuerzo. Solo imaginar que el yerno del Pulga podría estar asomado a una de las ventanas de la casa de enfrente viéndolo sufrir y regodeándose le carcomía las entrañas. Abrió la puerta trasera de su coche y volvió a izar a Wolfe para meterlo. Cerró la puerta de la casa, arrancó y condujo a toda velocidad hacia la capital. Vio que en la casa del Pulga había luz.

—Hijo de puta, ya arreglaremos cuentas —gritó por la ventanilla del coche, calle abajo.

Recordó una madrugada en que el animal no paraba de gimotear. Hacía tanto tiempo que casi le parecía un fragmento de la vida de otra persona. Berta tendría siete u ocho años y lloraba todavía más fuerte que el perro, así que Robles acabó cediendo a regañadientes a las súplicas de su hija y de su mujer. Montó al animal en el coche y lo llevó al veterinario. En aquella ocasión, Robles estaba convencido de que se trataba de una simple indisposición, porque le habían cambiado tres veces el tipo de pienso; el primero le causaba estreñimiento y el segundo lo vomitaba. No podría decirse que Wolfe hubiera sido un cachorro muy valiente, más bien había sido un perro mimado debilucho. Un perro pijo, como le había dicho aquella cajera tan simpática. Pero, desde que se habían quedado los dos solos, el carácter del pastor alemán se había endurecido; hasta mantenía la mirada con una frialdad nueva e interrogante. Aguantaba los más de cuarenta grados del verano buscando sombras en el corral entre las chapas y los muebles viejos, apenas sin agua, muchas veces por los descuidos de su amo. Robles conducía con la puerta de la clínica veterinaria en la cabeza; no recordaba la calle exacta, pero sí la zona de la

ciudad donde se encontraba. Confiaba en orientarse cuando anduviera por allí. Su pensamiento volvió a la madrugada en que se encontró con el yerno del Pulga, aquel día en que debía haberle soltado un puñetazo para haberse impuesto en la discusión, para que ese puto hormonado supiera con quién se jugaba los cuartos. Después, seguramente, aquellos brazos como mazas le hubieran devuelto los golpes con creces, pero le quemaba la idea de que, si no se hubiera mostrado tan frágil, el trozo de carne con ojos no se habría atrevido a tamaña tropelía. No le cabía duda de que había sido él. Las noches de luna llena Wolfe se mostraba especialmente nervioso desde que era cachorro. Los recuerdos se le mezclaban en las sienes como un torbellino: Berta y Wolfe correteando junto al río, la bronca el día que le rompió las zapatillas de invierno, la mirada triste cuando se dio cuenta de que Berta no aparecería más por allí, la falta de apetito cuando se fue Céline poco después… De alguna manera, Wolfe era todo el vínculo vivo que aún le unía al padre de familia que un día fue. Padre. «Qué palabra más extraña», se dijo. Y ahora aquel simpático y noble ser vivo lleno de recuerdos se le estaba muriendo en la parte trasera del coche. Pero seguía vivo. Vivo. Durante el trayecto, el hedor causado por la mezcla de vómito y veneno le produjo varias arcadas. Miraba hacia atrás y veía cómo el perro se sacudía en convulsiones y continuaba forzando la garganta y expulsando vómito, emitiendo sonidos horrorosos. A Robles el costado le latía como si alguien le estuviera botando por dentro una pelota de baloncesto. Bajó el cristal y dejó que la brisa recorriera el habitáculo. Reconstruyó en su mente la secuencia de los hechos, imaginó al hombre musculado perpetrando con alevosía el envenenamiento. ¿Podría tratarse de un delito? Le sonaba haber oído en la radio algo acerca de una sentencia contra un vecino que había tratado de matar a la mascota de otro. Ya habría tiempo de enterarse de eso. Ahora debía reconstruir lo sucedido, tratar de buscar alguna pista, una prueba que le sirviera para poder emprender acciones legales contra el yerno del Pulga o para justificar el rigor de una paliza. Llegó a la puerta de la clínica veterinaria. Bajo el cartel luminoso en el que parpadeaba el mensaje «24 horas al día, 365 días al año cuidando de tu mascota», un hombre gordo fumaba mirando al suelo y haciendo círculos con el pie en una dirección y en otra. Una manera más de desviar los

fantasmas de la ansiedad, se dijo, y apuntó el truco en su libreta mental. La calle ofrecía decenas de aparcamientos libres próximos a la clínica a esas horas. Sacó a Wolfe del coche y lo transportó hasta la entrada. El hombre gordo, al verlo llegar, corrió a abrirle la puerta y se le quedó mirando con gesto desconcertado. Seguramente no estaba muy acostumbrado a cruzarse con gente que tuviera el pómulo partido y la cara ensangrentada. El animal iba dejando un reguero del líquido oscuro que le brotaba de la boca. Aullaba muy flojo y Robles sintió que apenas le quedaba vida. Tuvo la sensación de que, de repente, Wolfe pesaba menos. La sala de espera estaba desierta.

—Hola, ¿hay alguien? —dijo.

Oyó una voz procedente del interior del establecimiento y, a los pocos segundos, una chica joven salió a la recepción.

—Hola. Venga por aquí, ¿qué ha pasado?

Robles fue tras la mujer hasta una sala médica presidida por una enorme camilla. Siguiendo las indicaciones, lo dejó encima con sumo cuidado.

—Me lo han envenenado.

—¡Marcos! —gritó la mujer, girándose hacia un pasillo con varias estancias—. ¿Cuánto tiempo hace?

—No lo sé, me lo he encontrado así hace una media hora.

Un chico llegó a la sala y saludó.

—Intoxicación grave —dijo ella—, descontaminación y tratamiento para el trastorno hemorrágico. Provócale el vómito.

Entonces indicó a Robles que la acompañara y ambos fueron al mostrador. Sacó una carpeta con papeles que rellenó con los datos que le fue solicitando. Después le pidió que firmara.

Robles se había olvidado por completo del dolor del costado, pero, en cuanto se sentó a la mesa con el bolígrafo en la mano, no pudo evitar emitir un quejido. El veterinario llevaba unos minutos explorando a Wolfe.

—¿Ha tenido usted un accidente?

—Sí, al venir hacia aquí a toda prisa. ¿Tiene un analgésico? Creo que tengo una fisura en la costilla.

La mujer abrió un armario y le ofreció la pastilla con un vaso de agua.

Después desapareció unos minutos. Robles la escuchó hablando

con su compañero. La mujer volvió y le hizo pasar a su despacho. Allí le explicó que el asunto tenía mala pinta, pero que confiaba en que el animal se salvara. Tratarían de extraerle el veneno ingerido y se quedarían con los gránulos para analizarlos y ver qué tipo de veneno era, aunque todo parecía apuntar a que era raticida. La mayoría de la gente del campo tiene en casa veneno para las plagas de ratas y suele ser la causa de este tipo de accidentes; en todo caso, si tenía algún indicio que le hiciera sospechar de quién podría haber envenenado a su mascota, podrían avisar a las autoridades para investigarlo. Robles dijo que no sabía quién podía haberlo hecho, que el perro se le había escapado de la finca y que lo había encontrado así. Por el momento, no quería que nadie se interpusiera en su relación con el yerno del Pulga; él encontraría la manera de hacerle pagar por aquello. Se desplazó a la habitación que daba a la salida. El hombre gordo había vuelto, estaba sentado y miraba el teléfono. Robles ocupó uno los asientos de la sala de espera y, al poco tiempo, se quedó dormido.

Una mano le traqueteó el hombro con suavidad. Despertó y vio el rostro del veterinario, que le sonreía. Las luces artificiales del techo estaban apagadas y el sol iluminaba la estancia a través de los vinilos de las ventanas, creando una agradable sensación de penumbra. Se incorporó y miró el reloj de la pared. Eran las nueve y cuarto de la mañana. Habían pasado cuatro horas.

—Venga conmigo, por favor.

A su lado, en la sala de espera, había dos personas más. Eran dos mujeres, ambas tenían a los pies unos transportines con puertas de rejas. Siguió al veterinario por el pasillo y encontró a Wolfe tumbado sobre la misma camilla, con los ojos cerrados. Sus respiraciones eran largas y suaves. El pecho se le encogió y la pena parecía querer explotarle en lágrimas, en gritos, en puñetazos. El hombre echó un vistazo a los papeles que Robles había rellenado a su llegada:

—Señor Juan Carlos Robles… —siguió con los ojos su dedo— y el perro se llama Wolf.

—En realidad se llama Wolfe, con una «e» al final. Como el escritor de…

—Vale —dijo el veterinario.

El hombre, que no parecía interesado en comenzar una

conversación sobre literatura americana, cogió un bolígrafo y se limitó a añadir una «e» al final de la palabra.

—Bueno, le explico: hemos terminado la descontaminación y hemos comenzado con el tratamiento —dijo el hombre.

Hablaba con seguridad, aunque Robles detectó cierta cautela en su tono caribeño. Tenía las mangas de la bata remangadas y sus brazos oscuros lucían un entramado de tatuajes que finalizaban en las muñecas y en los que Robles acertó a distinguir dragones de estilo japonés, *geishas*, bosques y un sol naciente.

—Básicamente —siguió el veterinario—, consiste en administrar carbón activado por vía oral, pero, dada la debilidad que presenta Wolfe, hemos comenzado también con vitamina K1, que ayuda a prevenir anomalías en la coagulación.

—¿Se va a salvar? —preguntó Robles.

El hombre se frotó las manos y las movió de arriba abajo lentamente indicando calma, paciencia. Robles interpretó el gesto como que no lo sabía.

—Ha llegado a tiempo por poco —dijo el hombre—. Si el tratamiento se inicia poco después de la ingestión, la mayoría de los pacientes se recuperan. Tenemos que quedárnoslo aquí, lo tendremos en observación para ver cómo evoluciona.

—Muy bien —dijo Robles—, hagan lo que sea necesario.

—En cuanto tengamos novedades, le informaremos.

Se acercó a Wolfe y le dio un beso entre los ojos. El animal no reaccionó. Salieron a la recepción y el veterinario le habló en tono bajo:

—¿Va a abonar el servicio en efectivo o con tarjeta?

Robles calculó mentalmente el dinero que tenía disponible en la cuenta.

—Con tarjeta.

Leyó la lista de servicios de la factura: «consulta urgencias», «estancia observación», «tratamiento intoxicación». El total ascendía a doscientos catorce euros. No le llegaba y lo sabía, pero pasó la tarjeta y esperó el resultado. Confiaba en la bonhomía de aquel tipo: ¿qué clase de monstruo le haría llevarse así a su mascota de vuelta a casa? Esperaría el resultado y le preguntaría si podía hacer el pago en varias veces. El pitido rápido y estridente no se hizo esperar.

—La ha rechazado.

—Ya veo, ¿sería posible pagar una parte ahora y…?

—¿Cuánto dinero le falta? —dijo una voz a su espalda.

Una mujer que estaba en la sala de espera se levantó y fue hacia el mostrador.

—De verdad, no hace falta —dijo Robles, y se volvió hacia ella.

—Con lo que lo cuidas, ¿eh? Con el pienso ese para perros pijos…

Aquello le enfocó el recuerdo: era Charo, la chica del supermercado que había desaparecido de pronto. Se había puesto el pelo rojo y vestía un uniforme rosa y negro. En la solapa lucía el logotipo de un *joystick*.

—Muchas gracias.

—No te preocupes, ya ajustaremos cuentas.

Charo pagó los setenta y siete euros que le faltaban. Pensó que ahora sí que se había quedado sin blanca de verdad. Hacía años que no pasaba por una situación tan precaria. Tenía que resolver aquello cuanto antes. En otro momento de su vida se le habría caído la cara de vergüenza por dejar que una persona casi desconocida tuviera que hacerse cargo de sus gastos. Se había convertido en un parásito, literalmente, y aquella mujer de muslos recios y mirada juvenil, en su salvadora. Para ser precisos, en la salvadora de Wolfe.

—¿Esperas un momento y tomamos un café? —le dijo ella con una seguridad que casi le hizo temblar.

—Claro. Pero…

—Tranquilo, que yo pago.

Estaba en deuda con Charo, así que no podía decir que no. La otra mujer, una sexagenaria de pelo cardado, lanzó una tos llena de significados.

—Marcos, te dejo a Dracma para la revisión, ¿vale? Esta tarde paso a por ella.

—De acuerdo —dijo el veterinario.

Charo subió la jaula al mostrador y Robles acertó a ver la cola del animal, pero no adivinó de qué especie se trataba.

Salieron a la calle. La temperatura era agradable, el cielo estaba cubierto y corría un viento frío que parecía proceder de otra estación. Charo sacó el móvil y miró la pantalla.

—Entro a las diez, me da tiempo a tomar un café. Juan Carlos,

¿no? —dijo ella sonriendo—. Lo he oído dentro.

—Sí, bueno, todo el mundo me llama Robles.

Echaron a andar despacio, sin tener claro hacia dónde iban.

—¿Por el apellido, como en el instituto?

—Sí, no he madurado mucho, como ves.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada, es una larga historia.

—Vale, lo pillo… Bueno, no sé si te acuerdas de mi nombre —dijo ella.

—Charo.

—Oye, muy buena memoria.

—Hace tiempo que no te veo por el supermercado —dijo él.

—He cambiado de curro —explicó ella—, ahora estoy en una tienda de videojuegos. Me pagan lo mismo y no tengo que chuparme tantas horas de almacenaje y de inventario.

—Pues mejor, me alegro por ti.

—Sí, oye, espero que tu perro se ponga bien.

—Gracias. El animal que tú has traído a la clínica, ¿qué es? ¿Un gato?

—Sí, un gato con escamas —respondió ella con una carcajada.

—¿Cómo?

—Es una iguana.

—Una iguana. Vaya, ¿y cómo se llama?

—Dracma. Fui de visita a la casa de una amiga y la dejé suelta por el jardín. Se escapó y un vecino, dando marcha atrás con el coche, le pasó por encima. Politraumatismo. Por suerte la pilló en la zona más próxima a la cola y no se le aplastaron los órganos. Tuvieron que hacerle cirugía de una parte de la columna vertebral y del fémur… Un movidón.

—Putos vecinos. A mí el vecino de enfrente me ha envenenado al perro.

—Eso es de ser un hijo de puta… —dijo ella—. Lo mío fue culpa de esta, que es tonta perdida.

Charo vestía la camiseta de la empresa y por encima un forro polar con algunas bolas, pero limpio. Llevaba además unas mallas apretadas de nailon con los bajos metidos por dentro de la caña de las botas de militar. Su *look* era rebelde pero comedido, de una rebeldía que parecía más dirigida a no aceptar el paso del tiempo

que a protestar contra los sistemas establecidos. Masticaba el cruasán con fuerza mientras hablaba. Saltaba de un tema a otro sin parar: le habló sobre cine, libros, los lugares que les gustaría visitar, incluso sobre juegos de rol, a los que había sido aficionada de adolescente. No le importaba que el chocolate le manchara alrededor de los labios; lograba un equilibrio admirable entre la educación y la normalidad. Mientras hablaba, él se imaginó saliendo con ella a tomar algo el viernes por la noche, en la playa bajo una sombrilla, paseando por los Pirineos de vuelta a un refugio de madera. Todo seguido, en escenas, como un montaje. Desde luego, por parte de ella conversación no le iba a faltar. La mirada, los gestos y la charla estaban envueltos en un coqueteo sutil pero evidente, lo que le invitaba a fantasear con la idea de que, si se lanzaba, seguramente ella accedería a una cita más íntima, menos improvisada.

—¿Sabes que una vez fui al *Cifras y letras*? —dijo ella limpiándose los labios con una servilleta—, ¿conoces el programa?

—Sí, claro.

—Aquí donde me ves, tengo mi cultura.

—Se te nota —dijo Robles.

Sus palabras sonaron sinceras.

—Llegué a Telemadrid mucho antes de lo acordado. Ya ves tú, ¡Telemadrid! Anda que no ha llovido, ¿eh? Claro, porque la noche anterior casi no pegué ojo y antes de las siete estaba ya en pie. Recuerdo que aluciné con los focos y con lo maja que fue la gente, me acuerdo de que me pusieron el cartelito con mi nombre y todo. Al principio me dieron uno en el que ponía María Rosario; le dije que no y me trajeron otro en el que ponía Rosario —soltó una carcajada que a Robles le pareció de una naturalidad deliciosa—, pero les dije que pusieran Charo, claro. En los camerinos, hablando con el presentador, ese que no estaba ni gordo ni flaco, ¿te acuerdas?, monté un lío que madre mía.

Robles asentía y sonreía.

—¿Y no te pusiste nerviosa? —le preguntó—. ¿Con las cámaras y todo eso?

—Buf, cuando empezó el juego, muchísimo. Es que además me sudan las manos una barbaridad cuando me pongo nerviosa, mira…

Ella le pasó una palma por los nudillos y él sintió cierta

humedad, pero nada fuera de lo común. El tacto no le desagradó, tal vez porque Charo le parecía de esas personas sin dobleces, de las que se muestran predispuestas a pintar de colores la vida gris de los demás.

—A mí me daba mucha vergüenza que se viera en la tele que estaba calando la mesa con el sudor —siguió Charo—, así que tuve que hacer todas las cuentas de cabeza. Y de las cinco cuentas, clavé tres veces el número exacto. Entonces, ahí ya me solté. Y en las letras hice tres palabras de siete, «carrito», «tarjeta» y «horario», una de ocho, «androide», y dos de nueve, que valían el doble: «concursar» e «increíble».

—¿Aún te acuerdas?

—Uy, no se me olvidará en la vida. Lo tenía grabado en VHS, me vi el programa cien veces.

—El otro concursante fliparía…

—Ya ves, además es que fui con unas pintas… Pues como yo soy —dijo, y abrió los brazos, echando hacia atrás la espalda y dejando sobresalir hacia delante los pechos—. El otro se llamaba Evaristo, era profesor de Historia de un instituto de Getafe. Le di tal repaso que al final los marcadores quedaron sesenta y cuatro a doce. Yo no cabía en mí de gozo y además me llevé seiscientos euros por algo que no me había costado nada de nada.

—Qué bueno.

—Buah, las compañeras del súper en el que trabajaba fliparon. La Elvira y la Conchi se habían juntado para ver el programa, pero hasta la tercera prueba no se enteraron bien de lo que iba porque no se sabían las normas. Y cuando terminó me llamaron para decirme que ya me pagaría unas copas y que olé mi chocho *salao* y que qué *callao* me lo tenía. Y yo casi lloro de emoción, y les dije que al día siguiente volvía a concursar y que a la misma hora lo ponían en la tele.

—Ah, que, si ganabas, seguías, ¿no?

—Sí, como el *Pasapalabra* de ahora.

—Ya… —dijo Robles, un poco avergonzado sin saber muy bien por qué—, yo es que no tengo ni idea de esas cosas…

—Pero al día siguiente me ganó una que era enfermera. Una máquina, la tía. —Dio un tragó al café y siguió—: Ese programa también lo tenía grabado, me lo grabó una compañera del curro con

la cámara de fotos de su hijo. Directamente de la tele, ¿sabes…? Pero ese programa no me gustaba verlo. Es que se veía que los focos me cegaban, me pusieron dos mirando directamente hacia mí, no como en el día anterior. Fallé las dos primeras rondas y ya me puse nerviosa. Es que la tele impone mucho y cuando una se queda en blanco, pues se queda en blanco…

—Bueno, hay que quedarse con lo bueno de las experiencias.

A ocho de cada diez personas el monólogo de Charo les habría parecido un tostón insufrible, pero a Robles le gustaba escucharla. Sus expresiones parecían proyectarle una vitalidad que hacía mucho tiempo que había perdido.

—Eso pienso yo. Las compañeras se quedaron tristes por un lado, pero por otro estaban la mar de orgullosas de mí. Porque una de su curro, o sea, yo, había ganado seiscientos eurazos en un rato, sin hacer nada. Eso era casi un sueldo entero en el súper en esa época. Y me compraron un ramo de flores, y cuando llegué al turno de tarde me lo dieron, y yo las invité a todas unas cañas a la salida y después a cenar unas tapas. Casi doscientos euros me gasté. Pero la vida es para vivirla, hay que disfrutar, ¿o no, Juan Carlos?

Sus miradas se quedaron suspendidas, en un silencio propio, de los dos. Un silencio rodeado de cucharas y de platos, y de conversaciones ajenas.

Sábado 17 de noviembre de 2014
Preparativos

El supermercado del centro comercial estaba a rebosar de familias. Los cuatro iban de un lado a otro echando bebida al carrito. Los dos chicos se turnaban para subirse sobre los soportes metálicos de las ruedas y deslizarse por los pasillos.

—Id con cuidado, que os vais a llevar a un crío por delante —les gritó Susana, ante la mirada displicente de una madre.

El plan era hacer un botellón en la casa de la abuela de Jonás hasta las ocho de la tarde, para después salir en dirección a Abanilla, donde tendría lugar la fiesta.

—Kike —dijo Jonás, respondiendo al teléfono—, ¿dónde estás? Nosotros dentro, en la sección de bebidas, al fondo.

Era un compañero de trabajo de Jonás. Kike tenía coche propio y se había ofrecido a llevarlos a la *rave*. A Berta no le gustaba nada, se relacionaba con los personajes más rastreros de la zona y siempre andaba buscando bronca por las discotecas. Se había ganado mala fama por haberle partido un vaso de tubo a otro chico en la cabeza y haberle clavado en la barriga el cristal. Por entonces era menor y se había escapado de repercusiones serias; ahora, con dieciocho, sembraba el temor allí a donde iba. Si para Charlie la referencia era Jonás, para este lo era su compañero de curro. Llevaba un tatuaje de una luna en el lado derecho del cuello y otro de un sol en el izquierdo, y un puñado de colgantes le descansaban sobre el pecho. Pese a que el frío aún no arreciaba durante el día por el Levante, vestía un plumífero grueso de color blanco. Llegó a la sección de licores andando despacio. Los ojos rojos le delataban.

—¿Habéis pillado tequila o qué? —dijo desde la distancia, a gritos.

—Hombre, claro —contestó Jonás, que se fue hacia él y le dio un abrazo.

Las chicas le dieron dos besos y Charlie le estrechó la mano a

más de un metro de distancia. Los códigos y el estatus de aquella manada salvaje estaban claramente delimitados.

—Me da un mal rollo este tío… —le dijo Berta a Charlie, separándose del grupo.

—Es un flipao.

—Lo que hay que pillar es hielo a manta y un barreño para echarlo, porque allí luego se acaba enseguida y no hay donde pillar —dijo Kike.

—Claro, claro, hielo a manta —repitió Jonás—, está en dirección a la caja.

—En la *rave* de la playa, un colega se puso a vender hielos cuando no quedaban, a un euro cada uno —dijo Kike—. No veas la pasta que se sacó.

—Pues no es mala idea hacerlo —dijo Susana.

—Bah, ya no —dijo Kike con sequedad—, tenemos que pillar para nosotros. Seguro que los organizadores ya lo tienen en cuenta.

Se dedicaron a elegir botellas de vodka, refresco de naranja y cerveza, además de golosinas y algunas chocolatinas para cuando llegara el bajón. Acordaron comprar unas pizzas para salir con el estómago lleno en dirección a la fiesta. Cada pocos minutos, Kike y Jonás cogían bolsas de patatas, galletas o cualquier cosa que les apeteciera, las abrían, comían un poco y las abandonaban donde se les antojara.

—¿Nos vamos los cinco en mi coche, entonces? —dijo Kike, que añadió al carro varios paquetes de chicles.

—No, nosotros nos vamos en mi moto —dijo Charlie.

—¿Vosotros dos? —dijo Kike, señalando a la pareja—, pues qué pena.

El chico recorrió el cuerpo de Berta con una mirada que ella recibió con asco.

—¿Qué moto es? —insistió el nuevo.

—Una KTM de dos y medio —se defendió Charlie.

—Ni idea —dijo el otro sin darle importancia—. Bueno, ¿vamos a pagar o qué?

En dirección a las cajas, Susana se quedó atrás con Berta mientras los chicos cargaban el carro con bolsas de hielo.

—No sé —dijo Berta—. Me está dando una pereza ir a la fiesta…

—Anda, ya, ¿te vas a poner en plan cortarrollos ahora?

El grupo se situó en la cola y Kike, que gesticulaba de forma exagerada mientras proponía planes, empujó el carro sin querer contra una pareja de personas mayores que esperaba delante de ellos.

—Cuidado, chaval —dijo el hombre.

—Vale, abuelo, tranquilo —replicó Kike, para deleite de su amigo.

Un hombre, situado unos puestos más adelante, se dirigió a él.

—Más respeto, ¿eh?

—Mira el calvo, en plan Superman —respondió Kike, desafiante.

El hombre volvió a mirar hacia delante y movió la cabeza a ambos lados.

—Bah, déjalo, tío —dijo Jonás.

—Sí, sí, pero que no se meta en la vida de los demás, el puto calvorota.

El hombre siguió avanzando como si nada y pasó a una de las cajas para pagar. Entonces, el chico se fijó en lo que pasaba por la cinta expendedora y vio que había una botella de whisky Chivas.

—Míralo, si igual hasta nos lo encontramos en la *rave* —dijo el nuevo líder—. ¿Eh, calvo? ¿Vas a la fiesta esta noche?

El resto de los clientes murmuraban entre sí. Berta se separó del grupo y disimuló en la zona de cosmética; ella no quería relacionarse con ese tipo ni tampoco con Jonás; ni siquiera veía ya a Susana como alguien de confianza. De todos ellos, solo Charlie le transmitía buenas sensaciones. Llegó el momento de pagar y se acercó a los demás.

—Tal vez deberíamos pensarnos si ir a la fiesta, ¿qué te parece? —le dijo a Charlie.

—No te preocupes tanto —le dijo él—, que luego este llega allí y se junta con los suyos y al Jonás no le hace ni puto caso. Nosotros vamos a nuestra bola, tú y yo en la moto, aparte.

El cajero, ajeno a la situación, les cobró con una sonrisa.

—¿Qué? ¿Vamos de fiesta?

—Ya te digo —dijo Jonás—, vamos a liarla parda.

—Setenta y ocho con cuarenta —dijo el cajero.

—Me lo pones tú, ¿no? —preguntó Kike—, que para eso voy a ser el chófer, ¿o qué?

—Vale, entre cuatro… —aceptó Jonás.

—No, entre cinco —dijo Berta.

—¿Cómo? —dijo Kike.

—Claro, a mí no me va a llevar este —le explicó Berta a Jonás —. Tú pagas lo de tres si quieres, y Charlie y yo pagamos lo nuestro.

—Hostia con la pijita —dijo Kike—, vale, pues entre cinco. Luego hacemos cuentas.

—Tocamos a dieciséis y sobra algo —dijo Berta.

—Encima lista —replicó el otro.

Pagaron y bajaron al aparcamiento subterráneo. Empujaron el carro en dirección al coche de Kike, que, cuando estaban cerca, pulsó el mando a distancia. El vehículo se abrió con un crujido.

—Id cargando, que ahora voy yo —dijo.

Salió en dirección contraria, atravesando a grandes zancadas el aparcamiento, hasta llegar a un coche rojo que tenía el maletero levantado.

—Hostias, que es el calvo —dijo Jonás.

Cargaron las bolsas en el coche y vieron cómo Kike se echaba la mano al bolsillo y sacaba algo. Al momento, el hombre extrajo el whisky Chivas de una de sus bolsas y se lo entregó. Kike se lo escondió en la gruesa chaqueta y volvió a donde estaba el grupo. Dejó la botella en el maletero de su coche. Además, de uno de los bolsillos interiores sacó unas chocolatinas.

—Y esto —dijo—, gratis.

—Tío, que aquí hay cámaras —dijo Susana, señalando al techo del aparcamiento.

—Me la suda —contestó Kike.

—Nos vemos en mi casa —dijo Jonás desde dentro del coche.

Kike subió la música tanto que las melodías se distorsionaban, lo que hacía imposible apreciarlas. La pareja se quedó mirando cómo el coche se alejaba.

—¿De verdad tenemos que ir, tío? —preguntó Berta.

—Hombre, ya hemos pagado… —dijo Charlie.

De camino a la casa de la abuela de Jonás, Berta pensó que le habría gustado que Charlie la hubiera defendido en la cola del súper, pero, por otro lado, si iban a estar de fiesta con Kike esa noche era preferible no echar más leña al fuego. Bastante había hecho ella al vacilarle con el dinero, pero para entonces ya tenía

claro que nadie le iba a pasar por encima. Después de ese fin de semana, ella tomaría las riendas de su vida.

17

—Hola —respondió Robles.

—Buenas, ¿me oyes bien? —preguntó Frías.

—Sí, sí.

—¿Cómo vas?

—Ahí vamos —dijo Robles—, pensaba que ya te habías olvidado de mí.

—Ya, perdona —dijo Frías—. Ha estado por aquí mi hija, me ha dejado a los críos durante unos días y se me ha complicado la cosa. Además, ya te comenté que está difícil meter mano…

—No te preocupes, dime.

—He podido mirarte lo del bastidor. La matrícula que me dices sí aparece en el registro de coches dados de baja, ¿tienes algo para apuntar?

Robles abrió la guantera y rebuscó hasta encontrar su vieja libreta. Estaba cerrada con una goma que aprisionaba un lápiz casi sin punta. Al ir a quitar el elástico, este se partió como si fuera de arena. Podría abrir una aplicación de notas en el móvil, pero mantenía una nostálgica querencia por las anotaciones a grafito.

—Dime —pidió cuando estuvo preparado.

—Pertenecía a un tal Alfonso Ortega Beruete. Por la edad con la que aparece en el expediente ya debería estar jubilado.

—¿Tienes su dirección?

Escribió la información debajo del nombre.

—¿Y de lo demás?

—A ver, sí. Por otro lado, tienes que investigar a Gerardo Campillo, el dueño del desguace. Está metido en varios embrollos. Tirando del hilo, vi que hace seis años, en un control rutinario, los compañeros de Barcelona pararon un portavehículos que venía de Holanda con una docena de coches. Ya sabes, uno de esos camiones que llevan varios automóviles apilados…

—Sí, sí.

—Eran todos coches accidentados y los perros encontraron un alijo en uno de ellos.

—¿El camión iba al desguace de Gerardo?

—No, iba a otro de Barcelona, pero el conductor del portavehículos había estado trabajando para Gerardo justo hasta un par de semanas antes. Acababa de empezar en el desguace de Barcelona.

—Vamos, que algo olía mal…

—Sí. Gerardo cambiaba de chófer cada pocos meses, y este después acababa en otro desguace. El caso es que se montó una operación de seguimiento y, cada dos por tres, paraban a los portavehículos de Gerardo, pero nunca le pillaron nada. En fin, que estaban seguros de que transportaba drogas con ese sistema, pero después de que interceptaron el alijo debió de buscar otra manera de hacerlo.

—Y el chófer no cantó, claro…

—Una tumba. Está aún en la cárcel. Aseguró que él no sabía nada, y el dueño del desguace catalán sigue todavía con juicios desde aquello. La investigación se amplió a Holanda, pero ya no sé en qué punto seguirá.

Robles guardó silencio durante unos segundos.

—Yo tengo indicios —dijo—, y también alguna confesión de chavales que trabajan en el desguace y que han estado moviendo mercancía para los ucranianos del Tiburón…

El dolor del costado le llegó como una suerte de brujería que hubiera despertado al nombrar una palabra maldita.

—Pues por ahí puede haber algo que rascar…

—¿Y lo que te pedí del Jonás?

—Sí, de eso también tengo algo. ¿Tiene que ver con lo de tu hija?

—Estoy siguiendo una pista, aunque es algo remota…

—Pues a lo mejor no vas mal encaminado —dijo Frías—. Este Jonás Guillamón aparece en varios expedientes. Uno reciente por escándalo en la vía pública, otro del año pasado por una pelea en las fiestas de Yecla… Pero el que me ha llamado la atención, y puede estar relacionado con tu caso, es de hace ocho años.

—¿Te aparece si está casado?

—Debería, dame un segundo —pidió Frías—; sí, bueno, es la pareja de hecho de una tal Susana Moreno Gracia. ¿Esa era la misma Susana que siempre iba con Berta?

Robles anotaba todo concentrándose en la caligrafía de las palabras y en el desgaste de la punta de grafito al deshacerse sobre el papel amarillento, tratando de posar cada letra sobre la rectitud de las líneas tenues, para dominar la tensión acumulada. Parecía como si el caso fuera magma que estuviera bullendo cada vez más cerca del cráter. Ya le había sucedido en otras ocasiones: a veces vislumbraba un resquicio, una especie de hueco por el que colarse, y de pronto todo conectaba, como la electricidad de las neuronas, y sentía que el caso se inclinaba lentamente, hasta que caía a mayor velocidad, encadenando un hecho con otro, como uno de esos circuitos de fichas de dominó que, cuando quedan extendidas sobre el suelo, forman una figura, un personaje de dibujos animados, un animal, el nombre de un asesino…

—Continúa —dijo.

—En el informe me aparecen Jonás Guillamón y Carlos Gómez. Este es el Charlie, el que era el novio de tu hija por entonces.

—Sí, ¿cuál era el caso?

—Una paliza con vejaciones a Alberto Bermejo Iborra, creo que es uno de Archena.

—El Chamorro, sí —musitó Robles.

De pronto le vino a la mente la acumulación de deslices deslenguados, gestos obscenos, supuestos acosos a las cajeras, fama de obseso sexual y ese cable pelado del Chamorro que lo aproximaba más al perfil de un perturbado que al de un tipo normal.

—Pues resulta que, por aquella época, la madre del chico presentó varias quejas en el instituto, porque solían hacerle *bullying*. Las protestas no fueron a ningún sitio porque estas cosas no despertaban tanta alarma social por entonces.

—Sí, entraban dentro de lo habitual, desgraciadamente…

—El caso es que, un día, a Jonás y Charlie se les fue el asunto de las manos —siguió Frías—. A la salida de clase, acorralaron a Alberto y le pegaron una paliza con cascos y palos. Al final, Jonás le acabó meando encima.

—Qué cabrón…

—Sí —dijo Frías, e hizo una pausa—, la madre lo denunció formalmente. Sucedió en los alrededores del instituto. Además de estos, en la denuncia aparecen otros dos implicados más que no le agredieron físicamente, pero lo presenciaron y lo permitieron. Uno era un camello, más mayor, que siempre andaba trapicheando con los alumnos del instituto, y el otro, el hijo de un empresario con contactos en el mundo judicial; este grabó la agresión con el móvil. Es relevante porque el padre de este último fue el que consiguió pararlo todo: su hijo borró el vídeo y el juez archivó el caso —dijo Frías.

—Entonces ¿la denuncia no prosperó?

—No. Alberto era un poco especial, ya sabes… Lo tenían acobardado y la madre, que se había quedado viuda, al parecer andaba medio depresiva. No quería más problemas, así que lo dejó correr y no recurrió. Bastante tenía la pobre con mantener a su hijo y protegerle como para meterse en procesos judiciales contra gente rica.

—El marido era de los vuestros…

—Sí, el padre de Alberto se llamaba Ignacio, coincidimos durante un tiempo en la academia, aunque no traté demasiado con él. Un tipo serio, todos decían que era un gran guardia civil. Estaba destinado en Granada. Iba y venía cada dos o tres semanas.

—Lo recuerdo —dijo Robles—, vivían a un par de calles de nosotros por entonces.

—Murió de repente, hace ya algunos años —dijo Frías.

A Robles le vino a la memoria la imagen de su padre hincando la rodilla, las palabras de la sopa de letras, el sentimiento de desamparo que, aunque ya convertido apenas en una sombra, permanecía vivo en sus recuerdos.

—Nunca nos dio por relacionar a Alberto con el caso de Berta —dijo, sacudiéndose el recuerdo.

—Creo que lo comentamos en su día, pero estábamos tan convencidos de que su desaparición estaba vinculada con la *rave* que lo descartamos. Además, meter a aquella pobre mujer en una investigación, con todo lo que había pasado…

Frías hizo una pausa y añadió:

—En aquellos momentos no estabas muy centrado, amigo.

—Lo sé —dijo Robles—. Recuérdame cuánto tiempo pasó desde

la paliza hasta la desaparición de Berta.

Escuchó al otro lado del teléfono un ruido de papeles removiéndose.

—Un año, más o menos; fue a principios del curso anterior.

—Entiendo… —dijo Robles—. ¿La agresión tuvo lugar en el instituto?

—No; como te he dicho, fue en los alrededores. Concretamente en un pabellón deportivo próximo que tenía la puerta de acceso rota. Al ser fuera del horario lectivo, no se pudo involucrar al equipo directivo del instituto.

—Sí —dijo Robles—, recuerdo que se interrogó al director y al tutor de Berta, por si podían proporcionar algún dato relevante, pero no aportaron demasiado.

—Recuerdo que el director no tenía ni idea de lo que sucedía en su centro; estaba más preocupado de lamerles el culo a los políticos de turno para salir en las fotos…

—Creo que voy a hacerle una visita al tutor para preguntarle directamente por la relación entre Berta y el Chamorro.

—Sí, yo también lo haría —dijo Frías—. ¿Quieres que te envíe todo el informe? Lo tengo escaneado.

—Sí, por favor. Me gustaría mirarlo con calma.

El sol de la mañana se proyectaba contra la luna del coche y comenzaba a calentar el habitáculo. Desde donde estaba aparcado veía la parte de atrás del edificio en el que su mascota se debatía entre la vida y la muerte, y, en la distancia, la cafetería donde acababa de charlar con Charo.

—Bueno —dijo Frías—, es que tengo a la nieta por aquí dando por culo…

—Sí, sí; gracias, amigo.

—Tenme informado, ¿vale?

—Lo haré.

Colgaron. ¿Podría el Chamorro tener la capacidad de organizar un secuestro o incluso un asesinato? De alguna manera, su cabeza podría haber relacionado estrechamente a los agresores con sus respectivas novias. Tal vez decidió hacerles daño a través de ellas. ¿Existía la posibilidad de que tuviera a Berta retenida todavía en una habitación bajo llave, como el loco aquel de Amstetten? *A priori*, esa opción parecía poco probable, pero no del todo

descabellada. Su experiencia le había demostrado que las grietas más estrechas, casi imperceptibles al ojo humano, pueden esconder tras ellas cuevas enormes y tenebrosas. Sabía que la venganza y el rencor son armas poderosas, capaces de arrastrar hasta la oscuridad a aquellas personas con tendencias al desequilibrio, llevándolas a perpetrar las más salvajes e insospechadas atrocidades. Sin duda, el Chamorro presentaba un perfil psicológico que encajaba con la tendencia a la inestabilidad, por lo que necesitaba hallar el modo de descartar la teoría de que estuviera implicado directamente en el asunto de Berta.

Se había quedado con la mirada perdida hacia el frente cuando golpearon su cristal. Se volvió y se encontró con el rostro de un controlador de la zona azul que, con un par de gestos, le ofreció dos opciones: o moverse o pagar. Giró la llave y el motor arrancó tras resistirse un par de veces.

Condujo de vuelta a casa. Se sentía lúcido pese al cansancio. A menudo el agotamiento le activaba una capacidad mental extraordinaria. Era como si una especie de batería extra, un grupo electrógeno de emergencia, se pusiera a funcionar a máximo rendimiento sin pausa. Sentía que la cabeza le latía, le ardía, mientras analizaba los frentes abiertos: por un lado debía indagar en la figura del dueño del desguace, quien estaba claro que no era trigo limpio, y por otro tenía que visitar al dueño de la furgoneta misteriosa para seguir el rastro de la cadena de Berta. Tratando de ordenar las bazas que manejaba, pensó que ese último indicio debía ser el primer paso que debía dar, pues era la única vía evidente de investigación con la que contaba; todo lo demás no era sino una serie de elucubraciones aún por definir. En su cerebro comenzaba a configurarse un plano global, lleno de líneas difusas que viajaban de forma caótica, pero que, muy lentamente, tendían a encontrarse en un punto común. Pero, por otro lado, una sensación alarmante de urgencia le iba sacudiendo como los tentáculos de una colosal medusa: necesitaba generar ingresos ya. No solo porque tenía que devolver el dinero que le había prestado Charo, la mujer que había aparecido en su vida como un ángel de la guarda, sino porque la deriva de su campo de limoneros era una realidad. Le quedaban unos cientos de euros enrollados en el armario de la cocina y creyó que, si lograba proporcionar algo de información a Pablo Vicente, el

empresario accedería a ofrecerle nuevos fondos para que continuara investigando. Se le abrían demasiados caminos y, para complicar aún más las cosas, la única persona que le había servido como ayuda activa, el Chamorro, había pasado de Robin a Joker en una llamada telefónica.

¿Por dónde debía arrancar? Se encontraba en una encrucijada. Entonces se le ocurrió que, tal vez, Charo podría ayudarle a ordenar todas las piezas que se encontraban desperdigadas por el escritorio de su cabeza. Necesitaba a alguien inteligente, sosegado y con tiempo libre, que le ofreciera un punto de vista diferente al suyo, una visión panorámica de la situación. Pensó que, solo tal vez, para Charo resolver aquello sería como participar en uno de los juegos de rol a los que, según ella le había contado durante su charla, tanto tiempo había dedicado de adolescente. Por supuesto, Robles era consciente de que esa solicitud de ayuda constituía, a la vez, una excusa ideal para volver a contactar con ella y buscar algo de su calor humano, de esa enérgica ilusión vital que ayuda a afrontar el largo camino que se pierde en el horizonte de la estabilidad. Ella se había ofrecido claramente después de los dos cafés improvisados que habían compartido. De pronto el viejo Ibiza emitió un pitido. El chivato del depósito le avisó de que acababa de entrar en reserva.

18

El edificio era antiguo, tenía las paredes desconchadas y uno de esos ascensores que parecen sacados de un museo de torturas medievales. Aunque era un séptimo, prefirió subir por las escaleras. Comenzó con fuerza, pero hacia el tercer piso tuvo que detenerse y agarrarse al pasamanos. Sabía que, aunque hubiera dejado de fumar por temporadas intermitentes, los pulmones no se le terminarían de limpiar hasta dentro de unos cuantos años.

—¿Llegas hoy o mañana?

Oyó la voz de la mujer colarse por el hueco del ascensor, procedente de unos pisos más arriba. Los músculos de las piernas comenzaban a flaquearle y el desgaste de la madera en la esquina de los escalones le hizo resbalar un par de veces. Cuando se asomó al descansillo, vio a Charo bajo el umbral de la puerta de su casa. Vestía una falda de cuero, botas altas y un jersey de cuello alto, y llevaba el pelo recogido en una coleta. Le pareció muy atractiva bajo la tenue luz del pasillo. Él sacó la lengua en un gesto cómico y jadeó levemente, sonriendo.

—Traigo vino —dijo, levantando una botella.

—Madre mía, estás para el arrastre.

—Tendrías que haberme visto hace un par de semanas.

—Pasa. —Y retrocedió.

La vivienda contrastaba con el resto del edificio. Parecía recién reformada. El recibidor llevaba directamente a la cocina, que tenía una decoración industrial, con tubos de metal en el techo y las paredes de ladrillo blanco. El salón se hallaba separado por una gran mampara deslizante y, tras el sofá, enorme y en forma de ele, se abría un balcón que daba a una de las avenidas principales de la ciudad. Estaba decorado con pósteres de películas y series de ciencia ficción enmarcados: *2001, Dune, Star Wars*…, y a ambos lados del mueble de la televisión había dos estanterías repletas de

libros y discos. Recordó el meme aquel de «Si vas a su casa y tiene libros, fóllatelo». El resto de la vivienda eran dos puertas, tras las que dedujo que estaban el dormitorio y el cuarto de baño. Era un piso pequeño pero acogedor y bien estructurado.

—Me imaginaba tu casa diferente…

—¿Cómo?

—No sé, más…

—¿Vieja? —rio ella.

—No, no es eso.

—Desordenada…

La casa olía maravillosamente, a perfume o a algún tipo de incienso.

—No sé, diferente… Pero, vamos, que me gusta —se apresuró a decir.

Vio una urna de cristal enorme junto al balcón.

—¿Dónde está la iguana?

—Está suelta ahora mismo por la casa. Si la ves, no te asustes, que no hace nada.

—Dios, ese terrario es gigante.

—Es que aún es pequeña —dijo ella, divertida—, pero medirá un metro y medio cuando sea adulta. ¿Qué quieres tomar?

—Abre el vino si quieres —propuso Robles.

Se movió por el salón, mirando por el suelo en busca del reptil y ojeando los lomos de los libros.

Se sentaron en el sofá uno junto al otro y ella dispuso las dos copas sobre la mesa de cristal. Robles se había puesto una camisa color vino que prácticamente no había usado nunca y se había acicalado a conciencia. Incluso se había engominado el pelo hacia atrás. Aunque sabía que ese aspecto le destacaba las entradas, era consciente de que, a esas alturas de la vida, una mujer como aquella no iba a dejar de sentirse atraída por un hombre en función de los centímetros de piel sin pelo que tuviera su cabeza. Ambos parecían cómodos al percibir un evidente interés mutuo.

—Supongo que has venido a devolverme el dinero —dijo ella de pronto.

Robles estaba dando un trago a la copa y tosió. Ella soltó una carcajada que llenó toda la habitación. Solo cuando el sonido de la risa se detuvo, Robles fue consciente de que había un sutil hilo

musical de fondo, una melodía *smooth jazz* apenas perceptible.

—Estoy de coña, hombre. No te preocupes por eso, me da la sensación de que puedo confiar en ti. Pero, vamos, que, si quieres perder a un pibón como yo por unos míseros euros, tú sabrás…

—Precisamente, quería comentarte algo que tiene que ver con la confianza.

—Oh, oh —dijo ella, cambiando de posición—, esto se pone interesante…

—El tema es que estoy investigando un caso.

—Creía que lo habías dejado.

—Y lo había dejado, pero hace unas semanas me encargaron algo y, aunque estaba bastante perdido, he obtenido una información que me ha puesto detrás de algunas pistas.

A los diez minutos de exposición, la mujer alzó una mano.

—Espera, espera, esperaaa… —dijo, alargando la última vocal y entonando de forma cómica.

Se levantó y cogió un bolígrafo y una libreta. Comenzó a anotar fechas y nombres, y después se dispuso a establecer posibles relaciones. Se hizo la hora de la cena y pidieron sushi. Ella abrió otra botella de vino y continuaron hablando y bebiendo. Las miradas cómplices se sucedían y parecían acurrucarse, mientras la conversación fluía deslizándose sobre la seguridad de quien sabe que esa noche dormirá pegado al cuerpo del otro, un cuerpo que deseó en cuanto lo vio por primera vez. Hacía mucho tiempo que Robles no se sentía tan sereno, incluso feliz. Una cena y una charla agradable en la vivienda de una mujer atractiva, nada más y nada menos.

—Tal vez estén buscando a una trabajadora madura pero que ha sabido reciclarse —dijo Charo—. Alguien eficaz y con experiencia…

—No entiendo a qué te refieres… —dijo Robles.

—No sé, en esos sitios siempre están buscando personal nuevo. He pensado que, solo tal vez, podría infiltrarme en el desguace —dijo ella, con tono divertido pero confiado a la vez—. Ya sabes, acudir a una entrevista de trabajo y aprovechar para indagar un poco…, hacer alguna pregunta acerca de las cámaras de seguridad, del accidente…

—¿Qué dices? Ni de broma, eso puede ser peligroso…

—¿Tanto te importo? —dijo, echando para atrás el cuerpo.

Robles se quedó mirándola fijamente, se levantó y se sentó más cerca de ella, que de inmediato dejó la copa en la mesa y se lanzó a besarle. Le pareció que la mujer quizá se excedía en la fogosidad, pero en realidad no le desagradó el ímpetu. Charo comenzó a desabrocharle la camisa, después se detuvo, se puso de pie y le tomó del brazo. Caminaron juntos y siguieron besándose por el estrecho pasillo. La mujer encendió la luz del dormitorio y Robles soltó un grito. Sobre el edredón de la cama, extendida en diagonal, se encontraba la iguana con el cuello alzado, mirándolos con gesto desaprobador.

—Dracma —gritó ella.

Alzó el edredón desde un extremo haciendo que el reptil cayera sobre el suelo con un ruido seco.

—Le gusta el tacto del edredón —dijo Charo.

Robles se movió hacia el armario, observando el suelo, esperando que el animal apareciera por debajo de la cama, pero no lo hizo.

—Ven —dijo ella, tomándole del brazo y sentándole en la cama.

Él levantó los pies y los puso sobre el colchón, ya descubierto. Ella apagó la luz del techo y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

—Pero ¿se va a quedar debajo de la cama todo el rato? —preguntó Robles.

—Tú no te preocupes —dijo Charo, quitándose el jersey y dejando el torso desnudo al aire—, olvídate de ella.

Robles se tumbó sobre la cama y recibió los besos de la mujer por la boca y el cuello. De vez en cuando, le parecía escuchar unos débiles bufidos entremezclados con los gemidos.

19

Tras aparcar delante de la empresa de Pablo Vicente, tuvo que esperar varios minutos para poder salir del vehículo. Un trasiego de camiones, carretillas elevadoras y trabajadores se desbocaba en la entrada de la nave industrial, entorpeciendo el tráfico y despertando una riña de cláxones y gritos. La secretaria le dio paso y él accedió por unas escaleras metálicas hasta la planta donde estaban los despachos. Después, la mujer llamó a la puerta y avisó a Pablo Vicente de la visita.

—¿Se puede? —dijo Robles, empujando la puerta.

El empresario le esperaba en un espacio enorme, revestido de madera noble, con un gran escritorio lleno de pantallas. Al fondo había una mesa de reuniones con capacidad para, al menos, una docena de personas. En la pared, sobre la silla de cuero de aire presidencial, lucía un cuadro de tamaño excesivo en el que se veía a alguien joven montado en un caballo. En las estanterías había varios retratos de esa misma persona y fotos. En algunas aparecía Pablo Vicente junto a él. Sin duda, se trataba de Dani. El constructor tenía un aspecto mucho mejor que el que presentaba el día que le había hecho el encargo. Apartó los documentos que estaba estudiando y se separó las gafas por encima del tabique nasal, dejándolas caer a ambos lados del cuello.

—¿Cómo estás, hombre? Siéntate —dijo.

Se echó a un lado para que las pantallas no entorpecieran la visión durante la entrevista. A Robles le dio la sensación, por el tono, de que quizá no era el mejor momento para ese encuentro.

—Bien, gracias. ¿Tú cómo estás? —dijo Robles.

—Pues como siempre, liado con cien mil cosas —dijo el otro, forzando una sonrisa—, ¿querías verme?

—Sí, verás, estoy avanzando —dijo Robles afianzando el tono y recolocando la postura.

—Muy bien, dime.

—Verás, estoy tratando de indagar, pero es todo muy hermético en este mundo, ya sabes —dijo Robles.

Esperaba un gesto fático de complicidad que no se produjo, tras lo que sacó su libreta para leer las anotaciones.

—Las primeras conversaciones —siguió— me confirmaron que alguno de los trabajadores del desguace salió beneficiado con la pérdida… con el accidente, vaya, de tu hijo.

Pablo Vicente se limitaba a mirarle fijamente, con los hombros echados hacia delante, las manos cruzadas sobre la mesa y los labios apretados. Pensó que esa misma pose era la que su interlocutor mantenía cuando se enfrentaba a una propuesta de negocios.

—¿Por qué? —siguió Robles—. Esa siempre es la pregunta clave. El tema es que la causa laboral debemos descartarla, es demasiado leve: nadie mata por un puesto de trabajo que además no es nada del otro mundo. A no ser que ese trabajo abra las puertas a otro.

—Continúa —dijo Pablo Vicente.

—Comencé a abrir vías sobre un posible móvil por tráfico de drogas e indagué en los principales negocios de la zona. No fue nada fácil y me causó algún contratiempo, como puedes ver —Robles se señaló la débil rojez que aún le manchaba el pómulo—, pero finalmente di con quienes encargan esos trabajos y para quienes, seguramente, los hacía tu hijo.

—¿Quiénes eran?

—Es gente peligrosa, Pablo, de verdad que no…

—¿Quiénes?

—Los ucranianos del club Tiburón, pero estoy seguro de que ellos no fueron los responsables de su muerte. Tengo una fuente fiable dentro y me dio información suficiente para descartar esa opción.

—¿Entonces? —preguntó el hombre, recostándose en el enorme sillón. La almohadilla le quedaba al menos medio metro por encima de la cabeza.

—Es posible que tu hijo se viera involucrado en otro asunto de mayor peso, seguramente por sorpresa —dijo Robles—, y que algún otro, que también trabajaba para la misma gente, aspirara a ocupar el lugar de tu Dani. He estado siguiendo el rastro de varios de ellos

hasta quedarme con los que tienen más opciones. Y por ahí puede que haya algo…

—¿Compañeros del desguace?

—Sí. Y aquí entra un nuevo elemento en la ecuación: Gerardo Campillo. Voy a tener que investigar sus negocios; de hecho, ya estoy en ello. Pero hay que hacerlo a fondo y sin levantar sospechas para que no eliminen las posibles pruebas. Para ello requeriré…

Unos nudillos golpearon la puerta. Pablo Vicente blasfemó entre dientes. Robles también protestó por dentro, porque la interrupción había llegado cuando estaba a punto de solicitar un nuevo ingreso al constructor.

—¿Sí?

La cabeza de la secretaria asomó por la puerta entornada.

—Perdone, jefe, está aquí el del cemento. Dice que…

—¿Ahora viene? —gritó Pablo Vicente—. Dile que se vaya a la mierda.

—Está aquí a mi lado, jefe; le está oyendo…

—He quedado con él hace dos horas y media. ¡Dos putas horas y media! —gritó—. Tengo empantanadas dos áreas de trabajo por su retraso. Que vuelva en una hora, que ahora no puedo atenderle.

—Puedo darle un café…

—¡Si quiere un café que se vaya a la puta gasolinera del polígono!

Los gritos pasaban como balas al lado de las orejas de Robles, que tuvo que limpiarse en una ocasión los restos de saliva que le cayeron en la mejilla procedentes de los labios endemoniados del hombre.

—Sí, señor —dijo la mujer, y cerró la puerta.

—Sigue —le dijo Pablo Vicente, retomando la calma de manera asombrosa, como si el episodio que acababa de suceder nunca hubiera tenido lugar.

—Sí, lo que te decía…

—Ese Gerardo es un hijo de puta.

—Tiene toda la pinta, y esa es la información que me ha llegado, sí.

—Espera…

El hombre echó mano del manojo de llaves que colgaba de su cinturón y eligió una. Luego abrió un cajón que había junto a su

pierna izquierda, metió las manos dentro y manipuló algo. Sacó un sobre y lo puso sobre la mesa.

—Con esto tendrás suficiente. Sácale hasta las tripas si puedes.

Robles tomó el sobre color salmón. Era uno de los que se usan en las elecciones, llevaba impresa la palabra «Diputados». Al cerrarlo, miró de reojo dentro y acertó a ver varios billetes de cien y alguno de doscientos.

—Creo que con esto iré tirando —dijo.

—Escucha —dijo Pablo Vicente—, si no puedes dar con quien mató a mi Dani pero te puedes llevar por delante a Gerardo, también me vale.

—¿Tienes algo personal contra él?

—Directamente no, pero Gerardo lleva veinte años tocándole los huevos a media comarca, y de vez en cuando me ha salpicado su mierda.

—Entiendo.

—¿Algo más?

—No, no. Te dejo con tus cosas. —Robles se levantó y se guardó el sobre en el bolsillo trasero del pantalón.

—Gracias, y ten cuidado.

—Lo tendré. Gracias a ti.

Era la segunda vez que le decían que tuviera cuidado en menos de una semana. Contando con la talla de los delincuentes y las dimensiones de los negocios que estaba persiguiendo, pensó que tal vez no era una recomendación hecha a la ligera, sino con conocimiento de causa o fundamento. Fuera había un tipo en los asientos del pasillo, con un chaleco y unos pantalones de cuadros. «Menuda pinta de payaso», pensó Robles. Al saludarle, echó un vistazo a la pantalla del tipo y vio que estaba jugando a uno de esos juegos tipo *Tetris*. Atravesó la calzada esquivando grúas y polvo hasta llegar al coche. Abrió el sobre con calma y contó los billetes. Iba por mil ochocientos cuando sintió la mirada de un obrero a través de la ventanilla. Cerró el sobre, lo echó a la guantera y arrancó.

Lo primero que deseaba era encontrarse con Charo para devolverle el dinero prestado, saldar la deuda, estar en paz consigo mismo y, tal vez, poder comenzar algo desde cero. La tarde anterior, desde el pasillo, la había estado observado frente al espejo. A pesar de su

edad, la piel de la mujer todavía permanecía suave y conservaba una belleza natural que, incluso con sus estrías y su celulitis contenida, se resistía a envejecer. El contorno de Charo distaba de ser perfecto, pero para él eso era algo absolutamente secundario. La había visto pintarse el contorno de sus verdes ojos bajo la luz intensa del baño y cepillarse el pelo mientras tarareaba una canción que él no había acertado a identificar. Robles había sido consciente, esa precisa mañana, de que aquella persona estaba comenzando a ocupar un espacio en su vida, un lugar que llevaba demasiado tiempo siendo un foso vacío y profundo. La mujer se había vestido, girando varias veces, de un lado a otro ante el espejo, con la gracia de los bailes ancestrales. Entonces, ella había mirado al reflejo, en dirección al pasillo, y sus ojos se habían encontrado. Le pareció que aquella sonrisa brillaba con una sencillez y seguridad únicas.

—Sé que me estabas mirando todo el rato —le había dicho ella, con los labios brillantes de carmín.

—Me lo imaginaba —había respondido él—, ¿qué canción era esa?

—Ven, que te la canto —había respondido ella, a través del cristal.

20

Charo le abrió la puerta. Él le dio un beso en la boca y se sentó a la mesa de la cocina.

—¿Qué tal? —preguntó Robles.

—Bien, tengo una sorpresa para ti —dijo ella.

—A ver, sorpréndeme —dijo él, divertido.

—Miré en la web del desguace y buscaban una administrativa con experiencia.

—¿De verdad has ido?

—Ahora verás —dijo ella, dando un trago a un botellín de cerveza y señalando con la cabeza el teléfono móvil que había sobre la mesa.

—Estás fatal, no tendrías que haberlo hecho —dijo él, confuso.

Charo soltó una carcajada y manipuló la pantalla hasta que los segundos de una grabación comenzaron a correr. Al principio se oyó un ruido de muebles y algunas palabras sueltas; de pronto, las voces adquirieron cuerpo.

—Así que vienes por la vacante en Administración.

—Sí, así es.

—Muy bien. El caso es que me han pasado tu currículum, pero no sé dónde lo he dejado. Bueno, preséntate.

Robles miró a Charo y negó con la cabeza. La voz de Gerardo era ronca, le pareció desagradable y que transmitía superioridad y exceso de confianza.

—Pues… mi nombre es María Rosario, tengo cuarenta y nueve años, y he trabajado previamente en otros puestos administrativos de varias empresas.

Charo se levantó y abrió el frigorífico, sacó una cerveza y chistó a Robles para que la mirara. Elevó la bebida y el detective asintió. El hombre volvió a fijarse en los segundos que corrían en la pantalla del teléfono, como si estuviera contemplando un vídeo.

—¿Por ejemplo? —decía Gerardo en la grabación.

—Thadissa y Matienza han sido las últimas.

—Así que tienes experiencia en los sectores de la electricidad. ¿Y cuáles son tus habilidades para desempeñar este trabajo?

—Soy experta en manejo de bases de datos, organización de documentos y tareas administrativas en general.

—¿Podrías decirme algo que te diferencie de las demás candidatas? —siguió Gerardo.

—Soy muy eficiente en mi trabajo y siempre estoy dispuesta a aprender cosas nuevas.

A Robles le sorprendió la seguridad con la que la mujer se defendía. La entrevista se prolongó durante varios minutos. Hablaron sobre aspectos concretos del ámbito laboral, todo dentro de lo esperado. Charo y Robles se miraban de vez en cuando.

—María Rosario… —dijo Gerardo de pronto, adoptando un tono más íntimo—, tengo que ser sincero contigo: el ambiente de trabajo aquí puede ser un poco estresante a veces, se trabaja con un volumen enorme de facturas y de documentación de vehículos. ¿Crees que podrías manejarlo?

—Claro —dijo ella con firmeza—, estoy acostumbrada a trabajar bajo presión.

—Genial, me alegra escuchar eso.

La entrevista transcurrió con normalidad, Charo fue capaz de dirigir la conversación con preguntas sobre el sueldo y las vacaciones. Los dos escuchaban las voces en silencio hasta que, en un momento dado, le dijo «Ahora, ahora» y señaló con el culo del botellín hacia el aparato.

—Muy bien, María Rosario, pues tendremos en cuenta tu candidatura. No sé si hay algo más que necesites saber sobre el puesto…

—Bueno, sí. Tengo una pregunta, aunque no es sobre el trabajo, en realidad…

—Dime.

—Es acerca del accidente que hubo hace un tiempo, en el que falleció un trabajador…

Se hizo un silencio inquietante, hasta que la voz de Gerardo se alzó con tono serio.

—Sí, fue una tragedia. Pero eso ya se ha investigado y se ha

resuelto, ¿qué quieres saber?

—Pues resulta que viví una experiencia algo traumática en otra empresa con el accidente de un trabajador, tuve que declarar y presentar mucha documentación… fue bastante duro. Me gustaría asegurarme de que en este caso ya está todo claro.

El tono del hombre transmitía un deje de desconfianza.

—Si entraras ahora a trabajar aquí, ¿por qué te iban a preguntar a ti sobre algo que ya ha pasado?

—No lo sé —dijo ella suavizando la voz—, seguí el caso en los medios y escuché por ahí que estaban interrogando a los trabajadores y que las cámaras de seguridad no habían grabado el accidente. Solo quiero confirmar que voy a trabajar en un entorno seguro… O tal vez usted necesite darme indicaciones de lo que tengo que responder.

—Llegado el caso, yo te daré lo que necesites. Pero de momento no tienes que preocuparte por nada.

Era evidente que Charo estaba empezando a divertirse con la conversación y que estaba logrando llevar a Gerardo al lugar donde quería.

—A ver, no quiero que me malinterprete —dijo ella—, pero si usted necesitara, hipotéticamente, que se modificaran fechas, cargos o información relevante en alguna factura o en documentos… —hizo una pausa—, bueno…, solo quiero que sepa que también tengo experiencia en eso. No toda mi experiencia laboral aparece reflejada en el currículum.

—Bien, todos los conocimientos pueden ser valiosos en ciertos contextos.

—Soy consciente de que a veces pueden aparecer desafíos particulares… —siguió ella.

—Sí, a veces hay que actuar de manera estratégica para mantener ciertas operaciones en marcha.

—Pero ¿de verdad las cámaras estaban averiadas?

Se hizo un silencio prolongado.

—María Rosario, tenemos más de treinta cámaras de seguridad en todo el perímetro. Son aparatos muy delicados y su reparación es muy cara. Están a la intemperie, ya sabes: altas temperaturas, lluvias… Con frecuencia tienen problemas técnicos.

—Entiendo, pero supongo que se tomaron medidas y que las

cámaras están ya operativas en todo momento.

—Veo que la seguridad es un aspecto muy importante para ti…

—¿Es un problema?

La conversación fluctuaba en un espacio difuso entre la búsqueda de confianza y el coqueteo. Robles comenzaba a sentir cierta incomodidad. Imaginaba a Charo mirando a Gerardo de alguna manera determinada para ganar terreno.

—No, no, en absoluto. Me gusta que mis empleados se preocupen por el funcionamiento de la empresa, que la hagan suya. Sí, por supuesto —dijo el hombre—, en cuanto nos damos cuenta de que hay problemas técnicos, todo se repara. Al momento.

—Vale, me gusta desempeñar mi trabajo de la manera más responsable posible.

—Estoy seguro de ello…

Se oyó un ruido de sillas al rozar contra el suelo.

—Gracias por su atención, señor Campillo.

—Llámame Gerardo, por favor —dijo él—. Te mantendremos informada sobre los próximos pasos.

—De acuerdo. Adiós.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Charo detuvo la reproducción y se quedó mirando a Robles mientras daba un trago a la cerveza.

—¿Qué?

—Te dije que no fueras —dijo él.

—Bueno, pero no ha pasado nada —dijo ella—, y yo creo que ha reconocido que se manipularon las imágenes de las cámaras.

—No específicamente, pero parece que lo insinúa, sí. Esto me podría servir, al menos, para justificar los gastos de Pablo Vicente.

—Pero no sabes lo mejor —dijo ella.

—¿Qué?

—Que hace media hora me han llamado y me han ofrecido el puesto.

—¿En serio? ¿Y qué has dicho?

—Pues… empiezo el jueves.

—No me jodas.

Charo empezó a reírse, se levantó y se sentó a horcajadas sobre el hombre.

—Qué va, han llamado a mi compañera Lucía.

—¿Cómo?

—Claro, puse su teléfono en el currículum. Ella les ha seguido el rollo hasta que al final les ha dicho que se lo ha pensado mejor y que no le interesa el trabajo.

El hombre recibió los labios y la abrazó por la cintura.

—¿Tú crees que voy a dejar mi flamante puesto de trabajo en la tienda de videojuegos para currar para ese mafioso salidorro? —Echó la cara hacia atrás y sonrió—. ¿Te has puesto celoso?

—¿Yo? —dijo él tratando de disimular.

—Sí, tú —dijo ella, dándole un beso largo y mordiéndole el labio.

—Pues un poco, la verdad —reconoció—, no tenías que haber…

La silla crujió y los dos se pusieron de pie sobresaltados, torpemente. Tropezando, soltaron una carcajada que se fundió en el aire y terminaron chocando contra la pared de la cocina. No se cayeron al suelo de milagro.

Madrugada del sábado 17 al
domingo 18 de noviembre de 2014
La rave *del desierto*

Pasadas las diez de la noche, Berta atravesaba el desierto de Mahoya agarrada con fuerza a la cintura de Charlie. La visera del casco integral estaba totalmente desgastada y no cerraba bien. Apenas distinguía los montes pelados de los flancos ni, por encima del hombro de su novio, el camino de tierra iluminado por el faro de la moto. La música llegaba a lo lejos y retumbaba contra los barrancos de arcilla repitiendo un eco infinito. El chico trataba de ir lento, pero al pasar por los baches la moto daba pequeños saltos. Los demás habían salido en coche al mismo tiempo y en la autovía los habían adelantado, por lo que con total seguridad ya habrían llegado y estarían bebiendo en la zona del aparcamiento. La moto se fue acercando al lugar donde se celebraba la fiesta clandestina cuando Berta vio el espectacular escenario. En mitad de la planicie, rodeada de montes hendidos por las cárcavas, un carrusel de luces cambiaba de color y giraba señalando hacia el cielo. En la distancia le pareció el decorado de una película de ciencia ficción. Ya más de cerca, se apreciaba, en primer plano, un aparcamiento con decenas de coches en batería. La moto se introdujo en mitad de aquel entorno oscuro y Berta percibió cómo los bajos de la música electrónica se apoderaban de sus músculos a través de la estructura de la moto, que vibraba entre sus piernas, cada vez con mayor fuerza. Miró hacia el escenario y descubrió, detrás de los focos, un edificio enorme de cemento, con forma de cubo. En la parte superior, el *disc jockey* se alzaba como una criatura celestial. Diversas carpas rodeaban la zona de baile y los rayos de luz proyectados por los cañones acompañaban la dinámica de la música. Buscaron el Hyundai Coupé amarillo de Kike. A Berta le pareció que Charlie gritaba algo, pero no le entendió. En cada coche un nutrido grupo de jóvenes se reunía en torno al maletero,

bailando, fumando y riendo, con copas en la mano. Por fin, ella reconoció a Susana y alzó el brazo señalando a Charlie la dirección. Viró el manillar, aparcó al lado de sus amigos y ató la moto con un candado a un poste metálico. Berta se bajó y se quitó el casco. Tenía los labios cubiertos de la arena que se le había ido metiendo por la visera durante el trayecto. Echó un vistazo alrededor y descubrió que la mayoría de las personas que los rodeaban les duplicaban la edad.

—¿Cómo vamos? —preguntó Charlie.

—Pues aquí, ya liados —dijo Jonás.

Susana se acercó a ellos y le dio un abrazo a Berta. Los labios rojos de su amiga brillaban por el reflejo de los focos. Ella no se los había pintado finalmente, pues creía que los suyos eran demasiado finos como para darles protagonismo.

—Qué fiestón, ¿eh? —dijo Susana, bailando.

—Ya ves —dijo Berta.

—Tía —dijo Susana—, no se te ve muy entusiasmada.

—No, sí, sí. Es que tengo que acostumbrarme a la música. Está superfuerte —dijo Berta, metiéndose un dedo en la oreja.

—Está superguapa —dijo Susana.

Hablaban a gritos. Charlie llegó a su lado y le dio un vaso de tubo con vodka y naranja. No le apetecía beber en ese momento, pero lo cogió y, por inercia, le dio un trago. La mezcla estaba perfecta, un poco dulce, como le gustaba a ella. Sintió que el líquido le calmaba la garganta reseca por el polvo del camino. Dio otro trago más, este aún más largo.

—Al final he pillado algo de *speed* con el Jonás —dijo Charlie—, ¿tú quieres?

—No, yo no —dijo Berta—, de momento.

—Yo ya me he metido un rayajo —dijo Susana—. Da un subidón que flipas.

—Ya, si ya lo sé —dijo Berta—. A lo mejor luego…

Charlie no dijo nada, se metió en el Hyundai por la puerta del copiloto y Kike lo hizo por la otra. Berta vio las cabezas de los muchachos a través de los asientos traseros. Charlie no era así, pero se transformaba. Tenía que sobrevivir, como hacía ella; necesitaba formar parte del grupo, no quedarse atrás, no ceder ni un solo paso de los que había logrado ascender en aquel mundo absurdo de

apariencias y desfase. Como hacían todos. La ley de la jungla. No se lo podía echar en cara a su novio, ¿acaso no se encontraba también ella en aquel sitio en el que no estaba segura de que le apeteciera estar?

—Vamos a ir a la pista después, ¿eh? —le dijo Susana—, Jonás quiere buscar a su hermano.

En torno al aparcamiento había una verja de alambre que habían cortado. Estaban en una zona restringida. En el suelo vio un cartel, sobre un portón derribado, en el que se leía «Rehabilitación integral del depósito de agua». Aparecían varias cantidades económicas y una fecha ya pasada como límite para finalizar las obras. Otro de tantos proyectos abandonados por la Administración. Berta dirigió la vista hacia la marabunta de personas que se agolpaba delante de la enorme infraestructura descuidada. Sus ojos solo distinguían siluetas recortadas por la luz, danzando al ritmo de la música en una sucesión de movimientos frenéticos.

—¿Y cómo lo va a encontrar? —dijo Berta.

—Porque está con los DJ, tienen una zona privada aparte —dijo Susana.

El sonido de la música y los gritos ajenos distorsionaban las conversaciones. Charlie y Kike salieron del coche y se dirigieron hacia ellas.

—Hombre, ¿qué pasa, listilla? —le dijo Kike—. ¿Te gusta la fiesta o este no es tu rollo?

—¿Por qué no va a ser mi rollo? —dijo Berta, terminándose la copa de un trago.

—Yo qué sé —dijo Kike.

—Pues si no sabes, no hables —dijo ella.

El otro le echó una sonrisa incendiaria y se puso a bailar. La música acababa de pasar a un estilo más duro.

En la casa de la abuela de Jonás, durante la cena, Berta y Kike habían tenido un nuevo enganchón. Los dos querían imponer su preferencia a la hora de poner canciones y él se había negado a ceder, asegurando que Jonás le había reconocido que las dos parejas tenían que hacer siempre lo que Berta dijera porque, si no, se mosqueaba. Ella le acusó de tener fama de parásito, de que siempre se escaqueaba a la hora de pagar, como había sucedido con la compra del supermercado. La tensión se percibía en el ambiente

con tanta claridad como el aroma de la pizza precocinada. Estaba claro que ninguno se encontraba cómodo en presencia del otro.

—Vale, vente, Berta —intercedió Charlie, y se la llevó cerca del coche para servirse otra copa. Una vez separados, añadió—: Oye, creo que no nos conviene ponernos en contra de él.

—¿Ponernos? Si solamente se mete conmigo —dijo Berta—, ni con Susana ni con vosotros.

De vez en cuando, llegaban ráfagas de aire que transportaba pequeñas partículas de arena y todos agachaban la cara para impedir que los granos se les metieran en los ojos.

—Joder con la arena —dijo Charlie—. Bueno, no le hagas caso, tú no le sigas el rollo y ya está.

—No, tío, a mí no me calla ese puto quinqui —dijo Berta, dando un trago al nuevo cubata.

Volvieron con el grupo y estuvieron bailando y charlando sin contratiempos. En mitad de una secuencia que se repetía en bucle, una voz anunció el cambio de *disc jockey* y la multitud entonó una ovación. Sin alcanzar un punto seguido, el nuevo artista fue introduciendo, sobre la melodía anterior, elementos cada vez más disonantes y veloces. Berta se iba sintiendo cada vez más cómoda. Bastaba con dejarse llevar, soltar el cuerpo. Se echó una copa nueva.

De pronto, una segunda música comenzó a sonar, mezclándose con la principal de la fiesta. Procedía de uno de los coches próximos a ellos. Media docena de chicos, todos vestidos con chándal y zapatillas deportivas, saltaban y gritaban siguiendo el patrón musical, especialmente sucio y estridente. En el maletero, decorado con neón violeta, reposaban dos altavoces enormes incorporados a la propia carrocería. Otro chaval, ajeno al grupo, se acercó a ellos.

—Yo creo que le está diciendo que lo quite —le gritó Susana al oído.

—Claro, es que, si no, se mezcla todo y menuda locura —dijo Berta.

Uno de los jóvenes del coche de neón violeta, ancho como una puerta, vestía unos atuendos fluorescentes y extravagantes. Empujó al que se había acercado y, cuando este le devolvió el gesto, sin mediar palabra, el grandullón soltó un puñetazo en la cara al otro y le tiró al suelo. Los amigos del agredido acudieron al lugar y

comenzó una trifulca.

—Es el momento de irnos a la pista —dijo Charlie.

El grupo cogió la bolsa con bebida y los hielos y se fue. Bordearon la masa de personas de la zona de baile. Desde la distancia, Berta vio que la pelea continuaba. Los organizadores habían montado unas barras donde servían bebida. El núcleo de la masa danzante se vio envuelto por una nube de humo que cambiaba de color, atravesada por los rayos láser. Se cruzaron con varios rostros que ya estaban fuera de sí, pero el ambiente, obviando el capítulo de la pelea del aparcamiento, parecía bastante pacífico. La música sonaba bien allí, debajo de la cabina, con mayor nitidez que desde el coche. Berta alzó la vista y la clavó en el DJ, elevado a más de tres metros, sobre la cubierta del depósito de agua. Sin duda, toda aquella parafernalia requería de una gran inversión.

—¿Y cómo recuperan el dinero que se gastan? —le preguntó Berta a Charlie.

—Pues con el alcohol que vendan y, sobre todo, con lo que muevan de droga, supongo —dijo su novio con total naturalidad.

Se rellenaron las copas y fumaron un par de porros. Berta le dio una calada a uno solo por cumplir.

—He visto a mi hermano —dijo Jonás, metiéndose entre un bosque de cuerpos.

Susana cogió de la mano a Berta y siguieron a los chicos. Al atravesar la masa, el ambiente se cargaba de sudor y olor a marihuana, que iba y venía de forma constante. Berta buscó con la mirada a Kike, pero no lo vio cerca, lo que la alivió y le aportó comodidad y confianza.

Llegaron a una zona al lado de los cuartos de baño portátiles y les presentaron a los amigos del hermano de Jonás. Charlie y ella le conocían de vista por haber coincidido en algunas fiestas de los pueblos. De pronto, fueron conscientes de que una de las botellas de vodka había desaparecido. Berta estaba segura de que Kike se la habría llevado y se la estaría tomando con su pandilla.

—Os damos de lo nuestro a cambio de hielo —dijo el hermano de Jonás.

Les sirvieron la bebida directamente de una garrafa de cinco litros. Decían que era whisky, Sprite y Red Bull. Berta probó la mezcla y le pareció que tenía un sabor muy agradable. Los nuevos

chicos, aunque mayores, los trataban con respeto y le parecieron simpáticos. También había dos chicas rubias, vestidas con vaqueros ajustados y chaquetas de cuero blancas, que no paraban de hablar entre ellas, un poco apartadas.

—¿Veis? Ya os dije que era buena idea comprar más hielo —dijo Jonás.

—Eso lo dijo Kike —se quejó Charlie.

—Lo dije yo —replicó el otro.

—Anda ya, flipao —dijo Charlie.

Jonás, envalentonado por la presencia de su hermano, acercó el rostro al de su amigo.

—Oye, ¿sabes que estoy ya hasta los cojones de que me llames flipao? —le dijo con agresividad.

—Pero si es que no lo dijiste tú… —dijo Charlie, en tono conciliador.

Jonás pegó un empujón a su amigo y su cuerpo fue a chocar contra el de Berta. El contenido del cubata se le cayó encima y se empapó la camiseta y la chaqueta del chándal. El hermano de Jonás y otro de los mayores ayudaron a restablecer la paz. A los pocos minutos, los dos amigos estaban hablando entre risas y bailando de nuevo. Nuevas corrientes de aire creaban incómodas nubes de polvo, que flotaba y era visible a través de los láseres. Berta se sentía bastante bien, las piernas se le movían al ritmo de los bajos de manera autónoma y una sensación de bienestar comenzaba a invadirle el cuerpo.

—¿Estás a gusto o qué? —le preguntó Susana.

—Sí, tía —dijo Berta—, la verdad es que hay muy buen ambiente.

Las palabras le brotaban con facilidad de la boca.

—El que pincha ahora es DJFreddy, es un máquina —dijo Jonás —. Ha pinchado en Ibiza y todo…

En un momento determinado, Berta abrió los brazos y comenzó a girar en círculos. Miró al cielo estrellado y le pareció hermoso. Se movía dejándose llevar por los tempos variables de la música. Una sensación de libertad la inundaba. Se sirvió otra copa. Se sentía importante en aquel entorno, especial. Estar allí subrayaba su rebeldía ante un mundo que trataba de imponerle limitaciones por todo.

—Voy aquí atrás con el hermano de Jonás, ahora vengo, ¿vale? —dijo Charlie.

Le dijo que sí con la cabeza, con los ojos entornados y una sonrisa. Susana fue a uno de los baños portátiles. Berta se quedó a solas con Jonás, en mitad de la multitud.

—Berta, una cosita —le dijo Jonás—. ¿Tú le has comentado algo a Susana sobre mí?

Se fijó en los ojos brillantes del novio de su amiga, en aquella sonrisa solo a medias.

—¿Cómo? —dijo ella—. Sobre ti, ¿en qué sentido?

—Tú piensas que eres mejor que nosotros, ¿verdad? —dijo el otro acercándose a su oreja.

De pronto el equilibrio que había alcanzado se desvaneció, como si se hubiera roto en mil pedazos afilados.

—Pero ¿qué dices, tío? —se defendió ella—. No me rayes.

—A ver —dijo el otro—, sabemos que tu padre gana pasta y tu madre también, ¿eh?, que va siempre con esos modelitos de pija. Pero eso no significa que tú valgas más que nosotros.

De pronto apareció Charlie. Al ver el gesto apurado de Berta, intercedió.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Jonás—, que tienes que decirle a tu novia que no se meta en la vida de los demás. —Y dirigiéndose a Berta añadió—: Llevamos ya cuatro años y nadie nos va a separar. ¿Lo entiendes? Nadie más va a estar con ella.

—Bueno —dijo Berta—, ella no es de tu propiedad.

—Berta —dijo Charlie, cogiéndola del brazo—. Tía, déjalo.

—No, no —dijo Jonás—. Déjala que hable todo lo que quiera, pero que no se acerque más a Susana.

—Ella se merece algo mejor que tú —dijo Berta.

La música se había vuelto más dura. El *disc jockey* fue pasando paulatinamente al *hardcore*. Una voz distorsionada y diabólica repetía oraciones en un idioma extraño de forma incesante. Berta comenzó a sentirse rara, como si no fuera capaz de dominar lo que quería expresar. Estaba acostumbrada a fumar hachís y a beber alcohol, pero supo de pronto que aquel efecto provenía de otro lugar.

—¿Qué mierda lleva esto? —preguntó.

—¿Cómo que qué lleva? —dijo Jonás.

—Nada, que yo sepa —dijo Charlie.

—¿Quién os lo ha dado? —preguntó Berta.

—Los amigos de mi hermano —dijo Jonás.

—No te rayes, Berta —dijo Charlie.

—Es que con el Red Bull pillas una mierda que flipas —dijo Jonás.

Miró el móvil. Eran las tres y media de la mañana. Berta buscó con la mirada a Susana. Hacía tiempo que no la veía por su entorno. Se separó de los dos chicos y se fue hacia los baños portátiles en busca de su amiga. Pasó al lado de una carpa blanca delimitada con una cinta negra y amarilla. Miró en el interior. El espacio estaba iluminado con guirnaldas de colores. Dos sofás enormes y una mesa de fumador completaban el mobiliario. Vio cómo uno de los chicos mayores vertía el polvo de una bolsita en la garrafa y la agitaba con fuerza. Sin duda aquello era lo que estaba provocando esos efectos en su cuerpo. Necesitaba informar a Charlie, los estaban drogando a todos y no sabía con qué. Una de las chicas rubias, que apenas se habían relacionado con los demás, se le puso justo delante. Pese a la sonrisa de idiota y los ojos desbocados, le pareció guapísima.

—¿Qué pasa, tía? —le dijo—. Oye, tú eras la que curraba en la heladería con el Néstor, ¿no o qué?

—¿Yo? —dijo ella—. No sé qué dices… Perdona, es que estoy buscando a mis amigos.

—Ya, sí, sí. Tú hazte la tonta. Pues, ándate con ojito con la Gema, porque le han llegado cositas —dijo la otra, dibujando círculos invisibles en el aire con un dedo— y la Gema no se anda con mierdas…

El recuerdo de Néstor la devolvió a la realidad. A su realidad, a la del embarazo, a la de la jaula emocional que era su día a día lejos de aquel desierto onírico.

—¿Ha venido? —preguntó.

—No, no ha venido ninguno de los dos —dijo la otra.

Se acercó la otra rubia, que se había pintado los ojos exactamente del mismo modo que su amiga. Llevaba unas gafas de sol y tenía la nariz torcida.

—¿Has bebido de esto? —dijo, riéndose y levantando su vaso—; lleva cuidado, que pega una hostia…

Las dos rubias explotaron en una carcajada, sin dejar de mover los hombros siguiendo los latigazos de la música.

—Pero ¿qué lleva?

—Polvo de ángel —dijo una.

—O MDMA, no lo sabemos —dijo la otra.

—A lo mejor las dos cosas —se rieron ambas.

A Berta le pareció atravesar una puerta imaginaria y entrar a una dimensión desconocida. Todo había quedado envuelto en una capa de irrealidad. La gente extraña la aterraba. Estaba sola. Sola en el mundo. Entró en un baño que vio abierto y se metió los dedos en la garganta. Comenzó a vomitar. Del entorno emanaba un hedor mezcla de orina, heces y amoniaco. El cubículo era un medio espeso e irrespirable. Salió a buscar al grupo, pero no vio a nadie. Desorientada, se introdujo entre la gente. Un caos de extremidades se movía al son de ritmos frenéticos que se retorcían. Los rostros desaparecían por los juegos de iluminación y aparecían de nuevo, coloreados y grotescos. Se cruzó con algunos que bailaban con movimientos estrambóticos y llevaban máscaras rojas, como de diablos. Se desplazó entre empujones, huyendo hasta la zona de los aparcamientos, pero tampoco allí dio con Charlie. Alguien la cogió por la espalda. Se volvió como un pelele, incapaz ya de controlar su cuerpo. Era Susana, que llevaba un porro en la boca y un litro de cerveza en la mano. Alrededor de ellas, la gente danzaba en trance. Sin duda, era el momento más intenso de la noche.

—Tía —dijo Susana—, ¡cómo mola la fiesta!, ¿no?

—¿Tú has bebido mucho de eso? —le preguntó.

—No, yo no. Me he pasado a la birra —respondió Susana—, es que no me gusta nada el Red Bull, me sabe a medicina, ¿y tú? Tía, tienes muy mala cara.

Suspiró y se puso en cuclillas. Su amiga la tomó por un brazo y la elevó.

—Oye, oye… —le dijo.

—Estoy… —confesó—, estoy bastante rara.

Se encontró en un punto de no retorno. La realidad y la angustia se fundieron. No iba a tener al bebé, así que le daba igual lo que le pasara. Le cogió el porro a Susana y fumó. Miró el rostro de su amiga y, por un instante, creyó que se encontraba delante de un espejo. Susana era el reflejo de lo que ella nunca querría ser.

Hombres que les doblaban la edad se acercaban a bailar con ellas y las manoseaban cogiéndolas por la cintura, por las piernas y por el culo. Eran gacelas en mitad de la selva, pero allí no había espacio para correr ni lugar para esconderse.

—Tienes que dejar a ese tío —soltó Berta.

—¿Cómo?

—Tienes que dejar a Jonás, tía —repitió, fumando—. De verdad, tiene cara de diablo.

—¿Qué eres tú ahora, una bruja gitana? —dijo Susana con tono de burla—. A mí me gusta. Me gusta que me proteja y que me saque de fiesta. Si a ti no te va este mundo, tú sabrás. Preocúpate de lo tuyo, que bastante tienes…

—¿Lo mío? —dijo Berta, desafiante—. ¡Tú qué sabrás!

Susana se rio con malicia y le quitó el porro a su amiga de la mano.

—La otra noche fui a cogerte el mechero del bolso, cuando estábamos en la casa de la abuela de Jonás —dijo fumando—. Y vi el predictor…

—¿Qué dices? —dijo Berta.

—Sí, sí. Lo vi, y tenía las dos rayas. Es del Charlie o… —dijo la otra.

—Pero ¿de qué vas, tía? —gritó Berta, fuera de sí—. No te inventes rollos…

—Está corriendo el rumor de que tuviste un lío este verano… —dijo la otra, con aire vengativo—, y no me contaste nada. Vaya amiga… Pues lleva cuidado, porque dicen que la mujer del tío con el que te has enrollado le pilló una caja de condones, pero que ellos no los usan. ¿Tú los usaste?

—Susana, por favor —dijo Berta, y su tono sonó desesperado—, por favor, no puedes decir nada, de verdad. Voy a abortar, se lo voy a contar a mi madre y voy a abortar…

—Ya, la niña pija que viste de chándal. Te lo va a solucionar mamá, ¿eh? Mira, tía, deja de meterte en mi vida —gritó Susana, acercándole tanto la boca a los labios que casi los rozó—. A mí mis padres no me van a pagar los estudios como a ti, ni voy a montar ningún negocio contigo, ni voy a dejar a mi Jonás. Así que quítate esas ideas de mierda de la cabeza.

El grupo de amigos apareció de repente y se acercó a ellas.

Gritaban y se reían, bailando, ajenos a la conversación y al desagradable episodio que Berta atravesaba. Susana se agitaba sin parar uno de los orificios de la nariz con la mano. En mitad de la multitud, los claroscuros parpadeantes y el aire cargado de arena, Berta sintió una punzada al descubrir, entre las sombras, un objeto que le resultó familiar. Tuvo que aguzar la visión para enfocar el colgante de bolas que rebotaba bajo el abrigo blanco de Kike. El chico acababa de aparecer, sudoroso, y estaba saludando al hermano de Jonás. De repente, las ideas se unieron en su cabeza con la inmediatez de un juego de imanes: Kike formaba parte del turbio recuerdo que conservaba de la *rave* anterior, cuando vio a aquella chica inconsciente semidesnuda en el coche. Berta siguió entregada a la fiesta, tratando de disimular la conmoción, y se volvió de espaldas a la amenaza recién identificada. Unas risas volaron distorsionadas tras ella y, al volverse, vio a Kike mirándola y señalándola mientras hablaba al oído de alguien. El caos bullía y la revelación le parecía cada vez más clara. ¿Con quién hablaba Kike? Recorrió las facciones de los otros chicos y pensó que, con seguridad, ellos también habían estado en la *rave* de la playa. La sirena girando volvió a su mente y sintió sobre su cabeza una amenaza tan incierta como real.

La música insistía en su cadencia distorsionada y grave, intercalando plegarias en idiomas ininteligibles. A Berta le pareció que aquel espacio era lo más parecido al infierno. El rostro de Susana había variado por completo. Aunque no hubiera bebido de aquella mezcla de la garrafa, sin duda iba de *speed* o cocaína hasta arriba. Berta miró a su alrededor. Todos iban drogados, aquello era una legión de zombis.

—De verdad —le dijo a Susana—, por favor, no se lo digas a nadie.

—Bueno, ya veremos —respondió ella, se dio la vuelta y se puso a bailar con un desconocido.

Berta miró alrededor y no detectó otras personas de su edad, aparte de las dos parejas. El pánico comenzó a apoderarse de ella. Se acercó a Charlie y le cogió del brazo. Le separó del tumulto y le habló:

—Tío, me he colocado muchísimo. Yo necesito irme de aquí.

—¿Ahora? —el chico se rio—. Pero ¿tú sabes cómo voy yo?

Berta se fijó en que los músculos de la cara de su novio estaban totalmente tensionados, los dientes le castañeaban y era incapaz de dominar el cuerpo, que daba saltos sin parar.

—¿Nos podemos ir, por favor? —le insistió—. Charlie, son más de las cuatro, nos podemos ir a otro sitio o yo qué sé…

—Pero, es que… —Charlie resopló—, Berta, tía, así no nos podemos ir a casa.

La muchacha rompió a llorar.

—Pues nos vamos a otro sitio —dijo—. Donde sea, pero, tío… que si sigo aquí me va a dar algo, de verdad. Vámonos…

Ella estiró las manos y el chico se las miró. Temblaban. Charlie plegó las piernas y se quedó en cuclillas unos segundos. Berta se empezaba a preocupar cuando, de pronto, él se puso de pie y le cogió la mano.

—Venga, estoy bien —le dijo de pronto—, nos vamos.

Tiró de ella y se alejaron del bullicio sin despedirse de nadie. Bordearon la pista de baile y, cuando iban a llegar a la zona del aparcamiento, alguien los llamó. Era Kike.

—Vámonos, tío —dijo Berta, tirando del brazo de Charlie.

—¿Qué pasa? ¿Es que os piráis ya? —dijo Kike.

—Sí, tío. Estamos cansados, demasiada fiesta —dijo Charlie.

Berta permanecía callada, sin poder separar la mirada del colgante de Kike.

—Puf —dijo el otro—, pues con el colocón que llevas yo no te recomiendo que vayas por la carretera principal… Mejor métete por los senderos cuando llegues al cruce de La Matanza.

Después, Kike se dirigió a Berta:

—Te has cansado ya de la fiesta, ¿eh?

Ella no le miró a la cara y tiró del brazo de Charlie.

—Vámonos ya, por favor.

—¿Te gusta mi colgante o qué? —dijo Kike—, es que no dejas de mirarlo…

—Oye, tío —dijo Charlie—, déjala ya en paz, ¿vale?

—¿Y si no qué?

—No quiero problemas, Kike, córtate ya.

El otro se quedó en silencio, mirándolos a los dos alternativamente, y después escupió en el suelo.

—Solo venía a despedirme de vosotros, soy un tipo educado. No

como otros…

Kike dio un trago a su bebida y se alejó de ellos, pegando saltos hacia atrás y bailando, sin perderlos de vista. Antes de volverse, el macarra se besó en la palma de la mano y sopló en dirección a Berta; después se señaló los ojos y apuntó hacia ella, como indicando que la iba a vigilar. Siguió a Charlie, que abrió el candado y liberó los cascos y la moto. Alguien les habló, pero no hicieron caso. Se pusieron los cascos. Charlie arrancó y salieron, muy despacio, por el mismo camino de tierra por el que habían llegado. Berta fue consciente, de pronto, de que la noche era bastante fría. La música fue quedando atrás. Se agarró con fuerza a Charlie, apoyó la cabeza en su espalda y cerró los ojos. Le pareció escuchar un ladrido en mitad de aquel desierto, un ladrido similar a los de Wolfe; los efectos de la droga hacían que su imaginación fuera por libre. En la negrura se adivinaba el relieve abrupto de crestas y picos lejanos. Sentía las ráfagas de viento sucio golpearle por la espalda. Pararían por el camino; tal vez todavía estuvieran a tiempo de encontrar algún sitio abierto para comer algo, un lugar resguardado donde echar una cabezada…, lo que fuera. No le importaba lo que hicieran, había conseguido escapar y eso era lo más importante. Charlie la había salvado de aquella pesadilla electrónica, pero en el fondo no estaba segura de cuál sería su reacción si descubría su secreto con Néstor. El remordimiento se le enroscó en el estómago. Nada le garantizaba que Susana supiera ya con quién se había acostado en verano y que se hubiera ido de la lengua. Era posible que, en esos momentos, Charlie ya estuviera al tanto de su infidelidad. Una sacudida de temor la estremeció. En su cerebro, las ideas se mezclaban a toda velocidad creando una maraña confusa de posibilidades. Tenía la garganta completamente seca. La música se fue diluyendo en la noche hasta desaparecer. El sonido del motor rugía en la oscuridad. A lo lejos distinguió las luces de una gasolinera.

21

Frías le envió una copia del informe en el que se recogían las vejaciones que los chicos de la pandilla de Berta le habían infligido al Chamorro. En el documento se especificaba que «las agresiones vienen siendo frecuentes desde los primeros cursos». Aparecían declaraciones de otros alumnos, testigos que corroboraban los abusos y que, al mismo tiempo, coincidían en que Alberto era un chico «introvertido» que «a veces actuaba de forma poco respetuosa con las chicas» y que, a menudo, se comportaba de manera extraña. En casi todos los testimonios destacaba el nombre de Jonás como principal acosador, pero también el de Charlie salpicaba el documento.

El páramo que llevaba hasta el arrabal de Las Pullas le pareció aún más seco que en su visita anterior. El verano se negaba a despedirse y el bramido de las chicharras resonaba como un himno sobre la broza seca. Durante meses no había llovido nada. Pensó que un cristal mal orientado o una colilla lanzada por despiste podrían hacer arder aquellas chabolas en cuestión de minutos. Junto a la acequia, en la puerta de la vivienda, estaba aparcada la furgoneta blanca del repartidor de helados y, al lado, el Mégane gris. Pasó por delante de la vivienda y vio a un hombre con una gorra, sentado en el porche, bebiendo una cerveza y fumando. Era Jonás, que giró el cuello y se le quedó mirando con los ojos entornados. Se levantó y siguió el trayecto con la mirada hasta que Robles se detuvo junto a la puerta.

—¿Otra vez por aquí? —dijo Jonás—. ¿Te quedaste con ganas de una hostia la última vez o qué?

Tenía los ojos enrojecidos.

—Escucha, Jonás —dijo Robles, bajando del coche—, solo necesito hablar contigo un momento. Si quieres lo hacemos a través de la verja, no te quiero molestar, será solo un momento. De

verdad…

—De verdad, de verdad… —respondió el otro con tono de burla —, que paso, tío, ¿es que no lo entiendes? Vete a comerle la oreja a otro.

Jonás cogió el móvil de encima de la mesa y se dispuso a meterse dentro de la casa. Cuando le dio la espalda, Robles dijo con voz firme:

—Tengo una buena amiga que trabaja en el EPAF, ¿sabes lo que es eso?

Jonás se dio la vuelta, clavándole los ojos y atrapando la lengua con sus dos filas incompletas de dientes.

—Son las iniciales de Equipo de Protección y Atención a la Familia —siguió Robles—. Son unidades policiales especializadas en la lucha contra la violencia de género. Si le digo a mi amiga que el otro día vi a Susana con moretones en los brazos y con la cara enrojecida, no tardarán ni media hora en venir.

El otro soltó una carcajada nerviosa y se quedó mirando al suelo. Cuando levantó los ojos de nuevo, a Robles le pareció que los llevaba cargados de fuego.

—Te propongo un trato: si hablamos, no la llamo —dijo el detective.

—¿Qué coño quieres? Venga, suéltalo.

—Hace unos diez años, en el instituto, tuviste una movida gorda con un repetidor.

—Tuve muchas movidas con mucha gente en los años del instituto, aquello estaba lleno de gilipollas.

—No, pero esto fue algo serio de verdad. Te llevaron al cuartel de la Guardia Civil.

—He estado en el cuartelillo muchas veces —dijo Jonás, orgulloso.

—Le disteis una paliza a alguien entre varios y le measte encima. El alumno se llamaba Alberto Bermejo.

—¡Ah, claro! Te refieres al puto salido del Chamorro. Ese tío era escoria, aún anda por ahí mirándoles el culo a las crías. ¿Qué pasa con él? ¿Se ha muerto o qué?

—No, sigue vivo…

Hablaban cada uno a un metro de la verja, como en un encuentro carcelario.

—Vaya hombre, eso me habría alegrado el día.

—Vale, escucha, Jonás. Ahora necesito que salga Susana.

—¿Qué? —se rio Jonás—. Ni de puta coña, tío. ¿Vienes, me amenazas y ahora quieres hablar con ella? No le vas a ver más el pelo.

—No es una negociación —dijo Robles—. A lo mejor el que no le ve más el pelo eres tú.

El hombre resopló, se echó el porro a los labios y lo encendió. Dio una calada larga y expulsó el humo mirando al campo yermo. Después lanzó la colilla por encima de la verja. Cayó cerca de Robles.

—Oye. Ahora está durmiendo al crío… —El tono del matón parecía endulzarse de paternidad por momentos.

—Escucha —Robles se echó la mano al bolsillo y sacó dos billetes de cincuenta euros—, solo quiero hablar unos segundos con ella.

Jonás se quedó quieto y se acarició la barbilla. Después se acercó y pasó la mano por un hueco que había entre la valla y el muro. Cogió el dinero y lo dobló por la mitad.

—Me has jurado que nada de llamadas…

—Te doy mi palabra, que vale más. Siempre que tú cumplas la tuya.

El otro guardó silencio durante unos segundos. A lo lejos llegaba un ruido de motocicletas. Robles miró en esa dirección y vio una nube de polvo elevándose hacia el cielo, como si millones de oscuros insectos iniciaran su migración.

—Espera un segundo.

Jonás entró en la casa bramando el nombre de su mujer. Las voces confluían con ladridos dispersos de perros, los motores trucados y el llanto perpetuo de los insectos. Unas nubes con forma circular se posaban sobre las cimas de los cerros. A los pocos segundos salió Susana. La mujer trataba de cubrirse con el pelo y se ponía de medio lado todo el tiempo, intentando ocultar las marcas de la cara. Jonás se sentó en una silla, junto a su mujer.

—Hola, Susana —dijo Robles—. ¿Cómo está el bebé?

—Bien, bien, gracias. ¿Qué quieres? —Su tono transmitía inquietud.

El crío, enganchado al pecho, estaba cubierto con una gruesa

manta amarillenta. Hacía un calor sofocante, inusual para esas fechas. Los pechos de la mujer le parecieron esta vez enormes, desproporcionados.

—Susana, es muy importante que me respondas a esto, por favor, ¿alguna vez viste a Alberto Bermejo hacerle algo a Berta?

—¿Al Chamorro? Pues claro, ese marrano nos acosaba a todas.

—¿De qué manera?

—Yo qué sé… Siempre se chocaba con nosotras haciéndose el despistado para rozarnos el culo o para olernos, se escondía en el baño de las chicas, se metía la mano por dentro del pantalón…

—Pero ¿tenía algo especial contra Berta?

—Con ella y conmigo, con las dos. Por aquella época nos llamaban «las gemelas» —la chica sonrió y se le suavizó el rostro—, nos parecíamos un montón.

—El Chamorro era un puto cerdo —dijo Jonás, liándose otro porro.

El niño comenzó a llorar y ella lo acunó. Le dio un beso en la cabecita, con una ternura que a Robles le pareció que no encajaba en aquel contexto familiar, ni siquiera con aquel entorno.

—Estuvo un año obsesionadísimo con Berta. A mí me acabó dejando en paz porque Jonás tenía más huevos que Charlie —siguió diciendo la mujer—. Una vez se metió detrás de ella en el cuarto de baño y Berta lio una bien gorda. Fue unos días antes de que ella desapareciera…

—O de que se escapara… —dijo Jonás dando una calada al porro.

—¿A qué te refieres? —dijo Robles, dirigiéndose al hombre.

—A nada, a nada…

—Ella no quería esta vida —dijo Susana—, siempre me estaba diciendo que iba a estudiar, que iba a montar su propio negocio… Quería que lleváramos juntas un salón de belleza. Ojalá que escapara y lo consiguiera.

El móvil de Jonás comenzó a sonar y el hombre respondió a la llamada.

—Berta siempre se sintió superior a nosotros —dijo Jonás, metiéndose en la casa para seguir con la conversación telefónica.

Robles y Susana se quedaron mirándose a través de la cerca. La mujer se aproximó y le dijo:

—Hay algo…

—¿Qué, Susana? Dime, puedes confiar en mí…

—Pues… puede que Berta estuviera embarazada.

—¿Cómo? —respondió Robles.

—Sí. Le encontré un test de embarazo en el bolso unos días antes de la *rave* —dijo Susana, quitándose el pelo de la cara con una mano libre, mientras con la otra mantenía al niño en brazos—. Fui a buscar un mechero y lo vi en uno de los compartimentos de su bolso. Vi las dos rayas. Seguro que era positivo, pero no sé de cuándo sería…

Robles se quedó en silencio, mirándola fijamente. Se agarró a la verja.

—¿Y qué te dijo? ¿No le preguntaste nada?

—No, supongo que quise guardarme el secreto por si alguna vez necesitaba utilizarlo en su contra…

La chica meneó la cabeza como queriendo arrancarse el recuerdo de la memoria.

—Fui una idiota —dijo ella, acunando al niño.

—Pero en contra de Berta, ¿por qué?

Robles se fijó en que las manos le temblaban.

—No sé, por nada concreto. Últimamente discutíamos mucho. Se llevaba muy mal con Jonás y yo me sentía entre la espada y la pared. Tenía que elegir entre ella y mi novio… Ella siempre me insistía en que dejara a Jonás, se ponía muy pesada con eso… No lo sé, fui una gilipollas…

Susana tragó saliva, miró al suelo y siguió hablando:

—Creo que durante la *rave* hablamos del tema, pero no recuerdo bien la conversación. Íbamos demasiado…, en realidad no me acuerdo de casi nada de aquella noche, nos dieron de aquella bebida con droga. —La mujer miró directamente a los ojos de Robles—. Lo que recuerdo perfectamente es que ella me pidió que no se lo contara a nadie.

—¿Y lo hiciste?

—Juraría que no. Pero de lo que dije o hice aquella noche no puedo poner la mano en el fuego.

Ambos guardaron silencio. Solo se oía el sonido del niño al succionar.

—¿Sabes si se estaba viendo con alguien más aparte de con

Charlie?

—Puede ser, pero nunca me contó nada sobre eso —dijo ella—. Que yo sepa, solo estaba con Charlie. Ese verano, en la heladería había muchos chicos que le tiraban los trastos, pero nunca la vi con ninguno fuera del trabajo. Charlie y ella siempre usaban protección, Berta era muy cuidadosa con eso, lo hablábamos a menudo. Supongo que, si hubiera estado engañando a Charlie, me lo habría contado, aunque esas cosas a veces cuesta mucho compartirlas… Además, como llevábamos algunas semanas un poco distantes…

—¿Por qué no dijiste antes lo del test de embarazo? —preguntó Robles pasados unos segundos.

—No lo sé. Lo siento. Me sentía mal y no quería que su imagen quedara manchada para siempre —dijo la chica—. Era un secreto que me quemaba dentro, pero casi lo había olvidado.

Las voces de Jonás llegaron desde el interior de la casa. Un coche pasó por delante de la puerta a una velocidad excesiva para ese camino y el bebé rompió a llorar con fuerza.

—Echo de menos su risa —dijo Susana, con la respiración entrecortada—, era divertidísima. Ojalá pudiera hablar con ella ahora. Siempre quería ayudarme y mírame ahora… No la escuché lo suficiente. Era mi mejor amiga.

Jonás salió por la puerta guardándose el teléfono en el bolsillo.

—¿Aún no te has ido? —le dijo a Robles.

El hombre cogió a Susana por los codos para dirigirla al interior. La mujer se volvió una última vez para mirar a los ojos a Robles. El detective percibió la tristeza de aquellos ojos; deseaba que tarde o temprano Susana huyera de aquel agujero. Jonás se quedó sentado en la mesa del exterior, fumando un cigarro y mirando a Robles subirse al Ibiza. Este puso en marcha el motor y dijo:

—De vez en cuando me dejaré caer por aquí, cuando no estés en casa. Como vea que Susana tiene una marca, por mínima que sea, me aseguraré de que no vuelvas a verla en tu puta vida.

El otro se levantó de la silla con gesto amenazador. Robles pisó el acelerador y abandonó el lugar, sin atender a los improperios que Jonás emitía contra la verja metálica.

22

La puerta del instituto se abrió. Tomó consciencia de que solamente había ido un par de veces desde que su hija comenzara los estudios de secundaria cinco años atrás. El primer año, para la función de Navidad, y el tercero, cuando el tutor de Berta de entonces, un hombre gordo al que las gafas se le resbalaban por el sudor, los convocó para comunicarles que la chica iba a repetir curso. Les dijo que tenía la posibilidad de pasar con varias pendientes, pero que el claustro al completo había decidido que no «merecía» promocionar. En el patio, unos estudiantes jugaban al baloncesto durante la clase de Educación Física. Cayó en la cuenta de que aquella reunión supuso un punto de inflexión en su relación con Berta. De alguna manera dejó que el orgullo paterno que aún conservaba por su hija se fuera diluyendo. Discutió con Céline acerca del fracaso que significaba para unos padres que su hija se quedara atrás, pusieron las cartas boca arriba y se echaron a la cara las responsabilidades que cada uno achacaba al otro, ante el creciente desinterés por los estudios de Berta. Recordaba esa etapa con dolor, mientras se acercaba a la ventanilla de la conserjería.

—Buenos días, he quedado con Esteban Riquelme —dijo.

—Sí, venga conmigo.

Siguió a la mujer. Le pareció tan mayor que se extrañó que no estuviera jubilada. Subían a la segunda planta despacio, la mujer agarrada a la barandilla, con el manojo de llaves castañeando en cada paso. Cuando llegaron arriba, serpentearon por un par de pasillos verdes hasta llegar al departamento.

—Podría haber venido yo solo —dijo Robles—, muchas gracias.

—Qué va, así me muevo, que falta me hace —dijo la mujer.

Ella llamó a la puerta y abrió, dentro esperaba un hombre.

—Preguntan por ti, Esteban.

El profesor se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Pase, pase —dijo el profesor, dirigiéndose a Robles.

Al darle la mano, a Robles le pareció que agarraba un trozo de pescado. La conserje se despidió y cerró la puerta. El departamento tenía las paredes desconchadas y como toda decoración presentaba varios archivadores y un par de pósteres enmarcados: uno era un retrato de Einstein y el otro copiaba la famosa foto del zepelín sobrevolando la ciudad de Nueva York.

—Usted dirá —dijo el hombre, sentándose en una silla y señalando otra.

—Bueno, usted me recordará…

—Sí, claro. El padre de Berta Robles. ¿Ha habido alguna novedad?

—No, lamentablemente seguimos en el mismo punto —dijo Robles con calma, como si el asunto no fuera con él—. El tema es que ahora dispongo de algo de tiempo y estaba volviendo a hilarlo todo, para asegurarme de que no se nos escapó nada en su día…

—Ajá, bueno. Yo ya declaré, junto al director y a algunos compañeros de clase.

—Sí, sí. Verá, la sensación que transmiten los informes es que Berta no tenía ningún problema de comportamiento ni de relaciones con los demás compañeros.

—Nada fuera de lo habitual —dijo el hombre—. Las pequeñas cosas del día a día, vaya…

—Como por ejemplo…

—No entiendo.

—Sí, esas pequeñas cosas. Suena a que había más de una —dijo Robles, sacando del bolsillo de la chaqueta la libreta y el bolígrafo.

—Bueno, es una manera de hablar —dijo el hombre, quitando las manos de encima de la mesa y dejando unas leves marcas de sudor.

—Bien, pues hable…

—Berta era una chica muy inteligente. Podía aprobar todas las asignaturas con total facilidad, pero…

—Ya sé; las compañías, que no eran las más adecuadas…

—Susana, la chica de la que era inseparable, no era una buena influencia. Yo se lo repetía una y otra vez. Berta tenía la capacidad y la fuerza de voluntad suficientes para tirar adelante.

—Entiendo y, dígame, ¿qué relación tenía mi hija con Alberto

Bermejo? Porque tengo entendido que los novios de Susana y de mi hija lo estuvieron martirizando desde la escuela primaria…

—¿Con Alberto? —El hombre se secó las manos en el jersey y volvió a colocarlas sobre la mesa, cruzando los dedos—. Sobre la escuela no le sé decir… Precisamente uno de los grandes errores del sistema educativo es que no hay un seguimiento del alumnado cuando pasan de primaria al instituto. Pero, bueno, en cuanto a Berta, ella tenía más o menos la misma relación que todos con Alberto. Se burlaban de él.

—Pero ¿Berta se burlaba de Alberto de alguna forma especial o existió algún enfrentamiento destacable entre ellos?

—No, especial no, al menos en el centro. Una vez que salen del instituto, las interacciones sociales son difíciles de imaginar. Aunque… —el hombre titubeó—, tuvieron una bronca justo antes del fin de semana en que Berta…

—Desapareció —dijo Robles.

—Eso es.

—¿Cuánto antes?

—El jueves de esa misma semana.

—Solo dos días antes… —dijo Robles, intensificando su tono de sorpresa—. Pero eso no aparece en la declaración oficial que usted presentó.

—Yo… no le di importancia en ese momento. —Esteban parecía no saber qué hacer con las manos.

—¿No le dio importancia?

—No, de verdad que no.

—Bueno, dígame lo que sucedió exactamente.

—El jueves se cruzaron en el cuarto de baño y Berta salió gritando —comenzó a decir el hombre, gesticulando—. Al principio le quería denunciar por acoso. Empezó diciendo que Alberto se estaba masturbando, o tocándose, a escondidas, pero en realidad no había pasado nada de eso.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Porque ella misma vino a hablar conmigo al día siguiente, a última hora de la mañana —dijo el docente, dando vueltas a un anillo de su dedo—. Me dijo que dejara el asunto correr, que todo había sido un malentendido por su parte.

—Imagino que no tiene ningún documento que certifique esto…

—No, teníamos pendiente comentarlo con el director al lunes siguiente, porque se encontraba de viaje, asistiendo a unas jornadas de formación. Pero Berta no dio lugar a ello —siguió el profesor—, era una buena chica. Cuando le dije que la madre de Alberto había venido a verme…

—Ah, ¿vio usted también a la madre de Alberto?

—Sí, ese mismo viernes.

—Pero ¿y qué quería?

—Bueno, la mujer estaba preocupada por su hijo, como es lógico —respondió Esteban—. Era un alumno con muchas dificultades en las relaciones sociales, pero se le daban bien las materias de ciencias, diría incluso que era brillante. Su madre quería que terminara la educación básica, así que vino a suplicarme que no eleváramos la denuncia a inspección.

—Pero no hubo denuncia…

—Finalmente no.

—Y después vino Berta a verle. Es una gran casualidad…

—Así fue como pasó —dijo el hombre con solemnidad.

—¿Sabía algo de esto la madre de Berta? —Robles corrigió al instante—: Quiero decir, mi mujer…

—No, nunca llegué a conocerla. La idea inicial era convocar una reunión entre los dos alumnos, sus padres y el director, siguiendo el protocolo. Pero, finalmente, se paró todo, como ya le he dicho.

—¿Por qué no nos contó todo esto hace años, durante la investigación?

—Sinceramente, no lo sé —dijo el hombre, visiblemente nervioso—. Apenas dedicaron unos minutos para interrogarme y pensé que, de decirlo, podría meter al pobre Alberto en un lío. Ese chico sufría muchísimo, no sé qué habrá sido de su vida, pero no creo que le haya ido muy bien…

—Le sorprendería…

—¿Lo conoce?

—Sí, claro, esto es un pueblo. Aquí nos conocemos todos.

—Si llego a saber que era algo importante, yo no habría…

—Entiendo, no se preocupe. No le va a pasar nada —dijo Robles, poniéndose en pie y yendo hacia la puerta.

—Le acompaño abajo —dijo el profesor.

—No es necesario, de verdad —dijo Robles, a quien no le

apetecía lo más mínimo estrechar aquella mano otra vez.

—Sí, sí. No se preocupe —insistió el profesor—, tengo que bajar a jefatura, igualmente.

—Ah, bien, de acuerdo —dijo.

—Señor Robles —dijo Esteban, deteniéndose en el descansillo—, quiero que sepa que ese día, el viernes, Berta me dijo que estaba dispuesta a terminar el cuarto curso y que su intención era entrar en un grado. Le dije que haría todo lo posible para que lo consiguiera. Yo la apreciaba, era una buena chica.

—Sí, lo era. Gracias —dijo Robles.

Bajaron hasta la entrada del edificio y el tutor le ofreció un rostro compasivo, después le extendió la mano. Robles la miró y tuvo que esbozar una sonrisa para disfrazar el gesto de repugnancia que sintió al entrar, de nuevo, en contacto con el sudor.

Anduvo por el patio en dirección a la salida y pensó en la última frase del profesor: «Era una buena chica». Comprendió que Esteban no hubiera querido exponer el caso de Berta y el Chamorro, una vez que ella había desaparecido y, además, se había retractado de la acusación de abuso. Aquello habría dejado mal a la chica y, aparte, habría hecho pasar un trance horrible al muchacho y a su sufridora madre. Por otro lado, el interés de las pesquisas que atañían al instituto fue muy escaso, porque, en todo momento, las líneas maestras de la investigación se habían orientado claramente a lo sucedido en la *rave*: alguien la siguió hasta el lugar donde se despidió de Charlie y después se la llevó del parque. Quién lo hizo y qué sucedió después constituían las grandes incógnitas. El Chamorro, por supuesto, no asistió a la *rave*, por lo que durante las averiguaciones no se incidió en la posibilidad de que estuviera relacionado directamente con la desaparición de Berta.

Tras la desaparición, Céline le había contado que Berta había prometido esforzarse, que tenía intención de cambiar de amistades, pero que no sabía cómo hacerlo.

—Era una buena chica —se repitió en voz baja.

Le dolía profundamente que alguien ajeno a su familia hubiera podido detectar en su hija un brillo que para él hacía mucho tiempo que se había apagado, durante tanto tiempo que en los últimos meses le había parecido irrecuperable. Pero, si la hubieran dejado, Berta podría haber luchado por su futuro. Era una chica atada a un

mundo del que no podía huir. Ansiaba pedir ayuda, pero no supo cómo hacerlo.

—Era una buena chica —dijo, esta vez en voz alta, para sí mismo.

23

No había vuelto a contactar con el Chamorro desde la visita a la casa del Limas. Esperaba algún tipo de reproche por su parte, pero la realidad superó sus expectativas. Detuvo el vehículo delante de la garita y el Chamorro siguió mirando al frente, con la rigidez de un soldado de la Guardia Real británica.

—Chamorro, ¿no me oyes? —repitió.

—No respondo a desagradecidos —dijo el otro.

Observó aquel rostro inmóvil, con el pelo sudoroso pegado a la amplia frente, las gafas de pasta que le achicaban los ojos, los músculos faciales saturados de tics… En su mente existía la posibilidad de que aquel hombre hubiera pasado de ser un pobre desgraciado en la juventud, sin las suficientes habilidades sociales para dirigirse a las chicas, un tipo maltratado y objeto de burlas descarnadas durante la mayor parte de su vida, a convertirse en un depredador sexual; de hecho, y no existía base empírica en ese momento que pudiera refutarlo a ciencia cierta, podría tener al asesino de su hija a un par de metros de distancia. Robles respiró hondo y calmó su furia; necesitaba ganarse su confianza de nuevo.

—Oye, dame un minuto —suavizó el tono—, creo que fui bastante injusto contigo y que no te he tratado como te merecías. Además, aún tengo que pagarte por la ayuda del otro día…

—Me da igual. Yo no acepto dinero sucio.

—Creo que te estás pasando un poco…

Recibió la callada por respuesta. Continuó:

—Tal vez necesite que me ayudes con otra misión. La verdad es que lo hiciste muy bien la última…

Antes de que terminara de hablar, el Chamorro corrió con un golpe seco la ventanilla de la garita, se acomodó en la silla giratoria, cogió un catálogo de supermercado y le dio la espalda mientras empezaba a ojearlo. Robles acertaba a ver la cima de su

cabeza sobre el respaldo.

Escupió en el suelo, se montó en el coche y condujo hasta el aparcamiento del centro comercial; paró el motor, sacó el sobre del dinero de la guantera y cogió cien euros. Esa mañana había llamado a la clínica veterinaria y le habían dicho que Wolfe seguía en cuidados intensivos, grave aunque estable, y que en cualquier momento podrían contactar con él para que pasara a recogerlo. En ese momento tendría que abonar el resto del servicio, cuya cantidad aún no le habían presupuestado. Faltaba poco más de una hora para que el supermercado cerrara y el Chamorro finalizara su jornada. Entró a la zona comercial, los pasillos estaban a reventar. Comenzó a echar productos en el carro, calculando mentalmente la suma, como de costumbre. Llegó a la sección de mascotas y, a medida que iba añadiendo productos para el perro, sacaba algunos de los que había echado para él mismo. Desde el envenenamiento había decidido que cuando Wolfe volviera a estar a su lado, dedicaría más tiempo y cariño al animal, y eso incluía destinarle una mayor proporción de sus recursos económicos. Sumó mentalmente el precio de un collar antiparasitario, un champú «especial brillo», un juguete con forma de hueso y unos gránulos de pienso aún mejores que los que solía comprar. Algo en su interior le animaba a creer que, proyectando en su mente un futuro en el que Wolfe vivía, lograría transmitir energía positiva a su mascota, que luchaba por aferrarse a la vida en esos momentos. Pasó por la caja y la cantidad que apareció en el marcador se descuadró más de lo normal; sin duda estaba perdiendo facultades. Tuvo que dejar el paté, los filetes de carne y se vio obligado a elegir entre la botella de whisky barato o la de vino caro. Finalmente se quedó con la primera. El vino bueno lo quería porque había decidido invitar a Charo a cenar en su casa, como una muestra de agradecimiento porque en los últimos días se había alimentado gracias a la comida de la mujer, y también para abrirse a ella poco a poco. La hospitalidad de Charo los iba uniendo y cada vez tenía más claro que entre ellos comenzaba a crecer algo con cierta tendencia a la estabilidad. Él había expuesto sus traumas familiares y ella había compartido su eterna lucha con relaciones fallidas. Ambos habían encontrado cierto consuelo en la comprensión mutua, la conexión era evidente. Que la relación se estrechara le provocaba sentimientos contradictorios. Por un lado,

la mujer le había ayudado a avanzar en el caso de Dani y le animaba a retomar la investigación de un modo profesional; gestos, sin duda, de agradecer. El instinto se le había oxidado, pero seguía culebreando dentro de él, y el empuje de Charo estaba siendo clave para reunir la confianza en sí mismo que necesitaba. Todo era cuestión de entrenamiento, se decía, de que Frías le pasara algún contacto dentro del cuerpo, de que le llamaran para ayudar en un par de casos hasta descifrar aquel que le devolviera al candelero. Una prueba evidente de que se planteaba seriamente volver a las andadas residía en el hecho de que su maletín de cuero había vuelto al maletero del Ibiza. Pero, por otro lado, no estaba seguro de establecer una relación que le comprometiera, temeroso de recaer en aquellos vicios aún no extirpados que pudieran reabrir viejas heridas.

Salió al aparcamiento, dejó las bolsas y volvió al interior del híper. Fue a la cafetería, se sentó a la barra y pidió un whisky solo. Llevaba todo el día deseando tomárselo y no se lo pensó dos veces. El local estaba vacío. Entró una mujer gordísima que pidió una Coca-Cola y un bocadillo enorme; el niño escuchimizado que la acompañaba jugaba con un móvil pegado a la nariz. A la media hora se estaba terminando la tercera copa y un calor lejano, aunque conocido, le trepaba por la espalda. Controlaba la garita del Chamorro a través del ventanal y, cuando vio que salía de su puesto de control, se apresuró a pagar. Se montó en el coche y circuló tras él. Echó la mano a la parte de atrás y sacó los caramelos de eucalipto para arrancarse el sabor culpable del alcohol, aunque los efectos ya le recorrían las venas y se iban convirtiendo en un sentimiento oscuro. Siguió a cierta distancia al Opel azul, que circuló lento por las calles de la ciudad hasta llegar a un barrio de las afueras. Hacía décadas que no pasaba por allí y le sorprendió cuánto había crecido esa zona. De las parcelas que rodeaban el cementerio y que antaño habían hecho las veces de vertedero, ahora brotaban viviendas unifamiliares de idéntico aspecto prefabricado. El Opel se detuvo ante un portal y vio al Chamorro entrar por la puerta de una de las cocheras. A los pocos segundos se encendieron unas luces en la planta baja. Oscurecía.

Robles se acomodó en el asiento del coche y volvió a echar la

mano a la bolsa de plástico de la parte de atrás. Esta vez palpó el cristal de la botella, la cogió, desenroscó el tapón y dejó caer el líquido ardiente sobre su garganta. Tuvo que carraspear y los ojos se le encharcaron; posiblemente fuera el peor whisky que hubiera bebido en décadas. Puso la radio. Miró el mensaje que había enviado esa misma mañana a Charo y que ella no le había respondido. Pulsó sobre el nombre y dejó que el pitido sonara media docena de veces hasta que colgó. Estaría liada, habría quedado con alguna amiga, se habría quedado dormida. Entró en Google y buscó establecimientos de comida rápida cercanos. Llamó, pidió una pizza barbacoa y dio la dirección del Chamorro. A los cinco minutos llamaron a su móvil. Eran de la pizzería, para confirmar el pedido. A los diez minutos oyó el bramido de una moto destartalada que pasaba junto a su coche. El repartidor redujo la velocidad y aparcó a apenas veinte metros de su posición. Dio un trago a la botella y dejó escapar una carcajada traviesa. El motorista se bajó, se quitó el casco, se colocó la gorra y cogió la pizza del maletero. Después recorrió varios portales mirando los números sobre las puertas, hasta que se paró delante de la casa del Chamorro.

—A ver qué haces, cabrón —dijo Robles en voz alta.

La puerta no se abría y el repartidor sacó su teléfono. Volvió a llamar y Robles respondió:

—¿Sí? Ah, sí, perdona. Estaba en la ducha. Tienes que volver a llamar, pero dejando el dedo presionado todo el tiempo, porque el telefonillo falla mucho.

El pobre muchacho volvió a llamar obedeciendo la extraña indicación. El sonido del timbrazo llegaba hasta la posición del detective. Por fin, la puerta se abrió y salió el Chamorro. Vestía una camiseta blanca y unos calzoncillos largos de cuadros. Se colocó las gafas y empezó a mover la cabeza y las manos de forma nerviosa. El repartidor dejó en el suelo la pizza y sacó el móvil. Las voces eran perceptibles por momentos. El repartidor tecleó y la pantalla del móvil de Robles alumbró el habitáculo. No lo cogió.

—Vamos, detective, investiga… —musitó.

El Chamorro le pidió al chico el número y lo escribió en su propio teléfono.

—Venga, capullo. Llámame, anda, llámame, que te lo va a coger

tu puta madre.

El teléfono en silencio volvió a brillar y Robles lo puso boca abajo. El motorista le exigía el pago y el otro le decía que no le iba a pagar, que él no había pedido nada. Robles estaba disfrutando con la situación; su animadversión hacia el Chamorro crecía por momentos. Por fin, el hombre salió con un billete en la mano y pagó al chico, que juraba en arameo mientras se subía en la moto destartalada y se largaba a toda prisa de allí.

La puerta se cerró y a los pocos segundos recibió un mensaje del Chamorro: «Eres un cabrón. Me debes 12 euros», a lo que Robles respondió: «Te los pago ahora mismo y cenamos juntos». Al bajarse del coche se sintió un poco mareado. Fue caminando despacio hasta la puerta del domicilio. El Chamorro abrió antes de que pudiera pulsar el timbre.

—Reconozco que ha sido una putada bastante ingeniosa —le dijo el Chamorro.

—Podías no haberla pagado…

—Ya —dijo el otro, echándose a un lado—, pero suelo pedir bastante a esa pizzería, las pizzas están buenas y me hacen descuento. Ese cabrón me amenazaba con ponerme en la lista negra.

El acceso daba a una sala de estar que, para sorpresa del detective, estaba perfectamente ordenada. Una lámpara de pie iluminaba la estancia. Los muebles, aunque no parecían caros, estaban impecables. Frente al sofá, de color beis, había una mesa de fumador con revistas de coches y de videojuegos dispuestas de manera organizada. A Robles le dio la sensación de que esperaba alguna visita. Una de las paredes estaba cubierta por dos estanterías llenas de libros y, junto a la gran televisión de plasma, reposaba una videoconsola de última generación. En otra pared había dos enormes puzles enmarcados, uno del castillo de Neuschwanstein y otro de un paisaje veneciano. Aquel orden no le cuadraba del todo con la personalidad del Chamorro. La aparente normalidad del entorno no hizo sino acrecentar las sospechas de Robles acerca de que podría ocultar algo. No debía bajar la guardia.

—Tu casa tiene muy buen aspecto.

—Sí, a mí me gusta así.

—¿De cuántas piezas son los puzles?

—De cinco mil.

—Te llevaría mucho tiempo hacerlos. Es una actividad que requiere mucha paciencia.

—Sí, mucha paciencia… —repitió el Chamorro.

—Te noto algo nervioso, ¿te pasa algo?

—Apestas a alcohol…

—¿Y eso te incomoda? —preguntó Robles con cierta agresividad.

—Yo no bebo. Odio el alcohol.

Robles paseó por la habitación observando los libros de las estanterías. Había dos portafotos, en uno de ellos se veía a dos personas de mediana edad y a un muchacho con gafas de pasta y rechoncho, todos muy serios. Sin duda, eran Alberto y sus padres. En la de al lado, mucho más reciente, se veía a Alberto con la misma mujer; en este caso ambos aparecían sonriendo.

—Eso está muy bien, enhorabuena, sigue así. Seguramente no te sentaría bien…

—¿Qué insinúas?

—Nada, nada. —Señaló el sofá—. ¿Puedo?

Alberto hizo un gesto afirmativo y Robles se sentó.

—Bueno, ¿y a qué has venido? ¿Vas a pagarme o quieres hablar de algo?

—Sí, sí. Ahora te pago, pero ¿dónde has dejado la pizza?

—En la cocina.

—Tráela, ¿no? ¿Es que no tienes hambre?

El Chamorro comenzó a respirar hondo y entornó los ojos. Robles detectó la señal de impaciencia y se puso alerta. Era evidente que Alberto presentaba un desequilibrio emocional y, a fin de cuentas, el hombre que tenía delante era el padre de una de las personas que le había amargado una etapa trascendental de su vida. Sin duda, su actitud representaba una amenaza, y pensó que debía rebajar la tensión.

—Toma —dijo, sacando la cartera—, ciento quince pavos.

—No, da igual; dame solo los cien que me debías —dijo el otro, y comenzó a avanzar por el pasillo.

Robles dejó el dinero encima de la mesa y siguió al Chamorro. De pronto, este se dio la vuelta y dio un paso hacia el visitante, estirando el brazo hacia la sala de estar, con tanta fuerza que casi

golpeó al detective.

—No —gritó—, tú esperas en la sala de estar.

Los dos hombres se quedaron en la penumbra, a apenas un metro de distancia.

—Vale, tranquilo, amigo —dijo Robles.

Cuando volvió de la cocina, el Chamorro llevaba en una mano la caja de la pizza y en la otra un cuchillo largo y de hoja gruesa.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó Robles al verlo entrar, poniéndose en pie.

El otro se detuvo e hizo un gesto con la nariz para elevar con ella la posición de sus gafas, abriendo la boca y arqueando los pómulos en una mueca extraña.

—Es para cortarla; normalmente en este restaurante la trocean muy mal —dijo Alberto, dejando la caja en la mesa y cogiendo las revistas para cambiarlas de lugar sin soltar el arma blanca.

—Dame, yo la corto.

—No, no, esta es mi casa —dijo el Chamorro con énfasis—, la corto yo.

Los separaba una mesa baja y pequeña. Ambos permanecían quietos, mirándose y respirando agitadamente. Se oyeron las voces de unos vecinos que cruzaban por delante de la ventana del bajo, paseando por la calle.

—Está bien —dijo Robles, sentándose en el extremo más alejado del sofá.

El Chamorro abrió la caja y cortó la pizza en ocho pedazos.

—Huele bien —dijo el detective.

—Bueno, y ahora, dime, ¿qué querías? —dijo el Chamorro, metiéndose un trozo de pizza a la boca.

—¿Tienes algo de beber?

—¿Quieres la Coca-Cola? Yo no puedo beber cafeína, es por la medicación.

—Vale. He pedido eso porque es lo más habitual…

—No importa —dijo el Chamorro, y se levantó con un bufido de esfuerzo al tiempo que cogía el cuchillo para llevárselo con él.

Robles sacó su móvil y envió un WhatsApp a Frías con la ubicación en tiempo real y con el mensaje «Casa de Alberto, el Chamorro. Bastante tensión por aquí». El hombre volvió de la cocina con el cuchillo, arrastrando los pies, una botella de agua fría,

el bote de refresco y dos vasos. «Pocas personas tienen las manos tan grandes como para transportar todo eso a la vez», pensó Robles.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Iré al grano. Tú no te llevabas muy bien con mi hija Berta, ¿verdad?

El Chamorro se quedó en silencio unos segundos y miró al techo. Después bajó la mirada y la dirigió a Robles.

—Berta era una gilipollas, con todos los respetos. Pero tampoco era de los peores.

—He estado hablando con algunos amigos suyos y me han contado cosas del pasado…

El Chamorro dio un bocado enorme a una porción y la masticó mecánicamente. El aroma a salsa dulce y carne de baja calidad había inundado todo el ambiente en apenas unos segundos.

—¿Cosas como cuáles?

—Cosas del instituto. Algunas bastante feas…

—Eso ya es agua pasada —dijo el otro con aparente tranquilidad, envolviendo con la comida sus palabras—. Mira, si es lo que preguntas, yo no tengo nada que ver con la desaparición de tu hija. Andaba siempre con gentuza, pregúntales a ellos.

—Pero tú… —Robles trataba de medir sus palabras y dominar la ansiedad—, me han dicho que te gustaba, y como ella te trató mal…, a ver, yo entendería que, en un momento dado, no te importara que le sucediera algo malo.

—Yo no tengo nada que ocultar —dijo el Chamorro, cogiendo una servilleta y limpiándose los labios para darle otro mordisco a la porción—. ¿No comes?

Parecía indiferente a la conversación, lo que aún incomodaba y escamaba más a Robles. Cada movimiento del Chamorro le ponía en un leve estado de alerta. Se aseguraba de mantener siempre cierta distancia para esquivar un posible ataque sorpresa. Aunque los movimientos del hombre parecían lentos, a causa de los fármacos, el alcohol de baja calidad que recorría el cuerpo de Robles equilibraba la contienda en cuanto a reflejos.

—Se me ha quitado el apetito —dijo—. Escucha, no necesitamos llegar a la confrontación. Si pudieras enseñarme el resto de la casa, yo…

—¿Tú? ¡Tú no sabes nada! —dijo el otro, elevando la voz de

pronto, y soltando con violencia el trozo de pizza sobre el cartón—. ¡No tienes idea de lo que pasó, de lo que me hicieron!

—¿Quiénes?

—¡Todos!

—Estoy dispuesto a escucharte, a entender lo que sucedió.

—¿Entenderlo? No hay que entender nada, no puedes entender nada. ¿Crees que es algo sencillo de contar? ¿Empiezo desde el principio? Desde el colegio ya se metían con mi forma de andar, con mis gafas; nunca me dejaban jugar a nada. Mis notas eran buenas, pero, aun así, mi padre siempre exigía más y más. Sacaba dieces en Matemáticas, nueves en Física y Química, pero era insuficiente para él. Yo me bloqueaba y él no tenía paciencia, no comprendía que yo necesito mi tiempo, no puedo pensar deprisa, necesito tranquilidad…

—Imagino que cuando murió, tú…

—¡No se te ocurra hablar de él, cabrón! ¡No me cambies de tema! —gritó el Chamorro, que se levantó y, señalando a Robles con el dedo, añadió—: Tu hija y sus putos amigos terminaron por arruinarme la vida, ¡ellos hicieron que cada día fuera un infierno! Me cortaban con los cúteres, me escupían, me pegaban con ladrillos, me mearon encima… Y ahora vienes tú a acusarme de algo que yo no he hecho.

—Lo siento —Robles trató de suavizar el tono—, siento mucho que pasaras por aquello…

—¿Qué coño vas a sentir tú? No te pongas paternalista conmigo, joder.

Aprovechando que el Chamorro se había llevado las manos a las sienes para apretarse el cráneo, como tratando de controlar algún tipo de tsunami emocional, Robles echó la mano al cuchillo y lo colocó al lado de su muslo.

—Nunca es tarde para rectificar, Alberto —dijo Robles—. Puedes hacer lo correcto. ¿La mataste tú?

—¡No! —gritó Alberto, dibujando una mueca y rompiendo a llorar.

—Mira, ¿qué te parece si me enseñas el resto de tu casa? Solamente he venido para eso.

El Chamorro se sonó con una servilleta y le miró fijamente.

—¿De verdad crees que tengo a tu hija atada en una cama y que

la uso para grabar *snuff movies*?

—Tú solo hazlo. He visto demasiada mierda en esta vida —dijo Robles, levantándose con el cuchillo en su mano, junto a la pierna —. Ahora, enséñame la casa. Después me iré y podrás terminarte la pizza tranquilamente. No volveré a molestarte.

El hombre se quedó mirándole durante unos segundos y percibió cómo la luz de los ojos de Alberto cambiaba. Robles sintió que estaba contemplando al adolescente arrinconado y maltratado años atrás, y pensó que él mismo representaba una actualización del papel de los abusadores. Pese al remordimiento, no podía alejar de su mente la sensación de desconfianza. No podía descartarle como sospechoso. Así funciona esto, así de dura es la vida, para todos. El Chamorro se volvió lentamente y, sin decir una palabra, se dispuso a caminar por el pasillo, encendiendo todas las luces. Recorrieron el resto de la casa, que se componía de un cuarto de baño, limpio pero con azulejos viejos; un dormitorio pequeño y otro más grande, amueblado con una cama enorme y un armario de madera oscura de cuatro puertas. Sin que se lo solicitara, el Chamorro le mostró, una por una, todas las estancias y el interior de los roperos. En todo momento, el hombre iba dejando espacio suficiente al detective para que no se sintiera amenazado. Arrastraba los pies y caminaba pesadamente, como un comercial inmobiliario que asume sus funciones y las acomete por inercia, sin pasión, sin esperanza alguna de vender las casas. Por fin, abrió una puerta metálica y bajaron unos pocos escalones hasta el garaje. Apenas había espacio para el coche, unas cajas de cartón, una canasta de baloncesto y una bicicleta sin aire en las ruedas.

—Esto es todo —dijo el Chamorro con voz adormilada, mientras pulsaba el botón de la puerta automática del garaje—, puedes salir por ahí.

Robles se quedó mirándolo y vio que tras unos tablones había una puerta pintada del mismo color que la pared.

—¿Qué hay ahí, Alberto?

El otro se giró y se quedó mirando los tablones.

—¿En esa puerta? La ropa de invierno…

—Ya refresca, igual va siendo hora de que la saques, ¿o no?

El hombre se quedó pensativo unos segundos, después movió pesadamente los tablones y arrastró una estantería metálica, llena

de herramientas, que arañó el suelo con estridencia. A continuación giró el pomo y abrió la puerta. Dentro se acumulaban varias cajas de cartón, unas sobre otras. El Chamorro comenzó a sacarlas y a lanzarlas por los aires, acompañando cada gesto con un grito. Algunas cajas estaban sin precintar y la ropa se iba extendiendo por el suelo.

—Vale, es suficiente —dijo Robles.

Al fondo del armario había una pala, un rastrillo y algunas herramientas de jardinería colgadas de alcayatas.

—¡No! ¡No! Eres igual que ellos. Eres igual que todos —gritó Alberto, que se quedó mirando la ropa tirada y comenzó a llorar.

Una pareja de jubilados que paseaban al perro se aproximaron y se asomaron al garaje.

—Alberto, ¿estás bien?

—Sí, sí, Marisol. Gracias —dijo Alberto, agachando el rostro.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre a Robles.

El perro comenzó a ladrar. Robles dejó el cuchillo en la estantería y se alejó del Chamorro.

—¿Te ha hecho daño, Alberto? —dijo después el vecino, dirigiéndose al Chamorro y acercándose a él.

—Vamos a llamar a la policía —dijo la mujer.

—No, no —dijo Alberto—, no hace falta. Estoy bien.

El vecino echó el brazo por detrás del cuello del Chamorro y le abrazó.

—Lárguese de la casa de nuestro vecino ahora mismo o llamamos a la policía —dijo la mujer.

—De acuerdo, si ya me iba.

Robles se alejó caminando hacia atrás y agachando la cabeza para no golpearse con el hierro de la puerta.

—Yo pensaba que tú eras diferente —dijo el Chamorro, con el rostro apoyado en el hombro de su vecino—, no quiero volver a verte.

El detective caminó hacia el coche. Un viento frío soplaba desde la colina del cementerio. Se metió en el vehículo con una sensación incómoda en el pecho. Se recostó contra el asiento y cerró los ojos. Repasó la escena que acababa de vivir. Que el Chamorro no tuviera a Berta en la casa no significaba que no pudiera haberla matado, pero cuando le acusó directamente tampoco le pareció que su

reacción fuera fingida. Por otro lado, la empatía y el cariño que aquellos vecinos mostraron hacia el chico al verle en apuros le proporcionaron una nueva perspectiva. Se sintió ligeramente culpable por haberle hecho pasar un mal trago, por imprimirle a aquel desgraciado una nueva dosis de angustia, por sumar una piedra más en la mochila de sufrimiento que el Chamorro llevaba toda la vida portando sobre las espaldas.

Sacó el teléfono y vio que Frías no le había contestado. Tampoco Charo. En ese instante, Robles se sintió vulnerable y solo en el mundo, tan solo como el propio Chamorro. Miró de nuevo la pantalla y se fijó en que tenía una notificación de SMS, esa vía de comunicación del Pleistoceno, pero aún en funcionamiento. Era de la clínica veterinaria: «Por favor, contacte con nosotros en nuestro teléfono de urgencias».

24

Con firmeza y preparándose para una noticia que esperaba desde el primer día, soportó varios pitidos incómodos.

—¿Sí?

—Hola, he recibido un mensaje.

—¿Eres Juan Carlos, el dueño de Wolfe?

—Sí.

La respuesta no se hizo esperar ni dos segundos, se veía pericia y seguridad en la persona que transmitía la información. Robles miraba fijamente la fachada del bajo de Chamorro, la luz parpadeante de la lámpara, seguramente con algún cable pelado. Trató de concentrarse en la voz que le hablaba.

—… tenía el hígado muy hinchado, todo parece indicar que ha sido una intoxicación por xilitol. Aún sufre de insuficiencia hepática grave, pero hemos conseguido estabilizarlo.

—Comprendo.

—Aún es pronto, hay que esperar…

—Pero ¿cree que se salvará?

—Somos bastante optimistas —dijo el hombre de los tatuajes japoneses—. Creo que muy pronto tendrá, de nuevo, a su amigo junto a usted.

—No sabe cuánto me alegra escuchar eso.

—Me lo puedo imaginar.

—Muchas gracias.

—Le envío por *email* la factura de los gastos pendientes, si le parece. Puede fraccionar el pago. Viene todo explicado ahí.

—Sí, sí… Gracias.

—De nada, le sigo informando.

Colgaron. Sintió un alivio profundo. De alguna manera, en su interior confiaba en que Wolfe se iba a salvar. Miró al cielo y le pareció que las nubes grises atravesaban el cielo a demasiada

velocidad. Se avecinaba tormenta. Se quedó mirando el solar vallado, las viviendas con muros de papel y, al fondo, los cipreses. Un par de murciélagos revoloteaban en torno a la luz enfermiza de la única farola. Arrancó el coche y circuló por los alrededores de la ciudad hasta encontrar un bar que no conocía. Había un par de coches en la puerta y, a través de los cristales, vio que la barra estaba despejada. Entró y pidió un whisky solo. El camarero trató de sacar conversación, pero él la esquivó. Solo estaba pensando en el yerno de su vecino, ese hijo de perra que había tratado de arrancarle la vida a Wolfe por puro egoísmo, con la facilidad de quien arranca una mala hierba del suelo. Sonaba un hilo de música comercial de los ochenta y sobre ella comenzó a golpear la lluvia contra los ventanales. Sacó el hatillo de billetes, desenrolló uno y pagó. Se quedó en el portal del local anhelando un cigarrillo, pero no había nadie a quien pedírselo. Caminó despacio dejando que el agua le empapara el pelo y los hombros, y se desplomó en el asiento de nuevo. Era el único lugar del mundo en el que se sentía seguro y reconfortado. Exhaló profundamente varias veces, arrancó el coche, encendió el limpiaparabrisas y trató de concentrarse en el ruido ortopédico del plástico al deslizarse por el cristal, de sumergirse en la cantidad idéntica de agua desplazada en cada golpe de ese movimiento hipnótico. Siempre el mismo movimiento, siempre la misma cantidad de agua. Pasó por delante de un control de la Guardia Civil, pero no le hicieron ningún gesto. Tomó la salida de la ciudad en dirección a su casa y bajó la ventanilla para dejar que el agua y el viento húmedo le salpicaran.

Veinte minutos más tarde, subía por el camino que llevaba a su casa. Había conseguido controlar la ira y ahora trataba de encontrar algún hueco al dolor; se refugiaba en una percusión secreta y universal producida por el ritmo de las gotas de lluvia al golpear la chapa. Entonces vio, a través de la lluvia, que había cierto movimiento en la puerta del Pulga. Reconoció de espaldas el cuerpo musculoso del yerno de su vecino, que sacaba unas bolsas del maletero de su Jeep. En unos pocos segundos se le acumuló la sangre en un solo punto de la cabeza, le llegó una tromba emocional hasta entonces desconocida. No era nada parecido a la angustia experimentada previamente ni al vacío de la depresión que tan bien había conocido, tampoco a la ira contenida que arrastraba

desde que su vida comenzó a torcerse. Era como si la tierra temblara dentro de él, como si su cuerpo fuera el núcleo de una fuerza enorme y estuviera compuesto por placas tectónicas que vinieran empujándose desde siempre y que, por fin, fueran a romperse, a reventar. Podía oír el ruido de la mandíbula por la frotación del esmalte, un dolor que ahora eclosionaba y le subía hasta las sienes. Sentía el rostro, la cabeza, la nuca, todo ardiendo de calor. Las manos le temblaban, la visión se le comenzó a nublar. Pisó el freno al llegar a unos diez metros y se quedó mirando al hombre, que en ese momento descargaba de su coche una bicicleta rosa. Pero Robles no vio la bicicleta, ni a la mujer, ni a la niña resguardándose de la lluvia bajo el porche. Robles bajó del coche como un robot programado y moviendo las piernas como si pertenecieran a otra persona; en su garganta bufaba una especie de ruido ahogado y constante a cada paso. Era consciente de que estaba atravesando un ataque de ira, de enajenación transitoria, pero al mismo tiempo creía estar cruzando un bosque asfixiante y espeso; tenía que llegar a una salida y no podía detener las acciones que su cuerpo ejecutaba. Cuando alcanzó la altura del hombre, en mitad de la cuesta, este se volvió. Los dos puños de Robles se turnaron para golpearle dos veces cada uno, con tal fuerza que sintió algo partirse, tal vez en el otro o tal vez fuera uno de sus nudillos o de sus falanges. Uno de los últimos puñetazos no encontró blanco y murió cruzando el aire, porque el yerno del Pulga ya había caído al suelo sin mediar palabra. Oía gritos apagados y agudos; miró a la niña, que tenía las manos en la cara, pero ya estaba sentado a horcajadas sobre el pecho del hombre y sus brazos continuaban golpeándole el rostro. Sin cesar, en la nariz, en la boca, en las sienes. Los ojos le dolían y el sabor oxidado de la lengua, que tenía presionada con los dientes, le llenaba toda la boca. El hombre que había bajo su torso tenía los brazos extendidos y se movía al son de sus golpes como un pelele. En un instante de lucidez, que le vino como un rayo blanco descargado sobre la columna, pensó que tal vez acababa de matar a ese hombre o que estaba cerca de ello. Se levantó y se miró las manos. La lluvia le caía por la cara. Alzó la mirada y vio al Pulga correr hacia él con una llave inglesa en la mano, levantada y en dirección a su cabeza. Después, un sonido hueco, como el que hacen las piedras al caer al fondo de los pozos.

Sintió una punzada aguda en la sien. Se llevó la mano al lugar de donde procedía el dolor y acarició la textura de la piel abierta. Palpó la sangre seca. Trató de incorporarse y le pareció que el cuerpo se le escurría, producto de la resaca y del impacto. Le agarraron del brazo y le elevaron. Una voz retumbó en la celda y supo que llevaba un rato oyéndola al otro lado de la consciencia. Reconoció la voz de Frías de manera inmediata.

—Me estás haciendo pedir más favores de los que me gustaría, cabrón.

Robles se giró hacia él y tardó unos segundos en ubicarse. Sacudió la cabeza y de pronto le llegó el recuerdo de un suelo embarrado, la lluvia y la nieta del Pulga llorando.

—¿El otro tipo está bien? —preguntó.

—Sí, solo han tenido que darle puntos en un pómulo. Parece que no te va a denunciar.

—Yo a él sí, me va a pagar todas las putas facturas del veterinario.

—Bueno, eso lo hablamos luego.

La puerta de la celda estaba abierta y los dos amigos salieron a un pasillo largo. Frías intercambió un par de frases con dos agentes que removían papeles al otro lado de un cristal. En el exterior de la comisaría el día los recibió con una lluvia suave que Robles agradeció.

—No ha parado desde ayer —dijo Frías.

Entraron en el viejo Subaru Legacy del oficial retirado.

—¿No tendrás un cigarro? —dijo Robles.

Bajaron las ventanillas y comenzaron a fumar. Estuvieron un minuto en silencio, mirando caer la lluvia.

—El año que viene cumple los treinta —dijo Frías golpeando el volante, y a continuación extrajo el cenicero.

—Menudo bicho, el mío está que se muere ya —dijo Robles.

—Anda que no le he metido pasta y horas a este trasto… —Frías hizo una pausa y expulsó una bocanada de humo—. Es como la salud, Juan Carlos: si no nos cuidamos, se nos va jodiendo el cuerpo poco a poco.

El detective se acomodó en el asiento en el que se había sentado en decenas de ocasiones y miró por la ventana.

—¿Es una de tus metáforas? —dijo, sin desviar la vista del

asfalto mojado.

—Escúchame bien, todo este rollo te está afectando demasiado. Te has embarcado en unas historias muy feas, te está removiendo y te está llevando a lugares en los que no te interesa estar…

—No necesito que me sermonees, de verdad…

—Mira, solo te lo digo por tu bien. Joder, Robles, podías haber matado a ese tío si no te hubieran parado. O haberte matado tú en la carretera, con la de alcohol que llevabas en el cuerpo. Tal vez, si…

—No tengo absolutamente nada, Frías —interrumpió Robles, sintió que la voz se le debilitaba y la endureció—. Y aunque estoy dando palos de ciego en los dos casos en los que estoy metido, tengo esa sensación…, de verdad. La tengo. Sabes de lo que te hablo.

El exagente dio una calada larga y bajó la ventanilla para que el habitáculo se descargara de humo.

—Te entiendo —dijo Frías—, y sabes que te voy a apoyar en todo lo que pueda. En cuanto a lo de tu perro, no tienes pruebas certeras de que fuera el vecino quien lo envenenó, y además, coño, le diste una paliza delante de su hija, tío. Tienes que olvidarte de eso…

—Pero es evidente que ha sido él…

—Para ti, pero la justicia funciona con pruebas, ya lo sabes. Lo que menos te interesa ahora es meterte en un lío de juicios con un vecino. —Frías suspiró y siguió hablando, con suavidad—: Mira, sigue el rastro que te di sobre la furgoneta, habla con el tal Alfonso…

—… Ortega —completó Robles.

—Eso —siguió Frías—, y trata de resolver el asunto del desguace. Estoy seguro de que, si llegas a un punto final más o menos concluyente, y se lo expones todo en un informe bien trabajado, donde expliques todos los pasos que has ido dando, Pablo Vicente se va a quedar contento y te va a recompensar. Te dará el trozo de tierra que te prometió y esa sería una manera de empezar de nuevo, Robles. Agárrate a eso.

El detective asintió y le miró con una mezcla de gratitud y determinación.

—Si necesitas pasta para los gastos de Wolfe, yo te puedo

ayudar —dijo Frías—, pero no puedo estar salvándote el culo siempre; tienes que empezar a poner los pies en la tierra.

—Gracias, de verdad. Ahora, ¿puedes llevarme a casa? Necesito descansar.

Pasaron la mayor parte del camino en silencio, el resto del tiempo comentaron que el motor del Subaru sonaba muy limpio y se entretuvieron observando los cambios que había sufrido el paisaje. Se quejaron pasivamente de la invasión que la creciente urbanidad de los pueblos ejercía sobre el campo. Al llegar, vio que la casa del Pulga estaba cerrada. Ni rastro de vehículos ni luces en el porche. Se despidió de su amigo bajo la lluvia, alzando una mano y rebuscando las llaves en el vaquero.

Domingo 18 de noviembre de 2014
Vuelta a casa

Encontraron una gasolinera que ofrecía servicio nocturno. Alguien los atendió a través de la ventanilla. Compraron dónuts y un batido grande de chocolate. La temperatura había caído y Berta sentía escalofríos. Charlie le ofreció su chaqueta, pero ella la rechazó; no quería que el chico condujera en manga corta. Salieron de la carretera principal y circularon, despacio y sin casco, por una vía paralela a una acequia, sin iluminación y con el pavimento deteriorado. De vez en cuando, él preguntaba a su novia si se encontraba bien. Llegaron hasta unas cuadras abandonadas, recorrieron el interior con la moto para explorarla con el faro y cerciorarse de que no había nadie dentro. Con frecuencia ese tipo de instalaciones lo utilizaban los inmigrantes temporeros que no podían permitirse un alojamiento decente. Aparcaron y se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en un muro.

—Me está sentando de puta madre el azúcar —dijo Berta, masticando.

—Y a mí —dijo él.

—Mira —señaló Berta.

Por uno de los caminos próximos vieron atravesar una sarta de luces giratorias. Se trataba de un convoy compuesto por media docena de patrullas de la Guardia Civil.

—Hostia, van para allá. Enseguida se pondrán con los controles —dijo él—; hemos hecho bien en irnos antes.

—Van a hacer caja esta noche —dijo ella.

—Ya ves.

—Pues estos iban a volverse con Kike. Seguro que va pasadísimo.

—Como los paren —dijo él—, se lo llevan por delante.

Berta se abrazó a Charlie y sintió el cuerpo del chico temblar.

—¿Tienes frío?

—Uf, yo ya no sé si tiemblo por el frío o por el pelotazo que llevo —dijo él.

Los dos rompieron a reír. A Berta le pareció que Charlie tenía la cara rara.

Todavía era de noche cuando se adentraron en las calles de Archena. Charlie aparcó la moto en la esquina del parque de Europa opuesta a la vivienda de Berta. Al ver la cruz verde de la farmacia, le inundó una sensación de malestar. El lunes tendría que estudiar el modo de saldar la cuenta pendiente que tenía consigo misma y con el resto del mundo, pero en ese momento no le convenía pensar en aquello. Su instinto de supervivencia le dictaba que, si había alguien a quien debía ocultarle su embarazo, ese era Charlie. En uno de los bancos menos visibles, ella se sentó sobre él y se estuvieron besando un rato. Abrazados, entraron en calor. Berta se miró las manos.

—Mira, tío —dijo—, y esto ya no es del frío.

Él estiró los dedos de las manos.

—Ya, a mí también me tiemblan.

—¿Qué mierda llevaría eso? —dijo ella.

—Yo qué sé… —dijo él, besándola.

Desde las copas de los árboles los primeros trinos rompían el silencio de la mañana.

—Yo no puedo llegar más tarde —dijo ella, aplastándose el pelo —. Con suerte mis padres aún no se habrán despertado…

—¿Quieres que te acompañe? —dijo él.

—Qué va, si solo tengo que cruzar el parque y ya estoy… No te preocupes.

El ruido de un motor se aproximó lentamente.

—Son los de la limpieza —dijo ella, descabalgando al chico.

—¿Qué más da?

—Yo que sé. Me da cosa —dijo ella.

Se fijó en el rostro de Charlie, había algo extraño en sus gestos faciales. Sin duda, la droga aún les recorría el cuerpo. El vehículo se internó en el parque a través de uno de los senderos de cemento. Dos hombres se bajaron de la camioneta y comenzaron a volcar las papeleras en el contenedor de la parte trasera.

—Oye, Berta, ¿tú me quieres o qué?

La chica recibió la pregunta como si le hubieran dado una

descarga eléctrica.

—Tío —dudó ella—, claro, joder. Estamos juntos, ¿no?

—Ya, sí…

El chico se la quedó mirando fijamente, como si su mente no estuviera allí. Permanecía quieto, con las manos agarrándole la cintura, inmóvil como una roca. Berta se fijó en sus pupilas, estaban completamente dilatadas y le parecieron extrañas.

—No te rayes con eso ahora, tío. Parece que nos está dando el bajón. ¿Nos vamos o qué? —dijo ella.

—Vale —dijo él.

La voz de Charlie parecía carecer de emociones. Ella se puso en pie, enérgicamente, y sufrió un ligero mareo.

Vieron a un hombre cruzar corriendo por la calle contraria, expulsando el aire de forma rítmica.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —insistió él.

—No, de verdad. Si me ven contigo va a ser peor —dijo ella.

—Vale, como quieras.

Hablaban deprisa. Como con urgencia. Berta percibía con claridad el bombeo del corazón. A lo lejos vieron a alguien paseando un perro. La figura entró en el parque por una de las puertas y el animal se acercó a un tronco y levantó la pata. La silueta se orientó hacia ellos y se quedó así durante unos segundos. Después desapareció por una esquina.

—Gracias por sacarme de allí, Charlie.

—Haría lo que fuera por ti —dijo él.

A Berta le pareció percibir un tono de desesperación en aquella frase. En los últimos días le había visto expresarse con un ímpetu desconocido y, hasta cierto punto, imprevisible.

—¿Nos veremos mañana? —dijo él.

—Voy a estar castigada, pero fijo —dijo ella.

—Pues yo vengo y te salvo otra vez, si quieres.

Se abrazaron y se dieron un beso. Fue más largo de lo que Berta hubiera deseado. Se separaron. Ella fue en dirección a su casa y el chico atravesó el parque en diagonal. Ella le vio llegar a la moto y colocarse el casco. Los trabajadores de la limpieza se movían, trasteando papeleras, por el extremo opuesto del área verde. Pensó en sus padres y el pulso se le aceleró aún más. Decidió fumarse un porro, algo pequeño, para relajarse. Necesitaba ese momento de

soledad después de una noche tan irracional. La moto ya rugía. Vio la mancha verde desaparecer por una de las calles, dejando una estela de ruido. Volvió al banco y se sentó. Desde allí tenía una perspectiva de todas las calles de entrada, por si llegaba la policía por sorpresa, así como del portal de su casa. Mientras liaba el canuto, se dio cuenta de que llevaba puesta la chaqueta de Charlie. Buscó en el bolso el encendedor, se cruzó de piernas y se apoyó en el respaldo. Una pierna no dejaba de temblarle. Oyó una serie de golpes constantes tras ella. Se volvió, sobresaltada, y vio al corredor, con la ropa de deporte completamente sudada. Se puso la mano en el pecho. El corazón no se le sosegaba, pese a que se sentía serena. Inhaló el humo y lo notó salir despacio por la nariz. Al principio percibió los efectos de la relajación, pero, hacia la mitad del porro, una sensación de inquietud comenzó a apoderarse de ella. Se quitó la chaqueta, pese al frío, y hundió el rostro entre las rodillas. La enajenación de la madrugada le volvió a la mente y se le instaló en la cabeza, subiendo como una burbuja enorme que buscara estallar en la superficie. La saliva se le acumulaba en la boca y el entorno del parque comenzó a difuminarse. Intentó emitir algún sonido, pero no era capaz. Algo no funcionaba. Cerró los ojos para intentar recuperar el equilibrio. Los dedos se le relajaron, incapaces de aguantar el canuto. Una voz le habló. Alzó la cara, pero no reconoció a la persona que se dirigía a ella. La visión se le había emborronado. Aquella voz le resultaba vagamente familiar. Le ofrecía ayuda. Dijo que sí, que la necesitaba. Que tenía que sacar a pasear a Wolfe. Al borde del desmayo, apoyó ambas manos en el respaldo del banco y, haciendo un enorme esfuerzo, elevó el cuerpo con la gracia triste de los animales malheridos.

SEGUNDA PARTE

PRESENTE Y FUTURO

25

La tarde comenzaba a refrescar y Robles se subió el cuello de la chaqueta. Se sirvió un café y puso las manos alrededor de la taza. En su pecho bullía un torbellino de dudas acerca de los secretos que Céline le pudo haber ocultado sobre Berta, especialmente si le habría confesado que estaba embarazada. Llevaba varios días barajando la posibilidad de llamar a su mujer; hacía más de tres años que no sabía nada de ella. La última vez que trató de contactar tuvo que telefonear directamente a la casa de sus suegros, porque ella no le cogía el móvil. Estuvo casi tres minutos esperando en línea hasta que su suegro volvió para comunicarle que no se encontraba con ánimo para conversar con él. Ánimo, menuda palabra. Cuánto había tenido que cavar él, durante años, para extraer el ánimo que le permitiera seguir adelante. Día tras día. El ejercicio que afrontaba era complejo: por un lado quería sonsacarle a Céline si Berta le había contado su secreto, pero al mismo tiempo tendría que hacerlo sin desvelar explícitamente o insinuar la información, pues, si no lo sabía, aquella noticia provocaría un dolor emocional enorme a la mujer con la que había compartido la etapa más feliz de su vida. Dio un trago al café y pulsó en el nombre de su mujer. Cuando oyó el sonido de la línea sintió un sobresalto en el pecho. Era un pitido distinto del habitual, más distante; le pareció como si tratara de contactar con un mundo sumergido bajo un líquido espeso. Respiró hondo y se concentró en contar los limones que sobrevivían en uno de los árboles que se mecían levemente ante él.

—¿Hola? —dijo Céline al otro lado.

Robles se quedó un par de segundos en silencio y cerró los ojos.

—¿Hola, Juan Carlos? —insistió.

—No sabía si me lo cogerías… —dijo él—, ha pasado mucho tiempo.

Se hizo un silencio breve.

—Sí, parece que te ha cambiado un poco la voz.

—¿Sí? No sé, será que la señal no es buena aquí, en la huerta.

—He pensado algunas veces en llamarte, pero al final nunca me atrevo.

—No pasa nada, no te preocupes.

—Qué cosa más rara el tiempo, ¿verdad?

A Robles le pareció una idea un tanto desconcertante. La voz de Céline parecía cansada, pero al mismo tiempo cargada de seguridad.

—Sí, supongo que nunca llegaremos a comprender sus misterios. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, en la medida de lo posible. Voy arrastrándome por los días —dijo Céline, y Robles fue consciente de que aún le maravillaba la sonoridad quebrada de la doble erre en aquella voz —. Todo lo bien que se puede estar, después de todo. ¿Y tú?

—Voy poco a poco, aprendiendo a convivir con ello.

Entre frase y frase la conversación se pausaba. Apreció en aquellos tiempos muertos un poso de respeto.

—¿Me llamas por algo en especial?

Robles procesó la pregunta e imaginó a Céline con los brazos abiertos y los ojos apretados, entregada a la posibilidad de recibir la noticia fatal, la que llevaba años esperando para poder cerrar la puerta del infierno, de la pesadilla que se hizo realidad en aquella mañana de domingo.

—No, no tengo novedades sobre el paradero de Berta…

El silencio fue ahora tan prolongado que Robles temió que la comunicación fuera a interrumpirse de forma súbita.

—Vale, entonces, tú me dirás…

—Bueno, he cambiado de psicóloga y me está yendo bien —improvisó Robles—, me ha recomendado que te pregunte si estarías preparada para charlar sobre Berta. Para cerrar heridas.

Céline guardó silencio.

—¿Has dejado la bebida?

Robles carraspeó.

—Sigo luchando contra ello, pero creo que voy ganando.

—Me alegra oír eso —dijo Céline—, pensaba que, tal vez, me llamarías para asuntos de papeles, ya sabes…, por el divorcio.

—Bueno, en realidad no he pensado demasiado en eso. Si te parece podemos dejarlo para una conversación posterior.

—Claro —dijo Céline.

—¿Cómo está tu familia? ¿Qué tal tus hermanas?

—Bien, estamos todos bien —dijo ella—. Mi padre ha pasado un par de achaques, pero ya está recuperado. ¿Qué tal Wolfe? Me acuerdo bastante de él.

—Bien —dijo Robles, mirando hacia el cielo—, está bien. Un poco mayor. Le preparé un espacio en la antigua cuadra, con algunas comodidades, y parece que le gusta.

—Me alegra saberlo.

Los cables de la electricidad atravesaban el cielo como un zarpazo, destrozando la pureza del paisaje. De vez en cuando, un mirlo descansaba sobre ellos y volvía a emprender el vuelo. Recordó la teoría que un compañero de investigación le había contado un día, según la cual el cuerpo de los pájaros es un pésimo conductor de la electricidad y por esa razón la corriente prefiere seguir por el cable y no los electrocuta.

—¿Has encontrado alguna manera de superarlo? —dijo él—. ¿Estás yendo a terapia?

—Sí, de hecho, voy dejando poco a poco la medicación. Estoy asistiendo a un grupo de apoyo en Reims. Me está ayudando mucho.

—Hay que ir despacio. —Robles hizo una pausa antes de entrar en el asunto—: El tema es que he estado pensando mucho sobre Berta y querría saber si alguna vez te contó algo que yo no supiera…

—¿Cómo? No sé a qué te refieres…

Robles percibió una mezcla de sorpresa e incomodidad en la voz que le llegaba desde el otro lado.

—No sé, quizá algo relacionado con su vida personal. Aspectos íntimos entre madre e hija, alguna razón que pudiera haber influido en su decisión de huir…

—Juan Carlos, ya hablamos sobre esto. Berta no se fue, Berta no me habría abandonado… así.

Robles sintió que su mujer se quebraba; parecía que la electricidad de su pregunta iba a atravesarla. Guardó silencio y la dejó hablar.

—No lo compartía todo conmigo —siguió la mujer—, ya sabes la etapa que estaba atravesando… Las drogas, esa gente con la que iba… Estaba cada vez más alejada de nosotros.

—Especialmente de mí —dijo él.

—De los dos.

Céline hablaba despacio, sus palabras parecían flotar. El silencio volvió a dominar la conversación.

—No debimos dejarla ir a aquella fiesta —dijo Céline al fin—. ¿Has descubierto algo sobre ella? Si es así, debes decírmelo, Juan Carlos.

Robles suspiró. Por un momento se sintió en la obligación de compartir con Céline que el cuerpo de su hija albergaba dos vidas.

—Ojalá tuviera algo nuevo, Céline —dijo en cambio—. Solamente trato de ordenarme por dentro, tal vez me he comportado como un egoísta al llamarte.

—No importa. Cada uno debe llevar su proceso. En realidad, te agradezco que lo hayas hecho —dijo ella—. Oye, tengo que atender a mi padre.

—Sí, sí. Claro, pero escucha, Céline: puedes contar conmigo. Estaré por aquí.

—Gracias. Bueno… —dijo ella—, estamos en contacto.

Se despidieron en francés. Respiró hondo y expulsó el aire despacio. La llamada le había hecho bien. Se sentía en paz. Que su mujer le mencionara la cuenta pendiente sobre los papeles del divorcio le invitó a creer que, tal vez, estaba pensando en rehacer su vida. Ese pensamiento le reconfortó. Por otro lado, sin duda, Céline no sabía nada del embarazo de Berta, y así debía seguir. Saberlo solo le haría más daño. Dio un trago al café. Estaba helado.

26

Por el camino contó hasta tres gatos muertos en las cunetas. Era inevitable observar aquel suelo blanquecino y lleno de arrugas y manchas, como la piel de los ancianos antes de dejar este mundo, sin que a uno le entrara la nostalgia. La tierra que unas décadas atrás había sido la madre de los terrenos fértiles, pletórica de cítricos frondosos, de árboles rebosantes de fruta de hueso y de huertos salpicados de los colores de las hortalizas, esos tonos que luego intentan imitar de forma artificial los diseñadores de Pantone y que nunca alcanzarán a igualar. Aquella tierra de sus abuelos, acunada entonces por los cencerros y después por el domesticado sonido de las máquinas de cavar, rodeada de los graznidos de cientos de especies de aves, se había convertido en un erial de malas hierbas amarillentas y arbustos de secano. Se apelotonaban cada vez más fincas rústicas con los muros contrahechos a medio levantar. Reinaba el ruido de motores de coches tuneados, de furgonetas de cristales tintados, de motos de *motocross* imitando el grito de mil matasuegras y de los ritmos zombis de reguetón que amenizaban las fiestas en piscinas ilegales. Un océano de placas solares ensombrecía la tierra y hurtaba una herencia lumínica que no iba destinada a ellas, como los niños abusones que se interponen en las filas de las atracciones de feria. La sequía y el descontrol de la construcción sobre el terreno virgen seguían transformando el paraje y destruyendo la vida. Tuvo que circular durante casi media hora entre el laberinto de senderos, apenas transitables para los turismos, hasta que dio con la vivienda del tal Ortega. Respondía a las indicaciones que le había dado Frías: fachada de ladrillo, bandera de España rasgada en lo alto del tejado, finca con verja negra de puntas en forma de flecha y dos dóbermans, que asomaban el morro por los agujeros de la puerta de chapa. Quedaba al final de uno de los senderos, totalmente aislada y rodeada por unos

terraplenes de arena oscura. Estaba un poco elevada. A más de cincuenta metros, los perros ya comenzaron a ladrar y su alarma fue *in crescendo* hasta que aparcó cerca de la puerta, lo suficientemente lejos para que el inquilino no interpretara la visita como una amenaza.

Bajó la ventanilla y esperó a que algo sucediera. A los pocos segundos oyó el golpe de un cerrojo y el rugir de unas bisagras; después entrevió a través de los barrotes de la verja una cabeza asomarse.

—¿Quién va? —gritó una voz cansada por encima del ladrido de los animales.

—¿Ortega? ¿Puede salir un momento?

—No —volvió a gritar la voz.

El hombre se metió en la casucha y cerró la puerta. Robles permaneció impasible, en la misma posición, y tosió y gruñó, imitando los sonidos caninos, para encender más aún a las gargantas de los animales, que saltaban de un lado a otro, como enloquecidos, arañando los barrotes de metal y golpeándolos con los colmillos. A los pocos segundos la puerta volvió a abrirse y el hombre salió, esta vez a cuerpo completo. Se acercó hasta un lugar en el que estuvo seguro de que su voz sería comprensible.

—Si no te vas —dijo el hombre—, voy a abrirles la puerta a los perros.

—Estoy en el coche, eso no servirá de nada —dijo Robles.

—También tengo una escopeta de cartuchos. ¿Quieres verla?

—No, solo quiero preguntarle una cosa. Es sobre una furgoneta.

—No oigo nada con estos ladridos.

Últimamente había tenido unas cuantas conversaciones extrañas e inesperadas, pero aquella se estaba llevando la palma.

—Quiero hablarle sobre su furgoneta.

—No vendo ninguna furgoneta.

—No, es de una furgoneta que tuvo hace tiempo.

El hombrecillo blasfemó y masculló algunas palabras en voz baja. Volvió a meterse en la casa y salió poco después; se dirigió a los perros, que dejaron de ladrar y acudieron a él como dos cachorrillos. Los ató a una olivera de la que colgaban dos correas y se dirigió a la puerta. Los animales volvieron a protestar, pero el hombre abrió la puerta de la verja y habló desde el umbral:

—¿Quién eres?

—Soy Juan Carlos Robles, usted no me conoce. Estoy investigando el caso del chico que se mató en el desguace.

—¿Eres policía?

—No.

—¿El chico era de tu familia?

—Era el hijo de un amigo, yo soy detective.

—Me parece muy bien, ¿y qué pinto yo en eso?

A Robles le pareció que el hombre estaba tan aburrido y ocioso que aquella conversación le estaba alegrando la sangre. La brisa transportaba los olores del tomillo silvestre que crecía en los bordes de la reguera; el aroma le recordó a los arroces de los domingos en la casa de su madre, un recuerdo tan lejano que le pareció que pertenecía a la vida de otra persona.

—En realidad —dijo al final—, solo necesito algo de información sobre una furgoneta; una que era negra con una franja roja…

—Ah, sí, yo tenía una así, pero ya no la tengo. ¿Y qué pasa con ella?

—Ya sé que no la tiene, está en un desguace. ¿La llevó usted allí?

—No —respondió el hombre con sequedad—, la usaba yo, pero cuando trabajaba. Hace ya diez años de eso, fácilmente.

—¿A qué se dedicaba usted?

Robles sabía que el hombre iba a alargar la conversación, de modo que abrió la puerta y se acercó lentamente hacia la entrada de la vivienda. Ortega mandó callar a los perros, que fueron espaciando sus protestas hasta quedarse en silencio y tumbarse jadeando a la sombra de la olivera. Ortega no mediría más de un metro y medio, y vestía un pantalón vaquero, unas botas de seguridad y una camiseta blanca con la publicidad de una empresa de transportes. Era delgado, pero el estómago se le alzaba hacia delante en una protuberancia redonda; el efecto era idéntico al de los niños que esconden una pelota bajo la camiseta.

—Yo construía estructuras metálicas para las naves industriales. Casi todas las de la zona las he levantado yo —dijo Ortega, señalando el horizonte con el mentón, orgulloso.

—¿Y la furgoneta la vendió?

—Pues no exactamente; cuando me jubilé se la di al último de mis trabajadores. Vamos, se la di, no…, en realidad me la compró, pero por cuatro perras…

—¿Puede decirme cómo se llamaba ese chico?

—¿Es que se ha metido en algún lío?

—No, no. Simplemente estoy siguiendo un rastro.

—Era un buen zagal.

—Estoy seguro. A ver, Ortega, yo estoy colaborando con la Guardia Civil en este asunto —supo que debía presionar al hombrecillo con algún argumento—, he venido a verle para agilizar un poco los trámites.

—Se llamaba Néstor Campillo —dijo el hombre.

—De acuerdo, pero no cambiaron los papeles del vehículo a su nombre ni nada, ¿no?

—Me dijo que se encargaría él, pero, vamos, no sé yo si lo haría. —Hizo un gesto con la mano, como golpeando el aire—. A mí, desde luego, no me llegó ninguna notificación ni nada de eso.

—Entiendo —dijo Robles, alejándose hacia el coche.

—¿Quiere pasar a tomar una cerveza o algo? —se apresuró a decir Ortega.

El tono del hombre varió y los perros comenzaron a ladrar de nuevo.

—No, señor. Muchas gracias, tal vez en otra ocasión —respondió.

El hombre oscureció el gesto dibujando una mueca de decepción. Seguramente era consciente de que había vendido la información demasiado barata. No volvería a tener una conversación novedosa en los próximos días, quién sabe si nunca más. Robles se quedó mirándole fijamente y le sonrió. El hombre respondió con una mirada penetrante y desconfiada, como el jugador que no está seguro de haber aprovechado bien sus cartas.

La noche anterior había caído una tormenta corta, como todas las que descargaban por la comarca últimamente, pero lo bastante intensa como para embarrar los senderos. Gracias a ello, pudo seguir las huellas de sus propios neumáticos y deshilar el camino trazado como un Teseo campestre. Pensaba en eso mientras conducía, en los hilos que unen los casos, en cómo las conexiones van surgiendo, apareciendo de manera velada, como tubos de riego

ilegales que se adivinan por debajo de los campos y roban el agua sulfatada de las balsas colindantes. Esa era su función: buscar uniones, destramar madejas, atar los trozos de historia desconectados a base de astucia, engaños o, las menos de las veces, fogonazos de brillantez o clarividencia. Al otro lado del teléfono contestó Frías:

—Dime cosas, ¿cómo vas?

—Bien, bien. Oye, ¿estás en casa?

—Sí, ¿qué pasa?

—Cuando me hablaste de la paliza que le dieron Jonás y Charlie al Chamorro, recuerdo que mencionaste que en el informe aparecían algunos nombres más…

—Macho —comenzó a decir Frías—, te envié todo el informe por *email*.

—Ya, ya lo sé, pero no he tenido tiempo de leerlo y acabo de descubrir algo, joder. Hazme este favor.

—Vale —dijo su amigo tras un suspiro—, dame un segundo…

Se hizo un silencio en la conexión. De fondo se oía un sonido de papeles y la voz de otra persona elevando el tono; Robles supuso que era la mujer de su amigo. Pensó que, seguramente, no había elegido el momento más oportuno para llamarle. Detuvo el motor en mitad de un camino y se bajó del coche con el teléfono en la mano. Se metió por entre los naranjos y se alejó del vehículo hasta que lo perdió de vista; después se sentó sobre la base de un tronco cortado. Sintió un placer más animal que humano al creerse rodeado únicamente de elementos naturales. Luego pensó en la señal del móvil, en el mando del coche, miró al cielo atravesado por los cables de alta tensión, pensó en la electricidad, en la endeble anatomía de los pájaros, y la sensación de paz se le enturbió.

—Sí, aquí los tengo —dijo Frías—. Sergio Albarracín Balsalobre, que era el que tenía los contactos, y el otro se llamaba Néstor Campillo Olmedo.

En cuanto escuchó el nombre se levantó como un resorte y caminó hacia el sendero.

—Néstor era el camello que menudeaba con los alumnos del instituto, ¿no?

—Sí, le llaman el Champi. Viene en el informe, lo puedes…

—¿Sale su dirección?

El otro volvió a suspirar. Al cabo de unos segundos dijo:

—Sale una ficha antigua, de cuando tenía dieciocho años. Ahora tiene treinta y cuatro, así que no creo que…

—Vale, vale —interrumpió Robles—, gracias, ya me las apaño yo. Te dejo.

—Ok, ya me dices si das con algo. Un abrazo.

Colgó, se sentó en el coche y escribió en Google el nombre y los dos apellidos, acompañado del nombre de la comarca, para geolocalizar la búsqueda. En el tercer resultado apareció una fotografía de Instagram; en ella se veía a dos chicos que posaban vestidos con monos corporativos del desguace de Gerardo. Entró en la publicación y después fue al perfil: @Nestor_Champi_88.

—Aquí estás, cabrón —dijo en voz alta.

Aparecía en decenas de fotos: de fiesta, en el curro, con los compañeros del equipo de fútbol, con algunos ligues, en la cena de Navidad de la empresa con don Gerardo, el Limas y otros tantos más. Era un tipo pelirrojo con el pelo rizado y frondoso, de ojos claros y barba sin cerrar. La última publicación era de hacía once días. Se fijó en la sonrisa y amplió el rostro. Un ardor, como de lava que brotara de un lugar muy profundo, se fue apoderando de él. Reconoció enseguida la ira, como la que le asaltó la noche en que se lio a palos con el yerno del Pulga. Tenía que ser él. Era él. Iba a por él.

Dejó atrás aquellas tierras y salió a la carretera asfaltada en dirección al desguace. Sentía la urgencia de acelerar, de agarrar todos aquellos indicios por la pechera, convertirlos en una masa informe y estamparlos contra alguien.

Robles sacó turno y cogió un caramelo mentolado de la pequeña cesta de mimbre que había en el mostrador. Estaba harto de volver una y otra vez a aquel sitio. Cuando cruzó la mirada con Germán, este se escabulló y se metió en la trastienda. Robles saludó a los paisanos levantando la cabeza. No cabía duda de que el negocio de don Gerardo iba viento en popa. No le extrañaba, pues, a fin de cuentas, hay personas que aman sus coches más que a sus propias mascotas, e incluso más que a sus parejas. En este sentido un desguace podría compararse con una clínica de trasplantes de órganos. Uno puede cuidar de su vehículo hasta el último día, con la misma atención con que se trata a un familiar anciano en silla de

ruedas. Luego están quienes precisan arreglar sus máquinas para desplazarse cada día para ganarse el pan, o los que tienen el coche como herramienta indispensable de trabajo, como los repartidores autónomos o los comerciales. Así, el tránsito de clientes, coches, piezas y obreros era incesante. Las ropas de la mayoría estaban llenas de grasa, de aceite y de manchas de dudosa procedencia. Se comunicaban a voces y con insultos o improperios a mitad de camino entre la falta de respeto y el exceso de confianza.

Buscaba a un tipo pelirrojo, que, aunque se hubiera afeitado la cabeza al cero, habría desentonado entre aquella amalgama de cuerpos de piel cuarteada, oscuros y desaliñados. Robles no fue capaz de localizar a nadie que se pareciera a la persona que buscaba. Vio pasar a Germán a lo lejos, de camino a una de las naves, acompañado de otra persona, y salió en su busca. Le llamó desde la distancia.

—Ahora voy, ahora voy; coño, pesado —le gritó.

Robles partió el caramelo con las muelas y lo trituró; las mandíbulas se le pegaron y despegaron mecánicamente por el azúcar industrial. Apretó los puños con tanta fuerza que activó la musculatura del costado y el dolor de la costilla le sacudió. Lo que menos necesitaba en ese preciso momento era que aquel puto quinqui le tocara los cojones. A los pocos minutos Germán volvió a la zona de recepción e insistió en la discusión con el desconocido. Robles le chistó, el muchacho le hizo un gesto al cliente y se dirigió hacia él.

—¿Qué cojones quieres ahora? —dijo Germán cuando llegó a su altura.

—Mira, pedazo de mierda. He estado a punto de entrar en la trena por reventarle la cabeza a uno que no era ni la mitad de gilipollas que tú —Robles hablaba y sentía que la voz se le estaba escapando hacia lugares imprevisibles—, así que, como me vuelvas a hablar de esa manera, te juro por mis muertos que no te encuentran ni los buzos del pantano.

—Vale, tío. Joder, tenemos mucho lío —dijo Germán—. No sé nada más de lo de la matrícula.

—¿Quién coño es Néstor?

—¿Cómo?

—Néstor Campillo, joder, un pelirrojo que trabaja aquí.

—Ah, coño, el Champi, es que nadie le llama por su nombre. No está currando ahora, está de baja por una lumbalgia —dijo el chico, dando pasos hacia la nave industrial para cobijarse en la sombra—. Hace un par de semanas que no viene… El jefe está hasta los cojones de él, pero no le echa.

—¿Y dónde vive?

—La dirección exacta no la sé, pero sé que por La Gineta.

—La próxima vez que me veas, me saludas, ¿estamos? —dijo Robles.

—Estamos, estamos —dijo el otro.

Robles le pegó dos veces con la palma de la mano en el hombro, con una fuerza desmedida, y se dio media vuelta. De camino hacia la salida, acudió al montón de chatarra que continuaba cerca de la puerta. Se agachó, rebuscó un poco, recogió una barra corrugada de acero y un trozo largo de alambre enrollado, y se marchó.

27

De camino, paró en otro pueblo, se detuvo en una panadería y compró dos pasteles de carne y dos botes de cerveza. Las viviendas de La Gineta se apelotonaban en un desorden de estilos, colores y alturas a lo largo de las calles. En los tendidos eléctricos colgaban banderolas y bombillas, aunque daba la impresión de que seguían allí por pura dejadez, pues la localidad no presentaba ambiente festivo. Dos camiones de conservas invadieron casi toda la calzada y tuvo que dar un volantazo hasta subirse a la acera por seguridad. Llegó al bar del pueblo. Había una barra metálica fuera, rodeada de una malla de cañizo, donde se agolpaba una veintena de jóvenes. A su lado, en dos mesas, unos cuantos se jugaban el sueldo a las cartas. Entre los que miraban y comentaban las jugadas, descubrió unos rizos grasientos y anaranjados. Paró el coche cerca, sacó el móvil y volvió a buscar en el perfil de la red social, más por relamerse que por comprobar que, efectivamente, era el Champi. Se había dejado la barba unos días más de lo que se percibía en la foto del teléfono, pero sin duda era él. Fumaba y gritaba de forma impostada, intercambiando navajazos verbales con los demás. Observó al personaje, estudiando sus movimientos y sus gestos. Tardó tanto tiempo en ser consciente de que estaba apretando la llave del coche con la palma de la mano que se le quedó la marca en la piel. Un cúmulo de sensaciones le aceleraba el ritmo cardiaco. Odiaba a ese hombre más que a nada en el mundo. Le estaba convirtiendo en el foco de su ira sin estar completamente seguro de que hubiera hecho nada, pero necesitaba un tubo de escape por donde dejar salir aquella repulsión. Sabía que primero debía hablar con él, interrogarle, preguntarle por qué se había deshecho de la furgoneta, por qué la cadena de Berta se encontraba en la parte trasera. Los pensamientos negativos le iban inundando, provocándole sudoración. Imaginaba el modo de vengarse de

aquella alimaña si admitía que estaba tras la desaparición de su hija. Durante la vigilancia, el objetivo se metió tres veces al bar con otros parásitos de calaña similar. Cada vez que salía sus gestos eran más histriónicos. No paraba de tocarse la nariz y la mandíbula le bailaba de un lado a otro cuando estaba en silencio. Durante dos horas, los jugadores se turnaban. Echó mano a uno de los pasteles de carne y abrió una cerveza. Finalmente, hacia las once de la noche, el Champi respondió a una llamada y, junto a otro hombre, se levantó y se dirigió hasta un coche situado a unos doscientos metros del Ibiza de Robles. El vehículo se puso en marcha. Era un Citroën Saxo tuneado, con luces verdes fluorescentes en las llantas y una franja roja de freno en el parabrisas trasero. Gracias a la estrambótica decoración no le fue difícil seguirles la pista visual, pese a dejar que se alejaran bastante de él por momentos. Salieron del valle y cruzaron varias carreteras secundarias hasta tomar un desvío a la altura del polígono del Tiburón. Robles dedujo que iban hacia allá y atravesó por la vía de servicio que circunvalaba el complejo de naves. Aceleró para atajar y los esperó al otro lado del aparcamiento del club. Desde allí disfrutaba de una visión clara de la zona. Apagó los faros. A los pocos segundos vio el Saxo llegar dando acelerones y con música tecno a todo trapo. El Champi y el conductor se bajaron del coche y entraron en el club caminando a grandes zancadas. Recordó a Daniela, la chica que había tratado de ayudarle; un pensamiento llevó a otro y sintió un vacío al acordarse de Charo. Aunque, con las experiencias, se había acostumbrado a la soledad o el abandono. Abrió otro bote de cerveza y se bebió la mitad de una vez. Sacudió la cabeza cuando tragó el líquido, ya caliente. El Champi salió solo del local, con una bolsa de deporte rectangular, oscura y voluminosa. No se dirigió al Saxo, sino a otro coche situado al lado. Se trataba de un Dacia Sandero de color blanco, uno de los modelos más comunes del mercado y, por lo tanto, de los que menos llamarían la atención. El pelirrojo abrió el maletero y echó la mochila dentro. Después se montó, arrancó y se puso en marcha. Robles lo siguió a lo lejos, sorprendido por la lentitud con la que circulaba el vehículo. Creyó que, a los ojos de unos agentes de tráfico, ese exceso de cautela habría provocado el efecto contrario y habría despertado las alarmas. Apagó las luces para que el Champi no le detectara. La noche era tan clara que

parecía estar a punto de amanecer, aunque solo eran las dos de la mañana. El perseguido circulaba por los senderos haciendo eses con frecuencia y estuvo a punto de salirse de la vía y caer a los bancales en un par de ocasiones. Robles supuso que le habían dado una dirección para que entregara la mercancía de la mochila y que el Champi iría comprobando el trayecto con el GPS de su teléfono móvil. Pensó que este era el tipo de trabajo que hacía Dani. Aquello era lo más alejado a una persecución de película que alguien pudiera imaginar: un borracho conduciendo un vehículo a quince kilómetros por hora por sendas de huerta y, a cincuenta metros, otro coche, con las luces apagadas, frenando en cada curva. El Dacia giró hacia la izquierda y, desde su perspectiva, Robles acertó a adivinar que se trataba de una recta larga que seguía la vereda del río. Decidió torcer por la siguiente senda y aceleró. Oculto entre los frutales, veía el coche del Champi circular en paralelo. Sabía que se arriesgaba, porque muchos de aquellos caminos no llevaban a ningún sitio; sin embargo, esta vez la fortuna se le puso de cara y pronto giró para interponerse en su camino. Robles apretó los dedos contra el volante y clavó los ojos en el coche que se aproximaba. El Dacia se acercaba con parsimonia. Acertó a ver el rostro del pelirrojo iluminado por la pantalla de su móvil. Llegado el momento, Robles sonrió y aceleró bruscamente, dispuesto a embestir la parte delantera del otro coche. El Champi levantó la cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido y Robles encendió las luces largas, cegándolo. Acertó a ver el gesto sorprendido y aterrorizado del pelirrojo, que dio un volantazo y perdió el control, de manera que el Dacia quedó con la mitad delantera embocada en la cuesta de tierra que bajaba hasta el río. Robles se bajó del vehículo con la barra de metal en una mano y el alambre en la otra, y corrió hacia la puerta del piloto del otro coche. Con un golpe seco rompió la ventanilla. Dentro del habitáculo, vio al Champi tratando de coger una pistola de calibre corto de la guantera. Justo se estaba girando hacia él cuando, desde el exterior, golpeó con la barra en las manos del pelirrojo. El disparo sonó en la noche y salió por la ventana del copiloto. Nadie sabrá nunca dónde acabó esa bala.

—Hijo de puta, hijo de puta —gritaba Robles mientras con la barra golpeaba la cara y las manos del Champi.

En cada golpe que daba, los cristales residuales de la ventanilla

se le clavaban en los brazos. Pero Robles no percibía el dolor. La ira que dominaba su ser se imponía sobre cualquier otro estímulo.

—No me mates, no sé qué es lo que llevo, de verdad. No me mates —balbuceó el Champi mientras soltaba el arma y levantaba las manos.

—Bájate del puto coche. Que te bajes —silabeó Robles replicando cada golpe de voz con uno físico sobre el cuerpo del Champi, a quien la sangre le caía sobre los ojos y le impedía acertar a abrir la puerta.

Robles metió la mano, hiriéndose de nuevo en el antebrazo; abrió la puerta por dentro y sacó al hombre cogiéndole por los pelos. Le lanzó contra el suelo y le golpeó en las piernas en varias ocasiones. Tuvo que encender la linterna del móvil para dar con la pistola y cogió el teléfono del Champi del asiento del copiloto para comprobar la dirección a la que se encaminaba. Cuando se volvió el hombre se arrastraba sobre una tierra de labranza, apoyándose sobre una sola pierna.

—No corras, que te va a dar igual —dijo Robles—. ¿Es aquí a donde ibas?

—Si no lo entrego a tiempo, me vendrán a buscar y te encontrarán. No me mates, yo te daré mi parte…

—Cállate —dijo Robles con un grito que le brotó de las entrañas —, no me importa una mierda tu dinero, yo no tengo miedo a tus jefes.

Las voces flotaban en mitad de la noche y despertaron los ladridos lejanos de algunos perros. A Robles le pareció que la quietud y la escasa visibilidad daban al escenario la apariencia de un planeta remoto y desolado. Descargó la pistola sin que el Champi lo viera y se la colocó en el cinturón. Después le ató las manos y los pies con el alambre.

—Como abras otra vez la boca te pego un tiro aquí mismo —le dijo.

Abrió el maletero, después corrió la cremallera del macuto y dentro encontró varias bolsas con billetes, decenas de pasaportes y dos paquetes con forma de ladrillo. Intuyó que sería cocaína. Robles se quedó unos segundos pensando. Tenía la boca seca, se miró los brazos y la ropa ensangrentados. Observó al Champi. Fue a su coche y se terminó la media cerveza caliente de un trago. Luego se dirigió

hacia el hombre, que balbuceaba en voz baja una especie de rezo gimoteado.

—Mira, pedazo de mierda. No te voy a matar, tranquilo por eso. ¿Tenías hora de entrega?

—Saben que he salido —dijo muy flojo.

—No te oigo, gilipollas. Habla claro.

—Saben que he salido con la mercancía —dijo el otro, tomando aire—; me están esperando. Cambian la ruta en cada entrega y saben por cuál voy.

El detective se quedó unos segundos reflexionando. Trató de concentrarse en el sonido del agua que avanzaba por el cauce de río, unos metros más abajo. Cerró los ojos, respiró hondo y movió el cuello de un lado a otro. Le crujió. El corazón le latía a toda velocidad, pero el cerebro estaba calmado y lúcido, aunque un calor intenso le ardía en las orejas y en las sienes sentía el golpeo invisible de una olla a presión. Ya podría haberle dicho que sabía que estaba relacionado con la desaparición de Berta, pero no lo había hecho por una doble razón: por un lado quería paladear el momento y, por otro, temía encontrarse con un nuevo muro que le obligara a tirar la toalla. Temía más que nada en el mundo verse obligado a volver a empezar de nuevo, a abrir una nueva vía para encontrar un antídoto para aquel dolor, una respuesta que llenara el vacío. Embebido en los ruidos de la naturaleza, barajó varias opciones: dejar allí el coche y que los mafiosos fueran a recuperarlo, aunque eso significaría que buscarían a la mula y acabarían siguiéndole a él; otra opción era coger el dinero y llamar a Frías para que se incautaran de la droga y la documentación falsa. Sin duda era la jugada más inteligente, pero pensó que podría repetirla en cualquier otra ocasión. También podía dejar que el Champi terminara el encargo y hablar con él más tarde. Descartó la idea de interrogarle y, después, pegarle un tiro allí mismo, tirarle al río junto al alijo y los pasaportes, y largarse con la pasta. Aunque su tribulación le dictaba que optara por la rabia, eligió la alternativa que le pareció más limpia. Se dirigió hacia su coche y abrió el maletero, donde aún estaba la bolsa de ropa que había guardado cuando había visitado al Limas.

—Vale, levanta… —dijo Robles.

Lanzó la bolsa al lado del Champi y le desató los alambres de las

manos. Con la respiración entrecortada, el otro levantó la vista arqueando las cejas, como si no comprendiera.

—Tendrás que inventarte una excusa para toda esta mierda; diles que has tenido un accidente —dijo sacando el arma del cinturón y apuntando con ella hacia abajo—, me habrías pegado un tiro, ¿eh, cabrón? Quítate el alambre de los pies y levanta.

El hombre obedeció, pero no dejaba de jadear por el dolor.

—Tengo algo roto, creo que me has partido un puto hueso del culo —dijo el Champi.

—Agradece que estás vivo. Será una fractura pequeña, una fisura; no me seas flojo —dijo Robles, y se puso en cuclillas—. Mira, vamos a devolver el coche a la carretera; después bajarás al río, te bañarás, te limpiarás la sangre y te vestirás con esto. Ahí tienes unos pantalones y una camiseta limpios; te irán bien de talla. Eran para mí, pero los vas a necesitar más tú. Después terminarás la entrega. Si dices algo de lo que ha pasado, en menos de tres días te encontrarán, junto a tu familia, en una cuneta, con un tiro en la cabeza.

Los ojos del Champi eran la fiel imagen del terror.

—Pero ¿por qué? ¿Quién eres?

—¿Que quién soy? Ya te enterarás. Ahora empuja, que tenemos que sacar el coche de ahí.

Le pidió que se quitara la camiseta y sacudió con ella los cristales del asiento del piloto. Mientras el Champi empujaba desde la cuesta, dio marcha atrás al Dacia. Las ruedas delanteras tardaron en hallar apoyo sobre la tierra blanda de la ribera, pero al fin devolvieron el coche a la senda. El Champi bajó a la orilla del río cojeando y tropezando un par de veces. Robles miró el teléfono y vio que había recibido un WhatsApp de Charo. «Qué oportuna», pensó. Era una foto, en la que la mujer aparecía tumbada en la cama, con un quimono negro y dorado entreabierto. Dracma estaba al lado. Leyó el mensaje «Perdona por no dar señales de vida. He tenido un lío que flipas, ya te lo contaré. ¿Cuándo podemos vernos?». Se quedó mirando cómo el desgraciado del Champi se frotaba el rostro, de rodillas, con la camiseta ensangrentada. Se bajó del coche y se colocó delante de los faros del vehículo. Con una mano puso el móvil en modo retrato y con la otra se apoyó la barra de hierro en el hombro. Después se hizo un selfi enfocando desde

abajo. Miró el resultado: la barba de varios días, el pelo completamente alborotado, los brazos y el rostro ensangrentados, el anillo de Berta colgando del cuello y una mirada perdida en algún punto próximo al objetivo. Le pareció una imagen de lo más icónica, sacada de una fusión entre un personaje de *Alguien voló sobre el nido del cuco* y otro de *La naranja mecánica*. Escribió «Yo sí que he tenido un lío que flipas. Ya te contaré» y pulsó en la tecla de enviar.

El Champi subía por la rampa arrastrando una pierna. Vestía la camiseta y los pantalones del detective.

—Te quedan muy bien —dijo Robles—, móntate en el coche.

El otro escupió en el suelo y se dirigió a la puerta. Robles se interpuso en su camino y le colocó la punta de la barra en el pecho.

—¿Dónde te esperan? ¿Es un club, una casa…?

—Es una gasolinera.

—Vale, yo estaré cerca. —Robles dio un paso más y subió la barra contra la garganta del Champi—. Cuando veas a esa gente, ni se te ocurra decirles nada de esto. Actúa como si nada o eres hombre muerto. ¿Entendido?

Le hizo repetir la respuesta dos veces, se subió en su coche y le siguió hasta el destino.

—¿Has cogido algo del macuto? —dijo el Champi.

—No he tocado nada.

—Mira, de verdad, si has cogido algo me lo van a sacar a hostias…

Robles se percató entonces de que al otro le faltaban varias piezas dentales. Era algo habitual entre los hombres de la zona, víctimas de la mala vida de los pueblos. O demasiada inversión en coca o demasiado miedo al torno del dentista. O tal vez se debiera a que se le había ido la mano golpeándole con la barra de hierro.

—Te he dicho que no he tocado nada. Tú haz lo que te he ordenado y, después, conduce de vuelta en dirección a tu pueblo. Nosotros te estaremos esperando.

Supo que el uso de aquel plural dotaría de mayor dimensión a la amenaza, a la desorientación de aquel cretino.

28

Imaginó que el Champi estaría haciéndose preguntas: «¿Por qué alguien que me trata así no quiere robarme la mercancía? ¿Será miembro de una banda rival? ¿Será un nuevo agente que entra en los negocios oscuros de la zona?». En todo caso, Robles estaba convencido de que el pelirrojo no se iría de la lengua. Había visto el pánico en sus ojos.

Circularon despacio hasta que Robles distinguió, a lo lejos, una estación de servicio situada en mitad de la llanura. En ese momento se desvió y dio un rodeo hasta una loma para ganar una visión panorámica de la parte trasera del local. Sacó de su maletín de cuero los prismáticos y, desde el coche, siguió los movimientos del Dacia. Unas pocas farolas lanzaban perezosos rayos de luz artificial sobre el área de descanso, en la que había aparcados dos camiones de transporte, en paralelo. El Champi se metió entre ellos para ocultar el coche. Después apareció caminando, tratando de cojear lo menos posible. Llamó a una puerta de chapa, alguien abrió y entró por ella con el macuto en la mano. Las luces del negocio estaban apagadas, pero la gasolinera parecía estar funcionando de manera legal durante el día, pues el precio abusivo del combustible se reflejaba en los paneles. Unos diez minutos más tarde, el Champi salió por la misma puerta, se dirigió hacia los dos camiones y se coló entre ellos. Robles vio cómo el Dacia salía del hueco marcha atrás. El pelirrojo tomó la carretera secundaria por la que habían llegado. El detective arrancó y, a los pocos minutos, ya estaba de nuevo tras él. En un momento dado, emitió unas ráfagas de luces largas. El otro frenó y se echó a un lado en el camino. Robles cogió la pistola, se puso a su altura y le hizo una señal con el arma para que bajara la ventanilla.

—Baja tu coche a esa rambla y súbete a este conmigo —dijo.

Se quedó con el Ibiza en marcha viendo cómo el otro obedecía

su orden.

—¿Te han preguntado algo sobre eso? —le dijo ya en el coche, señalándole a la pierna.

—Sí, les he dicho que tuve una pelea. No sé hasta qué punto se lo han creído.

—Vale. Bueno, ese es tu problema. De lo nuestro ni palabra, ¿no?

El otro negó con la cabeza y Robles tuvo que repetir la pregunta para obtener una confirmación verbal. Condujo durante casi quince minutos hasta llegar al desierto de Mahoya. El camino serpenteaba entre las montañas áridas, que se asemejaban a montones de sal bajo la luna. Aquel territorio de *badlands* era un lugar fantástico, propio de un escenario de ciencia ficción. Subió una cuesta hasta llegar a la cima de un cabezo. Aparcó el coche en mitad de la explanada y se giró hacia el Champi con la pistola en la mano.

—He visto antes que llevabas un paquete de tabaco en el coche, ¿lo has cogido?

El otro se echó la mano al bolsillo, sacó un paquete de L&M y se lo ofreció.

—Vaya mierda fumas —dijo Robles, sacando un cigarro.

Se metió la cajetilla en el bolsillo y usó el encendedor del salpicadero. El silencio era total. Dio una calada profunda y expulsó el humo acompañándolo de un sonido cansado y largo.

—Mira —dijo muy despacio—, he esperado mucho tiempo este momento y quiero que me digas la verdad.

—¿La verdad sobre qué? —dijo el otro.

—No hables más hasta que te pregunte, por favor —ordenó Robles con tranquilidad—. Si te pego un tiro aquí hoy, nadie va a echar de menos a un puto mulo. Además, seguramente te acabarán relacionando con los mafiosos esos para los que trabajas. Puede que lo haga o puede que no. A lo mejor, si no me dices lo que quiero oír, llamo a uno de mis contactos en la Guardia Civil, le digo dónde se reúnen tus amigos y les doy la información clara de quién ha sido el chivato. Entonces, cuando caigas en sus manos, rezarás para poder volver atrás en el tiempo, para retroceder a este lugar, a este preciso momento, y suplicarme que te vuele los sesos. Pero ya será tarde.

—Tío, que tengo familia —dijo el Champi.

—Anda, mira —dijo Robles—, yo también la tenía y ahora quiero saber qué le pasó.

Fumó despacio.

—Escúchame atentamente, malnacido —continuó Robles, y se giró hacia el copiloto, sin dejar de apuntarle a la cara—: ¿tú mataste a Berta Robles?

Percibió cómo, de inmediato, el rostro del Champi se transformaba y el pecho se le hinchaba y agitaba. Sin duda, no esperaba escuchar aquel nombre.

—¿Berta? Yo no sé…

—Sí, sí —dijo Robles despacio—, tú sí que sabes. Berta Robles Renard, era la novia de Charlie. ¿Te va sonando?

—Sí, si ya sé de quién me hablas —balbuceó el pelirrojo—, pero yo no le hice nada.

A Robles no se le escapó el uso de ese «hice» que transmitía finitud, algo terminado, que significaba de alguna manera la idea de un crimen.

—¿Sabes quién se lo hizo?

—No, yo no…, pero ¿de qué va todo esto? Esa chica desapareció hace casi diez años, yo no sé de qué me estás hablando.

—Bájate del coche, hijo de puta —dijo Robles, dándole golpes con la culata en la cabeza, como un niño enfadado hace con otro en el patio de un colegio—. Ni se te ocurra salir corriendo o te encontrará un senderista hecho un fósil.

El otro hizo caso y se quedó delante del vehículo, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre la pierna sana. La luz de los faros recortaba su silueta. Robles se apoyó en el capó.

—Yo soy el padre de Berta, cabrón —dijo Robles.

El otro resopló.

—Y sé que tú tienes que ver con su desaparición —siguió diciendo el detective—. El verano anterior a que desapareciera yo estaba investigando con la Guardia Civil una serie de robos en chalets, te acordarás de eso porque tú estabas en el ajo…

—Yo no… —balbuceó el otro.

—Cállate y no lo niegues más, joder —siguió Robles—. Tenía bajo seguimiento una furgoneta, una negra con una franja roja. ¿Te suena? Y, al desaparecer Berta, desapareció también esa furgoneta, ¡qué casualidad! Ahora he descubierto que era propiedad de un

constructor llamado Ortega y que él te dio la furgoneta a ti. ¿Qué te parece? ¿Voy bien?

El Champi no respondió. Robles se puso un cigarro en la boca y, cuando se dio cuenta de que el mechero estaba dentro del coche, lo escupió y lo pisó.

—Lo curioso es que encontré esa furgoneta en el desguace de Gerardo —continuó Robles—. Ese puto desguace es el centro de todo, ¿te das cuenta? Bueno, pues dentro había una cadena. Una muy curiosa, con una B grabada en una de las caras. ¿Adivinas de dónde viene esa B?

El Champi tragó saliva.

—¡No te oigo! —gritó Robles agitando el arma.

—De Berta —dijo el otro.

—¡Vaya! Por fin nos ponemos de acuerdo —dijo, dando un paso adelante—, ¡ponte de rodillas, cabrón!

El Champi obedeció y levantó las manos.

—Yo no le hice nada, de verdad… Se lo conté todo a la policía.

—¿Ah, sí? Pues repítemelo a mí, porque no me suena de nada.

—Vale, vale, joder. —El hombre tardó unos segundos en ordenar sus pensamientos—. Mi mujer estaba de guardia esa noche, trabajaba en el geriátrico, y yo estaba solo con el bebé en casa. De repente, hacia las cinco de la mañana, el crío se puso fatal, no paraba de llorar y tenía casi treinta y nueve de fiebre, con convulsiones. Llamé a mi mujer, pero no me lo cogía y tuve que llevar al bebé a Urgencias a las seis de la mañana. Estaba lleno de gente y estuve esperando más de dos horas a que le atendieran.

—El último rastro de Berta indica que desapareció sobre las siete… —dijo Robles, dando un paso hacia el hombre.

—Ya…, pero mi mujer fue al hospital más tarde, cuando pude contactar con ella, y estuvimos allí los tres hasta pasadas las nueve de la mañana. Está todo registrado en el hospital. Luego volvimos a casa con el bebé y pasamos el día durmiendo.

De pronto, todo dio un vuelco en su cabeza. Si aquello era cierto, debía volver a empezar. La sensación de aceptar que se encontraba de nuevo en un callejón sin salida le superaba. Acercó el cañón del arma al pelo enredado y sucio del pelirrojo.

—¿Y qué coño hacía el colgante de mi hija en tu furgoneta?

—Mira, tranquilo, de verdad —dijo el Champi levantando la

cara y mirando a los ojos a Robles por encima del cañón—, eso sí te lo puedo explicar. Tu hija, vamos… Berta y yo teníamos un lío.

Robles torció el cuello hacia un lado y se quedó en *shock*, paralizado, como si aquellas palabras se hubieran transformado en un chorro de nitrógeno líquido que le alcanzara de pleno.

—¿Mi hija contigo? —El asco se adhirió a cada palabra de Robles.

—Sí, joder. Por favor, deja que me levante, tengo la pierna fatal.

—Ni de puta coña, sigue.

—Mira, yo soy nueve años mayor que Berta. Por aquella época andaba siempre por el instituto vendiendo hachís a los chavales y tratando de ligarme a las crías. El caso es que, por entonces, como te he dicho, estaba casado y tenía un hijo…

—¿Tú sabías que Berta estaba embarazada?

El hombre guardó silencio durante unos segundos.

—Sí, me lo dijo, pero no me lo creí —contestó el Champi—. Imaginé que era una manera de presionarme, porque yo ya no quería seguir con aquella relación… Mi mujer sospechaba y le habían llegado rumores de que tenía una aventura con otra.

—¿Así que es posible que estuviera embarazada de ti? —preguntó Robles pasados unos segundos.

El otro no respondió, aunque no fue necesario. Dio una vuelta sobre sí mismo y después se quedó mirando hacia el terreno de montañas blancas y peladas. De pronto le pareció un paisaje puro y hermoso. Estuvo a punto de decir algo, pero solo acertó a doblar la lengua y apretar los dientes. Después se rascó la cabeza con la punta del arma. Fue al coche y se sentó. Pulsó el mecanismo del mechero y se quedó mirando al hombre que había delante de él, de rodillas, como un pasmarote. En el caso de que su hija siguiera viva y no hubiera abortado, una ecuación improbable, pero todavía posible, aquel puto drogadicto, aquel traficante de poca monta, aquella escoria tenía todas las papeletas de ser el padre de su nieto. Tenía cierta gracia verle allí vestido con su propia ropa. Se imaginó arrancando el coche, pisando el acelerador a fondo y llevándoselo por delante, el cuerpo volando por los aires. El resorte saltó y encendió el cigarro; pensó en marcar a aquel indeseable con el metal incandescente, como al ganado. Cerró los ojos, tratando de serenarse, y absorbió aquel cigarro con todas sus fuerzas. Se quedó

en silencio, concentrándose en el humo al entrar y salir de su cuerpo. Tras un par de minutos poniendo en orden sus pensamientos, consideró que era un buen momento para extraer información sobre el otro caso.

El detective se bajó del coche y se volvió a colocar delante del Champi.

—Volvamos a la furgoneta, ¿la dejaste tú allí?

El pelirrojo asintió, moviendo la cabeza como uno de esos perros falsos que se colocan en las bandejas traseras de los coches.

—Sí, la coloqué yo —dijo—. Cuando supe que Berta se había ido, temí que me relacionaran con su desaparición, así que decidí deshacerme de ella. Por entonces me encargaba de apilar los vehículos con la grúa.

—Y la escondiste entre unos coches viejos que eran carne de chatarra…

—Me dijeron que los destrozarían en pocos meses, pero al final todo se retrasó…

—¿Y pusiste unas cintas de música antiguas en la guantera para despistar?

—Qué va, estaban ya allí. Creo que eran del hijo del Ortega. No sé nada de eso.

—Ya me imaginaba que no te daría el cerebro para tanto. Mira —dijo, poniéndose en cuclillas—, estoy dispuesto a cubrirte con lo de los ucranianos si me dices lo que le pasó al Dani. Sé que no fue un accidente y tú te quedaste con los encargos, así que tienes que saber cosas…

—Los encargos nos los repartimos entre varios, a mí me cayeron de rebote —dijo el otro—. Tienes que hablar con uno que se llama el Limas, él lo sabe todo.

—Sé quién es… ¿Lo sabe todo sobre qué?

—Pues sobre las cámaras, los papeles de la máquina y todo ese rollo… —dijo el Champi—; el accidente estaba grabado, pero no sé lo que pasó con las imágenes.

—Primero vamos a por el Dacia y luego me llevas hasta su casa —dijo Robles.

29

El Champi aparcó enfrente del bajo del Limas y pulsó el contacto que aparecía en la pantalla de su móvil. La llamada saltó por el manos libres. La comunicación se cortó después de siete tonos. El pelirrojo insistió y esta vez una voz respondió, en voz baja, al otro lado:

—¿Qué coño quieres?

—Sal, tenemos que hablar, tío. Es una urgencia.

—Tronco, son casi las tres de la mañana.

—Que salgas, joder.

—¿Es sobre los repartos?

—Sí, tío. Es algo gordo.

—Vale, vale —dijo el Limas resoplando—, dame unos minutos, que tengo a esta ladrándome desde la cama —añadió.

El Champi encendió un cigarro, bajó la ventanilla y apoyó el codo sobre la puerta del coche. No cabía duda de que el Limas disfrutaba de una posición privilegiada entre los soldados de la organización. Se iba a comprar una casa en la zona más próspera del municipio, a las afueras, en un edificio de nueva construcción, con buen acceso a la autovía y muy cerca del Mercadona, epicentro y símbolo de progreso de cualquier población. El silencio era total. A los pocos minutos, el Limas apareció con una sudadera retro de fútbol, bermudas y chanclas. Cruzó la calle y se subió en el coche. Chocaron las manos.

—¿Qué pasa, tío? ¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Te han robado la mercancía?

Encendió un porro y se echó atrás en el asiento expulsando el humo.

—No, no; está todo entregado.

—¿Entonces? ¿Te han dicho algo los ucranianos? ¿Ellos te han hecho eso?

—No, tío. Es que ha sido una paranoia… Hago la entrega en la gasolinera y, cuando ya voy de vuelta al pueblo, se me cruza un coche delante y otro detrás. Entonces salen dos tíos y se me acercan…

—Joder…

—Yo pensaba que me iban a acribillar ahí mismo…

El Limas echó el cuerpo hacia delante y hacia atrás con fuerza, varias veces, blasfemando.

—… y me dicen que son guardias civiles de paisano —siguió el Champi.

—¿Eso esta noche?

—Sí, sí. Ahora mismo, vamos, hace menos de una hora. Me han preguntado que de dónde venía, les he dicho que volvía de dejar a mi novia en su casa, y se han liado a darme de hostias.

—Pero ¿estás seguro de que eran picoletos?

—No lo sé, tío. Igual son de otra banda. —El Champi fumó una calada—. Yo solo sé que estaba acojonado. A ver, dicen que llevan ya tiempo siguiéndonos, que saben lo de los repartos, las rutas y todo. Y que nos tienen calados ya, pero que no nos van a joder si colaboramos con ellos.

El humo denso del hachís inundaba el habitáculo.

—Pero, pero, pero… —balbuceó el Limas—, ¡joder! ¿Han dicho mi nombre?

—Sí, tío. El tuyo y también el del Dani. De hecho, esa es la paranoia: dicen que están investigando el accidente del Dani. Por eso he venido con urgencia a verte, ¿tú tienes los vídeos de aquel día?

—Claro, me los guardé antes de eliminarlos del sistema.

—Pues tenemos que dárselos a esta gente.

—¿Les has dicho que los tengo yo?

—No, les he dicho que podía conseguirlos, pero no me han preguntado de dónde los iba a sacar. Si me los das, yo me encargo de todo.

—No sé, tío. Esos vídeos los guardamos para tener cogido al Gerardo por los huevos si algún día nos echa la mierda encima… —dijo el Limas, fumando—. ¡Hostias, a lo mejor los ha mandado el propio Gerardo!

—Pues no lo sé, pero no creo…

—El caso es que hay un detective tocapelotas que está también investigando el caso del Dani, vino aquí hace unos días.

—Mira —dijo el Champi, exagerando su desesperación—, yo creo que esta es la única manera que tenemos de que esta gente no nos meta en un marrón. Hazme una copia de los vídeos y nos dejan en paz.

El Limas guardó silencio y comenzó a moverse con un tembleque que hizo vibrar toda la zona de la guantera del coche. Tal vez creyendo que el otro no se fiaba del todo, el Champi insistió:

—Me han dicho que, si no se los entregamos, levantan todo el *tinglao* y les dicen que hemos dado el chivatazo nosotros. De verdad, tío, esa gente se anda con pocas bromas… Mira cómo me han puesto la cara.

—Una copia tarda un siglo en hacerse. ¿Tú sabes los gigas que pesa eso? —dijo el Limas, saliendo del coche.

—Ya no lo vamos a necesitar. Se van a llevar al Gerardo por delante… O él o nosotros, tío.

—Va, ahora voy.

Cuando entró en el portal de su domicilio, Robles se incorporó en el asiento trasero, donde había permanecido escuchando la conversación cubierto con una manta.

—Bien hecho —le dijo al Champi justo al lado de la oreja—, se nota que eres un mentiroso profesional.

El otro guardó silencio y se quedó mirando la calle desierta. Escucharon los gritos de la pareja a través de la ventana. A los pocos minutos, el Limas volvió. Se quedó fuera y habló a Néstor por la ventanilla.

—Toma. Busca una carpeta que se llama «Series desguace». Tenme informado, ¿eh? —dijo el Limas; después guardó silencio un segundo, señaló al pelirrojo con el dedo y añadió—: Y no me la vayas a jugar.

El Champi arrancó el coche sin responder. Callejeó y condujo hasta donde el detective había aparcado el Ibiza. Robles se bajó del coche y pasó al asiento del copiloto. Néstor le entregó el disco duro.

—Tú y yo todavía no hemos terminado. Dame tu número de teléfono —dijo Robles, y lo anotó en su dispositivo—. Ya te llamaré, vas a estar en deuda conmigo toda tu puta vida.

El detective se apeó del coche y vio cómo el Dacia se metía en un callejón por el que apenas cabía. «La misma naturaleza que las ratas», pensó Robles. Sacó el teléfono y chequeó el WhatsApp. La única notificación pendiente era de la conversación que había dejado a medias con Charo:

«Qué te ha pasado?».

«Oye, dime algo, que me has dejado preocupada».

«Aquí me tienes para lo que necesites».

El último mensaje era de la una y cuarenta de la madrugada, y ya pasaban de las tres. Escribió y borró varios textos, hasta que finalmente mandó el siguiente:

«Mi ordenador no arranca. Necesito uno. ¿Me prestas el tuyo?».

A los pocos segundos el estado de la mujer pasó de «En línea» a «Escribiendo…». Robles sintió que el corazón se le acomodaba, atemperándose.

«Mañana no trabajo, ven a por él cuando quieras».

30

Charo abrió la puerta y se apresuró a hablar:

—Lo siento, mi hermana ha tenido que…

Antes de que terminara la frase, Robles se abalanzó sobre ella y la besó cogiéndola por la cara con ambas manos. Ella recibió el entusiasmo con idéntica pasión. Se desnudaron de camino a la cama. Hicieron el amor sin apenas intercambiar palabras que no tuvieran que ver estrictamente con el rito sagrado de los fluidos y el contacto de la carne. Tras el arrebato, se quedaron boca arriba con los brazos entrelazados. Robles se proyectó hacia el futuro, hacia una vida rutinaria pero amable junto a aquella mujer. Tal vez lejos de su casa de campo, quizá en aquel apartamento. Podría conseguir sin demasiados problemas un trabajo similar al del Chamorro: una garita, diez horas con dos descansos largos, fines de semana alternos, por mil y pico euros tan miserables como suficientes.

—Te quería haber llamado, lo siento —dijo ella con suavidad—. No te lo había dicho hasta ahora, pero mi hermana representa una carga muy importante en mi vida. Depende totalmente de mí. Vive en Castellón y cuando ella me llama yo solo puedo…

—No te preocupes, estamos aquí, ahora, y eso es lo más importante —dijo Robles—. Cuéntamelo todo, sin prisa. Yo también tengo que contarte algo.

Ella le ofreció los restos de su cena: tallarines con verduras y pollo. Le supieron a gloria. Después prepararon unos

gin-tonics

y Charo, tras haberle dado los detalles sobre la complicada situación de su hermana, le pidió explicaciones acerca de la fotografía que Robles le había enviado, en la que parecía un asesino en serie. Él le contó la experiencia con Néstor y también lo que había descubierto acerca de Berta y de su posible embarazo.

—Entonces, sigues sin saber lo que le pasó aquel día…

—Creía que sí, ¡creía que había pillado a ese hijo de puta!

—Bueno, ¿y para qué quieres el ordenador? ¿Has descubierto algo?

—Sí, tengo los vídeos del día del accidente. ¿Quieres verlos conmigo?

—Hombre, por supuestísimo, señor detective —dijo ella con euforia.

—Vale, ¿puedes encenderlo? Necesito darme una ducha.

Robles salió del baño y se vistió con un pantalón de deporte y una camiseta larga de la mujer. Cogió el disco duro y lo conectó al ordenador. En la raíz del disco aparecieron unas veinte carpetas. Buscó la que se llamaba «Series desguace» y la abrió. Dentro halló otras dos carpetas. Una de ellas, con el nombre de «Cámaras», contenía decenas de subcarpetas organizadas por meses, semanas y días. Abrieron una de ellas al azar y comprobaron que, efectivamente, ahí estaban los vídeos del circuito de cámaras de seguridad del desguace. La otra carpeta principal, «Documentos», guardaba información de los dos trabajadores que habían sido testigos del siniestro en el que murió Dani: un tal Víctor y otro hombre llamado Mohamed. Según aquellos registros, ambos estaban cualificados, disponían de formación en prevención de riesgos laborales y contaban con el reconocimiento médico de aptitud para el trabajo en regla.

—¿Qué es esto? —dijo Robles.

Exploró el contenido de otras dos carpetas con los nombres de «Revisiones MAINDRELL OK» y «Revisiones LASO vieja». No les fue difícil comprobar que se trataba del historial técnico de dos grúas de diferentes marcas. Las revisiones e inspecciones oficiales del primer vehículo llegaban hasta ese mismo año, es decir, operaban en vigor. Sin embargo, el último informe de la segunda grúa, de la «vieja», se quedaba en el año 2018.

—Aquí hay una grúa que no cumple con la normativa —dijo Robles—, qué cabrones. Lo tenían guardado porque con esto se llevan el desguace y a Gerardo por delante.

—Vamos a ver los vídeos del accidente —dijo Charo, excitada.

El vídeo que coincidía con la fecha del siniestro dividía la pantalla en cuatro partes. Llevaba el día, el mes y el año separados con guiones, y la hora sobrescrita en la esquina inferior derecha. La

grabación arrancaba a las seis y media de la mañana. Comprobaron que, efectivamente, los vídeos de cada día comenzaban a las a 6.30 horas y terminaban a las 6.29 horas. Cada archivo contenía veinticuatro horas de imágenes. El reproductor de vídeo permitía acelerar la velocidad del archivo, de modo que tardaron unos pocos segundos en llegar a las 7.18 horas, momento en que se había producido el accidente.

Comenzó la reproducción. En el vídeo superior izquierdo una verja se abría y dos operarios se aproximaban a una grúa de color blanco. Poco después se veía a un tercer trabajador, que desaparecía pronto del enfoque. A continuación entraba en el encuadre un turismo, que quedaba situado en paralelo a la grúa blanca.

—Mira, se ve la marca. Esa es la LASO, la grúa vieja. Ahora ponlo a cámara lenta —dijo Charo.

El brazo mecánico de la grúa se movía entonces hacia el coche, para tratar de asirlo con la tenaza de tres garras. Todo indicaba que la intención era elevarlo y alejarlo hasta la zona de almacenamiento. La grúa se movía con suavidad, sin problemas aparentes. De pronto trazó un movimiento brusco, como si a la hora de extenderse el brazo algo lo interrumpiera. En el resto de las cámaras, los operarios se empleaban en diferentes funciones, entrando y saliendo de las naves o moviéndose por los pasillos de coches destartalados que Robles ya conocía. Mientras, la máquina elevadora comenzaba a levantarse por uno de los extremos, hasta ceder del todo y volcar.

—Ahí va —dijo Charo.

—Aquí es —puntualizó Robles.

El brazo caía sobre el cuerpo de Dani y el trabajador que estaba dentro de la cabina se asomaba, saliendo por la parte superior. Corría con los brazos en alto y salía del plano, seguramente para pedir ayuda.

—No cabe duda de que ha sido un accidente —dijo Charo.

—Espera, espera. Vamos a seguir observando —apuntó Robles.

Un nutrido grupo de personas se arremolinaba en torno al cuerpo, acercándose primero y alejándose de inmediato, al ver el estado en el que había quedado el fallecido. Pasados unos segundos —minutos en el vídeo—, aparecía una segunda grúa, de franjas claras y oscuras, en la escena. Era una grúa móvil que agarraba el

brazo hidráulico de la LASO, la levantaba y liberaba del peso el cuerpo inerte. La marca MAINDRELL se apreciaba claramente en la segunda grúa. Una vez devuelta al estado vertical, colocaban la grúa siniestrada sobre una plataforma y desaparecía del lugar del accidente. Entonces una tercera grúa, esta de color oscuro, hacía acto de presencia en escena.

—¡Pero qué coño!, ¡hay otra grúa más! —murmulló Robles, que iba anotando toda la secuencia de hechos en su libreta.

En el vídeo, varios operarios se movían alrededor de la zona del siniestro, comandados por un hombre recio y calvo.

—Ese es Gerardo. Mírale —dijo Charo, señalando a la pantalla.

Todos daban indicaciones al conductor de la nueva máquina para que, con su brazo, empujara la torre de la grúa a rayas. La empujaba lentamente hasta desequilibrarla para hacerla volcar sobre el cuerpo de Dani. La grúa MAINDRELL caía directamente sobre la cabeza del trabajador, de tal forma que era posible apreciar la explosión de sangre ensuciando el suelo y dejando en él una sombra.

—No me jodas —dijo Charo, apartando la mirada.

—Colocaron la buena, pero la blanca, la que se accidentó de verdad, se la llevaron —observó Robles—. Seguramente para limpiarla o deshacerse de ella.

—La primera es la LASO, la que no tenía los papeles en regla —apuntó Charo—. Por eso decía Pablo Vicente que no estaba claro que fuera un accidente; alguien debió de irse de la lengua.

—En realidad, si lo piensas, sucedieron las dos cosas… —puntualizó Robles—: hubo un accidente, pero con la grúa ilegal.

Estudiaron el BOE y descubrieron que la cobertura mínima por siniestro ascendía a un millón de euros. Además, acarreaba el cese de la actividad del desguace, «sin perjuicio de las sanciones que pudieran derivarse de la gravedad».

—Con ese dinero podía comprar a todos los trabajadores implicados, sin ningún problema —dijo ella.

—No solo eso —dijo Robles—, es que, si esto ve la luz, Gerardo va a la cárcel de cabeza. Voy a darle una copia a Pablo Vicente y que haga lo que considere oportuno.

31

En uno de los armarios de su casa, Robles guardaba una decena de cajas con los modelos físicos que había usado para redactar informes en sus años dorados. Entre los documentos, halló las tres carpetas del caso de Berta. No había vuelto a revisarlas desde que se cerró el caso. Partía del hecho demostrado de que dos operarios de limpieza, la madre de Alberto y otro vecino del barrio, que había salido a correr, habían visto a Charlie y a Berta en la esquina de la calle Berlín con la calle Atenas, que daba al parque de Europa. Repasó todas las declaraciones de los jóvenes de Archena que habían asistido a la fiesta y que podrían tener alguna relación con la desaparecida. La mayoría eran alumnos del instituto o clientes de la heladería donde había trabajado Berta, que, o bien tenían coartada, o bien no presentaban vínculos suficientes con ella para determinar un móvil. Descartadas la mayoría de las entrevistas, Robles repasó las posibilidades de implicación de los principales sospechosos.

Los padres de Charlie declararon en su día que su hijo había llegado al domicilio familiar pasadas las siete de la mañana. Varios vecinos, que oyeron el intercambio de gritos procedentes de la casa, lo confirmaron. Además, tanto los trabajadores que limpiaban la calle como la madre de Alberto y un vecino corredor aseguraron haberle visto abandonar la esquina del parque de Europa en la moto verde. Dudó si desplazarse a Cartagena para volver a interrogar a Charlie. Tal vez, si le comunicaba la noticia del embarazo de Berta, su versión se vería alterada de algún modo o le provocaría una reacción que pudiera proporcionarle una nueva vía de información. Durante la investigación, el muchacho había necesitado tratamiento psicológico y había acabado cambiando de vida de forma radical. Tras aceptar la ayuda de un pastor evangelista había abrazado el camino de la religión. Esa misma comunidad le había conseguido el empleo en la ciudad portuaria, donde vivía desde entonces.

El carácter posesivo y el potencial perfil maltratador de Jonás, confirmado con los años, le podrían haber llevado a cometer cualquier locura para impedir que Susana le dejara. Además, era evidente que consumía drogas y alcohol de forma compulsiva. Él podría haber sospechado que Berta trataba de convencer a Susana para que abandonara a su novio y para que montara junto a ella un negocio, lejos de aquel entorno malaventurado. A fin de cuentas, se hacían llamar «las gemelas» y eso despertaba en Jonás cierta inseguridad. La intención de Berta de salir del grupo se la había contado Céline a Robles en los días posteriores a su desaparición. Por otro lado, también existía la posibilidad remota de que Susana sintiera envidia del estatus social de Berta o de que estuviera celosa por los anhelos de su amiga, por su deseo de huir y crecer profesionalmente lejos de allí. Si bien los dos salieron de la fiesta sobre las siete de la mañana, la Guardia Civil detuvo en un control el vehículo en el que viajaban, y hacia las ocho se montaron en otro coche que los llevó a Archena.

El círculo se fue abriendo a los que habían trabajado con Berta en la heladería, y llegó hasta Néstor, el Champi. Su declaración coincidía con la versión que el propio Néstor le había ofrecido. En el informe se adjuntaban los documentos del hospital con la hora de alta y de baja del bebé. En ese mismo archivo se incluía la hora de salida de la guardia de Gema, la mujer del Champi, que acudió directamente al hospital, tal y como podría confirmarse en las cámaras de grabación. Robles no había participado en esos interrogatorios, incluido el de Néstor, debido a su terca obcecación por enfocar sus sospechas exclusivamente en los asistentes a la *rave*.

Y luego estaba Alberto, claro. Le habían interrogado y su testimonio aparecía adjunto a la declaración de Mariana, su madre. Según el informe, el chico se comunicaba con monosílabos y mostraba un estado narcótico evidente. La madre, que había sido testigo visual de la pareja antes de que esta se separara, declaró que su hijo se encontraba durmiendo en el domicilio esa mañana y había estado en la cama hasta el mediodía. El informe incluía las dosis recetadas por el psiquiatra. Un perito médico confirmó que tales cantidades de antipsicóticos habrían hecho que el Chamorro necesitara dormir de doce a catorce horas diarias. Si bien Robles pensaba que nada demostraba que Alberto hubiera tomado la dosis

aquella noche, seguía viéndole incapaz de cometer un crimen como ese y luego aguantar el tipo delante de él.
Esa misma tarde preparó un informe completo con todos los pormenores de la investigación de Dani Vicente, las capturas de pantalla de las cámaras de grabación y los documentos de los vehículos. Tardó casi tres horas en organizar toda la información y transcribirla. Una vez que terminó la tarea, se dispuso a darse una ducha y se miró en el espejo. Había concluido una parte de su trabajo, pero aún le quedaba la más importante. Sentía que estaba cerca de descubrir lo que le había sucedido a Berta aquella mañana.

Fue a su aparato de música y colocó el CD *Blonde on blonde* de Bob Dylan. Robles comenzó a mover las tijeras con cuidado sobre el cabello, como lo había hecho cientos de veces antes, mucho tiempo atrás. De joven se jactaba de no verse en la necesidad de ir a la peluquería. Nadie le creía cuando decía que se lo cortaba él mismo. Pensaba en que Pablo Vicente era un hombre de palabra y que seguramente le daría las tierras, además del pellizco prometido sobre la indemnización millonaria que podría recibir el empresario. Confiaba en que la recompensa económica ascendería a unas cuantas decenas de miles. A fin de cuentas, iba a hacer justicia a su hijo y, por el mismo precio, tenía en su mano la posibilidad de hundir a Gerardo.

Aunque el cierre del desguace supondría el despido de decenas de trabajadores de la zona, muchos de ellos jóvenes y otros tantos, seguramente, tíos legales que se ganaban el sustento con su esfuerzo entre grasa, chatarra y órdenes de salvajes, era un hecho que gran parte de ellos habían tragado y aceptado pasta para encubrir el cambiazo de las grúas, así que esclarecer el caso respondía a una cuestión de mera justicia poética. Pagarían justos por pecadores. Sí, ¿y qué? ¿Acaso no estaba él pagando aún por la desaparición de su hija?

Hizo balance de la situación y una ola de optimismo le sorprendió. No experimentaba esa sensación desde aquella mañana en la que Berta no llegó a casa, y se sintió culpable. Por un momento revivió aquella sensación de pánico. Necesitaba saber qué había pasado ese día. Se concentró en la música para evadirse de los pensamientos oscuros. Wolfe aguantaba estable; había vuelto a normalizar su breve, y cómoda, relación con Charo, y tal vez

enfilaría de nuevo su carrera profesional. ¿Por qué no? Si todo iba bien y Pablo Vicente cumplía su palabra, obtendría tierras y un colchón económico suficiente para saldar las deudas del veterinario, recuperar los limoneros y arrancar de nuevo. Mientras se perfilaba la barba, se igualaba ambos lados del bigote y se engominaba, tomaba consciencia de que había logrado sobrevivir, flotar sobre el estanque de limo en que se había convertido su vida durante los últimos años. Pese a que todo lo que estaba en su mano se le estaba poniendo de cara, su vida aún cojeaba. Necesitaba cerrar el círculo. Cerrar la herida que permanecía abierta desde la madrugada de aquella maldita *rave*. Y para ello estaba convencido de que debía hablar de nuevo con Charlie.

32

No fue difícil para Robles que Matías, el pastor que había rescatado de las garras de la depresión a Charlie, le informara sobre el paradero del chico. El detective le dijo que necesitaba hablar con el que había sido el novio de su hija para hallar la paz interior, y el hombre le indicó que Charlie trabajaba en un hipermercado de Cartagena. La misión de ese siervo de la Iglesia consistía en tratar de rescatar a aquellos seres descarriados sin importar la naturaleza de sus pecados, por terribles que estos hubieran sido, y ofrecerles el cristianismo como lugar donde refugiarse y como consuelo. Robles distaba mucho de aquella liturgia y siempre había considerado la religión como un negocio ideado para empaquetar al ser humano y establecer equilibrios morales y sociales. Algo así como la gravedad, algo que no puede verse físicamente, pero sin lo que todo el sistema se convertiría en un caos. El pastor, todo buena voluntad y armonía al principio, no accedió sin embargo a facilitarle el número de teléfono de su acólito, aunque trató de disculparse con una sonrisa amplia y luminosa y un cantarín «Dios te bendiga» de despedida.
La cadena solo contaba con un centro comercial en la ciudad costera. Aparcó el coche, cogió un carrito y aprovechó para hacer la compra. Solo la botella de White Label y el pienso de Wolfe ya le iban a pegar un mordisco considerable al presupuesto de noventa euros que se había marcado como tope de gasto. El veterinario le había comunicado que en un par de días podría ir a recoger a la mascota al hospital.

Él había visto a Charlie antes de los interrogatorios, un par de veces, cuando el chico recogía o dejaba a Berta en casa, pero, hasta entonces, nunca habían llegado a hablar. Las pintas que el joven llevaba ocho años atrás representaban lo contrario de aquello que cualquier padre decente espera del novio de su hija. Mientras recorría los pasillos y echaba productos al carro, fue escudriñando

los rostros de los empleados. Creyó que sería capaz de reconocer sus rasgos si acertaba a verlo reponiendo estantes, ayudando a un cliente o tras alguno de los mostradores de las secciones de perecederos, pero, tras un buen rato de paseos arriba y abajo, no dio con él. Se dirigió a una mujer que vestía una camiseta con un enorme símbolo de interrogación en la espalda sobre la palabra «Pregúntame».

—Perdona —dijo, fijándose en la chapa—, Pilar, ¿trabaja aquí un chico que se llama Carlos?

—Uy, aquí tenemos varios Carlos…

—Le llaman Charlie.

La mujer negó con la cabeza.

—No le llaman Charlie a ninguno, que yo sepa.

—Es un chico joven, muy religioso, tiene veinticinco…

—No me digas más —le interrumpió la mujer, haciendo el gesto de sacudir la mano—: Carlos, de carnicería. Le llamamos «el Curica».

—Ya, entiendo…; debe de ser él.

—Pero sin ninguna maldad, ¿eh? —dijo la mujer—, es que intenta convencernos a todos y llevamos una batalla…

—Sí, ya me imagino.

—Pero es muy buen chico, ¿eh? —añadió la mujer, un poco apurada—; está en su turno. Si no lo ha visto, estará en un descanso, pero, vamos, debería estar atendiendo.

Robles dio las gracias y se dirigió hacia la sección de carnicería y charcutería. Allí, dos mujeres y un hombre, vestidos con bata y gorro de un blanco impecable, cortaban y troceaban pedazos de carne frente a un batallón de ancianas que esperaba a ser atendido. Le costó reconocer los rasgos de Charlie, escondidos tras una barba tupida y perfectamente perfilada. Sacó turno y se coló entre las señoras, que intercambiaban conversaciones de mal agüero acerca de política, el descuido de las aceras de la ciudad y el encarecimiento del coste de la vida. Robles se movió hacia uno de los flancos del grupo y esperó a que el chico se aproximara a esa zona. Cuando lo hizo, para coger un bloque de embutido, Robles le habló:

—Hola, Charlie.

El chico, con el cuerpo doblado hacia delante, levantó la cara y

sus miradas se cruzaron. Tras unos instantes, los músculos del rostro de Charlie se tensaron.

—Hola… —dijo—, tienes que esperar tu turno.

—Ya, ya lo sé. ¿A qué hora sales? Me gustaría hablar contigo.

—Espera un momento…

Charlie se desplazó hasta la sierra cortafiambres y terminó de ejecutar su trabajo sin prisa. Robles se percató de la pulcritud a la hora de manipular la herramienta, la perfección con el papel al envolver el jamón, la rapidez en sacar el tique y hacer el nudo a la bolsa transparente, la sonrisa y el amable tono para agradecer la compra a una clienta. Cuando volvió a dejar el pedazo de carne rosa en su lugar, se dirigió a él:

—Ahora mismo salgo.

Dicho esto, se quitó los guantes y fue a hablar con una de sus compañeras. La chica señaló hacia la multitud de jubiladas, apelotonadas como una manada de caninos ansiando su galleta de recompensa, y torció el gesto. Entonces Charlie volvió a decir algo a la compañera y a Robles le pareció que el rostro de la muchacha se iluminaba. Después, la mujer asintió y le sonrió. Charlie salió de detrás del mostrador y fue a su encuentro.

—¿Has encontrado a Berta? —le preguntó a quemarropa.

—No. Seguimos sin saber de ella —dijo Robles.

Charlie arrugó la nariz.

—Vaya, lo siento. Bueno, me he tomado un descanso —le dijo con una sonrisa—. ¿Un café?

De camino a las tiendas del exterior, el joven fue saludando a cada uno de los empleados que se iba encontrando, y todos ellos, sin excepción, le respondían con evidentes muestras de respeto y empatía. Irradiaba una luminosidad única, un aura que todos admiraban. Aunque su mote indicara cierta burla hacia su excesiva inclinación espiritual, no cabía duda de que despertaba simpatía entre sus compañeros. Sus ademanes, su manera de caminar y de dirigirse a la gente transmitían ligereza y gracia.

Entraron a la cafetería y el camarero saludó al carnicero con un leve retintín de sorna. Se sentaron a una mesa y pidieron dos cafés.

—Bueno, ¿cómo estás, Charlie? —preguntó Robles.

El chico sonrió tímidamente.

—Ya no me llaman Charlie, ahora soy Carlos —dijo.

—Bueno, pero uno nunca deja de ser la persona que fue, ¿no crees?

—Eso es cierto… Ojalá nos pudiéramos arrancar el pasado como los reptiles mudan de piel —dijo el chico con tranquilidad.

—Me temo que no es tan fácil…, los actos del pasado pesan y dejan cicatrices.

—No, claro que no es fácil. Todo proceso exige un esfuerzo. La verdadera transformación personal solo puede conseguirse a través de la fe —dijo Charlie—. Tu nombre era Juan Carlos, ¿verdad?

Hablaba despacio, como si conociera de memoria cada una de sus frases, como si estas formaran parte de una oración.

—Sí.

—Juan Carlos, es cierto eso que dices —repitió Charlie, sonriendo con paciencia—, pero todas las personas tienen derecho a equivocarse, a rectificar, a retomar el sendero de la cruz…

Robles observó los gestos del hombre que tenía delante. Le sorprendió su aplomo, de una seguridad casi arrogante. El camarero puso los cafés sobre la mesa.

—Matías me dijo que vendrías, pero no me facilitó más detalles. ¿Es por algo en concreto sobre Berta o solo has venido para saber cómo me iba la vida? —preguntó Charlie, mezclando el azúcar y la bebida con una cucharilla.

—Bueno, en realidad he venido porque tengo algunas novedades sobre Berta.

—¿Novedades? ¿En qué sentido?

—Parece que estaba embarazada.

El chico se removió en la silla y bebió un trago de café.

—Jesús —musitó—, ¿cómo lo has sabido?

—Me lo ha confesado alguien próximo a ella. Lo tenía en secreto.

—Eso es terrible —dijo Charlie—, ¿y crees que era mío?

—No lo sé, existe esa posibilidad. ¿Tú que crees?

—Estoy seguro de que no —dijo el chico—. Nosotros usábamos protección siempre, ya sabes… preservativo. Ella insistía y a mí me parecía bien. Pero, cuando desapareció, llevábamos ya varias semanas sin…

—Sin follar.

—Sí, sin acostarnos —dijo Charlie, un poco incómodo—.

Hacíamos otras cosas; bueno, ya sabes…

—Ya, puedes ahorrarte los detalles —dijo Robles—. Tampoco sabemos de cuánto tiempo estaba.

Charlie dibujó una sonrisa y se quedó mirando el aparcamiento a través del cristal.

—Éramos tan ingenuos… —dijo Charlie, que parecía estar recitando—. Llevábamos una vida completamente vacía, desenfrenada… Salíamos, queríamos experimentar con todo, nos pasábamos de la raya al beber, al fumar… Y más cosas. Cuando ella desapareció, yo… me sentí muy culpable. Creía que, si yo me hubiera comportado de otra manera con ella, si no hubiéramos ido a aquella fiesta, tal vez todo habría sido diferente…

—¿Por qué lo creías?

—No lo sé, no puedo dejar de relacionar la *rave* con su desaparición —dijo Charlie. Tras una pausa, miró a los ojos a Robles y añadió—: Ella no era como los demás de la pandilla, Juan Carlos. Quiero que lo sepas. Se dejaba llevar, sí, porque no tenía otra alternativa, pero ella no era así… Ahora que puedo mirar atrás sin remordimiento, lo veo claro. Me arrepentí mucho, la eché tanto de menos… Pero gracias a lo que pasó he logrado reconducir mi vida y he aprendido a aceptar mis errores. Ahora aprecio lo que tengo. Ese era el destino que el Señor tenía escrito para Berta y hay que aceptarlo.

Robles se mordió la lengua y bebió un sorbo del café.

—Lo del embarazo, ¿te lo ha dicho Susana? —siguió Charlie—. Te lo pregunto porque Susana siempre fue una chica bastante mentirosa. Manipulaba a Berta…

—No, me lo dijo un chico. Alguien con quien se estaba viendo, al parecer, mientras estabais juntos —dijo Robles, tratando de herir de algún modo la aparente armonía espiritual de aquel charlatán.

—Ya imagino —dijo Charlie, que ya se había terminado el café y tenía las manos sobre la mesa, con los dedos entrecruzados—. Yo no soy idiota. De hecho, en los últimos tiempos se comportaba de manera extraña, aunque nunca fui una persona celosa, como Jonás. Para mí, Berta, más que una novia, era una colega, alguien en quien confiar…

—Carlos, ha pasado mucho tiempo —dijo Robles—, tal vez has tenido ocasión de pensar en aquello y se te ha ocurrido alguna idea

acerca de quién podría estar detrás de su desaparición.

—No, la verdad es que no dedico mucho tiempo a los malos pensamientos. Aquella etapa fue un infierno, pero son vivencias que pertenecen a Charlie… Ahora prefiero orar y mirar siempre adelante. Ojalá tú puedas encontrar la paz aceptando tu dolor o hallando la verdad. Pero, sinceramente, por lo que percibo de ti, no puedo ayudarte a eso.

—Vale, vale —dijo Robles, pensando que aquella conversación comenzaba a derivar por derroteros tan disparatados como improductivos.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Charlie, levantándose y sacando un billete de la cartera—. Si necesitas rezar, puedes hablar con Matías o venir aquí a buscarme si lo prefieres. Tal vez, poco a poco, yo te pueda…

—No, no. Está bien así. Muchas gracias —le interrumpió Robles, poniéndose también en pie.

—Te invito al café —dijo el chico, con una sonrisa perdonavidas —. Dios te bendiga.

—Adiós… —Robles dudó—, Charlie.

—¿Sabes…? —dijo el chico—, tengo un recuerdo muy bueno de ella. Aquella mañana, cuando la dejé en la puerta de tu casa…

La voz se le encharcó.

—Era una buena chica —acertó a concluir Charlie.

Robles salió de la cafetería con paso firme. Sentía una emoción que no era capaz de catalogar. Una mezcla de ira, tanto por el tiempo perdido como por la indiferencia que Charlie había mostrado hacia el posible embarazo de Berta. También sentía una especie de envidia por el hecho de que el chico hubiera encontrado la paz, aunque fuera a través de un medio que él consideraba ficticio, irreal, ilusorio. Pero ¿qué más daba el medio si se alcanzaba el fin? Pensó que, tal vez, esa emoción inclasificable no era más que miedo. Un miedo monstruoso a verse vagando a la sombra de una duda infinita durante el resto de su vida. Un miedo tan inmenso que ningún dios sería capaz de arrancárselo o de apagar en él.

33

Eran las siete menos veinte de la mañana. Bajó del coche y se subió la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla. Había aparcado en las inmediaciones de su antiguo domicilio, la casa donde durante un extenso periodo de su existencia había sido un hombre feliz. Le dolía volver a los recuerdos de ese hogar y casi los había olvidado; apenas conservaba fogonazos, como retales, en la memoria. El sol de la mañana extendía su manto sobre la ciudad y luchaba por convertir el frío de la madrugada en una sensación agradable. Se paró enfrente de la que había sido su casa. Seguía prácticamente igual. En una de las ventanas vio una jaula con un pájaro encerrado. El animal se movía nervioso, sin emitir sonido alguno; sus alas traqueteaban al chocar contra los barrotes. Siguió hasta el final de la calle, justo en la esquina donde comenzaba el parque de Europa, próxima a la casa donde vivía el Chamorro. A lo lejos vio a una mujer que paseaba al perro. A medida que se aproximaba, se fue cerciorando de que era la madre del Chamorro. Robles se acercó a ella.

—Es usted Mariana, la madre de Alberto… —le dijo.

—Sí, dígame —dijo la mujer, guiñando los ojos y elevando la cara—. ¿Ha pasado algo?

La mujer achinó aún más los ojos. Robles pensó que sus cervicales debían de ser como un Scalextric. Tenía el cuello tan orientado hacia un lado que parecía estar dejando hueco por si le brotaba una nueva cabeza.

—No, no —dijo Robles—. Al contrario, conozco a su hijo desde hace años y es muy amable conmigo. Vine a acompañarle aquí hace unas semanas para que cogiera el traje de su marido. Soy el padre de Berta Robles.

—Ah, sí, claro, me acuerdo —dijo la mujer, agachando la cabeza —. Yo declaré en aquel caso, lo sabe, ¿verdad? Vi a su hija justo

ahí, con el chico de la moto verde.

—Lo sé, señora. Precisamente le quería pedir que me volviera a contar lo que recuerda de aquella mañana.

—Uy, pero ha pasado mucho tiempo de eso ya…

—Lo sé, pero no importa. Usted cuénteme lo que recuerde…

—Claro, claro. ¿Quiere pasar? —dijo la mujer señalando a la puerta de su domicilio—. El pequeño Atila necesita descansar después del paseo, ya está un poco mayor.

—Perfecto, gracias.

Entraron al edificio y el ascensor se abrió justo en ese momento. Apareció otra señora mayor que, al ver a Mariana, torció el gesto. No se saludaron. La vecina salió a la calle murmurando.

—Me ha dicho algo mi hijo acerca de que usted y él han tenido un malentendido últimamente —dijo ella mientras subían al cuarto piso—; le pido disculpas. A veces él es…, ya sabe; es un poco especial, pero es buen chico.

—Sí, lo es —dijo Robles—. Esas cosas pasan, pero Alberto me ayudó mucho en aquel caso por el que vinimos a verla. Lleva el valor de su padre en la sangre.

—Ay, su padre. No me hable… —dijo la mujer bajando la cabeza—. Desgracia tras desgracia, hijo, desgracia tras desgracia. Así ha sido toda mi vida.

Atila levantaba la cara para mirar a su dueña cada pocos pasos. Cuando el ascensor se detuvo, el perro comenzó a empujar la puerta con el hocico y se coló en cuanto hubo un resquicio, dirigiéndose hacia el domicilio. La señora abrió la puerta y dejó paso a Robles.

—Pase, pase. Siéntese en el sofá —dijo—, es bastante cómodo… Ahora vengo. ¿Ha quedado aquí con Alberto?

El interior de la vivienda continuaba con ese aroma, mezcla de ranciedad y nostalgia, propio de las casas antiguas. Robles prestó atención a las paredes amarillentas; estaban repletas de pequeños cuadros con motivos rústicos.

—No, esta vez no, señora —dijo él, desplazándose por el salón.

El ruido de las uñas de Atila contra las baldosas repiqueteaba en el pasillo, acercándose y alejándose. Oyó a la mujer cuchichear, le pareció que hablaba consigo misma. Al cabo de un minuto, la voz de la mujer llegaba desde el interior del pasillo:

—¿Quiere que le prepare un café o un té?

—Estoy bien, gracias. —Robles se asomó al corredor; era largo y apenas estaba iluminado.

La mujer apareció de pronto con una bandeja en las manos y se le quedó mirando con el cuello torcido. Se mantuvo quieta durante unos segundos, como si hubieran pausado una película, y soltó después una risita que a Robles le pareció difícil de interpretar. El hombre tomó asiento en el sofá de dos plazas de la sala de estar. La puerta de entrada le quedaba a la espalda. El espacio estaba repleto de muebles de madera oscura, algunos de ellos brillantes. Las cortinas de ganchillo y las persianas a media asta apenas dejaban entrar la luz natural. Mariana depositó la bandeja sobre la mesa redonda, en la que transportaba una enorme tetera de porcelana, un pequeño recipiente, un bol con azúcar, cucharillas y servilletas de tela.

—Aquel es su hijo de pequeño, entiendo —dijo Robles señalando una pared.

Una fotografía de gran tamaño, en la que aparecía un muchacho con gafas, vestido con un mono oscuro, dominaba una de las paredes. Era inconfundible. El Chamorro conservaba de adulto la misma expresión singular que luciera de niño: la sonrisa forzada, las manos colgando, la mirada perdida más allá de la cámara.

—Sí, mi Alberto —dijo la mujer con ternura—; era un niño muy bueno. Muy bueno. Pero los chicos no querían jugar con él, ya sabe… Y ahí empezó a meterse en su mundo.

—Sí, ya sé a lo que se refiere —dijo Robles con empatía—. Yo tampoco me relacionaba mucho en el colegio. Son años difíciles…

—Sí, lo son. Lo son…

Robles se percató de que, entre las fotos, no se apreciaba ninguna en la que apareciera el padre de Alberto. Mariana seguía de pie, moviendo objetos de un lado a otro. Robles contó hasta seis crucifijos de diferentes materiales y tamaños distribuidos entre las paredes y el mobiliario. La mujer abrió uno de los chineros y sacó un juego de tazas con decoración vegetal.

—Su hijo se apaña bastante bien solo —dijo Robles—. Tiene una casa muy ordenada.

—Oh, ¿ha estado en su casa? Sí, él es muy apañado, sí —dijo la mujer—. Siempre ha sido un chico muy metódico, con sus puzles, sus ingenios… Siempre dice que todo es cuestión de método.

¿Quiere el té solo o con leche?

—No, no, le he dicho que estoy bien, muchas gracias…

—Ah, entendí que *sí* quería —dijo Mariana—. Es que ya casi no oigo… Bueno, pero un poco de té no le hará mal. Ya que está hecho…

La mujer se sentó en una silla frente a él y bebió de una de las tazas. El perro se había tumbado en una alfombra, con los ojos entornados, hecho un ovillo. Apenas se había movido desde entonces.

—Yo es que tomo varios cafés al día, me mantienen activa, ¿sabe?

—Se nota —dijo Robles—. Me refiero a que parece usted muy ágil y dinámica. La última vez me pareció verla peor.

—Bueno, va por días…, unas noches descanso mejor que otras y eso también afecta.

—Claro; perdone, Mariana, ¿podría usted repetirme lo que recuerda de aquel día?

—¿Qué día? Ay, sí, claro, claro —dijo la mujer, y dio un sorbo a su taza—. Yo salí como cada día a pasear a Atila, antes lo sacaba tres veces: por la mañana, a media tarde y por la noche. Pero ahora hay días que tengo que sacarlo hasta cinco. Está muy mayor…

—Claro, normal.

—Se va a la puerta y comienza a rascarla con las uñas… —dijo la mujer, y arañó el aire con las manos—. Es un sonido que me pone muy nerviosa.

—A mí también me pasa —dijo Robles.

Recordó a Wolfe, de cachorro, dando saltos en la puerta de la casa, deseando salir a la calle, y a Berta, todavía una niña, saltando con él en el parque. Aquello había sucedido apenas a trescientos metros de donde se encontraba. No hacía tanto tiempo, pero en esos momentos le pareció una eternidad. Se acordó de aquella frase que Céline le había dicho en la última conversación: «Qué cosa más rara el tiempo».

—Siempre lo sacaba a las seis o seis y media de la mañana —siguió la mujer—; en cuanto abría el ojo, lo sacaba. A veces me despertaba él, se me subía a la cama… Pobrecito.

Robles asintió. En una encimera había unas figuras de cristal con formas extrañas, del tamaño de una botella. La mujer siguió

hablando:

—Entonces vi que su hija…, Berta era, ¿no? Estaba abrazada con un chico. Ya sabe, abrazada como se abrazan los jóvenes ahora. Me fijé en ellos porque se estaban riendo a carcajadas. Yo creo que habían bebido un poco, ya sabe…

—Sí, claro —convino Robles—, habían estado de juerga.

—Eso es —dijo ella—. Pero ya me metí en casa y, desde aquí, pues ya no se ve nada… No llego hasta allí con la vista.

—Entonces —dijo Robles—, usted no vio cómo la moto se marchaba.

—Sí que la vi, porque pasó por delante de mi ventana. Justo por aquí abajo…

La mujer señaló la ventana y movió el brazo dibujando una línea horizontal imaginaria.

—Y solamente iba el chico en la moto, entonces.

—A ver —dijo la mujer, cerrando los ojos como haciendo memoria—, a mí me pareció que sí, pero yo le dije primero a la policía que posiblemente fueran los dos. Es que pasó muy deprisa…

—¿Los dos?

—Sí, me pareció… —respondió la mujer, que se interrumpió cuando Atila se levantó de pronto y corrió hacia la puerta.

La cerradura hizo un ruido parecido al de un disparo y Robles volvió la cabeza hacia atrás. De pronto, cayó en la cuenta de que era miércoles. Vio asomar la cara de Alberto y, cuando volvió de nuevo el rostro para mirar hacia delante y levantarse, recibió el impacto de la tetera de porcelana contra la parte lateral de la cara. El golpe le hizo caer de lado sobre el sofá y, de inmediato, sintió el té cayéndole en la cabeza. El líquido hirviendo comenzó a correrle por el cuello. Soltó un alarido. Acertó a ponerse de pie y, frotándose los ojos, se lanzó contra la señora, a la que logró empujar y tirar al suelo. Atila le mordisqueaba los bajos del pantalón y se lo sacudió con una patada que lo estampó contra una de las estanterías. Alberto le golpeó con una porra extensible en la cadera y en las corvas, obligando a Robles a ponerse de rodillas.

—Dale en el cuello, Alberto, en el cuello —gritó la mujer desde un rincón.

El siguiente impacto lo recibió en el costado y aquel dolor de su encuentro con los ucranianos, que ya casi tenía olvidado, surgió con

más rabia que nunca. Atila ya estaba de nuevo junto a él, saltándole por las piernas y mordisqueándole los brazos. Encajó dos nuevos golpes en la espalda y en el cuello, que acompañó con dos gritos.

—Socorro —acertó a gritar.

Mientras recibía nuevos impactos, Robles reptaba y movía la cabeza de un lado a otro para tratar de evitarlos. Vio uno de los enormes pies de Alberto golpeándole en la frente y, después, pisándole una mano. Sintió cómo se le partían algunos huesos pequeños antes de conseguir liberarla del peso de su agresor. En la esquina había una lámpara de pie con un cable largo y grueso. Robles alzó la mano sana y agarró el cable, rodeó con él ambos pies de Alberto, lo cogió con la otra mano y tiró con fuerza derribando al agresor. El hombre cayó de forma lateral y dio con todo el peso del cuerpo contra las baldosas. El sonido del impacto de la cadera contra el suelo le recordó al de un tronco partido por un hacha. Los ladridos de Atila se le clavaban en los tímpanos. Alberto se quedó en el suelo retorciéndose de dolor, echándose las manos al costado. Robles se incorporó y cogió la porra, que había quedado sin dueño sobre el piso de mármol.

—¡Mi cadera, mi cadera! —se lamentaba Alberto.

Atila corrió a lamer la cara de su amo y a rodearle ladrando y dando saltos. Cuando Robles se dio la vuelta, vio que Mariana corría hacia él alzando una de las figuras de vidrio con las dos manos. La golpeó en un brazo con el arma y la escultura deforme se hizo añicos contra el suelo. Robles levantó la porra, amenazándola, y ella se puso a pegarle en el pecho con los puños. Se la quitó de encima empujándola con el antebrazo y la mujer comenzó a sangrar por el labio.

—Señora, no haga ninguna tontería. Ya es suficiente —dijo, arrinconándola contra uno de los muebles.

Después volvió al lugar donde estaba Alberto y le golpeó en el rostro, partiéndole las gafas en el primer impacto, y siguió azotándole con el arma de forma reiterada, fuera de control.

—Fuiste tú —gritó Robles mientras blandía la cachiporra—; lo sabía, loco de mierda. Te vas a pudrir en la puta cárcel.

—No, eso jamás. Déjale en paz —bramó la madre.

El muchacho lloraba y gritaba negando. Trataba de protegerse la cara con las manos. Los arañazos provocados por el cristal quebrado

le salpicaban de sangre las mejillas.

—¿Dónde la tienes, cabrón? —insistió Robles, cogiéndole del pelo y golpeándole la cabeza contra el mármol del suelo.

—¡No la tiene en ningún sitio —gritó la mujer—, ya no la vas a encontrar, déjale en paz!

Robles se volvió hacia Mariana con la cabeza de Alberto entre las manos.

—Fui yo, idiota. Fui yo quien la mató —dijo la mujer con voz maliciosa—; tu hija era una víbora del infierno.

—¿Cómo? —dijo Robles, levantándose y dirigiéndose hacia ella despacio—. ¿Cómo lo hiciste, maldita loca? ¡Siéntate en el sofá!

Mariana obedeció y sacó la lengua para lamerse la sangre. La imagen repugnó a Robles, que tuvo que reprimirse para no reventarle la cara de un porrazo. Arrancó las cortinas, hizo con ellas una soga y ató las manos y las piernas del Chamorro, que seguía lloriqueando en el suelo como un niño de cinco años al que hubieran sorprendido robando galletas. El perro seguía a Robles todo el tiempo, y él se lo sacudía una y otra vez soltando la pierna. La cara le ardía. Arrancó con los dientes otro pedazo de tela e inmovilizó después del mismo modo a Mariana. Persiguió por la habitación a Atila con la porra levantada para atizarle.

—Puto bicho —le gritó—, ¡vete por ahí!

Pero no le acertó ni un golpe; el chucho corría como poseído por un demonio negro y escuchimizado. Al fin Robles se detuvo y se quedó jadeando delante de la señora, que le miraba con la cabeza inclinada, el rostro pleno de serenidad y una sonrisa tan clara como amarillenta.

—La maté —dijo la vieja—, ahí mismo. Donde tú has estado sentado.

—Hija de perra —dijo Robles.

—¿Qué querías que hiciera yo? —gritó ella—. ¿Sabes lo que sentía cuando veía a mi hijo venir destrozado cada día? Años y años de sufrimiento, tú habrías hecho lo mismo.

—¡Hija de perra! —repitió el detective.

—La encontramos Atila y yo en un banco del parque, estaba completamente drogada. —La mujer hablaba recreándose en la inquina—. Daba asco verla. El chico de la moto la acababa de dejar en el parque, tirada como a una furcia. Me dijo que tenía miedo de

ir a casa y encontrarse contigo; apenas podía hablar. Vestía una camiseta de tirantes y no llevaba sujetador. Se le salían las tetas, qué vergüenza de hija…

Robles sacó el teléfono y marcó el número de Frías.

—¿Cómo lo hiciste? —dijo, llevándose el aparato a la oreja.

—La envenené con un tazón de chocolate —dijo la mujer con entonación infantil—. Vino buscando cariño, un hogar donde la comprendieran. En casa no la cuidabais, ¿verdad? ¡Los hijos son lo más importante! Le dije que sí, que viniera conmigo, que le daría de desayunar. Tortas de naranja y chocolate. Vino como un corderito al matadero.

Robles caminaba en círculos tratando de asimilar lo que estaba escuchando.

—Y, de pronto —seguía hablando Mariana—, tenía en mi casa a la perra que le estaba haciendo la vida imposible a mi hijo. Nunca tuve ayuda de nadie…, mi marido nunca me ayudó. ¡Jamás!

—También le mató a él —gritó Alberto entre sollozos.

—Cállate, inútil —chilló Mariana.

—También envenenó a mi padre —siguió diciendo Alberto—. Los mató ella a los dos.

Robles imaginó a Alberto transportando el cuerpo de su hija hasta la planta del garaje. Aquellos edificios, en los que la mayoría de los vecinos eran gente mayor, comunicaban directamente con el aparcamiento subterráneo. No le habría sido difícil envolverla en algún tipo de manta o alfombra y haberla echado al maletero del coche sin que le vieran.

—Lo de tu hija fue muy rápido, pero lo de mi Ignacio fue poco a poco —le dijo a Robles—. Fue con el mismo veneno que te está quemando ahora la piel… ¿Lo sientes?

—Yo solo la lancé al embalse —sollozaba Alberto—. La até a un bloque, hice lo que ella me dijo. Me obligó, la mató ella. Ella me obligó…

—¿A qué embalse, hijo de puta? ¿Dónde está mi hija?

—En el Cenajo —dijo el hombre gimoteando.

—Porque este mundo está lleno de gente malvada y tu hija y mi marido eran de esas personas —continuaba la mujer—. Demonios que se dedicaban a hacer el mal a los demás, pero a mi pobre Alberto… ¡Jamás! ¡No merecían vivir! Mi marido nos pegaba, ataba

a mi hijo a la cama, le metía la cabeza en el váter… Si no hubiera sido por él, mi Alberto ahora no sería así… No serías así —dijo Mariana, mirando a su hijo y modulando la voz hacia un tono de lástima.

—Maldita majadera —susurró Robles.

—Y tu hija, ¡ay!, por culpa de la furcia de tu hija iban a echar a mi hijo del instituto. Era una mentirosa, ¡dijo que mi Alberto la había violado! ¡Mentira! Aguanté y aguanté, ¡nadie sabe cuánto he aguantado! Mi hijo venía llorando cada día, muerto de miedo; se metía en la cama a llorar, oliendo a mierda… ¡y lo aguantamos todo! Pero aquello no, aquello ya era demasiado. Tu hija era una puta embustera, se lo inventó todo y mi Alberto podría haber ido a la cárcel. ¡Jamás lo permitiría! ¡Jamás! ¡Jamás!

—Frías —dijo cuando contestaron al otro lado—, manda una patrulla a la calle Atenas, 18. Al 4.º C. Tengo a los asesinos de Berta. Parece que su cuerpo está en el embalse del Cenajo. Sí… y, al parecer, al menos, han matado a otra persona más… Sí, a Ignacio.

Robles, con la porra en una mano y el móvil en la otra, clavó la mirada en Mariana. En ningún momento aquella sonrisa macabra había desaparecido del rostro torcido de la mujer.

—No soy su asesina —dijo Mariana, y añadió silabeando—; soy su liberadora.

34

Se recostó en la tumbona, apartó la vista del libro y la centró en el pescador. Llevaba más de una hora ahí plantado, pero el cubo transparente continuaba vacío. Dejó caer la mano y rascó la cabeza de Wolfe, que tampoco se había movido en todo ese rato. El pescador tendría más o menos su edad. Se preguntó si alguien estaría observándole a él mientras él observaba a aquel hombre. Una secuencia infinita de personas observando a personas. «Eso somos, a fin de cuentas», pensó. Tal vez podría practicar la pesca; por probar… Si tanta gente lo hacía, por algo sería. Recordó que Frías solía decir que en los malos momentos la pesca siempre estaba ahí para salvarle. Como una boya. Todo puede agitarse e incluso derrumbarse, pero en la peor zozobra la pesca siempre acudía para mantener su cordura intacta. Nada de convertirlo en una excusa para escaparse con los amigos y emborracharse, para alejarse un fin de semana de la familia y de los nietos. No, nada de eso. Lo fascinante era pasar horas mirando el mar sin hacer nada más que esperar a que suceda algo. «Es una suerte de meditación, una práctica que tiene algo de liturgia, de ceremonia sagrada», le había dicho su amigo. Un anzuelo, una boca atravesada por el metal. El dolor mudo de los peces. Le atraía ese recreo diferente, en el que el hombre está solo frente a la naturaleza. Sin presión, sin plazos, sin retos que cumplir, sin casos que resolver. Podría probarlo, ¿por qué no? El sonido de las olas le relajaba, por eso había alquilado aquella casa aislada al final de La Manga del Mar Menor con el pico que había obtenido por el caso del desguace, y disfrutaba dejando la mente divagar, yendo y viniendo, reflexionando sobre lo que le deparaba el futuro. En esas se encontraba ahora, poniendo en orden su existencia. Podía pescar en lagos, en ríos, en pantanos…

Descubrir lo que le había sucedido a Berta le había servido para cerrar una herida, aunque sabía que la cicatriz quedaría siempre

ahí, invisible para los demás, pero oscura y profunda para él, como las cárcavas de aquellas montañas peladas donde su hija había pasado la última noche. No tenía sentido culparse más. Estaba trabajando para aceptarlo y luchar por ello era todo cuanto estaba en su mano. Había hablado con Céline para contarle el esclarecimiento del caso y supo después, a través de su suegra, que desterrar la incógnita de la desaparición le había sentado bien. Es curioso cómo la resolución de un crimen, por cruento e injusto que este sea, puede servir para calmar el espíritu, para apaciguar el alma, para restituir cierto orden en un mundo devastado. Sin embargo, Robles soñaba, a veces, con el cuerpo de Berta atado al bloque de cemento, desintegrándose, rodeado de un batallón de peces y recibiendo pequeños mordiscos en el fondo del embalse hasta desaparecer. Miró al mar. Miró una ola romper e imaginó que, justo en ese momento, millones de años después, esa ola reproducía exactamente la fisonomía de otra, sin margen de error. ¿Qué activaría ese ciclo secreto y único?

El pescador continuaba ahí. La silla tenía pinta de ser incomodísima. No tenía respaldo. De vez en cuando se levantaba, se estiraba y se echaba las manos a las lumbares. La caña, encajada en un soporte metálico pinchado en la arena, permanecía estática. Apenas corría el aire y el sedal seguía quieto. Todo inmóvil, excepto el vaivén de las olas.

Por la tarde iba a recibir la visita de Charo; pasaría el fin de semana allí con él. Irían a cenar al puerto esa noche, harían el amor, dormirían hasta tarde. Ante sus ojos, la playa se extendía en mitad de un caluroso invierno, casi desierta. Una pareja de jubilados se movía en la distancia, y, más cerca, otra de jóvenes llevaba por primera vez a su hijo a caminar cerca del mar. Recordó de nuevo a Berta. Todos los ciclos de la vida sucediéndose en unos pocos metros. Wolfe ladró de pronto.

—¿Qué pasa, muchacho?

El pastor alemán volvió a ladrar. El pescador se puso de pie y, con total tranquilidad, caminó hacia la caña. El hilo temblaba. Habían picado.

Nota del autor y agradecimientos

Todas las situaciones y personajes de este libro pertenecen a la ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Quisiera subrayar la nobleza y dignidad de las gentes de la Región de Murcia, especialmente en su ámbito rural, un entorno nutrido de generaciones de hombres y mujeres que siguen sacando adelante, con enorme esfuerzo ante las dificultades, a una juventud decente, que pelea duro cada día contra la precariedad y los prejuicios. Por y para ellos y ellas es también esta novela.

Gracias a Toni Hill por orientarme para convertir una historia en todo un mundo. Gracias a Ana, mi compañera de viaje, por las pistas, por apoyarme desde el primer día y por abrazarme en la adversidad, sobre todo en las noches en blanco, cuando todo se vuelve paradójicamente más negro. Gracias a Manuel Moyano por la lectura del primer manuscrito y a mi hermana Mayte por la lectura del segundo, porque ambas perspectivas me sirvieron para crecer. Gracias a mi madre por luchar y por soplar siempre a favor. Gracias a los Algaidackson por hacer de la amistad una segunda piel; de Jorge tomé el espacio de la infancia, JC me regaló los tics, a Pedro le robé la formalidad y a Paco los *riffs* oscuros. Gracias a Juanfri, a Jorge S. M., a Edward y a los Tapatíos por las risas, la complicidad y los brindis. Y, por supuesto, gracias a mi padre, cuyo corazón blanco sigue latiendo. Todos sois parte de este libro.

TRIFÓN ABAD (Murcia, 1979). Licenciado en Periodismo y en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, actualmente ejerce como profesor de Lengua y Literatura. Ha publicado dos libros de relatos, *Que la ciudad se acabe de pronto* y *Quitamiedos*, volúmenes que resultaron finalistas del Premio Setenil. Ha sido también finalista del Premio Cosecha Eñe y ganador del Premio Clarín de Cuento, entre otros reconocimientos. Además, sus relatos se han incluido en diversas antologías y revistas. Como periodista, ha coordinado múltiples proyectos editoriales y escribe con frecuencia críticas literarias en medios de comunicación.

La noche de arena es su primera novela.